Del autor superventas de 'El resurgir de la Atlántida'

THOMAS GREANIAS

La profecía de la Atlántida



Estados Unidos, 1799. George Washington, moribundo, entrega una misteriosa carta cuyo destinatario es el elegido, un hombre que lee las estrellas. Estados Unidos, 2008. El arqueólogo conrad Yeats descubre un código que le guía a los secretos del padre fundador: la ciudad de Washington se construyó sobre un lugar estratégico, según un antiguo modelo de la Atlántida. Si nadie lo impide, los astros determinarán el futuro de la Humanidad.



Thomas Greanias

La profecía de la Atlántida

Atlántida - 2

ePub r2.0

Chuso101 23.10.13

Título original: *The Atlantis Prophecy*
Thomas Greanias, 2008
Traducción: Isabel Blanco González

Editor digital: Etsai
Segundo editor: Chuso101
Corrección de erratas: darthdahar
ePub base r1.0

Para Alex y Jake

Agradecimientos

Gracias a Emily Bestler, mi editora, a Sarah Branham y al resto de la familia de Atria y Pocket. Muchas gracias a ciertas hijas de la francmasonería y de oficiales de las Fuerzas Aéreas, a ciertos columnistas sindicados de Washington y a ciertos congresistas y funcionarios de la Casa Blanca. Gracias en especial a los docentes y al personal de Mount Vernon, de la Biblioteca del Congreso del Capitolio de los Estados

Unidos y del Archivo Nacional, por su generosa ayuda y su destacada labor como servicio público; son ustedes un tesoro nacional. Y, sobre todo, gracias a mi hijo Alex, delegado de los alumnos en su escuela elemental, por su investigación sobre Benjamin Banneker y por su ejemplo en la búsqueda de los intereses no solo de sus amigos y de su hermano pequeño, Jake, sino de cualquiera en su etapa escolar. América necesita más líderes como tú.

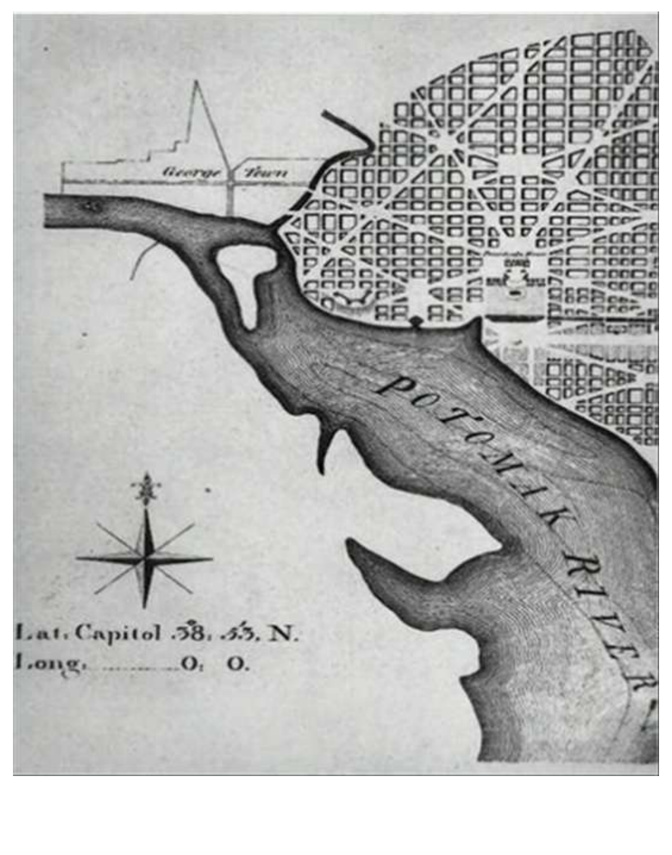
«Lo único nuevo en este mundo es la historia que no conoces».

—Harry S. Truman

33.° presidente de los Estados Unidos,

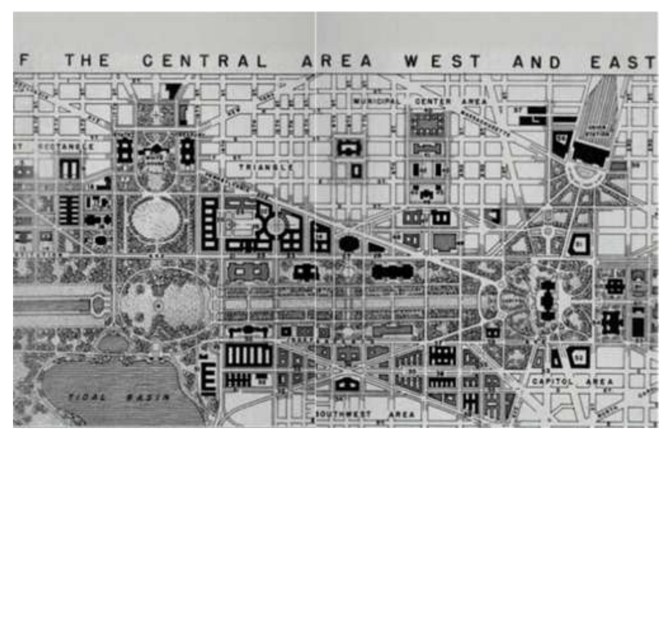
francmasón de grado 33

Mapas

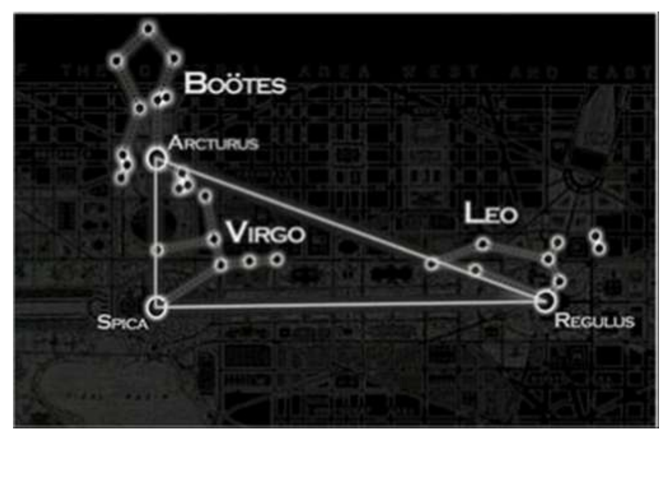

George Town
POTOMAK RIVER
Lat. Capitol 38. 53. N.
Long. .... 0. 0.

PLAN
of the City of
WASHINGTON.

EASTERN BRANCH



F THE CENTRAL AREA WEST AND EAST
MUNICIPAL CENTER AREA
RECTANGLE
TRIANGLE
TIDAL BASIN
SOUTHWEST AREA
CAPITOL AREA


Boötes
Arcturus
Virgo
Leo
Spica
Regulus

Prólogo

14 de diciembre de 1799
El distrito federal

Cinco soldados de la Armada Provisional de los Estados Unidos se detuvieron bruscamente en el muelle de Georgetown y desmontaron de sus caballos. Había dejado de caer aguanieve, pero aún hacía un frío tremendo. El oficial al mando observó

el Suter's Tavern, al otro lado del río. Se oía ruido de música a pesar de estar bien entrada la noche. Solo un farol se estremecía al viento a la altura de la ventana central del segundo piso.

Era la señal.

El hombre al que perseguían estaba dentro.

El oficial hizo una seña a sus hombres. Se movieron deprisa, en fila india, en dirección a la puerta. Sus botas chapoteaban en el agua de los charcos en los que se reflejaba la luz de la luna, y sus bayonetas iban caladas, relucientes, al final de los mosquetes. Dos soldados dieron la vuelta para

tomar posiciones en la parte trasera, la cocina. Los otros dos llamaron a la puerta principal con las culatas de los mosquetes.

—¡Abran la puerta en nombre de los Estados Unidos de América!

Por el resquicio de la puerta entornada asomó el rostro de un niño pequeño que, inmediatamente, se echó atrás, alarmado ante el empuje de los soldados. Los treinta juerguistas más o menos que había en la taberna se quedaron helados en sus sillas, con las jarras de cerveza en alto y las bocas abiertas. La música cesó y solo el crepitar del fuego de la chimenea

interrumpió el brusco silencio.

El oficial al mando, alrededor de una cabeza más alto que cualquiera de los hombres que estaban allí, agarró al chico por el cuello de la camisa y preguntó en tono exigente:

—Buscamos a un esclavo fugado, un cocinero que se hace llamar Hércules.

Hércules estaba en la cocina, cortando cebolla para servir por última vez su famoso estofado. Llevaba el tieso y oscuro pelo, pegado al cuero cabelludo, tirante, atado en una coleta. Normas de la casa. Pero se había negado a afeitarse la barba. Mientras el estofado rompía a hervir, se dio cuenta

de pronto de que no se oía ruido en la taberna. Afinó el oído.

La puerta de la cocina se abrió y, en un abrir y cerrar de ojos, entraron cuatro casacas verdes. El oficial al mando, que se identificó como el mayor Cornelius Temple del Ejército Provisional de los Estados Unidos, gritó:

—¿Quién de ustedes es Hércules?

Hércules se quedó de piedra. Igual que el resto del personal de la cocina, todos esclavos. Ninguno abrió la boca, pero sus miradas ansiosas se dirigieron hacia él.

Había sido un esclavo toda su vida, hasta el momento en que escapó de su

amo dos años atrás. Desde entonces se las había apañado trabajando como cocinero, tras perfeccionar sus famosos platos sureños en las casas que el general tenía en Nueva York, Filadelfia y Virginia. Jamás se habría escapado si su tarea hubiera sido solo cocinar en casa de su amo. Pero su amo lo obligaba a llevar a cabo otras misiones…, además. Misiones secretas, peligrosas. Y, por fin, el pasado lo alcanzaba.

Solo que no esperaba que ocurriera tan pronto.

Hércules dejó el cuchillo de cocina sobre la mesa y dio un paso adelante, rogando por que los soldados no

buscaran aquella noche más que a un esclavo fugado y no el secreto que su amo había enterrado con él años atrás.

El mayor le miró por encima del hombro.

—Ven con nosotros, esclavo.

Hércules era de estatura mediana, pero tan musculoso como su famoso tocayo. De pie, orgulloso, miró al oficial al mando directamente a los ojos. La casaca verde le llegaba por las rodillas, y tenía las solapas y los puños amarillos. El chaleco era blanco, de una sola fila de botones, también blancos. La charretera blanca del brazo derecho indicaba su rango. Pero era el sombrero

negro, de tres picos, lo que dejó paralizado a Hércules. En concreto, la diminuta y fascinante insignia plateada.

Pertenecía al Regimiento de los Hombres del Rifle.

Hércules comprendió entonces que estaba en manos de asesinos sancionados por el nuevo gobierno federal. Conocía la reputación del Regimiento de los Hombres del Rifle. A primeros de ese mismo año, el Congreso había autorizado la formación de una unidad de francotiradores especializados que usaban tácticas poco convencionales. «Los primeros en el campo de batalla, y los últimos en

abandonar»; ese era su lema, y sus tácticas provenían en su mayor parte de la infantería ligera e incluso de los indios nativos. Eso quedaba claro con solo mirar el cinturón del mayor del que, aparte de la cartuchera y los diminutos bolsillos de piel donde encajar las balas, colgaban además un *tomahawk* y un cuchillo de cortar cabelleras.

Hércules no se resistiría al arresto, aunque solo fuera por el bien de los demás esclavos.

Se volvió para abrir un armario y oyó el *clic* de un mosquete pegado a su sien.

—Despacio, esclavo.

—Solo quiero mi abrigo.

Lentamente, Hércules sacó el abrigo de lana de espiga con botones color marfil de la percha. El material estaba tan finamente tejido que tenía un aspecto lustroso.

El joven soldado soltó el gatillo y bajó su modelo especial de Charleville francés. Pero antes de que pudiera terminar de abrocharse el abrigo, la culata de otro mosquetón golpeó a Hércules a un lado de la cabeza, cayendo al suelo y quedando a gatas.

—Te has escapado con ese abrigo, ¿eh? —soltó el mayor mientras le daba un golpe en el torso como si fuera un

animal.

Hércules conocía las normas. El mayor no albergaba en sus entrañas ningún sentimiento hacia él: ni negativo, ni positivo. Sencillamente, tenía que hacer de él un ejemplo para cualquier otro esclavo de aquella cocina que quizás, algún día, quisiera escapar.

—Lo he comprado con mi dinero, señor —consiguió decir Hércules antes de que cuatro fuertes brazos lo sacaran de la cocina a empujones.

—¡Es un hombre libre por la ley de Pensilvania! —gritó otro de los cocineros.

—Pero ya no estamos en Pensilvania

—soltó el mayor, mientras dejaba que la puerta se cerrara de golpe tras él.

Un bote y cuatro remeros los esperaban en el muelle. Las aguas heladas del Potomac golpeaban los laterales. Volvía a caer aguanieve y aún más fuerte que antes. Los soldados empujaron a Hércules a popa. Segundos más tarde, estaba sentado entre dos de ellos y frente al mayor y los dos restantes, navegando en medio de la oscuridad.

—El general te está buscando, esclavo.

Hércules tembló. El general, su amo, era un hombre justo y un gran líder. Pero

había cargado a Hércules con secretos demasiado pesados para un patriota americano, y no digamos para un simple esclavo.

Por favor, Dios, no permitas que se trate del globo.

Hércules contempló la fachada blanca del palacio presidencial al pasar. Hacía siete años que se había construido, pero aún no había sido ocupado. El presidente Adams vivía en Filadelfia con su familia. Allá lejos, en la distancia, se distinguía el monte Jenkins, con el nuevo edificio del Capitolio de los Estados Unidos, o al menos parte de él, en la cima.

El general le había contado una vez que, hacía más de un siglo, aquel monte se llamaba monte de Roma y el río Potomac se llamaba Tiber porque su propietario, un hombre llamado Francis Pope, soñó que un día, sobre esa ribera, se levantaría un imperio que rivalizaría con la antigua Roma. Pero lo único que Hércules podía ver era un cenagal, edificios a medio construir y tocones de árboles a lo largo de lo que se suponía sería una grandiosa avenida, la avenida de Pensilvania, que conectaría el gran palacio presidencial blanco con lo que, en ese momento, llamaban la colina del Capitolio.

Los remeros remaban vigorosamente, había trozos de hielo flotando por el río que chocaban contra los laterales del bote. Hasta el mayor tuvo que coger un remo. Al principio. Hércules se preguntó por qué no lo obligaban a remar a él también, pero luego se figuró que no iban a darle un remo a un esclavo fugado para que los amenazara con él.

Hércules alzó las solapas del abrigo al sentir el aguanieve cayéndole en la cara. Notaba sobre sí la mirada del mayor, cuyo abrigo no era tan grueso. Pero se lo había pagado con su propio dinero, al igual que los pantalones sastre

de lana y los zapatos de hebilla. El general le había dado permiso para cocinar fuera de su casa de Filadelfia, en las tabernas de los alrededores, y ganarse así un dinero extra. Se gastaba la mayor parte de ese dinero en ropa elegante que, invariablemente, ofendía a los soldados del general, que ni estaban tan bien pagados, ni vestían tan bien.

Por fin cesó de caer aguanieve y el bote llegó a la orilla contraria. Los soldados lo sacaron y lo escoltaron hacia los escalones que subían por la colina en dirección a la propiedad del general.

Mount Vernon resplandecía de luz.

Había antorchas por todas partes. Hércules vio carruajes y jinetes por el patio mientras se dirigían a la entrada de servicio. Un correo pasó galopando, gritándoles que se apartaran de su camino, y casi los atropelló.

Dentro de la mansión, al pie de las escaleras de servicio, Hércules esperó junto a varios grupos de ciudadanos y oficiales, preguntándose qué hacía él entre gente tan distinguida. El médico personal del general, el larguirucho doctor Craik, intercambiaba insultos en voz baja con el corpulento sacerdote católico. Hércules no podía oír lo que decían, pero se sentía violento ante las

curiosas miradas de los demás. Todos parecían compartir algún terrible secreto desconocido para él.

Minutos más tarde, un hombre demacrado al que Hércules reconoció como el jefe del Estado Mayor, el coronel Tobias Lear, bajó penosamente las escaleras. Observó con ansiedad cómo el grupo se alejaba mientras se le acercaba el coronel. Viendo que no tenía modo de escapar, los escoltas que lo habían llevado allí lo soltaron y dieron un paso atrás.

Lear lo miró de arriba abajo, diciendo:

—¡Dios mío! ¡Pero hombre!, se

suponía que tenían que traerte aquí, no dejarte sin sentido.

Hércules no comprendió a qué se refería Lear, ni comprendió tampoco su expresión al observar al mayor, cuyo rostro permaneció inmutable.

—Me han tratado peor —dijo Hércules.

Lear miró a su alrededor, buscando al doctor Craik, pero este seguía enzarzado con el sacerdote. Entonces sacó un pañuelo y le tocó suavemente la sien. Cuando retiró la mano, Hércules vio el pañuelo manchado de sangre. De inmediato pensó muy preocupado en su abrigo, dirigió la vista hacia abajo y

comprobó, aliviado, que no se había manchado.

—Su excelencia te verá ahora —dijo el coronel Lear.

Hércules volvió la vista atrás, hacia los escoltas, y siguió a Lear escaleras arriba. Lear se detuvo ante la puerta del dormitorio del general.

—Agárrate, amigo —comentó Lear mientras abría la puerta.

Por fin Hércules vio con sus propios ojos la causa de todo aquel griterío: allí, tumbado en la cama, retorciéndose de dolor y luchando por respirar, yacía el general George Washington, el primer presidente de los Estados Unidos de

América y, en aquel momento, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.

Tenía una cinta atada alrededor del brazo, y de su vena salía una espesa sangre.

Lo están desangrando, pensó Hércules. *Mala señal*.

Su mujer, Martha, estaba sentada a los pies de la cama, llorando. Al ver a Hércules se levantó y sonrió débilmente. El joven Christopher, sirviente personal del general, la sacó del dormitorio y cerró la puerta, poniendo buen cuidado en no dirigir la vista ni una sola vez hacia el cocinero. La expresión de

culpabilidad de su rostro le hizo preguntarse si no habría sido él quien lo había delatado y le había contado a Washington dónde estaba.

—El general ha preguntado por ti —dijo Lear, una vez que se quedaron solos—. Como ves, se está muriendo.

¿Cómo puede estar ocurriendo algo así?, se preguntó Hércules. La última vez que había visto a su amo tenía un aspecto más robusto y regio que cualquier hombre de sesenta años que hubiera visto jamás. Y eso había sido poco antes de escapar. El terror se apoderó de su corazón mientras se acercaba a la cama, ansioso por saber

qué castigo tenía reservado su amo para él.

—Amo Washington —dijo Hércules—, no pretendía faltarle al respeto. Solo quería ser libre como dijo usted que permitía la ley de Filadelfia.

—Tranquilo, Hércules —comentó el coronel Lear—. Su excelencia comprende las razones de tu marcha y se disculpa por la brusca forma de traerte aquí. Quiere que sepas que todo queda perdonado. Pero quiere pedirte un último favor, no como esclavo, sino como hombre libre y patriota. Según parece, eres la única persona en la que está dispuesto a confiarlo.

Atónito, Hércules se enderezó en toda su estatura, con una mezcla de orgullo y miedo embargando su corazón. Durante años, el general le había confiado su vida al menos cada vez que se metía el tenedor en la boca, igual que los faraones de Egipto confiaban en sus probadores de comida, paranoicos ante los conspiradores dispuestos a envenenarlos. Pero aquello era diferente.

Washington trató de hablar, pero solo eso constituía toda una lucha, por lo que Hércules tuvo que inclinarse y prestarle buen oído.

—La república necesita tus

servicios —jadeó Washington con una voz ronca, y tan baja y rota que Hércules apenas podía entenderle. Olía los vapores a vinagre, a melaza y a mantequilla en el aliento del general—. Y yo te estaría muy agradecido.

Hércules se inclinó otro poco más.

—Amo Washington, yo no quiero volver a meterme en esas cosas más.

El general, no obstante, pareció no oírlo, porque hizo un gesto hacia el coronel Lear, que le tendió un sobre a Hércules.

A pesar de las protestas. Hércules tomó el sobre amarillento sobre el que podían leerse, en mayúsculas, ocupando

todo el espacio, las palabras «OBSERVADOR DE LAS ESTRELLAS». Como la mayoría de los esclavos de Washington, Hércules no sabía leer, y a menudo se preguntaba si era esa la razón por la que el general le confiaba semejantes empresas. Sin embargo, sí conocía muy bien aquel nombre en clave.

Entonces el coronel Lear le preguntó:

—¿Conoces el nombre cristiano de ese patriota, de ese agente cuyo nombre en clave es «Observador de Estrellas»?

Hércules sacudió la cabeza en una negativa.

—Ni yo, y sé más sobre los papeles militares del general que nadie —añadió Lear—. Pero sabes dónde encontrarlo, ¿no?

Hércules asintió.

—Bien, pues. Dos de los oficiales del general te escoltarán hasta el bosque fuera del distrito federal. Una vez allí, tomarás la ruta que tomas siempre que haces estos encargos para el general y entregarás el sobre a su destinatario.

Hércules se guardó el sobre en el abrigo, consciente de la angustiosa mirada de Washington, que no lo perdía de vista. El general prefería que sus espías llevaran los mensajes secretos

escondidos bajo la planta del pie, por dentro de la bota. Pero aquella noche Hércules llevaba los zapatos de hebilla que el general consideraba mucho menos seguros, así que no le quedaba otra opción.

—Una cosa más —dijo Lear, enseñándole una daga metida en su funda —. Como detalle en compensación por tus servicios, el general quiere que tengas esto. Es una de sus favoritas. Parece ser que durante la revolución demostraste ser muy bueno con los puñales.

Hércules tomó la daga. Grabados en el mango había un montón de símbolos

que jamás comprendería pero que, después de décadas al servicio del general, reconocía como pertenecientes a los Masones. Deslizó el cuchillo por dentro del abrigo y se lo guardó sujeto al cinturón, por detrás.

El general pareció aprobar el gesto e intentó decir algo. Aspiró, tratando de respirar, e hizo un ruido con los pulmones que asustó a Hércules.

—Hércules —jadeó—, hay un demonio al que temo, y son sus espías. Ya sabes a quiénes me refiero.

Hércules asintió.

—Entrega la carta —continuó Washington, cuya voz perdía fuerza—.

Libra a la República de ese demonio. Preserva el destino de América.

Hércules se alzó y miró a Lear.

—Ya tienes tus órdenes de su excelencia, el general George Washington, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos —dijo Lear—. Y ahora, en marcha.

Hércules inclinó la cabeza en señal de respetuosa despedida y salió del dormitorio justo cuando el doctor Craik y otros dos médicos más se apresuraban a entrar con Martha. Mientras corría escaleras abajo y salía a la amarga noche, medio aturdido, oyó los llantos de los sirvientes, que gritaban:

—¡El amo Washington ha muerto! ¡El general ha muerto!

Fuera se entregaban ya los despachos referentes a la muerte del general a los correos que debían llevarlos al presidente Adams y a los generales Hamilton y Pinckney.

Dos soldados de confianza, mientras tanto, le esperaban, preparados con los caballos. Hércules recordó vagamente sus rostros. Uno de ellos era un antiguo hijo de la libertad. El otro era un asesino y uno de los primeros miembros del Culper Spy Ring que había ayudado a Washington a luchar contra los británicos en Nueva York. Nadie dijo

una palabra. Hércules alzó una pierna por encima del caballo de color castaño y todos salieron galopando, alejándose rápidamente de Mount Vernon.

Evitaron los caminos principales y se dirigieron al norte, atravesando las afueras de Alexandria, atajando entre granjas y huertos en un recorrido en forma de arco hasta llegar a un recodo del Potomac, donde cruzaron el río por un puente de madera varias millas al oeste de Georgetown. Diez minutos más tarde, llegaron al lindero del bosque que marcaba el límite del distrito federal y Hércules detuvo el caballo.

—¿A qué estás esperando? —

preguntó el antiguo hijo de la libertad.

Hércules dirigió la vista al bosque. Siempre le habían asustado los árboles retorcidos y los sonidos extraños, incluso desde mucho antes de aquella terrible noche en que el general y él enterraron el viejo globo.

¡Dios mío, aquí no! ¡Por favor, no me hagas volver aquí!

Recordó las historias sobre los antiguos indios algonquinos que el viejo Benjamin Banneker, el astrónomo negro del amo, solía contarle mientras el general se guiaba por las estrellas para definir los límites del distrito federal. Según Banneker, mucho antes de que los

europeos colonizaran el nuevo mundo, los algonquinos convocaban grandes concilios tribales tanto en la base de la colina de Jenkins, donde habían construido el edificio del Capitolio, como en los barrancos de los límites de ese bosque. Lo que hacían los algonquinos en esos concilios era algo que Banneker no le había contado. Pero sí le había dicho que estaban ligados a la antigua cultura maya, según demostraban los restos arqueológicos y que, decía la leyenda, eran descendientes de los atlantes. Los jefes de la tribu primigenia, los indios montauk, eran conocidos como los

«faraones», igual que sus antiguos primos egipcios, diez mil años antes. Banneker le había contado también que «faraón» significaba «hijo de la estrella» o «hijos de las estrellas».

Hércules alzó la vista al cielo. Las nubes se habían separado formando un marco alrededor de la constelación de Virgo. Un escalofrío le recorrió los huesos. Sabía que, al trazar el plano de la nueva capital a semejanza de la constelación, el general pretendía atraerse la bendición de la Virgen Bendita del firmamento sobre la nueva República. Pero a él esos misterios lo asustaban casi tanto como las palabras

«faraón» o «hijo de la estrella».

Fueron los esclavos los que construyeron las pirámides de Egipto. ¿Ocurriría lo mismo en América?

—En marcha —ordenó el soldado asesino.

Hércules guió a su escolta militar por el bosque. Durante unos minutos, estuvo escuchando el crujir de las hojas bajo los cascos de los caballos, deambulando y haciendo eses por entre los árboles a la luz de las estrellas. Algunas ramas desnudas lo rozaron al pasar.

—«He pasado ya por demasiados peligros, trampas y esfuerzos» —

comenzó Hércules a cantar, repitiendo su verso favorito de la canción *Amazing Grace*—. «La gracia me ha traído sano y salvo hasta aquí, y la gracia me llevará de vuelta a casa».

Trató de no pensar ni en las historias de otros mundos de Banneker ni, Dios mediante, en la cueva y el globo secreto que contenía el secreto más grande de todos. Mientras cantaba, miraba inquieto de un lado a otro y observaba las sombras bailar a su alrededor. Entonces oyó romperse una ramita y se paró.

Dirigió la vista atrás, hacia los dos caballos de la escolta militar, en medio de la oscuridad. Pero solo vio a un

jinete: el asesino. En ese momento sintió el cañón de un arma apuntándole en la espalda, y luego oyó la voz del otro escolta, el antiguo hijo de la libertad, diciendo:

—Baja del caballo, esclavo.

Lentamente, Hércules desmontó y se volvió. Los dos soldados, ya de pie delante de él, le apuntaban con sus armas.

—El mensaje —exigió el asesino—. Dámelo.

Hércules vaciló, pero no dejó de observar en ningún momento el largo cañón del arma francesa.

—¡El mensaje, esclavo!

Con cuidado. Hércules se metió la mano por dentro del abrigo y sacó la carta. Se la entregó al antiguo hijo de la libertad, que la observó por un momento y luego se la pasó al asesino.

—¿Quién es el Observador de Estrellas?

Hércules no dijo nada.

—Dímelo, o mataremos a toda tu familia, empezando por tu hija bastarda de dos años. Sabemos dónde encontrarla. Vive con su madre en Filadelfia, así que, vamos, ¿quién es el Observador de Estrellas?

—No… no lo sé —contestó Hércules.

El rostro del asesino se tiñó de rojo por la ira. Colocó el final del cañón de su arma sobre la sien de Hércules, y preguntó:

—¿Cómo puede ser que no lo sepas, esclavo?

—Porque… por… porque —tartamudeó Hércules— porque aún no ha nacido. Ni nacerá hasta dentro de mucho tiempo.

—¿Qué tonterías son esas? —siguió preguntando el asesino, volviendo la vista hacia su compañero por un momento y torciendo el gesto en dirección a Hércules—. Dame tu abrigo.

Hércules dio un paso atrás, furioso.

—¡Ahora, o te lo agujereo!

Sacudió la cabeza, tratando de comprender lo que estaba ocurriendo.

—La República…

—La República morirá esta noche con el general, su esclavo y ese Observador de Estrellas —lo interrumpió el asesino—. Y ahora, dame mi abrigo.

—¿Tu abrigo?

—Exacto, esclavo, mi abrigo —confirmó el asesino.

Hércules sintió entonces aquella calma que a menudo lo embargaba en los momentos de mayor peligro, cuando se veía obligado a revelar su verdadero

rostro, oculto tras la máscara del miedo. Mientras comenzaba a quitarse el abrigo, con la mano que le quedaba libre desenvainó la daga que le había dado el general. Luego sostuvo el abrigo por delante.

—¡Tíralo al suelo, esclavo!

Lo mismo podía haberle ordenado que tirara al suelo la bandera de los Estados Unidos. Hércules había trabajado demasiado duro para comprarse ese abrigo; no estaba dispuesto a desprenderse de él con tanta facilidad, sobre todo porque, al final, de todos modos, aquellos soldados lo matarían. Demasiadas comidas había

preparado para los soldados americanos, demasiados sacrificios había hecho por sus hijos y por los sueños del general de una nación libre para los hombres y mujeres de todas las razas y credos como para ceder.

¡Cualquier cosa, señor, menos el abrigo!

—¡Por última vez, esclavo, tíralo al suelo!

—Al suelo no —dijo Hércules—. Se le ensuciaría su abrigo, señor.

Arrojó el abrigo al aire en dirección al soldado. Por unos segundos, el soldado permitió que su mano, cargada con el arma, se desviara hacia el cielo

para cazar el abrigo al vuelo, y Hércules aprovechó ese instante para volverse y degollar al soldado que tenía detrás. La daga se hundió lentamente en la garganta después de tropezar con la yugular. Antes de que el hombre cayera al suelo. Hércules dirigió la daga hacia el asesino que sostenía ya su abrigo. Le clavó la hoja del puñal en el pecho. El soldado se tambaleó hacia atrás, dándose contra el tronco de un árbol. El arma se disparó sin blanco fijo mientras el soldado caía al suelo.

Una diminuta nube de humo salió del arma y voló por el aire mientras Hércules se acercaba al asesino, de cuya

boca salía sangre a borbotones y cuyos ojos estaban muy abiertos, con una expresión de sorpresa y miedo. Le sacó la daga del pecho.

El asesino abrió la boca para gritar, pero solo logró emitir un leve silbido mientras se le escapaba el aliento de la vida.

—Mi abrigo, señor.

Hércules recogió el abrigo, montó a caballo y alzó la vista a la constelación de Virgo, la Virgen Bendita, que lo observaba desde las alturas. Guardó la carta para el Observador de Estrellas por dentro del abrigo y se lo abrochó. Luego espoleó al caballo hasta hacerlo

reaccionar y galopó en la negra noche hacia el destino de América.

Primera Parte

En la actualidad

1

Cementerio nacional de Arlington, Arlington, Virginia

Conrad Yeats guardó una distancia de tres pasos en pos del ataúd envuelto en una bandera. Seis caballos tiraban de la caja hacia la tumba y sus cascos retumbaban como metrónomos cósmicos sobre el pesado aire. Cada sonora

pisada proclamaba el paso del tiempo, la brevedad de la vida. En la distancia, un rayo atravesó el oscuro cielo. Pero seguía sin llover.

Conrad dirigió la vista a Marshall Packard. El secretario de Defensa caminaba junto a él mientras sus agentes del Servicio Secreto iban unos pocos pasos más atrás, con los demás desolados asistentes de todas las ramas de las Fuerzas Armadas Americanas, todos listos para sacar el paraguas. Packard había hecho poco antes un emocionado elogio de su antiguo piloto, «el Griffter», en la capilla militar situada sobre la loma. Pero lo que había

olvidado mencionar, y eso Conrad lo sabía muy bien, era que detestaba la bravuconería del Griffter. Ambos hombres habían sostenido una fuerte discusión a propósito del inusual papel que había jugado Conrad en el Pentágono años atrás, papel que había supuesto identificar objetivos secretos para los misiles crucero americanos: instalaciones militares y nucleares bajo tierra en el Oriente Medio, que los enemigos de América habían construido bajo enclaves arqueológicos con el objeto de proporcionarse una buena protección. Packard no podía creer que Conrad, el más destacado experto

internacional en arquitectura megalítica, estuviera dispuesto a arriesgar los tesoros más antiguos de una civilización. Y el Griffter no podía creer que Packard estuviera dispuesto a arriesgar vidas americanas para preservar unas cuantas piedras que ya habían proporcionado a los arqueólogos como Conrad toda la información sobre la cultura muerta que los había erigido. El conflicto había terminado con un ataque aéreo abortado sobre el zigurat de Ur, en Iraq, y la revocación de la autorización de seguridad de alto secreto de Conrad por parte del Departamento de Defensa.

—No es muy habitual enterrar a un

soldado cuatro años después de su muerte —comentó Conrad.

—No, no lo es —contestó Packard con calma, en contraste con la conocida incansable pasión del piloto fallecido —. Ojalá no hubiéramos tardado tanto, pero tú eres el único que conoce el extraordinario modo en que tu padre encontró la muerte.

—No era mi padre biológico, fui adoptado.

Conrad podría haber dicho muchas cosas más, pero al fin y al cabo ninguna de ellas habría sido de utilidad. Por ejemplo, y en especial, podría haber hablado sobre aquel funeral, en cuyos

planes él no había tomado parte. O sobre la lápida que su padre había elegido antes de morir y que el Pentágono no le había dejado siquiera ver. Y, sobre todo, podría haber hablado acerca del hecho, del que Conrad estaba seguro de que el hombre al que estaban enterrando no era su padre.

—Ven a mi paso, hijo —dijo Packard mirando a derecha e izquierda —. ¿Lo mataste tú?

Conrad miró directamente a los ojos a Packard, el hombre al que había llamado «tío MP» cuando era niño y al que había temido más que a nadie en el mundo, a excepción de su padre.

—Fue tu gente la que hizo la autopsia, ¿no, señor secretario? ¿Por qué no me respondes a eso tú a mí?

Ninguno de los dos volvió a hablar mientras bajaban de la loma a la tumba.

Conrad sospechaba que el Departamento de Defensa había gastado decenas de millones de dólares del contribuyente americano durante los últimos cuatro años para localizar los restos del general de las Fuerzas Armadas Americanas Griffin Yeats. Y todo con la vana esperanza de descubrir qué había pasado con los otros miles de millones más que su padre había despilfarrado en una oscura misión en la

Antártida, en la cual habían muerto docenas de soldados de distintos países.

Lo que Conrad y su padre habían hallado no era otra cosa que la civilización perdida de la Atlántida. Y justo cuando estaban a punto de descubrir sus secretos, aquel mundo arcaico había sido destruido en una explosión brutal que, supuestamente, también había matado a su padre, hundido una capa de hielo del tamaño de California y provocado un tsunami en Indonesia que, a su vez, había acabado con miles de personas.

La única superviviente de la desgraciada expedición a la Antártida,

aparte de él, había sido la hermana Serena Serghetti, la famosa lingüista del Vaticano y activista medioambiental. Pero la increíblemente bella hermana Serghetti o «Madre Tierra», como la llamaban los medios de comunicación, se había negado a hablar acerca de la Antártida o de las civilizaciones perdidas con ningún representante de los Estados Unidos o de la ONU. Y también se negaba a dirigirle la palabra a él.

Allí terminaba por fin el largo y amargo camino, en la tardía ceremonia del funeral de un general más temido que venerado, con un cuerpo que, finalmente, le permitía al Pentágono salvar las

apariencias y enterrar el asunto con todos los honores militares.

Ante la tumba había un capellán de las Fuerzas Armadas de cabello cano, con la Biblia abierta en la mano.

—«Yo soy la resurrección de la vida» —decía, citando palabras de Jesús y mirando directamente a Conrad a los ojos—. «El que cree en mí, aunque muera, vivirá».

Seis cazas a reacción Ángel Azul sobrevolaron sus cabezas en formación. Al alzar el vuelo en el cielo oscuro, el rugido de sus estelas con los colores del arco iris se desvaneció y un silencio de ultratumba descendió sobre ellos.

Mientras observaba cómo levantaban la bandera del ataúd y la doblaban, Conrad recordó su infancia en el colegio, cuando su padre era solo un piloto de pruebas como muchos de los padres de otros niños de la base. Cada dos por tres se producía un chisporroteo o un estallido, y todos los niños dejaban de jugar y escuchaban el largo silbido, esperando oír el zumbido del techo de la cabina que salía volando. Era fácil adivinar quién volaba aquel día: bastaba con mirar los rostros de los compañeros. El noventa y nueve por ciento de las veces se veía un paracaídas abierto. Pero si no era así,

dos días más tarde estabas de pie en un funeral exactamente igual a este, contemplando cómo la madre de tu amigo recibía una bandera y él desaparecía para siempre de tu vida.

El milagro, pensó Conrad, *era que él hubiese tardado tanto en ver llegar ese momento*.

—En nombre de una América agradecida —dijo Packard—, con nuestras condolencias.

El opresivo ambiente quedó súbita y violentamente roto por el estallido de la primera de las tres salvas que disparó el escuadrón de siete miembros.

Se oyó el toque de un corneta

solitario, y Conrad contempló cómo el féretro descendía bajo tierra. Estaba enojado, se sentía vacío, perdido. A pesar de sus dudas acerca del hecho de que su padre estuviera en ese féretro, de sus sospechas acerca de toda esa ceremonia, a la que no consideraba sino como una charada, como otro intento más de cerrar de una vez por todas una desgraciada misión, el peso de la muerte de su padre recaía por fin sobre él, y su sentimiento de pérdida era más profundo de lo que esperaba.

A menudo, su padre hablaba de compañeros astronautas del *Apolo* que habían ido a la Luna y, a su regreso a la

Tierra, sentían que la vida civil era insulsa. Por fin, Conrad comprendía a qué se refería. Todo lo que Conrad había estado buscando durante toda su vida lo había descubierto en la Antártida. Incluyendo a Serena. Y todo lo había perdido.

Lejos quedaban los días en que, como arqueólogo de fama internacional, su filosofía deconstructivista causaba el caos y los medios se apresuraban a cubrir los puntos más calientes del planeta. Para Conrad, los monumentos antiguos no eran tan importantes como la información que podían procurarnos acerca de sus constructores, y ese punto

de vista había provocado un gran revuelo.

Lejos quedaba también su excelente reputación académica tras las desastrosas excavaciones de Luxor y de la Antártida, a la que había vuelto poco después para descubrir que todo rastro de la Atlántida se había desvanecido.

Y lejos quedaba, por último, su relación con Serena, la única ruina de su vida que verdaderamente le preocupaba.

Alguien tosió y Conrad alzó la vista justo a tiempo de ver cómo el capellán daba un paso atrás, descubriendo la lápida de su padre, detrás, al movérsele las vestiduras como si se tratara de una

cortina.

La vista le arrebató el aliento.

Como muchas de las viejas lápidas de aquel cementerio, la de su padre tenía la forma de un obelisco exactamente igual al del Monumento a Washington, de un metro setenta de altura, que se veía en la distancia. El de su padre medía algo más de noventa centímetros. Cerca del vértice, inscrito en un círculo, había una cruz cristiana. Y bajo ella podían leerse las palabras:

GRIFFIN W. Yeats
GENERAL DE BRIGADA
DE LAS FUERZAS AÉREAS AMERICANAS

NACIDO EL 4 DE MAYO DE 1945
MUERTO EN ACTO DE SERVICIO
ANTÁRTIDA ORIENTAL
21 DE SEPTIEMBRE DE 2004

A diferencia de los demás obeliscos de Arlington, sin embargo, aquel tenía grabadas tres constelaciones a un lado y, al otro, una extraña secuencia de números que Conrad no podía leer desde donde estaba. Aquellos dibujos eran sin duda muy extraños, y no obstante le resultaban familiares. Conrad había tropezado con un obelisco similar en la Antártida cuatro años atrás.

Contemplar la lápida le produjo una

incómoda sensación en la espina dorsal.

Tenía que ser un mensaje de su padre.

Su corazón comenzó a galopar al pillar a Packard observándolo. Otros asistentes al funeral lo observaban también. Entre ellos, Conrad reconoció, aunque tarde, los rostros de cinco especialistas sénior en descifrar códigos y dos expertos en negociación de rehenes, todos del Pentágono. Entonces cayó en la cuenta: aquel funeral no era para su padre, ni su propósito era guardar las apariencias de cara a la galería para limpiar el nombre del Departamento de Defensa. Era para él.

Era una especie de trampa.

Están evaluando mi reacción.

Conrad sintió la necesidad de luchar a toda costa, pero mantuvo una invariable cara de póquer durante el resto de la ceremonia. Al terminar, la gente se dispersó y unos pocos turistas bajaron por la colina desde la Tumba del Soldado Desconocido para observar a cierta distancia cómo se alejaba el coche fúnebre de caballos. Ante la tumba quedaron solos Packard y él, junto con un joven que a Conrad le resultó vagamente familiar.

—Conrad, quiero que conozcas a Max Seavers —dijo Packard—. Va a

sustituir a tu padre en la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada para la Defensa, la DARPA.

La DARPA era la organización de desarrollo e investigación del Pentágono. Entre otras cosas, tenía el honor de haber inventado tecnología en su día secreta, como el sistema de posicionamiento global e Internet. La misión de la DARPA consistía en mantener la superioridad tecnológica de América y prevenir cualquier intento de aventajarla por parte de cualquier otro país del planeta. Y con esa misión habían mandado hacía años a su padre y, finalmente, a él mismo, a la Antártida.

Conrad miró a Seavers y recordó de pronto dónde había visto antes esos rizos rubios, ese mentón con hoyuelos y esos penetrantes ojos azules. Seavers, que apenas llegaba a los treinta, era el Bill Gates de la biotecnología y el personaje de referencia constante de las revistas de negocios. Pocos años atrás, Seavers había abandonado su trabajo diario para dirigir su propia compañía farmacéutica, la SeaGen, con el objeto de dedicarse a un fin más alto: el desarrollo y la distribución de vacunas para luchar contra las enfermedades del Tercer Mundo. Pero, según parecía, Seavers había sido llamado de nuevo al

servicio público.

—Una DARPA más joven según veo y, espero, más prudente —contestó Conrad, tendiéndole la mano.

Seavers se la estrechó con una fuerza tal que su mano le pareció de hielo. Y la mirada que le dirigió tenía todo el calor de un científico de bata blanca al observar una bacteria por el microscopio.

—Seguimos tomándonos la superioridad tecnológica de América muy en serio, doctor Yeats —comentó Seavers con una voz de barítono demasiado grave para su edad—. Y siempre nos vendrá bien un hombre con

habilidades tan únicas como las suyas.

—¿A qué habilidades te refieres?

—Corta el rollo, Yeats —los interrumpió Packard, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que nadie podía oírlos. Luego se inclinó y añadió, carraspeando—: Cuéntanos el significado de esto.

—¿El significado de qué?

—De eso —contestó Packard, señalando el obelisco—. ¿De qué trata?

—¿Y se supone que yo lo sé? —preguntó Conrad a su vez.

—Maldita sea, claro que lo sabes. Son signos astrológicos. Y números. Tú eres el más destacado astroarqueólogo

del mundo.

Sonaba divertido en boca de Packard: astro-arqueólogo. Pero en eso era en lo que se había convertido, en un arqueólogo que utilizaba los alineamientos astronómicos de las pirámides, templos, y otros hitos antiguos para fechar su construcción y estudiar la civilización que los había erigido. Sin duda, su especialidad no lo había hecho rico. Pero con el correr de los años le había proporcionado su propio *reality show* televisivo, «Antiguos enigmas del universo», ya cancelado, además de aventuras exóticas con jóvenes admiradoras y una gran

pericia en el despilfarro de cantidades obscenas de dinero ajeno, en su mayor parte del «tío Packard».

—Eh, son ustedes los que han organizado el funeral —dijo Conrad—. ¿No lo han podido descifrar tus brillantes expertos en criptografía del Pentágono?

Seavers echaba humo, pero no dijo nada. Conrad suspiró y añadió:

—Por lo que sabemos, señor secretario, este obelisco no es sino otra broma pesada para enviarnos a dar la vuelta al mundo en busca de pistas que nos lleven a una estatua de papá en la que nos enseñe a todos el dedo anular.

—Conoces a tu padre mejor que eso, hijo.

—Mejor que tú, evidentemente, cuando ni tú ni tus expertos en criptografía han logrado descifrarlo. ¿Por qué te importa tanto?

—Tu padre fue piloto de pruebas, astronauta y jefe de la DARPA —contestó Packard amenazador—. Todo lo relacionado con él es de vital importancia para la seguridad nacional.

—La doctora Serghetti es la verdadera experta en este tipo de cosas —dijo entonces Conrad—. Pero por más que miro, no la veo por aquí.

—Pues procura que siga así —

contestó Packard—. Este es un secreto de Estado, y la hermana Serghetti es un agente de un poder extranjero.

—¿Así que ahora, de pronto, el Vaticano es un poder extranjero? —preguntó Conrad, parpadeando perplejo.

—Yo no veo al papa seguir las órdenes del presidente, ¿y tú? —argumentó Packard—. No tienes nada que compartir con esa muchacha. Y espero que me informes de cualquier intento que haga por restablecer el contacto contigo.

Ojalá, pensó Conrad.

—¿Por qué no te limitas a hacer tu trabajo, señor secretario, y asignas a la

pobre y esforzada milicia americana misiones como la guerra del terror o las verdaderas amenazas para la paz? —soltó Conrad—. Piérdete. No tienes ningún derecho sobre mí.

—Tú no tienes ni idea de qué maldito derecho tengo sobre ti, hijo —contestó Packard que, inmediatamente, se marchó con Max Seavers.

Había comenzado a lloviznar, pero Conrad contempló a la pareja bajar por la colina hasta encontrarse con los agentes del Servicio Secreto que, a modo de bienvenida, los escoltaron con los paraguas abiertos hasta un grupo de limusinas, coches civiles y todoterrenos.

Conrad contó en total nueve vehículos estacionados en la estrecha calle. Antes del funeral solo había ocho.

Uno a uno los autos fueron desapareciendo hasta que quedó únicamente una limusina negra. Sin duda, no era el taxi que él había pedido. Lo esperaría dos minutos más y, de no aparecer, bajaría hasta la puerta principal del cementerio y buscaría otro.

Conrad examinó el obelisco bajo la lluvia.

—¿En qué pretendes meterme ahora, papá?

Fuera cual fuera la respuesta que buscaba, de un modo u otro su padre se

la había llevado con él a la tumba cuatro años atrás.

Conrad se dio la vuelta y comenzó a bajar en dirección a la calle, y al llegar junto a la limusina la salpicó a propósito: los chicos de Packard podían tomarse el día libre.

Sintió una extraña electricidad en el aire incluso antes de reconocer al fornido Benito tras el volante. Entonces la ventanilla se bajó y vio a Serena Serghetti sentada en el asiento de atrás. El corazón le dio un vuelco.

—No te quedes ahí, amigo —dijo ella con su marcado acento australiano —. Vamos, sube.

2

Conrad dejó a un lado la bandera que había envuelto el féretro de su padre y, mientras la limusina salía por la puerta principal del cementerio de Arlington, contempló a Serena Serghetti con una rabia que le sorprendió. Era la única mujer a la que había amado en toda su vida, y ella misma le había dicho bien claro en dos ocasiones distintas, separadas por un lapso de tiempo de

cuatro años, que él era el único hombre al que había amado jamás. Conrad siempre había considerado un crimen contra la humanidad el hecho de que Dios creara a una criatura tan exquisita como Serena Serghetti para hacerla monja, separándolos así a ambos para toda la eternidad.

Pero ahí estaba ella otra vez, «Su Santidad», la imagen misma de la elegancia, vestida en tonos tierra con una larga chaqueta con cinturón, pantalones escoceses de lana y botas de cuero hasta la rodilla. Lucía un top de cuello alto y, sobre él, una cruz de oro. Llevaba el pelo recogido en una coleta,

resaltando los pómulos prominentes, la nariz respingona y la barbilla afilada. Igual podía venir de un partido de polo que del Vaticano, donde era considerada la mejor lingüista y experta en criptografía.

Como siempre, era asunto suyo lanzar la primera piedra con la esperanza de ver una arruga en aquel rostro liso y en perfecta calma.

—Ah, así que por fin has dejado tus costumbres medievales —comentó él—. Has recuperado el sentido común y has abandonado esa maldita Iglesia.

Ella le dirigió una de sus miradas burlonas típicas, levantando una ceja y

sonriendo socarronamente, pero sus ojos castaños, tan dulces como siempre, confesaban que lo habría hecho si hubiera podido. Luego examinó con aprobación el nuevo corte de pelo de él, su chaqueta oscura, su camisa blanca y sus pantalones kaki.

—Te has puesto muy elegante para ser un arqueólogo, Conrad. Quizá incluso algún día descubras las maquinillas de afeitar —comentó ella, alzando una mano para acariciar su barba incipiente—. He venido por tu padre.

Conrad sintió aquellos cálidos dedos permanecer unos segundos sobre

su piel.

—¿Para asegurarte de que está realmente muerto?

—Estaba contigo en la Antártida cuando él desapareció de la faz de la tierra, ¿recuerdas? —dijo ella, apartando la mano—. Aunque sigue siendo un misterio para mí cómo es que encontraron su cuerpo.

—Y para mí —aseguró Conrad—. Quizá sea él el que nos sigue.

Conrad miró por la ventanilla del auto, consciente de que Serena dirigiría la vista en la misma dirección. Les seguía un Ford Expedition negro con matrícula del Gobierno. A juzgar por la

bienvenida que le habían preparado en el funeral de su padre, era evidente que Packard pensaba que él sabía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y, obviamente, Packard quería que Conrad lo supiera.

—Tácticas del Departamento de Defensa —comentó Conrad—. Nos vigilan.

—Y nosotros a ellos —dijo Serena, imperturbable—. Y Dios nos vigila a todos. Tranquilo, el auto está protegido contra escuchas. No saben con quién estás hablando. Cuando investiguen la matrícula, solo descubrirán una factura de alquiler a tu nombre.

—Me dejas impresionado: tomarte tantas molestias solo para verme…

—No ha sido por eso —contestó Serena, que dejó de mirar por la ventanilla para dirigir la vista hacia él con una expresión indiferente—. He venido para ayudarte a descifrar la advertencia que figura en la tumba de tu padre.

—¿Advertencia? —repitió él—. ¿Has venido a advertirme acerca de la advertencia de mi padre?

—Exacto.

Conrad sospechó que Serena tenía además otros propósitos pero, a pesar de todo, no pudo ocultar su desilusión y,

una vez más, su ira.

—No sé cómo se me ha ocurrido pensar que podías haber venido para presentar tus respetos a mi padre y ofrecerme tu consuelo por mi pérdida.

—Yo no creo en las lamentaciones por aquellos a los que puede que vayamos a seguir de cerca.

Conrad se reclinó en el asiento, se cruzó de brazos y preguntó:

—Entonces, ¿nuestras vidas están en peligro?

—Desde que estuvimos en la Antártida.

—¿Y decides contarme eso ahora?, ¿cuánto hace?, ¿cuatro años?, ¿después

de salir corriendo a los seguros confines de la Iglesia?

—Era el único modo de reunir los recursos que necesitaba para protegerte.

—¿Protegerme? ¡Es de ti de quien necesito protegerme! —exclamó Conrad, desviando la vista por la ventanilla. El todoterreno estaba haciendo un trabajo de lo más chapucero, tratando de permanecer invisible tres autos más atrás—. El secretario del Departamento de Defensa de los Estados Unidos me va a agarrar por los huevos como descubra que estoy hablando contigo.

—No, mientras no me des lo que él

está buscando.

—¿Y qué es? —preguntó Conrad, suspirando.

Serena se desabrochó la chaqueta y deslizó una mano por dentro del top. Conrad arqueó una ceja mientras ella sacaba una llave, se inclinaba sobre el maletín de fina piel que había en el suelo y lo abría.

—Atento, Conrad —dijo Serena mientras sacaba una carpeta y se la tendía—. ¿Has visto esto?

Conrad encendió la lámpara del techo para ver mejor. Nada más abrir la carpeta, Conrad vio cuatro fotos, una de cada una de las caras del obelisco de su

padre.

—Eres rápida Serena, eso tengo que reconocerlo.

En la cara norte había un epitafio, en la este unos símbolos astronómicos, en la oeste cinco series numéricas y, finalmente, en la cara sur, que correspondía a la espalda del obelisco, el número 763, que Conrad ni siquiera había visto.

—¿Cómo has conseguido esto? Yo acabo de ver la tumba por primera vez.

—Max Seavers y dos oficiales más de Seguridad me las enseñaron en Nueva York hace dos días —contestó Serena—. Hay sesión en las Naciones

Unidas, así que he venido a los Estados Unidos por un par de semanas. Me arrinconaron al salir de la Asamblea General, me llevaron al despacho del embajador de los Estados Unidos y me informaron.

Conrad reflexionó entonces acerca de su conversación con Packard y Seavers después de la ceremonia, pocos minutos antes. Aparentemente no tenían problemas para hablar con Serena, pero sí con él. ¿Por qué?

—Tú tienes inmunidad diplomática, y los despachos de las Naciones Unidas son territorio neutral —dijo Conrad—. No necesitabas marcharte.

—No podía decirle que no a Max.

—Ah, así que para ti es Max, ¿eh?

—Antes de invertir su fortuna en una empresa que no era sino un callejón sin salida y de sustituir a tu padre en la DARPA, Max Seavers donó millones de dólares en vacunas para ayudarme en mis esfuerzos a favor de África y Asia, además de donar dos mil millones de dólares a las Naciones Unidas.

Conrad miró a Serena y se preguntó si de verdad creían Seavers y Packard que iba a contarle secretos acerca de la seguridad nacional a una monja. ¿O acaso lo que los preocupaba era que ella le contara a él cosas que no querían que

Conrad supiera?

—Y entonces, ¿por qué «San Max» te enseñó estas fotos, y qué le dijiste tú?

—Me dijo que el Departamento de Defensa había recuperado el cuerpo de tu padre en la Antártida, lo cual, como puedes imaginarte, fue una gran sorpresa para mí. Y luego me dijo que una vez que arreglaron los preparativos para el entierro en Arlington, los diseños de la lápida que había dejado encargados tu padre en el cementerio habían levantado ciertas sospechas. Y desde luego las mías también.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque tu padre decidió hacerse

una lápida idéntica al Cetro de Osiris que encontramos en la Antártida y grabar encima pistas que sabía que solo tú y yo juntos podríamos seguir —explicó Serena—. El único problema es que dejó hecho su encargo en Arlington antes del descubrimiento de la Antártida.

Viajaban por el puente del Memorial Bridge, y Conrad pudo ver el Monumento a Lincoln, el Monumento a Washington y el edificio del Capitolio de los Estados Unidos alineados ante ellos, formando un eje, con la Casa Blanca al norte y el Monumento a Jefferson al sur, formando un segundo

eje. Aquello parecía la ciudad ideal bajo el cielo tormentoso, trazada como una gigante cruz de mármol blanco sobre los trozos de césped verde y los reflectantes estanques del National Mall.

Conrad le tendió la carpeta y añadió:

—Buen trabajo. Así que, evidentemente, mi padre sabía qué buscar en la Antártida. Pero, por lo poco que sé yo, probablemente tú también. Bueno, ¿y qué hay de nuevo?

—La lápida de tu padre, Conrad. Él quería que los dos lo descubriéramos juntos.

—¿Juntos?

—¿Por qué, si no, iba a dejar las pistas en un obelisco que solo tú y yo podemos descifrar? Ya has visto esos símbolos astrológicos. Son señales celestiales. Tienen su contrapartida en la tierra, como tú bien sabes. Es un mapa estelar que debe llevarnos a una señal concreta.

—¿Y eso se lo dijiste a Seavers?

—Por supuesto que no, Conrad. Le dije que no tenía ni idea, que solo tú podías descifrarlo.

Conrad sonrió.

—Eso es lo que acabo de decirle yo ahora mismo en Arlington, solo que refiriéndome a ti.

Serena no le devolvió la sonrisa.

—Quería que le contara si habías tratado de ponerte en contacto conmigo —añadió ella—. Y que le contara también lo que tú me dijeras y lo que descubramos juntos.

—Gracias por el aviso Serena —contestó Conrad, que sentía volver de nuevo la ira que había tratado de reprimir—, pero ¿qué se supone que vamos a encontrar juntos al final de esa estela del tesoro?, ¿el tesoro perdido de los caballeros templarios?, ¿un siniestro secreto que podría destruir la República? ¿O es que quizá se te ha olvidado que, aparte de algún

documental ocasional para el Discovery Channel, ahora me gano la vida como consejero técnico de Hollywood para el cine fantástico? Y eso gracias a que ya nadie quiere prestar fondos para ninguna excavación real en la intervenga yo. Tú te aseguraste de que así fuera cuando mantuviste la boca cerrada después de lo de la Antártida, destruyendo la poca reputación que me quedaba como arqueólogo. Así que Serena, ¿qué es lo que crees que mi padre quería que encontráramos juntos?

Serena escuchó aquella salida de tono con calma. Había absorbido toda su furia como una palmera plantada

firmemente en la arena de una isla cualquiera de sur del Pacífico, inclinándose graciosamente al soplo de los monzones para después erguirse más alto aún.

—No lo sé, pero es evidente que se trata de algo lo suficientemente importante como para que el Pentágono lo investigue. Algo que ni siquiera mis superiores en Roma quieren revelarme.

—¡Oh, me dan escalofríos! —se burló Conrad, aunque en el fondo se había sentido secretamente enganchado nada más ver el obelisco—. Así que el nuevo papa no te tiene tanto cariño como el anterior, ¿eh? Pero si pudieras aunque

solo fuera contarle a su santidad el significado de alguna cifra críptica inscrita en la lápida de un general americano muerto, entonces la Iglesia sabría lo que vamos a encontrar al final de esa estela del tesoro celestial, y tú volverías a ser la «Madre Tierra» otra vez, ¿no?

Serena frunció el ceño y permaneció en silencio. Obviamente no le había gustado su ironía.

—Quiero hacer un trato contigo, Conrad. Tú descifras el significado de esos signos astrológicos y esas series numéricas, y yo te ayudo a descifrar el significado del número 763.

—¿O?

—O Max Seavers y el Pentágono se nos adelantarán y descubrirán antes que nosotros el secreto que tu padre dejó atrás —explicó Serena—, y entonces ya no tendrán ninguna razón para necesitarte… ni a ti, ni a la República.

—¿A la República? —repitió Conrad, incrédulo—. ¿Qué te hace pensar que esto tiene algo que ver con nuestra patética excusa de la República?

—Bien —dijo ella—, entonces al menos déjame que te ayude a salvar tu patética excusa para vivir. Parece que eso es lo único que te importa últimamente. —Serena le tendió una

tarjeta en blanco por las dos caras excepto por unos dígitos—. Es mi teléfono personal, Conrad.

Conrad se quedó un momento mirando la tarjeta. No sabía qué lo entusiasmaba más, si las cifras secretas en la lápida de su padre o conseguir el número de teléfono personal de Serena Serghetti después de tantos años.

—Llámame si averiguas algo —añadió ella.

Conrad se dio cuenta entonces de que la limusina se había detenido. Tomó la tarjeta que ella le tendía y miró por la ventanilla del auto. Habían parqueado delante de la casa de Brooke, en el 3040

de la calle Norte. Serena sabía dónde vivía.

—Lástima que la señorita Scarborough no pudiera ir al funeral a ofrecerte personalmente sus condolencias —dijo Serena.

Y también sabía lo de Brooke. Así que, probablemente, la muy condenada lo sabía todo.

—Solo porque tú hayas decidido ser monja eso no significa que yo deba vivir como un monje —soltó Conrad que, acto seguido, salió de la limusina a la calle lluviosa, molesto consigo mismo por sentir la necesidad de justificarse ante ella y más molesto aún por el hecho de

que la opinión de Serena le importara tanto.

—Lo siento, Conrad —dijo ella bajando la ventanilla del auto, con una única gota de lluvia resbalando por su rostro como si se tratara de una lágrima —. Dios me llamó. Y ahora te ha llamado a ti.

Serena cerró la ventanilla y le hizo una seña al chofer.

Conrad observó la limusina marcharse, consciente todo el tiempo del todoterreno que, lentamente, dio la vuelta a la esquina y estacionó al otro lado de la calle. Sus lunas tintadas eran demasiado oscuras como para permitirle


ver quién había dentro.

3

Conrad saltó las escaleras de la fachada de la casa de piedra de Brooke en dos zancadas, llegó a la puerta principal y abrió con su llave. Ella le había dado las llaves de su casa meses antes de que ambos decidieran vivir juntos, una decisión que Conrad había tomado solo después de aceptar finalmente que jamás tendría otra oportunidad con Serena Serghetti.

Una vez en el vestíbulo, arrojó el abrigo sobre un banco y se dirigió a desactivar la alarma. Tenía la mente puesta en el libro que lo esperaba en el estudio, de modo que pulsó los botones de la alarma sin prestar atención y se equivocó.

Mientras deshacía lo que acababa de hacer y volvía a marcar el número correcto, se preguntó de qué otros modos podrían estar vigilándolo, aparte del todoterreno de la Secretaría de Defensa parqueado fuera. Probablemente se tratara de una vigilancia de audio y no de vídeo, concluyó, y aun así sería con micrófonos

direccionales instalados en el todoterreno, y no en la casa. Packard no se arriesgaría a provocar la ira del padre de Brooke, el senador Joseph Scarborough, que era el encargado de supervisar todas las oscuras operaciones de Packard desde su despacho en el llamado Comité de Inteligencia del Senado. Aunque, por otro lado, el senador Scarborough tenía peor opinión del hombre con el que vivía su hija que del secretario de Defensa: «Jamás ninguna mujer ha visto tanto en un hombre con tan poco», había musitado el senador en una ocasión.

Y, sin duda, no dejaría escapar

ninguna oportunidad de terminar con la relación amorosa de su hija.

Conrad entró en el estudio de Brooke y dejó la bandera doblada sobre la repisa de la chimenea. Luego sacó un libro viejo, de tapas duras de tela marrón, del tercer estante.

El título estaba estampado con letras doradas sobre el lomo: *Las aventuras de Tom Sawyer*, por Mark Twain. Se lo había regalado su padre cuando tenía diez años. Era lo único que su padre le había dado jamás, aparte de dolor y penas.

Conrad cogió una pluma y un taco de papel en el que se leía *Brooke*

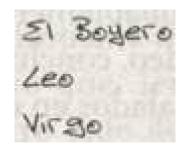
Scarborough / The Fox on Fox Sports, y los dejó, junto con el libro de Tom Sawyer, sobre la mesa del café delante del sofá del salón. Luego fue a la cocina a recalentar las sobras de pasta del Café Milano y, por último, se sentó en el sofá con su cuenco de hidratos de carbono, su botella de Sam Adams y su Tom Sawyer.

Arrancó tres hojas del taco de papel de Brooke.

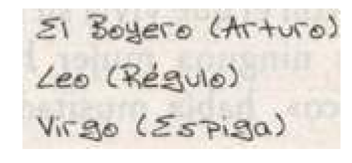
En la primera escribió el número que figuraba a la espalda de la lápida de su padre: 763. No tenía absolutamente ninguna pista sobre su significado.

En la segunda hoja escribió los nombres de las constelaciones que había

visto en la cara este del obelisco:



Junto a cada constelación escribió el nombre de su ancla o «estrella alfa», que por lo general era la estrella más brillante a simple vista desde la Tierra dentro de esa constelación:

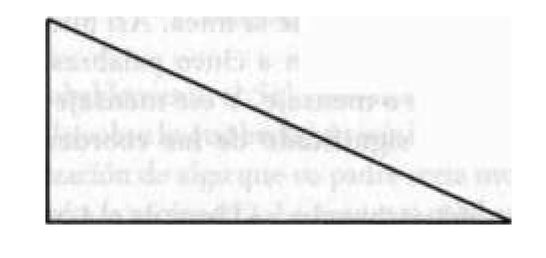


En teoría, cada una de las estrellas alfa tenía una contrapartida terrestre o

señal. En lugares como Giza o Teotihuacán, los antiguos situaban su pirámide o su zigurat orientados hacia una estrella clave del cielo. El efecto era una ciudad alineada astronómicamente, que reflejaba los cielos sobre la tierra. Simbólicamente, se trataba de lograr cierta forma de armonía cósmica entre el hombre y los dioses. En la práctica, el resultado era un «mapa del tesoro» dentro de la ciudad, mapa que solo conocían sus fundadores.

Conrad trazó rápidamente y de memoria la relación de esas estrellas alfa entre sí. El resultado era un

triángulo:



No tenía ningún sentido.

Por la forma en que funcionaba en lugares como las pirámides de Egipto o el Camino de los Muertos de Suramérica, cada señal conectada con una estrella debía llevar a otra señal y luego a otra. En teoría, se podía seguir el mapa de las estrellas del cielo sobre la tierra hasta llegar a un determinado destino final. Por lo general, ese destino

solía ser un monumento, santuario o sepulcro de algún tipo, cuyo verdadero sentido o propósito quedaba entonces revelado junto con el tesoro o secreto que contuviera.

Por desgracia, aquel triángulo de estrellas no era ningún mapa. No tenía dirección. En realidad, era un círculo sin fin, girando infinitamente. Así que también le costaría trabajo descifrar eso.

Finalmente, en la tercera hoja, Conrad escribió rápidamente el código numérico que había memorizado; era una secuencia de cinco series numéricas:

155.1.6
142.8.1
48.7.5
111.2.8
54.3.4

Ah, por fin algo familiar.

Por su aspecto, Conrad supuso que los números estaban codificados según un «libro de códigos». Cada cadena de tres números representaba una palabra. El primer número era la página del libro, el segundo la línea dentro de esa página, y el tercero la palabra exacta dentro de la línea. Así pues, las cinco series de números se referían a cinco palabras que, unidas, formaban una frase

o mensaje. Y ese mensaje sería la clave para descifrar el significado de las coordenadas estelares.

El problema con los códigos basados en libros de códigos era que eran imposibles de descifrar… a menos que uno tuviera el libro en el que se basaban, por lo general un libro y una edición muy concretos que debían poseer tanto el emisario del mensaje como el receptor.

Este tiene que ser el libro, se dijo Conrad, cogiendo *Las aventuras de Tom Sawyer* de la mesa. Era el único libro que su padre le había regalado, además de que había sido su padre quien le

había enseñado a escribir mensajes cifrados cuando Conrad formaba parte de los Boy Scout, a los diez años, los mismos que tenía Tom Sawyer en el libro.

Conrad se reclinó en el sofá y abrió la novela. Se trataba de una edición no autorizada y sin ilustraciones, publicada en Toronto por Belford Brothers Publishers en julio de 1876, meses antes de que saliera la edición con licencia oficial en América. Conrad recordó que, igual que Tom Sawyer, él había deseado ser pirata de niño. Y aquella era la versión «pirata» que había enfurecido a Mark Twain, quien en su día reclamó el

robo del manuscrito del taller de artes gráficas.

Echó un vistazo a la secuencia de números que había copiado y pasó rápidamente las páginas. La primera serie de cinco números, 155.1.6, le llevó directamente a la página 155, primera línea, sexta palabra.

Conrad buscó la página 155 y descifró el primer número:



Rápidamente descifró los dos números siguientes y se quedó mirando el papel:

SOL BRILLA SOBRE

Probablemente el Sol sería la señal celeste invisible final, y aquello sobre lo que brillaba sería la señal terrestre definitiva: la localización de algo que su padre creía muy importante. Pasó a la página 111. La siguiente palabra era *savage*, «salvaje».

SOL BRILLA SOBRE SALVAJE

Estaba a punto de pasar a la página 54 y a la última palabra cuando oyó la puerta del baño en el piso de arriba. Se quedó helado.

—¿Conrad?, ¿eres tú? —gritó una

voz.

¡Brooke! Durante todo ese tiempo ella estaba en casa. No la esperaba tan pronto, pero un rápido vistazo al reloj le reveló que ella había terminado su programa hacía dos horas.

Conrad cerró de golpe el libro de Tom Sawyer, lo escondió debajo del sofá, tomó el mando a distancia y encendió la televisión de plasma. Echaban el programa de deportes del fin de semana de Brooke en la Fox. Lo buscó en la parrilla y lo sintonizó.

En la pantalla salió la cortina televisiva del programa junto con la música de estilo wagneriano que habían

compuesto especialmente para él, e inmediatamente pusieron los anuncios. Era un programa en el que se mezclaban los deportes y la política. Todos los patrocinadores, según parecía, eran poderosos gigantes de la industria global relacionados con las comunicaciones, la energía o los servicios financieros. El espectador medio del programa era un hombre blanco, de mediana edad, con una abultada cartera de valores y pantalones de golf a juego que se ponía mientras devoraba con la vista a la señorita Scarborough y daba sorbos de su Arnold Palmer en el club.

—¿Por qué no le declaramos la guerra a los terroristas musulmanes? —le preguntaba ella alegremente al jugador de béisbol de la división A, Rod, que aparecía a su vez en medio del campo. El jugador del equipo de los Yankees de Nueva York la miraba como si hubiera despertado en un universo alternativo—. Ellos llevan años declarándonos la guerra —continuaba Brooke—. Los cruzados tenían razón: o los fulminamos, o nos los ponemos en el jersey.

Conrad había luchado sus propias batallas contra los fascistas antiislamistas y estaba a favor de

ganarle la guerra al terror, pero no podía creer que le permitieran a Brooke decir aquellas cosas en directo. No obstante, su programa era de los de más alta audiencia en política. Lo mejor para ver a Brooke por televisión era anular el sonido, pero en lugar de ello Conrad subió el volumen por si alguien estaba escuchando.

En realidad, el verdadero objetivo del programa eran los viajes gratuitos por las piernas de Brooke, vistas desde un ángulo bajo, además de verla sacudir la melena rubia mientras soltaba un comentario reaccionario tras otro acerca de la bajada de impuestos, del cese de

acciones positivas o del derecho de todo americano a tener un arma. Conrad sabía que Brooke guardaba una 357 Magnum cargada en una caja de zapatos Manolo Blahnik en lo alto del armario, en el dormitorio. Pero como Brooke tenía alrededor de doscientas cajas de zapatos, jamás estaría seguro de en cuál estaba.

Conrad estiró el cuello y dirigió la vista hacia lo alto de las escaleras, por donde aparecieron un par de largas piernas. Era Brooke con sus sandalias de pulsera Jimmy Choo y su vestido de noche verde Elie Saab que mostraba su perfecta figura al completo.

—Ahí estás —dijo ella, observando el cuenco de pasta y la botella de Sam Adams sobre la mesa—. ¿Dónde te habías metido?

—En el funeral.

—Lo sé, cariño, lamento mucho no haber ido —contestó Brooke mientras se acercaba y lo besaba en los labios—. Pero por eso mismo decidimos salir esta noche, ¿recuerdas? Para dejar el pasado atrás y celebrar que estamos juntos y tenemos un futuro. Esta noche se celebra la recepción olímpica en la Embajada de China. Irán todos los de la cadena.

Conrad se quedó mirándola. Lo había olvidado por completo.

—Acabo de enterrar a mi padre, Brooke —dijo Conrad aunque, en realidad, solo pensaba en el libro de debajo del sofá—. No tengo ganas de fiestas.

Brooke frunció el ceño y sus ojos, de un azul tan cristalino que a veces parecían vacíos, se enfocaron entonces automáticamente como si fueran la lente de una cámara.

Conrad esperaba que ella dijera algo así como: «¡Pero si tú odiabas a tu padre!», pero en lugar de ello se puso tremendamente dulce. Estaba fantástica cuando adoptaba esa actitud.

—Sé que tiene que ser duro, Conrad,

pero al menos tu padre desapareció de golpe. Mi abuelo, el veterano, murió en su casa de retiro de Florida mientras veía en la televisión a Errol Flynn en *Night of the Dawn Patrol*.

—Así que crees que voy a palmarla mientras veo *Top Gun* en la televisión cuando estés fuera, ¿eh?

—No, vas a palmarla haciendo de *Top Gun*[1] para mí esta noche —contestó ella con ojos brillantes—. Eso, si tienes suerte.

Conrad la miró y sonrió. Aunque en ese momento Brooke tenía un cuerpo espectacular y una personalidad arrolladora, Conrad la había conocido y

había salido con ella por primera vez cuando no eran más que dos desgarbados adolescentes, compañeros del Sidwell Friends School, al que Conrad había asistido durante dos años cuando su padre lo arrastró a vivir a Washington D. C. En ese momento, Brooke era una mujer sexi y con aplomo, segura de sí misma, que había sabido redondear sus curvas hasta llevar su cuerpo a la perfección. Parecía tener todas las respuestas de este mundo.

—Despiértame cuando vuelvas —dijo él.

Brooke suspiró, recogió el abrigo de él del banco y lo guardó en el armario

del vestíbulo. Luego se dio la vuelta y se miró al espejo, y enseguida volvió a pintarse los labios.

—Puede que traiga a alguien a casa.

—Mejor que mejor —contestó Conrad, volviendo a poner el volumen de la televisión—. Procura que sea castaña.

—Te detesto.

—Suele ocurrirme con todo el mundo antes o después.

Brooke se acercó entonces a él y le quitó el mando a distancia.

—¡Oye, que estaba buscando *Top Gun*!

—Lo único que vas a ver esta noche

es a mí.

—¡Pero si te estaba viendo a ti!

—En carne y hueso Con. Hoy vamos a pasar la noche juntos.

Brooke se inclinó sobre él, envolviendo prácticamente su cabeza con el escote, y comenzó a besarlo apasionadamente en los labios. El hecho de que ella se quedara en casa por él decía mucho a su favor. Sus delicados labios consiguieron animarlo bastante, muy a su pesar.

—¿Y los chinos? —preguntó él.

—Ya les pediremos la cena —sonrió ella.

Brooke lo tomó de la mano y lo

llevó escaleras arriba. Solo una vez volvió Conrad la vista atrás, hacia el libro escondido debajo del sofá.

4

Conrad estaba tumbado boca arriba en la cama, mirando al techo y pensando en Serena. El sexo con Brooke sin duda lo había ayudado a liberarse de la tensión, pero se sentía más culpable que el demonio.

Observó a Brooke. Habían salido juntos durante el bachillerato, ella era la primera chica con la que había hecho el amor. Y, muerto su padre, ella era

además su único vínculo con el pasado. Una vez terminados los estudios, él la había abandonado para marcharse a hacer sus excavaciones y conocer a otras mujeres, aunque la veía y oía sus interesantes comentarios por la televisión de vez en cuando, primero en la NBC y luego en la Fox.

Pero entonces apareció Serena y, nada más conocerla en Suramérica, olvidó su vida anterior por completo. Conrad y Brooke habían vuelto a encontrarse al volver él a Washington D. C. después de que Serena lo abandonara tras el desastre de la Antártida. Él estaba haciendo *jogging*, como todas las

mañanas, por el parque Montrose, a pocas manzanas de allí. Ella paseaba al perro. Prácticamente chocaron el uno contra el otro frente a la esfera armilar del parque. Era el destino. Casi instantáneamente ella lo invitó a su casa. El perro debió darse cuenta de que había perdido su lugar privilegiado en el corazón de Brooke, porque se había escapado de casa nada más mudarse él. Y desde entonces todo había sido como si jamás se hubieran separado.

Hasta ese momento. Hasta que de nuevo apareció Serena en Arlington.

Conrad volvió a pensar entonces en el libro de Tom Sawyer y en el mensaje

incompleto que había descifrado. Solo le faltaba una palabra para terminar.

Miró a Brooke, observó su pecho subir y bajar rítmicamente y se convenció de que estaba dormida. Entonces salió sigilosamente de la cama y miró por la ventana del dormitorio. El todoterreno negro se había marchado, pero eso no significaba que no hubiera nada ni nadie ahí fuera, observándolo o escuchándolo.

Bajó las escaleras en silencio, se dirigió al salón y sacó el libro de debajo del sofá. No le gustaba ocultarle cosas a Brooke, sobre todo porque sabía cuánto lo detestaba ella. Pero no podía

mencionar el libro sin mencionar a Serena o, en caso de hablarle del libro y omitir el encuentro, no podría evitar tampoco quedar como un mentiroso si ella se enteraba. Y sin duda Brooke se enteraría. Ella siempre se enteraba de todo.

Conrad entró en el servicio junto al vestíbulo, bajó la tapa del retrete y se sentó con el libro abierto a la débil luz de la luna que entraba por la ventana, encima del lavabo.

Buscó la última palabra en la página 54: se trataba de la palabra «tierra». Cuando terminó de escribir el mensaje, Conrad se quedó mirando la nota que

tenía en la mano con el mensaje que le había dejado su padre:

SOL BRILLA SOBRE SALVAJE TIERRA

¿Qué diablos significaba aquello? ¿Se trataba simplemente del desvarío de un viejo astronauta desilusionado, de un general despreciado de las Fuerzas Aéreas? ¿O se trataba de algo más? Tenía que significar algo más porque estaba escrito solo para él, exactamente igual que los símbolos astrológicos del obelisco. Pero ¿por qué? ¿Y qué tenía eso que ver con el solitario código numérico 763 grabado a la espalda del obelisco? Ese número no tenía

correlación con el libro de códigos.

Conrad se quedó mirando la encuadernación del libro, que tenía abierto por la última página que había consultado. Algo le desagradaba.

Había un corte que separaba la encuadernación de las hojas. Lo abrió más y descubrió que, por dentro de la encuadernación, había algún tipo de bolsillo secreto. Entonces pasó rápidamente las páginas de todo el libro. Lo demás estaba en perfecto estado: no había más cortes ni hojas rotas. Aquel bolsillo tenía que ocultar algo.

Conrad subió al estudio de Brooke y buscó un abrecartas en el cajón del

escritorio estilo colonial con tapa de persiana. Volvió a la página 54 e introdujo el abrecartas por el corte para sacar lo que hubiera dentro: se trataba de un sobre.

Estaba amarillento por el tiempo. Atravesadas, en letras mayúsculas descoloridas, leyó una frase: «OBSERVADOR DE LAS ESTRELLAS».

Conrad abrió cuidadosamente el sobre y sacó un documento doblado de él. Lo desplegó y vio que había un texto por un lado, y, por el otro, una especie de mapa.

Inmediatamente reconoció la

topografía del Potomac. Y reconoció también el trazado. Era un bosquejo de la ciudad de Washington D. C. En la esquina superior izquierda había un nombre escrito: «Washingtonople». En la esquina contraria, visible solo a contraluz, dos iniciales: «TB».

Serena tenía que ver eso.

Más fascinante aún era el texto, en el reverso del mapa. Se trataba de una especie de carta codificada y alguien, probablemente su padre a juzgar por la caligrafía, pensó Conrad, había descifrado el saludo y la firma. Estaba fechada el día 25 de septiembre de 1793.

El cuerpo de la carta estaba escrito según un código alfanumérico que Conrad no reconoció. Probablemente se tratara de un código militar de la época de la revolución. En cambio, el saludo descifrado estaba tan claro que le tembló la mano al ver de quién era la firma. Era del general George Washington y la carta comenzaba así:

A Roben Yates y su sucesor elegido,

en el año de Nuestro Señor de 2008…

5

Aquella mañana Conrad encontró a Brooke en la cocina, revisando cinco periódicos mientras veía los programas de noticias de la televisión, cuya pantalla había dividido en seis para seguir los principales canales simultáneamente. Estaba desayunando lo de siempre: medio pomelo, galletas Wasa y café. Seguía religiosamente aquel ridículo plan nutricional propuesto

por un médico de Beverly Hills para las estrellas, plan que la obligaba a llevar siempre consigo un diminuto peso para pesar lo que comía, que jamás debía sobrepasar los ochenta y cinco gramos de cualquier alimento de una sola vez, ni dejar pasar menos de cuatro horas entre ingesta e ingesta.

—Te has levantado pronto —dijo ella, sirviéndole café—. El *Post* trae una bonita necrológica de tu padre.

Brooke le enseñó la fotografía y el pie de foto: «Hallado en la Antártida el cuerpo del general de las Fuerzas Aéreas, que hoy descansa en paz».

Conrad observó la fotografía de su

padre, tomada hacia 1968, allá por los maravillosos tiempos en que era astronauta de la NASA, todo un símbolo americano.

—Creo que voy a ver si me adelanto y consigo un documental sobre él para la Discovery Channel —dijo Conrad—. Ya sabes, a ver si dejo el pasado atrás y miro adelante. Por eso me he levantado pronto esta mañana, para ir a las oficinas de Maryland. Voy a ver si convenzo a Mercedes.

—Bien, pero asegúrate de que ella no te tira los tejos Con —respondió Brooke sin levantar siquiera la vista del periódico—. Por desgracia, esa sí que

no es monja.

Conrad se quedó parado, preguntándose si habría estado hablando de Serena en sueños. Pero entonces la vio en cuatro canales de televisión. Hablaba sobre el estado de los derechos humanos en China en vísperas de la celebración de las olimpiadas, así como de su condición de primer emisor de dióxido de carbono del mundo. Los otros dos canales hablaban de la gripe aviaria que acababa de aterrizar en Norteamérica y había causado la muerte de algunos pollos, aunque aún no había pasado al contagio humano. Eso, por supuesto, decía el experto y monótono

presentador de televisión, era solo cuestión de tiempo.

—Tendré cuidado —rió Conrad, que la besó y se despidió.

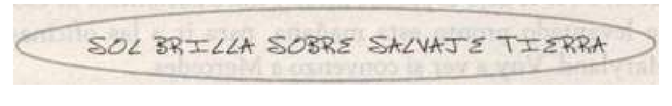
Nada más salir de casa, Conrad observó la calle. No había vehículos sospechosos. Ni tipos con pinta de espías escondidos tras las sombras. Se apresuró por la acera en dirección a la calle Treinta y Una y tomó un taxi. Subió, y pidió que lo llevara a la Union Station.

Brooke observó el taxi según desaparecía al dar la vuelta a la esquina. Entonces subió a su estudio y se detuvo. Faltaba algo. Revisó las estanterías y

notó un pequeño hueco en el tercer estante, lo que hacía que los demás libros se inclinaran. Conrad había sacado y vuelto a dejar en su sitio, de cualquier manera, un libro. El libro, comprendió de pronto, el libro que todo el mundo había estado buscando.

Así que había descifrado el libro de códigos.

Se acercó a la librería, sacó el Tom Sawyer y rebuscó por las páginas. Conrad había rodeado las palabras con un lápiz.



Estaba a punto de devolver el libro a su sitio cuando notó que la encuadernación estaba rota. Tenía un corte por el que se veía una especie de bolsillo secreto. Brooke juró.

Con las manos temblorosas, se dirigió a la cocina y volvió con una cuchilla de afeitar. Cortó cuidadosamente la cubierta por el interior hasta que formó una especie de solapa. Suavemente la despegó y la echó hacia atrás, viendo entonces el bolsillo vacío y, en el interior de la solapa, una mancha de tinta. Había algo escrito.

Confusa y aterrada, corrió al vestíbulo y sostuvo el libro frente al

espejo. Apenas era capaz de mirar. En el espejo, sin embargo, las palabras estaban muy claras: «OBSERVADOR DE ESTRELLAS».

—¡Puta mierda! —juró.

Durante todo ese tiempo el mapa había estado en su casa, dentro de un libro, delante de sus mismas narices. Y no lo había visto.

Corrió a marcar un número de teléfono de Georgetown en su móvil codificado. Se identificó a sí misma ante el agente que contestó:

—Aquí Scarlett, tengo un mensaje de prioridad uno para Osiris.

6

Conrad no reconoció al espía hasta que el joven camarero del vagón de primera clase del Acela Express se acercó para darle a escoger entre un desayuno caliente o frío. Él eligió los Bran Flakes. El otro único pasajero del vagón, un hombre que parecía un defensa de la Liga Nacional de Fútbol embutido en un traje, pidió huevos revueltos al estilo Big Bob.

Así fue como se dio cuenta de que era un agente federal. Nadie iría en primera clase ni pediría huevos revueltos al estilo Big Bob si no era con el dinero del contribuyente. Además, ese plato parecía la versión de la empresa nacional de ferrocarriles Amtrak del coctel de mariscos.

Adiós a su intimidad; había cambiado el pasaje de turista por el de primera clase porque le habían dicho que el vagón de primera iba vacío. Según parecía, ningún otro viajero creía que los huevos revueltos al estilo Big Bob merecieran pagar ochenta dólares más.

Excepto Big Bob, que estaba sentado unos cuantos asientos atrás.

Conrad maldijo en silencio y contempló por la ventana los áridos pastos de Pensilvania al pasar. El Acela Express era el tren más rápido del continente y llegaba a alcanzar los doscientos cuarenta kilómetros por hora entre Washington D. C. y la ciudad de Nueva York. Conrad esperaba encontrarse con Serena para la comida y con Brooke para la cena sin que nadie se enterara. Pero era evidente que no había sido lo suficientemente rápido.

Porque ahí estaba Big Bob, sonriendo al camarero mientras cogía

dos tarrinas de leche y tres de azúcar artificial para el café, fingiendo leer el *Wall Street Journal* mientras llegaban los huevos revueltos.

Conrad se levantó del asiento sin mirar atrás y salió del vagón en dirección a la locomotora hasta llegar a los dos servicios que había al final. Era todo tan espacioso y estaba tan limpio que sintió la tentación de llamar a Big Bob para que se acercara a verlo. Solo para verlo silbar y decir: «De modo que así es como viven los ricos».

Cerró la puerta y trató de animarse. «Acela» era uno de esos nombres inventados por alguna empresa

neoyorquina en el que se mezclaban las palabras «aceleración» y «excelencia». El secreto de la velocidad del Acela radicaba en su habilidad para inclinarse en las curvas sin volcar ni asustar a los pasajeros. Conrad sintió una leve inclinación mientras se miraba en el espejo y pensaba en lo que estaba haciendo.

Por el bien de Brooke, no podía implicarla en el asunto. O, al menos, eso se repetía él. Quizá simplemente no quisiera que ella supiera hasta qué punto él estaba colgado de Serena. Pero Brooke era una mujer adulta. Ella sabía que él jamás le había hecho ninguna

promesa. Y probablemente sabía también, quizá incluso mejor que él, las escasísimas posibilidades que tenía de volver otra vez con Serena.

Se desabrochó lentamente la camisa delante del espejo: llevaba el sobre pegado al pecho. Sacó el mapa y se fijó en el texto:

763.618.1793

634.625. ghquip hiugiphipv 431. Lqfilv Seviu

282.625. siel 43. qwl 351. FUUO.

179 ucpgiliuv erqmqaciu jgl 26. Recq

280.249. gewuih 707.5.708. jemcms.

282.682.123.414.144. qwl qyp nip

682.683.416.144.625.178. Jecmwh ncabv

rlqxi 625.549.431. qwl gewui. 630. Gep

48. ugelgims 26. piih 431. Ligqnniphcpa

625.217.101.5. uigligs 2821.69. uq glcvcgem

5. hepailqwu eu 625. iuvefmcubnipv 431.

qwl lirwfmcg.

280. qyi 707.625. yqlmh 5.708.568.283.282.

biexip. 625. uexeqi 683. ubqy 707.625. yes.

Su padre solo había descifrado el saludo alfanumérico «Al sucesor elegido de Robert Yates en el año de Nuestro Señor de 2008» y la firma numérica «general George Washington». Puede que su padre pensara que le bastaba con aquello para descifrar lo demás o, quizá, simplemente, no hubiera sido capaz de descifrar todo.

En realidad, lo único que sabía Conrad acerca de Robert Yates era que los antecesores de su padre habían adoptado el apellido «Yeats» para distanciarse de él. Robert Yates había

sido uno de los padres fundadores de la patria más controvertidos. Además de ayudar a redactar la primera Constitución para el Estado de Nueva York, representaba a ese estado como delegado clave en la convención de Filadelfia encargada de la redacción de la Constitución de los Estados Unidos.

Y fue ahí donde las cosas se pusieron feas.

Porque pronto se puso de manifiesto que la Convención Constitucional, bajo el liderazgo de George Washington, no estaba entresacando los artículos de entre las Constituciones de los trece estados para formar la de la

Confederación tal y como estaba previsto. Estaba creando un nuevo poder centralizado: el gobierno federal, una nueva soberanía con poder para recaudar impuestos y mantener un ejército.

Fue entonces cuando Robert Yates amonestó a Washington, abandonó el proceso e hizo todo lo que estuvo en su mano para frustrar la ratificación de la Constitución de los Estados Unidos, llegando hasta el punto de presentarse para el cargo de gobernador de Nueva York en 1789. No lo consiguió. Pero en 1790 obtuvo el puesto de presidente de la Corte Suprema del estado de Nueva

York, y durante el resto de su vida fue uno de los más ardientes y destacados defensores de los derechos estatales frente a la autoridad federal, a la que no dejó de criticar.

Ni siquiera la tumba pudo silenciar a Yates. En 1821, veinte años después de su muerte, se publicaron sus notas para la Convención Constitucional bajo el título de *Procedimientos y debates secretos de la Convención reunida… con el propósito de formar la Constitución de los Estados Unidos*. Para entonces, por supuesto, la compra de Luisiana había doblado el número de los estados americanos, y la idea de

seguir cuestionando la constitucionalidad del gobierno federal resultaba violenta para la familia.

Fue en aquellas fechas, recordó Conrad, cuando la rama de la familia de su padre dejó de llamarse Yates y se unió a sus primos, para lo que cambió el apellido por el de Yeats.

O al menos eso era lo que Conrad recordaba. Jamás había prestado demasiada atención a los Yeats porque él era adoptado.

Conrad sintió que el tren volvía a inclinarse, al tiempo que aumentaba la velocidad en una curva. Dejó el mapa con el texto sobre un estante y se

abrochó la camisa. Tenía que eludir a Big Bob y ponerse en contacto con Serena.

Sacó el móvil Vertu y por un momento se sintió tentado ante la idea de llamar a Serena a su número personal y citarse con ella en Penn Station, pero enseguida volvió a guardárselo en el bolsillo, sospechando que los amigos de Big Bob oirían la conversación. Y lo mismo si le mandaba un mensaje.

En lugar de ello, tendría que utilizar alguna de las cabinas telefónicas del restaurante del tren.

Al salir del servicio, el desayuno estaba servido en grandes mesas

plegables. Conrad recogió el café, pero, en lugar de sentarse en su sitio, que mantenía la etiqueta de «ocupado» en el asiento, se dirigió directamente hacia Big Bob que, a esas alturas, se había comido ya la mitad del plato de huevos.

—Parece que te has pasado un poco con la salsa de tabasco —comentó Conrad.

Big Bob bajó la cabeza, vio la mancha de su corbata y blasfemó. Intentó limpiarla con la servilleta mientras el tren tomaba otra curva.

Conrad se dejó llevar por el movimiento y se inclinó, balanceándose lo suficiente como para derramar el café

sobre Big Bob. El tipo saltó del asiento, y al hacerlo tiró la bandeja plegable y se golpeó la cabeza contra el maletero.

—Vaya, lo siento —se disculpó Conrad, fingiendo ayudar a Big Bob a recuperar el equilibrio mientras le metía la mano en el bolsillo del traje y sacaba la cartera.

—Pero ¿qué te pasa, eh?

—Deja que te traiga algo del bar —añadió Conrad, guardándose la cartera y marchándose—. Mis disculpas.

En el otro extremo del vagón había dos pares de puertas de cristal de apertura automática que se hicieron a un lado al instante, igual que si se tratara de

la cubierta de la nave espacial *Enterprise*. Conrad atravesó el amplio y silencioso espacio entre vagones en dirección a la clase turista.

Los dos vagones de clase turista estaban medio llenos. Habría unos cuarenta pasajeros por vagón, más o menos, y todos parecían muy ocupados con sus periódicos, sus computadores portátiles y sus iPods, si no estaban maldiciendo porque se habían quedado sin cobertura en medio de una conversación telefónica con sus Blackberrys.

Atravesó dos puertas correderas más hasta llegar al vagón bar. Había allí una

docena de clientes, todos incómodamente sentados en banquetas, unas altas y otras bajas, con barras de los dos tamaños. También había una televisión de plasma en la que se veían imágenes de los partidos deportivos de aquel fin de semana.

En el extremo opuesto del vagón bar había un centro de negocios con un fax, una fotocopiadora y dos teléfonos, uno de ellos encerrado en una cabina. Conrad entró en la cabina. El teléfono no aceptaba ni billetes, ni monedas. Solo tarjetas de crédito. Por suerte, Conrad tenía la Visa de Derrick Kopinski, sargento mayo de la Marina,

alias Big Bob.

Conrad marcó el número de Serena y examinó la tarjeta identificativa de Kopinski mientras esperaba. La licencia de conducir había sido expedida en Oceanside, California. Eso significaba que Kopinski no había estado destinado en Camp Pendleton hasta hacía muy poco. Era un marine. Y probablemente estaba muy verde en lo relativo al Pentágono. Estaba claro que pertenecía al Departamento de Defensa, sin duda era uno de los hombres del secretario de Defensa, Packard. Un agente especial de la clase E-9.

Aparte de cuarenta dólares en

metálico, también había en la cartera de Kopinski una fotografía de su mujer y sus hijos. Tomada en los estudios Sears, sin duda. Ella parecía la mujer de Goose, de la película *Top Gun*, una joven Meg Ryan. Muy guapa. Y lo mismo los niños, que por suerte habían salido a su madre. Había incluso una tarjeta del bautismo del bebé. Eran ortodoxos del este. Y cupones para el Starbucks *coffee*, vales extra del McDonald’s y del Dunkin’ Donuts. Muchos cupones del Dunkin’ Donuts. Era evidente que a ese tipo no le pagaban bien.

Por fin cogieron el teléfono, pero se

trataba del buzón de voz. En francés. Serena le pedía que dejara un mensaje de voz o de texto. Pero antes de que Conrad pudiera marcar ninguna tecla, la comunicación se cortó.

De vuelta en el vagón de primera clase, el sargento mayor Kopinski lo estaba esperando. Nada más abrirse las puertas de cristal, Conrad lo vio de pie, con la chaqueta abierta, enseñando la cartuchera y el arma colgando del torso. La mancha de la corbata parecía aún más grande que antes.

—Quiero mi cartera, doctor Yeats.

—Sí, señor —contestó Conrad mientras se la devolvía y miraba atrás

para asegurarse de que estaban solos en primera y nadie podía verlos desde el vagón de turista.

Estaban solos. Kopinski abrió la cartera y se puso a contar el dinero. Mientras lo hacía, Conrad le dio una patada en la ingle. Kopinski se dobló. En momentos como ese, Conrad siempre se alegraba de que su padre lo hubiera obligado a tomar clases de taekwondo durante trece años con maestros militares. Conrad volvió a golpearlo con la rodilla en la cara y el tipo echó la cabeza atrás. Pero no iba a arriesgarse. Aquel tipo era el doble de grande que él y al menos quince años más joven.

—No puede ser esto lo que esperabas de la vida cuando te alistaste en la marina, sargento mayor —dijo Conrad, agarrándolo por los huevos con una mano y por el cuello con la otra—. Dile a Packard que te asigne un puesto mejor.

Kopinski asintió, tratando de tragar y, para sorpresa de Conrad, comenzó a convulsionarse. Conrad se preguntó si había sido demasiado duro con él. Apartó la mano. Los ojos de Kopinski giraban en sus órbitas, de su nariz empezó a salir espuma verde.

Entonces Conrad vio un diminuto dardo en el cuello del marine al inclinar

este la cabeza hacia un lado de una forma muy poco natural. El pesado cuerpo cayó al suelo de golpe. Estaba muerto. Conrad se volvió y vio que las puertas de cristal estaban abiertas. El camarero le apuntaba con una especie de lanza dardos.

—Acabas de matar a un agente federal —dijo Conrad.

—Atrás —dijo el asesino—. Muy despacio.

Conrad se inclinó para sacar la cartera de Kopinski del bolsillo.

—Solo he conseguido un billete de veinte y un cupón del Starbucks que me quedo para mí.

—Olvídate de la cartera —dijo el asesino acercándose, sin dejar de apuntarle.

—¿Quién eres?

—Para ti, la Muerte —contestó el asesino, haciendo un gesto con el arma —. Date la vuelta.

Conrad se volvió hacia la ventana. De nuevo, solo se veían pastos y más pastos. El asesino le dio una patada y lo derribó.

—Quítate las botas.

Conrad se las quitó. El otro las examinó y se las devolvió.

—Desabróchate la camisa.

—No soy de esos.

—Ábrete la maldita camisa —repitió el asesino, poniéndole el arma en la sien.

Los ojos de aquel tipo echaban chispas, estaba decidido a salirse con la suya. Conrad se desabrochó los botones y se abrió la camisa, pero solo se vio su pecho.

—Como ves, hago ejercicio.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está qué?

—Lo que sea que cogieras de ese librito tuyo.

—Como se les ocurra hacerle daño a Brooke, te mataré.

—Deberías preocuparte más por lo

que te vamos a hacer a ti.

El asesino golpeó a Conrad a un lado de la cabeza con la parte trasera del arma que sostenía. Un rayo pareció cruzar su campo de visión. Le dolía tanto que le costaba mantenerse en pie.

—Dámelo —ordenó el asesino—, o te abriré el culo a ver si está ahí.

—¿Sabes?, ahí es precisamente donde lo tengo —dijo Conrad, comenzando a desabrocharse el cinturón. Sentía zumbidos en la cabeza —. Pareces el tipo de persona al que le gusta mirar esas partes.

Conrad se inclinó, alzando el trasero frente a la cara del asesino. Tenía el

rostro de Kopinski a escasos centímetros, en el suelo. Su camisa estaba sucia de huevos revueltos y salsa de Tabasco vomitados. Conrad pensó en la mujer y los hijos de aquel tipo. Un marine nada menos, se dijo. Y había sido el desgraciado que tenía detrás quien lo había matado.

—Bueno, y ahora mira bien —dijo Conrad—. No vas a perderte un solo detalle.

Conrad dejó caer los pantalones con una mano mientras alargaba la otra hacia la chaqueta de Kopinski. Entonces se alzó súbitamente y se dio la vuelta, con los pantalones en los tobillos. El asesino

miraba para abajo, donde no debía, sin darse cuenta de que Conrad lo apuntaba con el arma de Kopinski.

—Sorpresa —dijo Conrad, disparándole al estómago.

La bala arrastró al asesino contra la pared contraria y lo derribó en el suelo en posición fetal.

Conrad se acercó al vagón de al lado para asegurarse de que nadie había oído el disparo, se inclinó y apuntó al asesino directamente al cuello, preguntando:

—¿Quiénes son?

El asesino sonrió amplia y maliciosamente. Conrad vio que tenía

una cápsula de cianuro entre los dientes. Pero antes de que pudiera partirla de un mordisco, Conrad le destrozó los dientes frontales con la culata de la pistola. El asesino comenzó a toser y a escupir dientes, pero se tragó la cápsula delante de sus narices.

—Así que ahora vas a tardar un poco más en morir —dijo Conrad—. Y no tienes por qué morir. Aún podrías conseguir un médico, pero solo si me dices quiénes son.

El asesino, simplemente, lo miró.

—Veo que aún te quedan unos pocos dientes —continuó Conrad, alzando la pistola para asestarle otro golpe—. Eso

puedo arreglarlo.

El asesino ni siquiera pestañeó, a pesar de que sí tosió sangre. Y dijo:

—Hoy, a la puesta de sol, estarás muerto.

—¿Quién dice eso? —preguntó Conrad, inclinándose hacia él.

—La Alineación —jadeó el asesino con los dientes ensangrentados, tras lo cual se desplomó, muerto.

Conrad le desgarró el uniforme y encontró una BlackBerry. No llevaba nada más, aparte de la extraña arma lanza dardos. Recogió la BlackBerry y se guardó el arma de Kopinski a la espalda.

Arrastró ambos cuerpos hasta el espacio que separaba el vagón de primera y la locomotora, donde encontró el cadáver del verdadero camarero. Se quedó de pie, mirando los tres cuerpos y sacudiendo la cabeza. Disponía de unos veinte minutos como máximo hasta que encontraran los cadáveres una vez hubieran llegado a Nueva York. Conrad miró el reloj. Eran las diez y media. En media hora tenían que llegar a Penn Station.

De vuelta en el vagón bar, tuvo que esperar cinco minutos a que la cabina telefónica quedara vacía. Entró, tanteó el estante por la parte de abajo y sacó el

sobre con el mapa que había dejado ahí pegado. Entonces llamó a Serena.

7

Asamblea de las Naciones Unidas
Nueva York

En el panteón de la arquitectura megalítica moderna, los veinticinco kilómetros de largo de la nueva avenida construida por China para los Juegos Olímpicos del 2008, modestamente llamada el «Eje de las civilizaciones

humanas», era sin duda, igual que el sistema de autopistas interestatales americanas, el canal de Panamá o el canal Europeo, una de las grandes maravillas del mundo moderno.

Pero para Serena Serghetti, que en ese momento estaba de pie ante la Asamblea General, era un desastre medioambiental, una catástrofe a nivel estatal que ponía en peligro animales, que destruía antiguos templos y que obligaba a más de un millón de personas a desplazarse de sus lugares de residencia. Y todo porque China quería demostrar al mundo que había entrado en la edad del progreso.

—Ya tenemos los informes sobre la gripe aviaria, que se extiende por las miserables zonas rurales a las que han sido exiliadas las personas sin hogar —dijo Serena—. Pero el Gobierno se ha negado incluso a reconocer la amenaza global de una pandemia, y no digamos a ayudar a los más necesitados de sus paisanos.

Como es natural, el embajador de China ante las Naciones Unidas no veía las cosas de ese modo y estaba visiblemente molesto. Solo aquella mañana se había visto forzado a negar las acusaciones hechas contra su país a propósito de la supresión activa de la

libertad de expresión, y el encarcelamiento y la ejecución sistemáticos de personas con el fin de vender sus órganos. Y por último, cuando solo faltaban unas semanas para los Juegos Olímpicos de Beijing, tenía que luchar contra los informes acerca de la gripe aviaria.

—Permítame que difiera de su opinión —consiguió decir el embajador de China a través del intérprete—. La industrialización y el desarrollo de Beijing han producido un creciente nivel de vida para nuestra gente y un mejor sistema de salud.

—Al menos, permítanos que

ayudemos a su gente más necesitada, señor embajador.

Serena citó el informe sobre las ayudas internacionales ofrecidas tras el tsunami de 2004 en Indonesia y el huracán de Nueva Orleans de 2005, acontecimientos que también desplazaron a más de un millón de personas de sus hogares.

—Como dice el presidente de la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias, FEMA, algunos de los problemas del mundo les vienen grandes a los Gobiernos —continuó Serena—. Pero la Iglesia global, que aúna los esfuerzos de católicos, protestantes y

ortodoxos, está presente en todo el mundo con más de un millón de plantas de distribución. Comida, cobijo, vacunas, provisiones de auxilio y voluntarios, siempre hay una iglesia local allí donde sucede el desastre. Y estamos preparados para ayudar a China.

—Estoy convencido de que es así, hermana Serghetti, pero sabemos cuidar de nuestra propia gente —contestó el embajador de China, aplazando toda discusión.

Mientras volvía a su asiento. Serena se acordó de al menos otra persona más dispuesta a diferir de su opinión:

Conrad Yeats. Ella lo había abandonado para trabajar para la Iglesia, para luchar por la misma esperanza que estaba defendiendo en aquella asamblea. Pero en la mente de Conrad era la Iglesia la que le había negado su amor.

Recogió los aparatosos aunque ligeros auriculares blancos y se sentó. La mayoría de los delegados necesitaban a los intérpretes de las cabinas construidas sobre sus cabezas para seguir la marcha de la discusión. Pero no Serena, que sabía hablar fluidamente muchas de las lenguas del mundo. Utilizaba los auriculares para recoger mensajes discretamente y tomar

nota de ellos. Una voz en italiano le dijo entonces que, según la sala de prensa, Carlton Yardley, de la revista *The New Atlantis*, estaba esperándola para la entrevista que tenían concertada.

Su corazón dio un vuelco.

Él debe haber encontrado algo, pensó, sintiéndose violenta al comprender que le daba igual si él tenía algo que enseñarle o no. Le bastaba con ver su rostro. Su rostro sin afeitar.

Salió en cuanto pudo de la sala y se dirigió al vestíbulo de recepción de visitas, al tiempo que llamaba a Benito con el móvil para pedirle que sacara el auto del garaje. Buscó por el atrio de

cristal de aspecto cavernoso. La línea de prensa estaba junto a la entrada, tras la cuerda azul de terciopelo que les impedía el paso a los periodistas. Serena echó a caminar en esa dirección cuando de pronto vio a Max Seavers, bloqueándole el camino.

—¡Serena! —la llamó Max, sonriendo.

Serena se detuvo de inmediato.

Antes de ser elegido por el presidente de los Estados Unidos para trabajar en el Departamento de Defensa, Max Seavers había ayudado a Serena en sus esfuerzos humanitarios en favor de África y Asia en un buen número de

ocasiones, donando vacunas. No podía ignorarlo.

—*Déjà vu*, Max. ¿No estábamos aquí mismo tú y yo hace unos días, enseñándome unas extrañas fotos? ¿Qué te trae de vuelta?

—Tengo que hacer sonar la alarma aquí y en el Capitolio acerca de la pandemia de gripe aviaria, ¿y tú? Te he oído decirles a los chinos dónde construir su maldito estadio olímpico.

Serena no pudo evitar echar un vistazo a la línea de prensa, donde estaban apostados los camarógrafos para grabar las idas y venidas de los delegados. Vio a Conrad, y él la vio a

ella con Max y se escabulló.

—Supongo que tú también tendrás tu opinión sobre el nuevo Beijing, ¿no? —preguntó Serena mientras echaba a caminar en dirección a la sala de delegados, en lugar de hacia la entrada.

—Me parece una maravilla de la ingeniería —dijo Max, caminando al paso con ella—. Eso tienes que reconocérselo a los chinos. No han dejado nada al azar. Incluso la fecha de la ceremonia de apertura se fijó el 8 de agosto porque el número ocho significa para ellos la buena fortuna.

—Comprendo: es el octavo día del octavo mes del octavo año del nuevo

milenio —dijo Serena, fingiendo maravillarse—. Y yo que creía que los tres seises en fila era una cifra diabólica. Dime, Max, ¿qué te parecen las miles de personas que las Olimpiadas están desplazando?

—¿Te refieres a esas personas que tienen que marcharse de unas casas en las que no disponen ni de agua ni de electricidad? —preguntó a su vez Max —. Suena bastante bien.

Serena miró a ambos lados y luego a él sin dejar de caminar.

—¿Y la destrucción de los templos antiguos, de su historia?

—Es evidente que a los chinos no

les importan sus templos antiguos tanto como a ti Serena. Y eso es porque los chinos miran al futuro. Saben que algún día otra civilización va a hacer con su Parque Olímpico lo que hoy le hacen ellos a los templos.

Serena se detuvo.

—Me pregunto si opinarías lo mismo si fueran esos templos los que hubiera que destruir —añadió, señalando la línea del cielo recortada por los rascacielos de Manhattan, en dirección contraria a Conrad y la línea de prensa.

Max Seavers siguió la dirección de su dedo con la vista y sonrió.

—Si fuera una decisión divina, como la del tsunami, me sentiría desolado. Pero si fuera obra del Gobierno para el mejoramiento de la ciudad, como en China, entonces sí. ¿Has visto esto?

Serena vio entonces que se refería a la maqueta de la ciudad modelo exhibida en el vestíbulo. Se trataba del plan de construcción oficial de la ciudad olímpica de Beijing. En la placa adjunta se leía: «El Eje de las civilizaciones humanas». Más propaganda.

—Es impresionante, ¿no te parece, Serena?

Serena observó la maqueta del

nuevo eje central de la ciudad. Los chinos habían logrado construir un bulevar de veinticinco kilómetros de largo que conectaba el Parque Olímpico, al norte, con la Ciudad Prohibida imperial y la plaza de Tiananmen, en el centro de la ciudad. Un trozo de esa avenida se llamaba, según una placa, «El camino de los mil años».

—Sin duda es audaz, Max —dijo Serena—. Ese nuevo eje de Beijing se parece al nuevo Berlín que Hitler jamás pudo construir.

Max se echó a reír.

—Es gracioso que lo digas, porque lo diseñó Albert Speer Jr., el hijo del

arquitecto que diseñó el nuevo Berlín para el grandioso imperio de Hitler, la gran Alemania, la capital del mundo, la capital de los «Mil Años del Reich».

—Bromeas —comentó Serena.

—No —negó Max, sacudiendo la cabeza—. Es un anciano increíblemente dotado. Traté de contratarlo para la sede central de SeaGen en La Jolla, pero los chinos se me adelantaron.

—¿Y ese Speer está tratando de copiar a su padre, o de superarlo? —preguntó Serena, observando la maqueta.

—Eso es exactamente lo que se preguntaron en la revista alemana *Die*

Welt cuando el proyecto chino fue mostrado al público. Pero son tonterías, por supuesto. Los chinos insisten en que el diseño de Speer sencillamente satisface su empeño ancestral de crear un eje central en la ciudad; la idea había sido expuesta en la planificación de la capital imperial hace siglos. En mi opinión, lo verdaderamente interesante es saber de dónde sacó el viejo Speer su inspiración para el nuevo Berlín.

—De acuerdo, tú ganas —dijo Serena, encogiéndose de hombros.

—Probablemente se inspiró en el diseño de Pierre L’Enfant para el National Mall de Washington D. C. —

dijo Max—. Más aún, Speer siempre mantuvo que el diseño de L’Enfant estaba basado en planos antiquísimos que se remontan al antiguo Egipto y a la Atlántida. Esa es la especialidad del doctor Yeats, ¿no es así?

Pero Serena no iba a morder el anzuelo. Quedarse allí con Max, aunque solo fuera un momento más, sería un error.

—¿La Atlántida? —repitió Serena, lanzándole una mirada escéptica—. No te pongas místico conmigo, Max, aún necesitamos esas vacunas.

Nada más terminar de decirlo, Serena se dio la vuelta resueltamente y

se alejó. Al acercarse a la línea de prensa junto a la entrada, vio a Conrad entre los periodistas. Pasó de largo por delante de él y se subió a la limusina. Benito cerró la puerta, se sentó tras el volante y arrancó.

8

Furioso al ver a Serena charlando nada más y nada menos que con ese millonario seudofilántropo de Max Seavers, y sintiéndose impotente porque no podía arriesgarse a que él lo viera, Conrad salió de la sede de las Naciones Unidas y llamó con la mano a un taxi. Solo consiguió uno tras alejarse de las banderas izadas frente a la sede.

—A Christie’s —ordenó al taxista,

que inmediatamente arrancó y se internó en el denso tráfico de mediodía. El taxista lo miró por el retrovisor y le preguntó dónde vivía Christie—. En el Rockefeller Centre, es una casa de subastas.

Conrad no sabía a qué otro sitio dirigirse mientras localizaba a Serena, y no quería decirle al taxista que deambulara sin rumbo fijo. En el peor de los casos, siempre podía ir a visitar a la preciosa conservadora de arte que trabajaba en Christie's, a la que veía cada vez que viajaba a Nueva York. Irónicamente, se llamaba Kristy. Quizá ella pudiera darle un sentido al mapa o

calcular su valor económico o, al menos, remitirle a alguien sin relación alguna con el gobierno federal que pudiera ayudarlo a descifrar el texto.

Conrad sacó el móvil BlackBerry que le había quitado al asesino del Acela. El suyo lo había tirado a las vías antes de abandonar la estación. La pregunta era si habrían encontrado ya los cadáveres y si habrían sido lo bastante listos como para relacionarlos con el móvil y seguir esa pista. Probablemente no. No, con un poco de suerte.

Marcó el número de Serena de memoria y escuchó el tono al otro lado

de la línea.

Justo en ese momento sonó el móvil del taxista.

—¿Sí? —contestó el taxista.

Conrad escuchó al taxista alto y claro… por el móvil.

—¿Sí? —repitió el taxista.

Un escalofrío recorrió la espalda de Conrad. Revisó el móvil y comprendió que había vuelto a marcar sin querer el último número al que había llamado el asesino. Alzó la vista hacia el retrovisor justo a tiempo de ver cómo el taxista abría inmensamente los ojos.

—¡Eres uno de ellos! —exclamó Conrad, apuntándole a la cabeza con el

arma que le había quitado al marine muerto en el tren.

Demasiado tarde se dio cuenta de que el taxista tenía solo una mano en el volante; de pronto lo vio agachar la cabeza al tiempo que una bala salía disparada desde el asiento de delante y rompía la luna trasera.

Conrad disparó sobre la parte trasera del asiento de delante. La bala destrozó la espina dorsal del taxista, que se derrumbó sobre el volante con el brazo flojo.

Aquello lo puso enfermo. Dio unos golpecitos en la cabeza al taxista, que cayó a un lado, mostrando un río de

sangre que bajaba desde la nuca.

Súbitamente el auto aceleró.

Conrad se abalanzó sobre el asiento delantero y, con un brazo sobre el cuerpo inerte del taxista, alcanzó el volante; el auto corría sin control.

Entonces vio una luz en el espejo retrovisor y miró atrás, a través de la luna rota. Un Ford Explorer con matrícula federal y luces rojas se acercaba. Eso lo puso rabioso. Giró el volante hacia el centro de la carretera y el auto salió disparado.

El Ford Explorer lo persiguió, pero Conrad giró rápidamente el volante mientras tiraba del freno de mano,

deslizando el auto hacia los lados y haciéndolo derrapar. Luego dio la vuelta para seguir en la dirección contraria por la misma calle, dirigiéndose directamente hacia el Explorer.

El conductor del Explorer no tuvo tiempo de quitarse el cinturón de seguridad y sacar el arma. Y tampoco pudo girar bruscamente, a tiempo de evitar el choque frontal. El rostro de Conrad golpeó el cadáver en el impacto y, de inmediato, cayó hacia atrás justo a tiempo de ver inflarse los airbags del auto federal.

Un minuto más tarde oyó sirenas acercarse. Se arrastró fuera del taxi. Le

zumbaban los oídos. ¿O era la sirena de la policía, que cada vez se oía más alto? Se oyó el chirrido de un freno. Una voz gritó:

—¡Eh, Conrad!

Era Serena, que lo llamaba desde su limusina a través de la ventanilla, bajada. Abrió la puerta de atrás, adornada con el emblema del Vaticano, y le hizo un gesto para que subiera.

Conrad se detuvo un instante, estupefacto. Ella era como una visión celestial. Sus labios se movían, pero él no oía nada. Subió al asiento de atrás, la puerta se cerró y el auto arrancó.

—¿Hay algo más que quieras

destrozar, Conrad, o has terminado de momento? —preguntó Serena mientras Benito se zambullía de lleno en el tráfico de la Primera Avenida.

Conrad se quedó mirándola, incrédulo. Con su traje de Armani negro y su camisa de seda blanca, su aspecto era impecable.

—Estoy bien, gracias.

—Lástima que no puedas decir lo mismo de ese pobre camarero del Amtrak y del marine que, según la policía, has matado —contestó ella con una voz suave como la seda—. Por favor, dime que la responsable fue la Alineación.

—¿Conoces a la Alineación? —preguntó Conrad sin dejar de mirarla.

—Si te refieres a la milenaria organización secreta de imperialistas militantes sí, los conozco. No eres más que un aficionado, Conrad. La Iglesia lleva siglos en guerra con el nuevo orden mundial. Por tu forma de hablar, se diría que acabas de descubrirlo. Pero dejemos eso de momento, primero quiero asegurarme de que has encontrado el documento correcto.

Conrad sacó el mapa y Serena se lo quitó de las manos. La observó mientras ella examinaba el mapa y luego el texto. Sus manos comenzaron a temblar.

Juraría que estaba viendo una gota de sudor sobre su lisa frente antes incluso de terminar de leer. Y Conrad jamás había visto sudar a la hermana Serena Serghetti, la mejor lingüista del Vaticano. Ella alzó la vista hacia Conrad, maravillada:

—Tú eres el Observador de Estrellas.

—¿Qué?

Serena presionó un botón sobre el cristal que dividía el asiento de detrás y el de delante, y dijo:

—Benito, la avioneta.

—Sí, *signorina*.

Conrad recordó que Benito había

sido soldado de las Fuerzas Especiales Suizas, un fenómeno como francotirador y el único guardaespaldas de todo el Vaticano capaz de seguir la marcha de Serena en Davos durante los Foros Económicos Mundiales. Esperaba que estuviera a la altura en las calles de Nueva York.

—¿Qué ocurre, Serena? —preguntó Conrad—. En menos de veinticuatro horas, desde que apareciste en escena, veo muertos por todas partes y mi vida se va al garete.

—Por eso es por lo que tenemos que salir de aquí. Estás en un grave peligro, y América y el resto del mundo también.

Súbitamente, un teléfono comenzó a sonar en el asiento de delante. Conrad se sobresaltó. La canción del teléfono le resultaba familiar. Era una vieja melodía de Elton John: *Benny and the Jets*. Benito ni siquiera se molestó en contestar.

—Ya están llenando el depósito de gasolina de la avioneta, *signorina* —dijo Benito—. Si es que llegamos a tiempo…

Viraron en una esquina, y Conrad vio las luces rojas de varios coches de policía bloqueando la calle. Un joven policía echó a andar hacia la limusina del Vaticano con el arma en la mano.

—¿Será de la Alineación? —preguntó Conrad.

—¿Quién sabe? Hoy en día… Ponte a rezar —contestó Serena.

Conrad la miró. Serena se cruzó de piernas y tiró de una trampilla, revelando un hueco oculto bajo el asiento de detrás de la limusina.

—Estás bromeando, ¿no? —preguntó Conrad.

—Métete ahí debajo y cállate —ordenó ella.

—¿Y qué ha sido de la privilegiada posición del misionero?

—Esperemos que Dios se apiade de tu alma, pedazo de huevón —contestó

ella, dándole un pequeño empujón para cerrar la trampilla tras él—. Y ahora despacio, Benito.

La voz de Serena sonaba amortiguada en la oscuridad. Podía sentir que el auto aminoraba la velocidad hasta parar. Luego oyó el ruido de la ventanilla al bajarse, y por último la voz de Serena.

—¿Sí, oficial?

Hubo una larga pausa. Conrad se quedó inmóvil en la oscuridad. Luego oyó al joven policía aclararse la garganta.

—Hermana Serghetti, es un honor.

—¿Algún problema, oficial

O’Donnell? —preguntó ella, leyendo la etiqueta con el nombre de la solapa.

Gracias a Dios, pensó Conrad. *Un policía católico irlandés*.

—Nada que tenga que ver con usted, hermana. Parece que los terroristas han fallado hoy ya dos veces, primero en Penn Station y luego ante el edificio de las Naciones Unidas.

—¿Pero va todo bien?

—No han robado ni destrozado nada —explicó el policía—, pero hay dos agentes federales, un empleado del Amtrak y un taxista muertos.

—Lo siento. ¿Puedo hacer algo para ayudar? ¿Quiere registrar mi auto?

Conrad dio un puñetazo al asiento.

—No, *señora*, no es necesario. Para empezar, lleva usted matrícula diplomática. Registrarla sería un delito.

Conrad oyó un grito y luego un chirrido al dar marcha atrás uno de los coches de policía mientras el Mercedes, siguiendo la señal del joven policía, arrancaba y se marchaba.

—Los ángeles del Señor velan por usted, *signorina* —comentó Benito.

No, Benito, pensó Conrad. *Ella es el ángel*.

9

Roma
24 de junio

A la mañana siguiente, Serena miraba por la ventanilla tintada de otra limusina hacia el inmenso obelisco de la plaza de San Pedro. Benito atravesaba las puertas principales del Vaticano. Pensaba en Conrad, se preguntaba si

había sido inteligente dejarlo en la casa secreta de las afueras de Nueva York, supuestamente a salvo, mientras ella volaba al Vaticano para explicar el caso.

Había unos pocos policías fuera de la plaza, pero no había ni turistas ni paparazis a esas horas de la mañana. En realidad había más palomas que personas.

—No es como en los viejos tiempos, *signorina* —dijo Benito, refiriéndose a los manifestantes y a la prensa que, en otros días, abarrotaban la plaza siempre que ella llegaba al Vaticano.

Por entonces. Serena contaba poco más de veinte años, pero como Madre

Tierra se había hecho con todo un ejército de enemigos en las industrias del petróleo, la madera y las empresas biomédicas: todo aquel que antepusiera el beneficio personal a las personas, animales o el medio. Tenía ya treinta y un años y era más madura y prudente, pero el daño estaba hecho: aquellas personas del Vaticano que mantenían lazos con Gobiernos, gerentes ejecutivos de corporaciones importantes u otros «bolsillos abultados», seguían sin confiar en ella…, y jamás confiarían.

Y por esa razón había decidido que Conrad estaba mejor en casa, a salvo.

—Eso era en otra era, Benito.

—Con el otro papa, *signorina*.

Tomaron una ancha curva y llegaron a la entrada del *Governatore*. Los hombres de la Guardia Suiza, con sus uniformes rojos, la observaron entrar.

El anterior papa, al favorecerla con su amistad personal, la había protegido dentro de aquellas murallas. Y en cierto sentido muy significativo seguía haciéndolo. Antes de morir, había compartido con ella una visión del fin del mundo que, estaba convencido, le había revelado Dios. También se la había contado a otros. Y el resultado era que al menos algunas puertas estarían siempre abiertas para ella.

Al nuevo papa apenas lo conocía. Sin duda era un buen hombre, aunque Serena había oído decir que, en más de una ocasión, el nuevo papa había expresado su desagrado ante el favoritismo que su predecesor había mostrado hacia ella. Pero era lógico, concluyó Serena, dado que el nuevo papa solo la conocía por el apodo con el que la llamaban entre sus antiguos compañeros del Colegio de Cardenales: «Hermana Coñazo».

Eso incluía al cardenal Tucci, quien atesoraba las llaves de la puerta de la sala donde se guardaba la colección de mapas secretos del Vaticano. Serena lo

había llamado mientras sobrevolaba el Atlántico para que le permitiera el acceso a los archivos, privilegio extraordinario del que había disfrutado con el papa anterior, pero que Tucci había revocado con el nuevo.

—Hermana Serghetti —la saludó Tucci sencillamente, al verla entrar en su apartado despacho, al final de un oscuro pasillo al que solo se accedía a través de un viejo ascensor—. Bienvenida.

Tucci se levantó de su sillón de piel de respaldo alto y extendió la mano. A cada lado del sillón tenía un globo de Bleau del s. XVII. Aún no había

cumplido los cincuenta, pero Tucci era lo que llamaban un «cardenal secreto». Es decir, había sido designado para el puesto por el mismo papa. Supuestamente, nadie estaba informado del asunto, pero Serena conocía al menos a dos personas más, aparte de ella, que también lo sabían.

Un cardenal secreto para ocultar los secretos de la Iglesia.

Todos los cristianos, y eso Serena lo sabía muy bien, tenían que enfrentarse a la tensión de vivir en este mundo sin convertirse en productos de este mundo. Pero Serena sospechaba que el cardenal Tucci había perdido la batalla hacía

mucho tiempo.

—Eminencia —dijo ella, besándole el anillo con la insignia del Dominus Dei.

La orden del Dominus Dei, es decir, «Regla del Señor Dios», era una Orden dentro de la Iglesia anterior a la de los jesuitas cuyo rastro se perdía entre los primeros cristianos que servían en el palacio del César en el siglo primero. Su valor principal era el secretismo, que en los comienzos del cristianismo podía significar la supervivencia. Pero a Serena no le gustaba el secretismo porque, durante siglos, se había convertido en una excusa para multitud

de crímenes, crímenes que hacían de las supuestas maldades de los primos hermanos del Dominus Dei, el Opus Dei, un juego de niños.

—¿A qué debo el placer? —preguntó el cardenal, suspicaz, mientras ambos tomaban asiento.

—Quiero ver la Confesión de L'Enfant —respondió ella simplemente.

Tucci la observó con evidente desdén. Parecía hastiado de ella, molesto antes incluso de empezar. Molesto porque Serena había presionado a sus hombres de confianza para que lo despertaran de madrugada y contestara a su llamada. Molesto por su

mera existencia.

Si Tucci se preguntaba cómo había llegado Serena tan alto dentro del escalafón de la Iglesia, ella se preguntaba exactamente lo mismo con respecto a él. Tucci no era sino un niño para los estándares del Vaticano, y sin embargo, era lo suficientemente maduro como para esbozar la deportiva sonrisa de quien ha experimentado grandes sufrimientos en la vida. Hasta su nombre resultaba irónico, ya que parecía indicar que procedía de una familia de burócratas italianos cuando, en realidad, la rama de su madre había desembarcado en América en el

Mayflower y era yanqui de la cabeza a los pies. Tucci había llegado al Vaticano desde Boston, donde era conocido como un ruidoso aunque brillante estudiante en Harvard, y después como sacerdote y profesor de historia americana en el Boston College. Había llegado muy alto en Roma, y muy deprisa.

Mientras esperaba su respuesta. Serena no pudo evitar observar con cierta envidia la medalla que Tucci llevaba colgada al cuello. En el centro tenía una antigua moneda romana, un denario de plata con la imagen del emperador Tiberio. Según la leyenda, aquella era la moneda que Jesús había

alzado ante sus seguidores cuando les dijo que debían «dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios». Aquel insignificante tributo había pasado de mano en mano durante siglos, de líder en líder dentro de la Orden de los Dei. Y según algunos, representaba un poder aún mayor que el del papado.

—¿La Confesión de L'Enfant? —repitió Tucci como si jamás hubiera oído hablar de ella.

—La confesión que hizo en el lecho de muerte Pierre L'Enfant, el arquitecto original de Washington D. C, a John Carroll, el primer obispo católico de América del Norte.

—¿Y qué fue exactamente lo que confesó Pierre L'Enfant? —preguntó Tucci con una expresión mística.

—Algo acerca de que los principales monumentos de la capital de América están alineados como un mapa de las estrellas, igual que las pirámides de Egipto y el Camino de la Muerte de Sudamérica —explicó Serena.

—¿Qué quieres decir con eso de que están alineados como un mapa de las estrellas?

Serena le enseñó la foto digital de la tumba del general Yeats en Arlington, exactamente la de la cara en la que figuraban los cuatro símbolos

astrológicos.

—Estos son los signos del Zodíaco para el Sol y las constelaciones de El Boyero, Virgo y Leo. Cada coordenada celeste tiene su contrapartida terrenal en la ciudad de Washington D. C.

—¿Pretendes decir que George Washington quiso que L'Enfant utilizara esas constelaciones para anclar la capital de América? —preguntó Tucci con un tono de voz escéptico y burlón, dando a entender que la idea no solo era ridícula, sino además una pérdida de tiempo.

Tucci desvió entonces la vista hacia el reloj antiguo de pared de su

despacho, poniendo aún más de relieve su desagrado.

—Sí —afirmó Serena sin titubear—. Podemos seguir esos monumentos que se corresponden con las estrellas como si fueran un mapa.

—¿Y adónde va a llevarnos la estela de ese tesoro celestial?

—A un lugar concreto del National Mall, o quizás a una fecha específica del futuro de América. Esperaba que usted me lo dijera.

—Mi fuerte es la historia americana y la cartografía, hermana Serghetti, no la escatología —respondió Tucci, divertido—. Pero, como historiador, sé

que Pierre L’Enfant era un francmasón. Y no necesito consultar ningún libro acerca de los estúpidos francmasones para saber que su sociedad secreta, como todas las que han buscado la luz de Dios fuera de los muros de la sagrada Iglesia, cuenta con una larga y tortuosa historia entre nosotros. Así que tendrás que perdonar mi escepticismo si te pregunto por qué iba L’Enfant a confesarle nada a un sacerdote católico, y menos aún al arzobispo John Carroll.

—Sí, no tenía ninguna razón aparente para hacerlo —puntualizó Serena, convencida de que Tucci sabía lo que ella iba a decir. Por eso,

precisamente, había acudido a él en primer lugar—. Sin embargo, Daniel Carroll, el hermano del arzobispo, fue propietario de la colina del Capitolio, y fue él quien se la vendió a Washington. Y, por cierto, esas tierras pertenecieron anteriormente a un católico llamado Francis Pope, que las llamó Roma.

Tucci se llevó dos dedos a los labios y la observó pensativo, finalmente se aclaró la garganta y se reclinó sobre el respaldo de la silla antes de decir:

—No hay ninguna Confesión de L'Enfant, hermana Serghetti. Jamás la hubo.

—¿Igual que no hubo nunca ninguna Alineación?

Tucci frunció el ceño, consciente de que Serena lo había pillado. Después de todo, la única razón por la que oficialmente el Dominus Dei seguía existiendo era para luchar contra la Alineación, que constituía una amenaza para la Iglesia. Sin la Alineación, real o ficticia, el Dominus Dei se quedaba sin fundamento y sin soldados de a pie, procedentes de las filas del papado.

—La Alineación es sencillamente un término genérico que engloba a toda sociedad secreta aliada en contra de la Iglesia y que opera a la sombra del

poder en todo el mundo —dijo Tucci—. No me digas que de verdad crees que es un grupo real de guerreros que siguen las huellas del antiguo conocimiento de los supervivientes de la Atlántida y que utilizan las estrellas para controlar los acontecimientos del mundo según sus propios intereses, ¡por favor!

—No lo creía hasta ahora —dijo Serena—, pero George Washington era masón. Igual que su principal arquitecto Pierre L'Enfant. Así como cincuenta de los cincuenta y seis delegados que firmaron la Declaración de Independencia. Quizá sea usted tan amable de decirme qué relación une a

los masones con la Alineación… si de hecho la Alineación fuera un grupo real.

—¿Qué relación? ¡Los caballeros templarios, por supuesto! —respondió Tucci con la sonrisa de un conspirador.

Tucci se refería a un pequeño grupo de nueve cruzados franceses que, al final del primer milenio y durante nueve años, se dedicó a proteger a los peregrinos que visitaban Jerusalén. Según la leyenda, que Serena conocía, en realidad, esos cruzados solo estaban buscando una reliquia de precio incalculable, como el Santo Grial o un trozo de la cruz en la que Jesucristo había sido crucificado. Buscaran lo que

buscaran, el caso es que debieron encontrarlo porque, durante los dos siglos siguientes, la Orden de los Caballeros Templarios creció hasta reventar tanto en número de miembros como en riquezas y contó entre sus seguidores con la nobleza de toda Europa. La Iglesia, amenazada por el poder y la influencia de sus sagrados defensores, decidió conveniente y súbitamente que la Orden de los Caballeros Templarios conspiraban para destruirla, y en 1307 inició una guerra de siete años que finalizó con la quema en la hoguera del gran maestre de los caballeros templarios.

Había sido precisamente el año pasado, con setecientos años de retraso, cuando el Vaticano había emitido una disculpa formal por esa persecución. Y Serena sabía que Tucci había sido el artífice clave de esa disculpa.

—Creía que la Iglesia, a través del Dominus Dei, se había encargado de los caballeros templarios hacía siglos —comentó Serena.

—No del todo, no del todo —dijo Tucci—. Unos cuantos escaparon a Gran Bretaña y formaron una nueva red que llamaron francmasonería que, una vez más, englobaba a otra sociedad más antigua formada por los constructores y

fundadores de las grandes catedrales y palacios de Europa. Fue solo cuestión de tiempo que los francmasones llegaran a América, penetraran en la élite de la sociedad, como muestra el caso de George Washington, y utilizaran su influencia para establecer un nuevo país y, según ellos esperaban, un nuevo orden mundial.

—Entonces, ¿sigue considerando a los masones una amenaza para la Iglesia?

—Difícilmente —respondió Tucci—. La Alineación abandonó las filas de la masonería hace mucho tiempo; decidieron dedicarse a controlar la

política americana a través del Consejo para las Relaciones Extranjeras, la Comisión Trilateral y tus amigos de las Naciones Unidas.

Los ojos de Tucci emitieron un destello, un brillo triunfal; había logrado humillar a Serena y a su ingenua credulidad y llevar aquella conversación a un rotundo final.

—Podríamos seguir hablando de esto todo el día, hermana Serghetti —añadió Tucci—, pero como ya te he dicho, no hay ninguna Confesión de L'Enfant. Es un mito.

—Igual que esto —dijo Serena, sacando el mapa que le había dado

Conrad.

Tucci saltó de la silla. Serena abrió el mapa.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del Observador de Estrellas —dijo Serena, captando el tic del párpado de Tucci al reconocer, horrorizado, el nombre en código.

—¡Conrad Yeats! —musitó Tucci, demostrando que conocía la eterna y controvertida relación entre Conrad y Serena, y la larga historia familiar de los Yeats en la política e historia de los masones de América—. ¡Yeats es el Observador de Estrellas! ¡Por supuesto, debería habérmelo imaginado!

—Lo importante es que se trata del mapa original —dijo Serena, presintiendo que estaba a punto de sacar de aquella entrevista mucho más de lo que esperaba.

Tucci tomó una lupa y se inclinó sobre el mapa. En la esquina superior izquierda había una palabra escrita: «Washingtonople», el nombre original de la ciudad que debía llamarse como George Washington.

—¡Madre de Dios! —exclamó Tucci, verdaderamente maravillado.

Luego pasó la lupa sobre los radiales de la ciudad. El sello decorativo en forma de corona con las

iniciales «TB» debió saltarle a la vista porque, asombrado, echó la cabeza atrás.

—Es el sello del fabricante de papel inglés Thomas Budgen para los pliegos que elaboró entre 1770 y 1785 —explicó Serena, haciéndole saber que ella también había analizado aquel mapa.

—Sé lo que es —contestó Tucci de mal humor.

—Siempre creí que el anteproyecto original de L'Enfant para Washington D. C. estaba en la Biblioteca del Congreso, guardado o expuesto —comentó Serena.

—Ese no es más que el borrador que

Washington remitió al Congreso en 1791 —contestó Tucci automáticamente—. Lo que me has traído es el anteproyecto terrestre original para la capital de América que, según dice aquí, con la letra manuscrita original de L'Enfant, se basa en un mapa de las estrellas anterior dibujado por el astrónomo jefe de Washington, Benjamin Banneker.

Tucci se dejó caer en el sillón y se quedó mirándola, calibrándola realmente como investigadora por primera vez. Era obvio que la había infravalorado. Serena casi podía ver girar los engranajes de su mente mientras la contemplaba y reflexionaba

sobre todo lo que ella sabía y no le había contado, y sobre cuánto de lo que él sabía podía saber ella también.

—¿Qué más te dijo el pontífice antes de morir, hermana Serghetti? —preguntó entonces Tucci—. He oído los rumores. ¿Una quinta Fátima?, ¿una revelación del Apocalipsis?

—Muchas cosas, eminencia —contestó Serena—. Pero hoy he venido a discutir solo de una.

Podía ver la bandera blanca de la rendición ondeando en los ojos de Tucci.

—Y por eso sigue protegiéndote.

—Solo Dios es mi refugio y mi

fuerza —afirmó ella con recato.

Tucci sacó un archivador de piel del cajón central de su mesa, y de él extrajo una única hoja de papel, un pergamino que parecía exactamente de la misma calidad que el que le mostraba Serena. Lo deslizó por encima de la mesa hacia ella.

—Esto es lo que querías ver, hermana Serghetti.

Serena Serghetti leyó despacio aquel testimonio manuscrito de Pierre L'Enfant, firmado por John Carroll. Su corazón se aceleró mucho antes de llegar al último párrafo.

—L'Enfant afirma que la reliquia

que la Alineación encontró en Jerusalén a través de sus representantes, los caballeros templarios, fue un globo celeste —dijo Serena, traduciendo del francés mientras analizaba aquella confesión.

—Sí —confirmó Tucci—. El globo estuvo una vez junto a uno de los pilares del Templo de Salomón. Según la sabiduría de los masones, ese globo estaba hueco y contenía pergaminos en los que se detallaba la historia de las civilizaciones humanas y sus ciencias antes del gran diluvio y, por tanto, antes del Libro del Génesis.

Serena siguió leyendo.

L’Enfant afirmaba que la Alineación había llevado el globo a América a través de los masones con el objeto de utilizar la sabiduría contenida en él para establecer un nuevo orden mundial. No fue una coincidencia que aquel globo acabara en manos del general George Washington, probablemente el masón más destacado y prominente, de América, y gran maestre de la orden.

Pero, entonces, Washington descubrió que sus correligionarios masones, y quizá también incluso sus soldados armados, estaban, de hecho, controlados por la Alineación, cuya visión del nuevo orden mundial tenía

muy poco que ver con la causa de la libertad. Más aún, veían a los Estados Unidos como un arma para aplastar a las dinastías del mundo y preparar el camino para la resurrección de la Atlántida y su antigua fe en las estrellas y el destino.

Washington sabía que no podía destruir ni exponer públicamente a la Alineación sin criminalizar a los masones y poner en peligro a los Estados Unidos nacientes. Así que nada más ser nombrado primer presidente de América en 1789, ordenó secretamente a L'Enfant que usara las cartas astronómicas dibujadas por su

astrónomo jefe, Benjamin Banneker, para diseñar la propuesta capital, Washington D. C., alineada con la constelación de Virgo como signo de advertencia para los futuros americanos. Su esperanza era que un día los americanos fueran lo suficientemente libres y fuertes como para rechazar los planes de la Alineación.

L'Enfant concluía la confesión diciendo que él no conocía el significado de la fecha específica de aquel futuro lejano que había elegido Washington para la conjunción de monumentos y estrellas, y que solo sabía que Washington había enterrado el globo

celeste con el horrible secreto en algún lugar del Triángulo Federal.

Serena alzó la vista del pergamino y miró a Tucci, sentado con orgullo en su pomposo sillón, semejante a un trono, con un globo de Bleau a cada lado, uno terrestre y otro celeste. Se quedó mirando el último.

—Imposible —dijo Serena incrédula—. El globo celeste de Washington lleva más de veinte años expuesto al público en su despacho de Mount Vernon.

Pero Tucci parecía más seguro que nunca cuando respondió:

—Ese globo es una copia de calidad

inferior fabricado en Inglaterra en la década de 1790-1800. Su superficie, que es de papel maché, se ha descascarillado de tal modo en los últimos años que ha sido trasladado al nuevo museo del estado para su conservación. El globo original, según L'Enfant, estaba hecho de bronce o cobre, con las constelaciones grabadas. Washington lo enterró en algún lugar bajo el Capitolio americano antes de morir.

Serena se movió, inquieta, en la silla, echando un último vistazo a la Confesión de L'Enfant.

—La letra manuscrita de ese

documento ha superado todos los análisis —dijo Tucci—. Ahora bien, que sea cierto o sea solo el balbuceo de un loco, eso ya es otro asunto.

Tucci era conocido por su seriedad como investigador. No tenía la fama del especulador que se anda por las ramas ni del hombre poco informado. Sin duda, creía absolutamente en la certeza y exactitud de todo lo que le había contado.

—Así que L'Enfant dice que siguió las instrucciones de Washington para diseñar el plano de la ciudad de Washington D. C. de modo que sus monumentos clave coincidieran con

estrellas clave en un día concreto del futuro —dijo Serena—. Es decir, es un aviso del día del Juicio Final, si se prefiere. Y lo que va a ocurrir ese día está revelado en el globo celeste que Washington enterró.

—En el globo, o en lo que hay dentro del globo —puntualizó Tucci—. Nadie en Roma ha creído en la Confesión de L'Enfant desde la guerra de 1812, pero si el mapa que me has enseñado es real, y si el Observador de Estrellas lo es de verdad, no creo que quepa mucha duda acerca de la veracidad de la confesión. Lo que significa que América está en un grave

peligro. Mira la última fecha del documento.

Serena contempló la fecha manuscrita: 4 de julio de 2008.

—¿Comprendes, hermana Serghetti? El Observador de Estrellas tiene nueve días para detener la alineación de los monumentos con las estrellas. En caso contrario, los Estados Unidos de América dejarán de existir.

—Se refiere usted a detener a la organización que llamamos la Alineación.

—Son uno y lo mismo, hermana Serghetti —dijo Tucci—. Si va a ocurrir algo en la tierra o en el cielo dentro de

nueve días, puedes estar segura de que la Alineación se encargará de que se cumpla. Llevan siglos reuniendo fuerzas. La conjunción de hitos terrestres y estrellas, esa metamorfosis de América en algo que sus fundadores jamás quisieron, es su *raison d'état*. Su retorcido sentido del destino busca cualquier justificación moral o legal para utilizar a los Estados Unidos para cumplir su voluntad en este mundo y borrar a sus enemigos de la faz de la tierra *en masse*.

Serena no pudo ocultar ni su profunda sorpresa, ni su escepticismo.

—¿Mediante qué poder, eminencia?

—Quizás a través de una nueva tecnología, un arma de destrucción masiva o alguna maravilla natural que pueda ser explotada —contestó Tucci—. No lo sé. Como ya te he dicho soy historiador, no especialista en escatología. Pero hay una cosa que sí sé acerca de lo que dice la profecía de la Biblia sobre América.

—¿Qué?

—Que no está —dijo Tucci—. Es como si América jamás hubiera existido.

Serena se quedó muy quieta y callada. Cada día estaba más convencida de que todo aquello era una absoluta locura.

—Así que Washington planeó la alineación de los monumentos como advertencia para los americanos del futuro —repitió Serena lentamente—. Y el Observador de Estrellas, el doctor Yeats, es una especie de espía «durmiente» definitivo que Washington envió al futuro con el propósito esencial de detener a la Alineación.

—Es una locura, lo sé —confirmó Tucci—. Y todo de labios del propio Pierre L'Enfant, el pomposo arquitecto de la capital de América que pasó sus últimos días sin un penique, vagando por los bulevares que él mismo había diseñado y lamentándose de los cambios

producidos en su diseño.

—Así que usted piensa que L'Enfant era un *enfant* desilusionado.

—Lo creía hasta que tú me trajiste su mapa original junto con las órdenes de Washington para el Observador de Estrellas.

Serena miró a Tucci directamente a los ojos para evitar cualquier duda y le pidió confirmación:

—Entonces usted quiere que el doctor Yeats y yo nos internemos bajo el capitolio del nuevo orden mundial, desenterremos ese globo y salvemos América de la Alineación.

—No —negó Tucci con firmeza—.

Quiero que devuelvas ese globo a Roma.

Serena se quedó mirándolo, sintiendo un escalofrío de miedo subirle por la espina dorsal.

—El mundo es un lugar mejor gracias a los Estados Unidos de América —añadió Tucci—, pero todas las civilizaciones del mundo vienen y van. La Iglesia, en cambio, es para siempre. Si América tiene que sufrir un colapso como poder imperial y metamorfosearse en otra cosa, tenemos que estar preparados para enfrentarnos al nuevo orden mundial.

—Pero Conrad… el doctor Yeats.

—Él jamás debe ver el contenido de ese globo… si es que consiguen encontrarlo —terminó Tucci la frase por ella—. No, si quiere salvar América… y salvarse él.

10

Abadía de Nuestra Señora de las Letras
Condado de Westchester, Nueva York

Mientras Serena corría a Roma con el mapa, Conrad se escondía en su casa de las afueras, allá por las montañas del condado de Westchester, a dos horas al

norte de la ciudad de Nueva York. Allí, en la abadía cisterciense de Nuestra Señora de las Letras, los hermanos llevaban túnicas, cantaban cánticos gregorianos y mantenían una dirección de Internet llamada *TonedMonks.com* que vendía con descuento cartuchos de tinta y otros materiales de papelería a iglesias y asociaciones de caridad.

Según la literatura recogida por los grupos de escolares y turistas que visitaban la abadía, *TonedMonks.com* era una idea original del abad honorario, el «Padre McConnell», miembro de una organización católica liderada por un laico y conocida como los Caballeros

de Colón. McConnell había sido un multimillonario director ejecutivo de fondos en Wall Street hasta que, un buen día, decidió que era mejor tener algo por lo que vivir que tener más que de sobra para vivir.

La verdadera historia, sin embargo, yacía en la húmeda y escasamente iluminada cripta bajo la abadía, en la que Conrad trabajaba noche y día con un grupo de investigadores para descifrar los códigos de la tumba de su padre y de la carta de Washington al sucesor de Robert Yates.

Aparentemente, la abadía y su representante en la Red,

TonedMonks.com, hacían para Serena y el Vaticano lo que el fondo de inversión de capital In-Q-Tel hacía por la CIA: financiar nuevas tecnologías para el progreso del reino, en este caso el reino de Dios. La especialidad de la abadía era el análisis de documentación. Serena dirigía a las monjas y el archivo secreto de documentos históricos situado junto al Hudson, en un colegio de dominicos de Mount Saint Mary's en el que, de vez en cuando, daba clases, mientras McConnell dirigía a los monjes y se dedicaba al análisis de documentos en aquella cripta bajo la abadía.

Además, los monjes hacían un café

exprés horroroso, hasta el punto de que hacia al tercer día de estancia allí, Conrad apenas podía dormir. Estaba fatigado y nervioso mientras revisaba los progresos hechos sobre la pantalla del computador que tenía delante.

Conrad hizo clic con el ratón en la tabla digital y en la pantalla volvieron a aparecer las constelaciones de El Boyero, Leo y Virgo. Con el lápiz digital conectó las estrellas alfa de cada constelación: Arturo, Régulo y Espiga, para dibujar el triángulo.

Entonces abrió una segunda ventana en la pantalla del portátil con la copia escaneada del mapa terrestre de

L'Enfant, y lo situó junto al mapa celeste. Utilizó el lápiz digital para conectar los tres hitos clave del mapa terrestre con las etiquetas de «Palacio Presidencial», «Casa del Congreso» y «escultura ecuestre honorífica de Washington». Eran los tres primeros nombres por los que se conocían a la Casa Blanca, el Capitolio y el Monumento a Washington, respectivamente.

También estos tres hitos formaban un triángulo.

Como ya venía sospechando, el mapa de las estrellas reflejaba como un espejo los hitos clave en la tierra. La

Casa Blanca estaba alineada con la estrella Arturo de la constelación de El Boyero, el Capitolio con la estrella Régulo en la constelación de Leo, y el Monumento a Washington con la estrella Espiga en la constelación de Virgo.

Pero el triángulo no apuntaba a ningún lugar.

Eso era lo que había desconcertado a Conrad desde el principio. Ya en otras ocasiones había utilizado mapas de estrellas para ayudarse a encontrar localizaciones concretas en tierra: una estancia secreta bajo la pata izquierda de la esfinge de Egipto, por ejemplo, o el Santuario del Primer Sol en la

Atlántida. Pero aquel mapa de estrellas bien podría haber sido un círculo o una espiral sin fin. Se suponía que un mapa de estrellas debía señalar una localización específica en tierra…

O un día en la historia.

Fue entonces cuando todo encajó: aquellos tres monumentos clave a lo largo del Mall no solo estaban alineados cada uno con ciertas estrellas, sino colectivamente, según un reloj celeste, a un momento concreto del tiempo y a un lugar que cualquier astrónomo versado en la sucesión de equinoccios sabría que se produciría solo una vez cada veintiséis mil años.

Le llevó unas horas hacer los cálculos astronómicos y la correlación entre esos cálculos y la astrología de la época de L'Enfant, lo cual era siempre una tarea tediosa. No podía ser de otro modo, porque la astrología era una ciencia fraudulenta, basada en creencias ya desacreditadas. Pero era sobre esas creencias sobre las que un día se habían construido las antiguas pirámides y otros monumentos. Así que Conrad no solo tenía que dominar ciertos conceptos científicos difíciles, sino también reconciliar esos conocimientos con la imperfecta visión del mundo de los constructores de una época particular de

la historia.

Por fin había terminado.

Conrad introdujo la contraseña para iniciar el programa y observó la pantalla. Los triángulos de los mapas celeste y terrestre comenzaron a fundirse lentamente, el primero sobre el segundo. Mientras se fundían, el calendario digital de la parte superior de la pantalla corría, contando los pasos como un odómetro cósmico.

—Espera y verás los planos secretos de Washington D. C. —se dijo Conrad a sí mismo.

Conrad observó con atención cómo los triángulos terrestre y celeste se

fundieron por fin en uno solo, congelándose entonces el calendario-reloj en la fecha 04.07.2008.

4 de julio de 2008.

Dejó escapar un largo suspiro. Faltaban solo seis días. ¿Qué ocurriría en seis días?

—Yo me pregunto exactamente lo mismo —dijo una voz detrás de él.

Conrad se volvió y vio al abad, el padre McConnell, que estaba observando la pantalla por encima de su hombro. Debía haber hablado en voz alta sin darse cuenta. O eso, o se había vuelto loco, lo que, a juzgar por todo lo que lo rodeaba, cada día le parecía más

plausible.

—Así que ha descifrado el código astrológico, doctor Yeats.

—El primer nivel —puntualizó Conrad—. Hay más, aparte de lo que ven los ojos.

—Siempre lo hay, hijo.

—¿Cuándo volverá Serena con mi mapa terrestre de L’Enfant y el texto dirigido al Observador de Estrellas?

—Mañana. Mientras tanto, he encontrado algo para usted en los archivos de Mount Saint Mary’s.

McConnell le enseñó un texto escrito por Pierre L’Enfant en marzo de 1791, justo después de llegar a Washington

para comenzar su medición preliminar. Su trabajo, según escribía L'Enfant, sería como «convertir unas tierras salvajes en un jardín del Edén».

—Así que, según usted, cuando Washington utiliza el término «salvaje» se refiere al mapa original de L'Enfant que se llevó Serena, de modo que ese mapa nos mostrará el modo de encontrar lo que sea que haya que encontrar, ¿no es eso?

—Eso creo yo —dijo McConnell—. Pero tú no pareces muy seguro.

—Creo que en parte es cierto, aunque tengo la impresión de que ese «salvaje» es una persona, pero necesito

más pistas.

—Entonces seguiremos buscando y te dejaremos solo —dijo McConnell, marchándose.

Conrad sentía que iba a tener una segunda intuición aquella mañana tras el gran acierto con el código del mapa de las estrellas. Y tenía miedo de perder la inspiración si se detenía, así que continuó.

Concentró la atención entonces en la carta codificada dirigida al Observador de Estrellas. El escaneo digital del texto que había hecho seguía siendo una simple jungla de números.

763.618.1793

634.625. ghquip hiugiphipv 431. Lqfilv Seviu 282.625. siel 43. qwl 351. FUUO.

179 ucpgiliuv erqmqaciu jgl 26. recq 280.249.

gewuih 707.5.708. jemcms. 282.682.123.

414.144. qwl qyp nip 682.683.416.144.625.

178. Jecmwli ncabv rlqxi 625.549.431.

qwl gewui. 630. gep 48. ugelgims 26. Piih

431. ligqnniphcpa 625.217.101.5. uigligs

2821.69. uq glcvcgem 5. hepailqwu eu 625.

iuvefmcubnipv 431. qwl hrwfmcg.

280. qyi 707.625. yqlmh 5.708.568.283.282.

biexip. 625. uexeqi 683. ubqy 707.625. yes.

711

Trató de utilizar lo poco que había averiguado su padre para descifrar lo demás, pero no era suficiente para continuar. Cotejó el mensaje con todos los códigos militares antiguos que Washington había utilizado como presidente y después, como comandante

en jefe, pero no sirvió de nada.

Finalmente, probó otra cosa más: un oscuro código militar de la época revolucionaria. En realidad se trataba del primer código secreto utilizado en América. Era un código de sustitución numérico inventado en 1783 por el coronel Benjamín Tallmadge, el primer jefe del espionaje americano. Tallmadge sustituía cadenas de números por palabras que Washington insertaba en comunicados secretos. «Nueva York», por ejemplo, se convertía en el número 727 en el código de Tallmadge.

Me pregunto si habrá una palabra para el número 763.

De acuerdo con su base de datos, la había: «cuartel general».

De pronto la primera línea, la correspondiente al lugar y fecha, en la esquina superior de la carta enviada al Observador de Estrellas, cobró sentido:

Cuartel general, 18 de
septiembre de 1793

Sin embargo, muchas de las palabras del resto del texto no tenían una clave numérica. Para esas palabras, Conrad tendría que utilizar la clave de Tallmadge de sustitución de letras:

abcdefghijklmnopqrstuvwxyz
efghijabcdomnpqrkluvwxyzst

Conrad consideraba poco probable que esa clave funcionara; Washington no le parecía uno de esos jefes del espionaje dados a recurrir a un código de hacía más de dieciséis años en su lecho de muerte. Sin embargo, aplicó la clave de sustitución de letras y, cuando alzó la vista al cuadro digital, este se desplegó y mostró una traducción clara como el día, que decía:

Cuartel general, 18 de septiembre de 1793

Para Robert Yates y su descendiente elegido en el año de Nuestro Señor de 2008:

Mis sinceras disculpas por cualquier perjuicio que le haya causado a usted y a su familia. Si no engañamos a nuestros propios hombres, jamás engañaremos al enemigo.

El fracaso puede llegar a ser la ruina de nuestra causa. Apenas hay necesidad alguna de recomendarle la mayor precaución y secretismo en una tarea tan crítica y peligrosa como el establecimiento de nuestra república.

El destino del mundo está en sus manos y su recompensa en el Cielo. El salvaje

le mostrará el camino.

General Washington.

Conrad estaba tan nervioso que tiró accidentalmente la taza de café al suelo. Pero no se molestó en recoger los pedazos rotos. Estaba demasiado ocupado leyendo la carta y calculando sus consecuencias.

Rápidamente, volvió al trabajo. La palabra «cuartel general» parecía ser la traducción de Tallmadge para el misterioso número 763 grabado en la tumba de su padre. Eso resolvía un misterio, pero sacaba a relucir otro:

¿qué significaba realmente «cuartel general»?

Y luego estaba la fecha: 18 de septiembre de 1793. Eso eran seis años antes del 14 de diciembre de 1799, el día de la muerte de Washington, por la noche, y la noche en que Robert Yates recibió por primera vez las órdenes para el Observador de Estrellas. ¿Había escrito Washington la carta años antes para mandarla desde su lecho de muerte? ¿O la había escrito la noche de su muerte, y la fecha tenía un significado especial para Robert Yates?

La frase «el destino del mundo», entre tanto, a juicio de Conrad, tenía

todo el aspecto de tener un doble sentido. No sabía a qué se refería con eso de «el mundo», pero intuía que se trataba de algo importante, e intuía también que la clave para desentrañar tanto su significado como el de las palabras «la recompensa en el Cielo» era el término «salvaje» que mencionaba Washington.

«Sol brilla sobre salvaje tierra».

Recordaba el mensaje que le había dejado su padre en la lápida junto con el número 763 y los símbolos astrológicos. Era casi como si su padre quisiera que le prestara una atención especial a la palabra «salvaje» en caso de que no

encontrara jamás el mapa de L’Enfant.

Así que, ¿quién es el salvaje?, se preguntaba Conrad mientras McConnell se acercaba a él corriendo y casi sin aliento, con otro documento en la mano.

—Hemos sacado esto de los archivos. Está fechado en la misma noche de la muerte de George Washington, el 14 de diciembre de 1799.

Conrad tomó la carta y la examinó de cerca. Estaba dirigida al obispo John Carroll y pretendía ser un relato fidedigno de las últimas horas de vida de George Washington en Mount Vernon, tal y como lo había vivido un testigo, el padre Leonard Neale, un jesuita de la

misión de St. Mary’s Mission, al otro lado del río Piscatawney.

Por lo que Conrad pudo sacar en claro de la carta, el padre Neale se había sentido muy azorado aquella noche por el hecho de que no le permitieran realizar el último sacramento ni bautizar a Washington antes de su muerte. Tampoco se lo permitieron a los episcopalianos, presbiterianos o baptistas. Solo los masones tenían autorización para enterrar su cuerpo, apuntaba Neale, a pesar de que Washington no había puesto el pie en la logia masónica más que un par de veces en los últimos treinta años

de su vida, ni había practicado ninguno de sus ritos, aparte de unas pocas ceremonias públicas de fundación de centros.

La razón, según Tobias Lear, jefe del Estado Mayor, era que aunque Washington creía que la República debía su libertad a los hombres y mujeres de fe, conocía los disturbios sectarios producidos en Europa y no los quería en América. Por eso no estaba dispuesto a permitir que nadie lo relacionara con ninguna secta en particular.

Pero fueron los párrafos siguientes los que cautivaron la atención de

Conrad:

«Lear me dijo que el deber de Washington para con la unidad de la República era mostrarse elogioso con todos los grupos sin favorecer a ninguno en particular, ni en vida, ni en su muerte. Cuando protesté y pregunté si ese deber implicaba una muerte civil sin ninguna esperanza cristiana, él me respondió: "Ah, sí, incluso eso". Mientras me marchaba, llorando, vi a Lear escoltar al lecho de muerte de Washington a un esclavo fugado, Hércules, cuyos platos yo mismo había tenido el gusto de saborear. Apenas tuve ocasión de reflexionar sobre esa extraña visita

mientras resonaban los llantos y los gritos de los sirvientes en el patio: "¡El amo Washington ha muerto!". Casi me atropellan tres jinetes, uno de los cuales era el esclavo Hércules, con dos escoltas militares».

Conrad releyó el texto una vez más para estar seguro de haberlo comprendido bien. Luego alzó la vista hacia McConnell.

—Entonces usted cree que Hércules llevó el mapa de L'Enfant con la carta para el Observador de Estrellas en el reverso a mi ancestro Robert Yates. ¿Y cree que Hércules es el salvaje?

—Quizá —repuso McConnell,

sacando un retrato de Hércules en la pantalla del computador.

Conrad observó el retrato del esclavo, de orgullosa mirada, muy bien vestido. Probablemente en aquella época no habría muchos esclavos con tantos méritos como para tener su propio retrato.

—Puede que Hércules llevara la carta para el Observador de Estrellas a mi antecesor Robert Yates —repitió Conrad, emocionado—, pero él no es el salvaje que estamos buscando.

Conrad sacó otro retrato en la pantalla y fue McConnell entonces el que tardó en reaccionar.

La familia Washington era un retrato colectivo de tamaño natural del presidente Washington y su mujer, sentados alrededor de una mesa en Mount Vernon, con los nietos adoptados de la señora Washington. Extendido encima de la mesa había un mapa de la propuesta capital federal. A la izquierda de la familia había un globo celeste y a la derecha un sirviente negro. Al fondo, a través de las cortinas abiertas, dos columnas enmarcaban una magnífica vista del poderoso Potomac, fluyendo hacia una distante y fiera puesta de sol.

—¿Ese cuadro está colgado en el National Gallery of Art? —preguntó

McConnell.

Conrad asintió. El mapa extendido en la mesa era un modelo a escala mucho mayor del mapa de L'Enfant para el Observador de Estrellas. El globo celeste y el sirviente negro completaban la escena.

—Ese esclavo no es Hércules —dijo McConnell—. Es el ayuda de cámara de Washington, William Lee. No es el salvaje.

—No, no lo es —confirmó Conrad —. El propio retrato es el salvaje.

—¿Cómo dices? —preguntó McConnell, confuso. Conrad hizo clic en el enlace con la información sobre el

óleo, y entonces apareció una nueva ventana:

Edward Savage
Estadounidense, 1761-1817
La familia Washington, 1789-1796
Óleo sobre lienzo, 213,6 x 284,2 centímetros.
Colección Andrew W. Mellon
2 de enero de 1940

—El salvaje es el artista Edward Savage —dijo Conrad en un tono triunfal—. Y este óleo es el modo en que Washington trata de señalarnos aquello que quiere que encontremos.

11

La familia Washington.

Serena se restregó los ojos cansados. El Gulfstream 550 comenzaba el descenso sobre el Atlántico hacia la punta nordeste de Long Island. Abrió la cortina que le daba sombra y contempló de nuevo la fotografía de alta resolución del cuadro de Edward Savage que

McConnell le había enviado por correo electrónico. El cuadro original, que ella había visto en el National Gallery of Art de Washington D. C, era una obra fuera de lo corriente, igual que la propia América. Con más de dos metros de alto por casi tres de ancho, era el único cuadro de la familia Washington pintado con los modelos en vivo.

—El salvaje te mostrará el camino —musitó Serena para sí misma—. ¿Cómo he podido despistarme tanto? Ahí estaba el globo celeste, tan claro como la luz del día, junto con el mapa y las pistas sobre su lugar de reposo final. Tenía la respuesta delante de ella,

bastaba con descubrir el reto del cuadro. Si debía creer en la Confesión de L'Enfant, Conrad y ella disponían de cuatro días para desentrañar la profecía antes de que América siguiera el mismo destino que la Atlántida.

Serena examinó detalladamente a la familia Washington, sentada alrededor del mapa de la capital federal. Según el catálogo de Savage, el uniforme de Washington y los papeles que tenía debajo de la mano eran alusiones a su «carácter de jefe militar» y de «presidente» de la república. Con el mapa de L'Enfant frente a ella, Martha «señalaba en el abanico la gran

avenida», es decir, la avenida de Pensilvania. Sus dos nietos adoptados, George Washington Parke Custis y Eleanor Parke Custis, junto con el sirviente negro, completaban la escena.

Bueno, no se trataba de la *Mona Lisa*.

Por irónico que resultara, *La familia Washington* era un cuadro muy poco exacto en sus detalles y, desde luego, no era ninguna obra maestra. Durante los siete años que tardó en pintarlo, Savage ni siquiera vio Mount Vernon una sola vez. Eso explicaba las dos columnas del fondo. No existían en la realidad. Y en cuanto a los miembros de la familia

Washington, parece ser que Savage había hecho los retratos de cada uno de ellos por separado, en su estudio de Nueva York, a finales de 1789 y principios de 1790, después del discurso inaugural de Washington como presidente del Gobierno. Luego los había juntado a todos en aquella escena imaginaria de Mount Vernon.

Eso explicaba la extraña forma de agrupar a la familia y sus rígidas poses. Cada uno miraba en una dirección; nadie miraba el mapa.

Conrad, sin embargo, tenía otra explicación.

Según le había contado McConnell a

través del correo electrónico, Conrad insistía en que el insulso cuadro contenía un secreto, un secreto que Washington necesitaba preservar durante siglos. Con una simple prueba en la abadía, Conrad había demostrado a los monjes que la firme mano de George Washington estaba detrás del supuesto descuido en la composición de Savage.

Serena repitió el experimento de Conrad. Dejó el portátil con la imagen del cuadro sobre la bandeja que tenía delante del asiento y, con un lápiz, dibujó dos líneas diagonales que se cruzaran hacia las esquinas opuestas; es decir, una «X» gigante. Justo en el

centro del cuadro, donde se cruzaban las dos aspas, estaba la mano izquierda de Washington, descansando sobre el mapa de L'Enfant.

La mano controladora de George Washington.

Esta «secreta geometría», sostenía Conrad, era el inequívoco signo de que Washington no había dejado nada al azar en el cuadro. Más aún, era el símbolo de que Washington tenía un mensaje importante que comunicar.

Y en eso, Serena tenía que estar de acuerdo.

Conrad Yeats, el estúpido más inteligente del mundo, pensó.

La cuestión, por supuesto, era qué mensaje era ese. Y por inteligente que fuera Conrad, Serena sabía que jamás adivinaría que «el destino del mundo» al que se refería Washington en la carta al Observador de Estrellas era la propia localización del misterioso globo que el primer presidente de América había enterrado en algún lugar, bajo la capital de su mismo nombre.

¿O sí lo adivinaría? Ya antes había infravalorado a Conrad y había tenido que lamentarlo.

Imposible, concluyó. No sin conocer la Confesión de L'Enfant, que ella poseía y Conrad no.

Usando el experimento de Conrad, y con la mano izquierda de Washington como pista, Serena decidió echar de nuevo un vistazo al cuadro y fijarse en qué hacía el presidente con la mano derecha. Descansaba sobre el hombro de su nieto adoptado, un símbolo de la siguiente generación, quien, a su vez, hacía descansar la mano sobre el globo.

También interesante resultaba lo que tenía el niño en la otra mano: un compás, el símbolo masónico del triángulo sagrado. Era como si el niño estuviera a punto de medir algo en el mapa de L'Enfant.

Un nexo inquebrantable unía el

globo y el mapa, reflexionó Serena maravillada, y nadie podía ser testigo de él excepto el sirviente negro.

Verdaderamente, Washington pretendía que aquel retrato sirviera, junto con el original del mapa de L'Enfant, para guiar al Observador de Estrellas al lugar final en el que descansaba el globo celeste.

Todo lo cual le hacía preguntarse acerca de otro asunto más importante aún, asunto que, según la advertencia del cardenal Tucci, ni Conrad ni ella debían tratar de resolver jamás:

¿Qué había dentro del globo?

Serena bajó de la avioneta en la

pista de aterrizaje de Montauk, donde encontró a McConnell esperándola en un Mercedes negro. Vestido con un traje negro, estaba tranquilamente de pie, con la puerta abierta, en medio del calor del mes de junio.

Serena subió al asiento de atrás con McConnell mientras Benito conducía por los bosques y páramos. Aquella tierra había pertenecido a los indios montauk hasta que el gobierno federal de los Estados Unidos se la arrebató, casi un siglo atrás, para construir una instalación militar que, en ese momento, estaba abandonada. De la base militar solo quedaban las ruinas del enorme y

viejo radar SAGE y la pista de aterrizaje, y allí aterrizaban ilegalmente las avionetas privadas de los hombres ricos como McConnell, sin llamar demasiado la atención.

—Bueno, ¿y qué tal está nuestro amigo, el buen doctor Yeats? —preguntó Serena.

—Es demasiado popular.

McConnell le tendió una fotocopia de una alerta del FBI sobre las proezas de Conrad de la semana anterior, dirigida a diversos cuerpos de la ley.

—No lo acusan de nada, de momento es solo una persona «de interés». Lo cual significa que no

quieren que ningún policía lo mate, y ni siquiera quieren que su nombre salte a la prensa. Pero necesitan que la policía abra bien los ojos por si a Conrad se le ocurre aparecer.

Serena observó la fotografía de Conrad que utilizaba el FBI. No sabía cómo, pero Conrad siempre se las arreglaba para parecer mucho más amenazador en foto que en persona.

—Estoy deseando verlo vestido de monje.

—Me temo que no va a darte esa satisfacción. Mientras descifraba la carta para el Observador de Estrellas, el doctor Yeats ha averiguado también el

significado del número 763.

—Por favor, padre, dime que aún está en la abadía —rogó Serena, sintiendo que se le revolvía el estómago.

—Lo siento —contestó McConnell, sacudiendo la cabeza.

—¿Lo has dejado marchar? —preguntó Serena de mal humor.

Bastante desastre era ya el hecho de que, probablemente, Conrad sospechara que ella sabía desde el principio lo del cuadro de Savage, lo cual no era cierto, y que pensara que no debía confiar en ella, cosa que, por desgracia, y gracias al cardenal Tucci, sí era cierto: su misión era dejar que Conrad averiguara

la localización del globo, pero después debía llevárselo a Roma. Era el único modo de proteger a Conrad de la Alineación, se repetía Serena tratando de justificarse, aún a riesgo de que Conrad la odiara para siempre.

—Tú sabes que no podemos retener a nadie en la misión contra su voluntad, hermana Serghetti. Además, el doctor Yeats no necesita de muchos incentivos para salir volando del único santuario del que dispone en este momento. Y le sigue un guardaespaldas de paisano.

—Pero también otros pueden seguirlo —puntualizó Serena, alzando el aviso del FBI.

—Tranquila, el doctor Yeats va disfrazado.

—¿Disfrazado?

—Tú también necesitarás un disfraz —añadió McConnell—. Está en la bolsa, en el suelo.

Serena bajó la vista hacia la bolsa negra y sacó de ella un sombrero blanco, una blusa azul y una falda blanca de vuelo. No pudo reprimir su reacción ante aquel revés, a pesar de saber que tendría que confesarse más tarde.

—Y exactamente, ¿dónde demonios se ha metido?

12

Cuartel general
Newburgh

Vestido con botas, pantalones de montar y un chaquetón gordo azul de estilo militar, Yeats rodeó el obelisco de setenta y seis metros de alto. Estaba hecho de piedra natural, como el Monumento a Washington, y construido

hacía más de cien años por los masones de Newburgh, Nueva York, para conmemorar la más grande y sin embargo, más desconocida victoria militar de Washington.

Porque fue en Newburgh, y no en Yorktown, donde tuvo lugar la última batalla de la Revolución americana. En aquel preciso lugar, los oficiales del ejército le ofrecieron a Washington la oportunidad de convertirse en el primer rey de América. Pero Washington rechazó la corona, a la que consideraba un anatema para la causa de la libertad a la que habían dedicado toda su vida sus hombres y él. Entonces sus oficiales

llevaron a cabo el primer y único golpe de Estado de los Estados Unidos.

Washington aplastó el golpe a última hora, apelando a los mejores instintos de sus hombres, con un discurso que luego se conoció con el nombre de «Discurso de Newburgh». Los oficiales, que llegaron incluso a las lágrimas, reafirmaron su apoyo a su comandante en jefe.

Fue el peor momento de la guerra y la más grande victoria de Washington.

O, al menos, eso decían los libros de historia.

El último campamento temporal del Ejército Continental, conocido como el

Acantonamiento de New Windsor, se había convertido en un parque estatal que quedaba justo a la salida de la autopista de Nueva York. Allí, actores vestidos con el traje de la época representaban ejercicios militares y mostraban cómo era el día a día para los acampados: una tropa de siete mil hombres, quinientas mujeres y sus niños. Nadie de entre el personal de aquel centro turístico de interés histórico se fijó en el hombre que vagaba solitario por los mil seiscientos acres de terreno y daba vueltas al obelisco conmemorativo.

Excepto, quizá, una persona. Un

hombre rubicundo, de mediana edad y vestido de casaca roja, le había dirigido una mirada divertida cuando estaban en el Edmonston House al preguntar Conrad si había listas de las personas que habían visitado a Washington en aquel campamento. No había ninguna lista oficial, pero podía consultar unas cuantas revistas especializadas de la época que habían guardado algunos miembros del ejército. Le llevó horas, pero finalmente Conrad encontró una nota, fechada el 15 de marzo de 1783, en la que se mencionaba que Washington había tenido una visita en su casa de la base, la de Robert Yates, poco antes de

dirigirse a las tropas amotinadas.

Sin embargo, no se hablaba de la naturaleza de aquella visita.

Entonces, Conrad había salido y se había inclinado sobre la inscripción del obelisco, preguntándose sobre qué asunto habrían estado tratando su ancestro y George Washington en tan extraordinarias circunstancias.

Conrad encontró lo que buscaba en la inscripción de la placa de granito de la cara sur del obelisco:

Sobre esta tierra fue erigido el
«Templo»
o nuevo edificio público por el ejército

de la
Revolución 1782-1783. El lugar de nacimiento de la
República.

«El lugar de nacimiento de la República», se repetía Conrad en silencio cuando oyó una voz, desde detrás, decir:

—¡Eh, qué bien te sientan los pantalones de montar!

Conrad se dio la vuelta y vio a Serena vestida con un sombrero blanco, una falda de vuelo blanca y una escotada camisa azul que era incapaz de contener sus encantos naturales.

—No te atrevas a decir una palabra —añadió ella en tono de advertencia—, o te pasarás el resto de tu vida viviendo como un eunuco. Bien, ¿qué hacemos aquí?

Conrad la llevó a una larga cabaña rectangular con una fila de pequeñas ventanas cuadradas muy semejante a una iglesia, pero sin campanario. Serena reconoció el edificio por la guía turística. Se trataba de una réplica exacta, a escala real, del «Templo de la Virtud», un edificio levantado en el acantonamiento original por orden de Washington para servir como capilla para el ejército y como pabellón para la

fraternidad de los oficiales francmasones. Un poco más abajo, en el terreno donde se representaban los desfiles, estaba teniendo lugar una demostración de mosquetes y artillería. De vez en cuando se oía el bum de un cañón.

—Imagínate la escena —dijo él—. Los británicos han sido derrotados en Yorktown. Fin de la guerra, final feliz. Pero, al mismo tiempo, las cosas no pintan demasiado bien a principios de 1783. Las negociaciones de paz en París se prolongan cada vez más. El Congreso se planta sobre la cuestión de la paga al ejército, las pensiones y las

recompensas en forma de tierras. Los oficiales de alto rango, llevados por el general mayor Horatio Gates, el segundo de a bordo y comandante de este acantonamiento, amenazan con arruinar la causa de la independencia con su amotinamiento.

—Bien, así que Washington se enfrenta a ellos en el Templo de la Virtud con su famoso discurso de Newburgh —continuó Serena, deseando tener los conocimientos enciclopédicos de Conrad y el cardenal Tucci sobre historia americana.

—Solo que su discurso no surte efecto y sus palabras caen en oídos

sordos —continuó Conrad—. Así que suspira, y se saca del bolsillo una carta de un miembro del Congreso que quiere leerles. Pero no puede leerla, de modo que rebusca por otro bolsillo y saca un par de gafas nuevas que no se ha puesto nunca en público. Y entonces dice: «Caballeros, me permitirán ustedes que me ponga las gafas porque no solo mi pelo se ha vuelto gris, sino que me he quedado casi ciego en el servicio a mi país».

Hasta ahí Serena conocía la historia por la guía turística.

—Sí, así que, conmovidos hasta las lágrimas por el drama que afecta a su

venerado comandante, que, sin embargo, no se queja, deciden votar a favor de reafirmar su lealtad a Washington y al Congreso. La conspiración de Newburgh fracasa. Un mes más tarde se firma el Tratado de París y, tras ocho años, termina la Guerra de la Independencia. Washington renuncia a su cargo y se retira a Mount Vernon. El ejército se disuelve. Todos vuelven a casa. Fin de la historia. ¿Algo más, amigo? Porque esta blusa me pica.

—¿Y si la triste escena de las gafas no hubiera funcionado? —preguntó Conrad—. Si lo piensas bien, resulta difícil de creer. ¿Y si no hubiera sido

este el lugar preciso del nacimiento de la República?, ¿y si hubiera sido el lugar de nacimiento del imperio, y a este grupo lo hubieran llamado la Alineación?

—No sé adónde pretendes llegar, Conrad —contestó Serena—. Ni siquiera me has dicho aún cómo se te ocurrió venir a Newburgh.

—Por el número 763 de la lápida de mi padre, ¿recuerdas? El código que tú ibas a descifrar.

Serena captó perfectamente la indirecta.

—Creía que en el código de Tallmadge que utilizaste para descifrar

la carta al Observador de Estrellas el número 763 significaba «cuartel general». Washington tuvo muchos cuarteles generales a lo largo de la revolución.

—Pero Tallmadge se inventó el código en 1783, cuando Washington estaba acampado en Newburgh —dijo él, mirando a su alrededor. Serena estaba convencida de que iba a poner el dedo en la llaga—. Es aquí donde se cruzan los caminos de mi familia y Washington, y por eso Robert Yates abandonó la Convención Constitucional de Filadelfia seis años después, y escribió un libro llamado

Procedimientos y debates secretos sobre la formación de la Constitución de los Estados Unidos. Aquí ocurrió algo.

Es evidente que allí había ocurrido algo, pensó Serena. De otro modo, jamás habría existido aquel parque estatal y ellos dos no estarían allí, vestidos de tontos.

—Piénsalo, Serena —insistió él—. Washington entregó a los conspiradores de Newburgh todo lo que demandaban. Los soldados consiguieron su paga. Los militares más antiguos procedían de familias de herencia militar pertenecientes a la Sociedad de los

Cincinnati. Luego se ratificó la Constitución de los Estados Unidos, que estableció un gobierno fuerte, nacional y militar.

Todo eso era cierto, comprendió Serena.

Por lo que ella había leído, Washington fue el primer presidente general de la Sociedad de los Cincinnati desde 1783 hasta su muerte, en 1799. La Sociedad tomó su nombre del granjero y general romano Cincinnatus que, igual que Washington siglos después, dejó sus tierras para guiar a la República a la guerra. Su noble lema era: «Lo dejó todo para servir a la República». Por lo

que sabía Serena, la Sociedad de los Cincinnati se había convertido en una organización de caridad destacada. Ella misma había trabajado con ellos alguna vez. Pero se preguntaba si originalmente había sido algo más. Quizá la Alineación había obligado a Washington a crear una nueva sociedad en la que cobijarse para poder así abandonar a los masones, exactamente igual que en el relato de la Biblia Jesús expulsa al demonio del cuerpo de un hombre y lo lanza a poseer a una piara de cerdos. Para cuando murió Washington en 1799, la Alineación bien podía haber abandonado ya a la Sociedad de los

Cincinnati si, tal y como Washington se temía, habían tenido éxito en la penetración a todos los niveles del gobierno federal. Y de ahí la advertencia a los futuros americanos.

—¿Crees que Washington pudo llegar a algún tipo de acuerdo con los militares, acuerdo que ahora se estaría volviendo contra él?

—En cuatro días —dijo Conrad, mirándola con sus intensos y cálidos ojos de color avellana—. Pero no lo sabremos seguro hasta que encontremos lo que sea que enterró bajo el Mall en la capital federal.

Serena se quedó boquiabierta. *Él lo*

sabía.

—¿De qué estás hablando?

—Estamos buscando un globo celeste —dijo él—. Exactamente igual que el del retrato colectivo de Savage. Washington lo enterró para su último espía en la sombra, el Observador de Estrellas, para que lo recobrara al final de los tiempos. Pero por una broma cósmica, parece que yo soy el Observador de Estrellas. Y solo cuando encuentre el globo celeste podré cumplir mi misión.

De pronto, Serena lo comprendió. Conrad no solo sabía qué estaban buscando, sino que además sabía dónde

estaba. ¿Cómo era posible?

—¿Sabes dónde está enterrado el globo? —preguntó Serena, estupefacta.

—Tú misma has tenido la respuesta en tus manos durante todo este tiempo. ¿Tienes mi carta de Washington? Creo que he visto algo por ahí —afirmó Conrad en tono de broma.

Se refería al enorme escote de la blusa de Serena. Violenta, ella le dio la espalda, se sacó la carta de la blusa y se la tendió.

—El padre Neal le dijo al obispo Carroll que había visto al esclavo Hércules abandonar el dormitorio de Washington justo antes de su muerte, la

noche del 14 de diciembre de 1799 —dijo Conrad, mientras abría el documento y miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie los observaba—. Pero la carta está fechada el 18 de septiembre de 1793, ¿lo ves? Ese fue el día en que enterró el globo.

Serena asintió con ansiedad, reprochándose a sí misma el hecho de no haber prestado atención a esa discrepancia de fechas, y preguntó:

—Tiene un significado astrológico, ¿verdad?

—Tanto que Washington lo eligió para poner la piedra angular del Capitolio de los Estados Unidos…

sobre la colina que le vendió el hermano del obispo John Carroll, Daniel.

Con ese último dato, todo encajaba a la perfección. Terriblemente.

—El globo está en la piedra angular del Capitolio de los Estados Unidos —dedujo Serena.

—Y yo voy a robarlo —añadió Conrad, asintiendo.

Una hora más tarde, Conrad y Serena se dirigían al sur, alejándose de la zona metropolitana de Nueva York en autos separados. Conrad conducía el Mercedes negro de McConnell y, al mismo tiempo, confeccionaba una lista de las cosas que necesitaría para la

operación. Serena iba en su limusina con Benito, quien llamó para asegurarse de que la nueva casa refugio estuviera lista para cuando llegaran.

Mientras ellos se dirigían hacia su *rendez-vous* en Washington D. C, el hombre vestido de casaca roja estaba sentado en el viejo cuartel general de Horatio Gates en Edmonston House, llamando por teléfono a un número de Virginia mientras observaba la foto de Conrad Yeats que había llegado por fax el día anterior.

—Aquí Vailsgate —dijo—. Tengo que hacerle llegar un mensaje a Osiris.

13

Penn Quarter
Washington D. C.

Vestido con un traje de Armani impecable que le había proporcionado Serena junto con una nueva tapadera, Conrad salió al balcón del ático y escuchó el sonido lejano del concierto de *jazz* de verano, proveniente de la

plaza del Navy Memorial. Observó la cúpula iluminada del Capitolio de los Estados Unidos, elevándose por encima del Archivo Nacional como una media luna resplandeciente.

Podría haber sido una noche perfecta, pensó Conrad mientras daba vueltas a su copa de vino. Si no fuera porque Serena era monja y su romance era imposible. Y si no fuera porque Benito estaba de pie, en la puerta, como un guardaespaldas.

—Deberíamos tener más citas como esta —le dijo a Serena, volviendo a entrar—. Definitivamente, representa un paso adelante con respecto a la abadía.

El ático, situado en lo alto de la torre oeste de Market Square, tenía vistas sobre la avenida de Pensilvania, a medio camino entre la Casa Blanca y el Capitolio. En su día, había pertenecido al senador Daniel Patrick Moynihan de Nueva York, pero en ese momento era de otro de los misteriosos jefes de Serena, un arquitecto cuya firma gozaba de ciertos privilegios en la construcción de un nuevo Centro de Visitantes del Capitolio subterráneo y que, gracias a esos mismos privilegios, les había proporcionado los anteproyectos originales del edificio del Capitolio diseñados por William Thornton allá

por 1792.

—Esto es una locura, Conrad —dijo Serena, alzando la vista de la pila de borradores desparramados por encima de la enorme mesa del comedor—. El Capitolio de los Estados Unidos debe de ser uno de los edificios más fuertemente custodiados del planeta. Jamás lo conseguirás. Y puede que ni siquiera salgas vivo de esta.

—Conseguiré el globo y lo que sea que haya dentro —contestó Conrad con calma—. Lo único que tienes que hacer es introducirme allí, y creo que eso ya lo han conseguido tus amigos de Abraxos.

Conrad tamborileó sobre el pin

identificativo de su solapa, hecho especialmente para él por cortesía de un ejecutivo de una empresa de ex agentes de la CIA, quien proporcionaba tapaderas a la agencia y acababa de proporcionarle una a Conrad como favor a Serena.

—Puedo saltarme los mecanismos de seguridad perfectamente, haciéndome pasar por uno de los 435 relativamente anónimos miembros del Congreso. Así que, por esta noche, finjamos que soy un poderoso legislador y que tú eres la dulce becaria que va a causarme muchos problemas.

Serena le dedicó una de esas

miradas suyas que lo decían todo, en este caso algo así como «ni lo sueñes».

—Puedo introducirte allí, Conrad, pero ¿cómo diablos vas a salir?

Conrad sabía de dónde procedía toda la vehemencia de Serena. Estaba convencida de que él no saldría del Capitolio.

—Provocaré un resultado positivo en la prueba de agentes químicos. Basta con un producto de limpieza cualquiera para activar las alarmas del Capitolio. Si sabes dónde están los sensores, claro. Evacuarán a todo el mundo y yo aprovecharé para escapar.

—¿Con el globo debajo del brazo?

—inquirió Serena, alzando una ceja, escéptica.

—Ya te lo he dicho, la estrategia de fuga está planeada.

—No, Conrad, no me has contado un carajo de nada. Por ejemplo, olvidaste mencionar que el Capitolio de los Estados Unidos ni siquiera tiene una piedra angular. Al menos ninguna que hayan podido encontrar después de doscientos años de excavaciones.

—Cierto —confirmó Conrad, inclinándose por encima del hombro de ella. Serena seguía estudiando el proyecto del Capitolio de Stephen Hallet de 1793—. Cualquiera habría

jurado que la nación tecnológicamente más avanzada del mundo debería saber dónde colocó su piedra angular.

—¿Y qué te hace creer que tú vas a encontrarla cuando todo el mundo ha fallado?

—Yo no soy como todo el mundo —contestó Conrad—. Aunque eso ya lo sabías tú cuando me hiciste el traje a la medida. Bueno, también podría quitármelo para subir al tejado. Hay una piscina, por si quieres darte un baño.

Conrad sonrió y le ofreció vino. Pero Serena no iba a morder el anzuelo y su audaz broma no sirvió tampoco para que ella dejara de fruncir el ceño.

Serena volvió la vista al mapa, decidida a trabajar.

—Según cuenta la historia, Washington colocó la piedra angular en la esquina sureste del edificio durante una ceremonia masónica, pero nadie sabe si fue la esquina sureste del ala norte original que ardió durante la década de 1790-1800 o la esquina sureste de lo que finalmente se convirtió en el complejo del Capitolio actual.

—Ninguna de las dos —dijo él—. Los masones siempre colocan la piedra angular en la esquina nordeste de sus edificios, es típico.

—He consultado todas las fuentes,

Conrad. Definitivamente, Washington colocó la piedra angular en la esquina sureste.

—Escucha —dijo Conrad, guiando la mano de Serena por el proyecto de Hallet—: aquí está el ala norte original del Capitolio, que fue lo primero que se construyó. Y justo aquí, pegada, está la sección central, que es la que soporta la cúpula y conecta las alas norte y sur.

—Ya lo veo, colega.

—¿En serio? —preguntó él mientras guiaba el dedo de Serena hacia la esquina sureste del ala norte en la que, Conrad estaba convencido, Washington había colocado la piedra angular—. Y

ahora, ¿qué ves?

—¡Madre de Dios! —exclamó Serena, contemplando su propio dedo—. La esquina sureste del ala norte es asimismo la esquina noreste de la sección central que sujeta la cúpula.

—Y la cúpula representa no solo el corazón del Capitolio, sino de toda la ciudad de Washington D. C. —añadió él—. Así que mi localización de la piedra angular es exacta según la historia y correcta desde el punto de vista de los masones, ambas cosas.

Pero Serena seguía reacia a dejarse convencer.

—Muy inteligente, pero han

cambiado demasiadas cosas desde que se colocó la piedra angular. Para empezar, todo lo que se construyó encima de tu piedra angular fue arrasado por los británicos en la guerra de 1812. Y la parte original pesaba tanto que tuvieron que volver a reconstruir toda la fachada este del edificio directamente encima de tu piedra angular; más que nada para que se sostuviera. Así que, ¿cómo vas a encontrarla debajo de toda esa remodelación?

—Ven conmigo.

Conrad la tomó de la mano y la sacó al balcón, trece pisos por encima de la avenida de Pensilvania. En la plaza

seguía el concierto, Serena estaba más que radiante, y solo el edificio del FBI, asomando tras ella, podía igualarla como vista maravillosa.

—Se supone que esta es la avenida principal de la ciudad, que une la Casa Blanca con el Capitolio —dijo Conrad—. Según el proyecto, todos los edificios deberían estar alineados, formando un solo frente. Y así fue durante años, hasta que construyeron el edificio del Tesoro y obstruyeron las vistas.

—El dinero suele hacer esas cosas —comentó Serena, permitiendo que él siguiera sosteniendo su mano—.

Simbólicamente, eso significaba que los brazos legislativo y ejecutivo del gobierno americano podían vigilarse mutuamente. Bien, entendido. ¿Y qué?

—Que esa alineación terrestre tiene su reflejo en los cielos —dijo él—. Mira las estrellas. Ahí está El Boyero, sobre la Casa Blanca. Y allí Régulo, sobre el Capitolio. ¿Las ves?

—La verdad, Conrad, no.

—Sí, bueno, es por las luces de la ciudad. Pero están ahí, y hay un eje invisible que las conecta por encima de nuestras cabezas.

—¿Estrellas que no veo?, ¿conectadas por un eje invisible? —

preguntó Serena, alzando una ceja en una expresión escéptica—. ¿Y esta táctica funciona con otras mujeres?

Serena estaba bromeando, pero Conrad percibía la tensión en su voz. Por muy espiritual que fuera, Serena Serghetti era la mujer más práctica y con los pies más firmemente plantados en la tierra que jamás hubiere conocido. Tenía miedo por él y ni toda su bravuconería serviría para calmarla.

—Lo único que digo es que en el proyecto original la avenida de Pensilvania se prolongaba hasta el centro del Capitolio, hasta un punto de la cripta del sótano que está justo debajo

de la rotonda central, directamente bajo la cúpula que, a su vez, es una representación de la cúpula celestial.

—Ya te lo he dicho, Conrad —repuso Serena, molesta y frustrada—: la forma de la colina sobre la que se asienta el Capitolio ha sido alterada a lo largo de los siglos con diversas terrazas, y no digamos ya lo que hay encima.

—Pero las estrellas no, Serena. Y por eso es por lo que tú y tus federales no pueden encontrar la piedra angular: están buscando en el anteproyecto. Yo la busco en el lugar en el que estaba planeado que estuviera el centro de la cúpula. Y mi eje cósmico en el cielo,

gracias al Sistema de Posicionamiento Global del Pentágono, me guiará hasta esa piedra y el globo celeste.

Serena respiró hondo y lo miró a los ojos.

—¿Cómo se puede razonar con un hombre que utiliza la lógica de Don Quijote? ¿O es la de Don Juan? Contigo, es imposible saberlo.

Serena se secó un ojo con un pañuelo, pero Conrad no pudo adivinar si se trataba de una lágrima o solo del efecto del viento.

—Quizá una última copa antes de dormir te aclare las ideas —dijo él—. Después de todo, puede que esta sea mi

última noche de vida.

—¡Te odio! —exclamó ella, dándole un puñetazo en el pecho.

Conrad se echó a reír y se restregó la costilla dolorida.

—Entonces, ¿por qué quieres salvar América?

—Porque es cierto que América es la última y mejor esperanza del mundo —contestó ella.

—Creía que para ti eso lo era Jesús.

—Me refiero a ahora mismo, políticamente. América es lo mejor que tenemos para que la Iglesia siga trabajando con libertad, sin cargas, y para la libertad de creencias, que

últimamente no va demasiado bien en otras partes del planeta como Oriente Medio y China.

—¿Y eso lo dices tú, o lo dice Roma? —preguntó Conrad con el propósito de enojarla y hacerla olvidar así sus preocupaciones—. Porque hay gente, sobre todo en Europa, Oriente Medio y Asia, que siente que el problema es precisamente la Iglesia, y que el mundo estaría mejor sin ella.

Por la expresión del rostro de Serena, la idea parecía estar funcionando.

—La Iglesia, por corrupta que sea como institución, es un símbolo del

reino de los cielos en un mundo que se está muriendo —dijo Serena—. Y, como tal, transmite el mensaje de la redención a través de una vida a la vez cambiante y eterna.

—Ah, entonces la última y mejor esperanza es la Iglesia, ¿no?

Serena lo miró a los ojos, perdida en algún oscuro pensamiento, y luego desvió la vista.

—No, Conrad. Por desgracia, tal y como están ahora las cosas, tú eres esa esperanza.

La idea resultaba aterradora, y lo peor de todo era que Conrad intuía que ella lo creía de verdad, porque se echó a

llorar. Conrad la abrazó con fuerza en medio de aquella oscuridad y contempló la cúpula del Capitolio, iluminada en plena noche, preguntándose si la estaba abrazando por última vez.

Segunda Parte

---

1 de julio

14

Edificio del Capitolio de los Estados Unidos

Washington D. C.

Max Seavers estaba sentado ante los líderes congresistas, oficiales de la CIA y personal del Departamento de Salud y Servicios Humanos en una sala secreta del Capitolio. Tres años atrás, como

director y gerente de los laboratorios SeaGen, había advertido a ese mismo grupo de personas que una pandemia de gripe aviaria podría algún día llegar a matar a millones de americanos. Aquella mañana, al salir de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada para la Defensa, había vuelto a reunirse con ellos para decirles que ese día había llegado.

—Esta diapositiva fue tomada ayer en un pueblo al nordeste de la provincia china de Liaoning —dijo Max, cerrando su informe confidencial con el sello de «alto secreto» estampado en la parte inferior.

La diapositiva mostraba a los agentes de salud chinos, vestidos con trajes especiales, quemando los cuerpos de hombres, mujeres y niños a las puertas de una granja de gallinas.

—Como pueden comprender, nuestra agencia de inteligencia tiene serias dudas acerca de la información que los chinos están dispuestos a revelar sobre la gripe aviaria a su propia población. No quieren que nada enturbie la celebración de los Juegos Olímpicos del mes que viene. Y ya nos han advertido de que cualquier intento por nuestra parte de hacer públicos nuestros temores será interpretado como un acto político

deliberado, dirigido a minar las relaciones internacionales y a boicotear los Juegos. Por desgracia, para entonces será ya demasiado tarde. Más aún, los Juegos mismos, a los que asistirán personas de todo el mundo, serán la plataforma definitiva de lanzamiento de una pandemia global cuando todas esas personas vuelvan a casa.

Seavers pasó a la siguiente diapositiva. Estaba hecha en blanco y negro, y tenía mucho grano.

—La pandemia de gripe española de 1918, que fue una forma de gripe aviaria, mató a quince millones de personas. La nueva mutación H5N1 es

hoy en día mucho más peligrosa, porque afecta a los adultos en la flor de la vida y mata a más de la mitad de las personas a las que infecta. Nadie en el mundo es inmune a ella, los seis billones de personas del planeta están en situación de riesgo.

El senador Joseph Scarborough, el director del Comité, se puso colorado de ira. Alzó la vista por encima de sus gafas y dirigió la mirada al hombre que había sentado junto a Seavers, un funcionario del Centro de Control y Prevención de Enfermedades, preguntando en tono exigente:

—¿Y qué diablos va a hacer el CDC

con relación a esto?

—La caótica realidad es que una persona puede pasarse un día entero esparciendo la enfermedad antes de mostrar ningún síntoma —dijo el funcionario sencillamente, poniendo de manifiesto que la respuesta exacta era «nada»—. Así que, aunque cerráramos las fronteras a una supuesta explosión de la enfermedad en los Juegos de Beijing, aun así no estaríamos seguros de que no se está incubando aquí. Si surgiera un brote en el territorio americano, lo mejor que podríamos hacer sería limitar los vuelos internacionales, obligar a guardar cuarentena a los viajeros

expuestos al virus y restringir los movimientos por el país. Eso ralentizaría la expansión del virus y nos daría tiempo para distribuir nuestras reservas de vacunas de SeaGen, con lo que disminuiría el caos económico y social.

El senador fijó su mirada entonces en Seavers.

—Creía que la vacuna de SeaGen no estaba diseñada para luchar contra esta nueva cepa.

—Al contrario, nosotros siempre hemos sabido que algún día el virus más extendido sería el del contagio de humano a humano. Sin embargo, los

avances preparatorios son siempre poco efectivos, porque una vacuna desarrollada para luchar contra la cepa de hoy puede resultar inútil contra la mutación de mañana. Por eso, la vacuna inteligente de SeaGen soluciona ese problema con su habilidad para «apelar» a unos ciertos genes y no a otros, modulando de ese modo el sistema inmune para combatir el virus, cualquiera que sea la mutación que este asuma.

—¿Y cómo exactamente «apela» su vacuna al sistema inmune de una persona?

—A través de un *microbiobot*

contenido en la vacuna y que recibe instrucciones vía señales *wi-fi*.

—¿Quiere decir desde fuera del cuerpo?

—Sí, señor.

—¿Y si alguien no tiene el virus, doctor Seavers?, ¿podrían las señales desde el exterior ordenar a ese *biobot* que no apele a determinados genes?

—Teóricamente sí, supongo, pero las posibilidades de…

—¡Dios mío, Seavers! ¡Otra vez! Cogen el dinero federal y desarrollan una vacuna para salvar vidas, solo que, en lugar de salvarlas, las utiliza como blanco. Y ahora quieres ponérsela a toda

América.

—Aún no —dijo Seavers—. El primer paso consiste en vacunar a los primeros que muestren síntomas. En el caso de una pandemia, para mantener funcionando la infraestructura básica de un país se estima que es necesario vacunar a un diez por ciento de la población, incluyendo a todos los médicos, enfermeras, policía y otro personal de emergencia nada más identificar el virus y disponer de la primera tanda de vacunas.

—¿Y eso es todo?

—Bueno, a mí me gustaría también poner la vacuna al personal armado y a

todos los cargos políticos electos, ya que una pandemia puede interrumpir el gobierno de una nación e inutilizar la Vigesimosexta Enmienda. En caso necesario, actuaríamos exponencialmente hasta abarcar a la población general una vez que el virus aterrizara en los Estados Unidos.

Max Seavers y Joseph Scarborough se miraron. El silencio pesaba en la sala. Bajo aquella tensión subyacía la complejidad de una relación simbiótica en la que Scarborough manejaba los hilos del dinero destinados al Pentágono mientras que las empresas proveedoras del Pentágono se comprometían a

financiar la campaña de reelección de Scarborough y su estilo de vida. A menudo, a Seavers le costaba distinguir cuándo Scarborough se escandalizaba realmente o cuando solo lo fingía para guardar las apariencias.

—Cuando estaba en los Boy Scout, mi lema era «estar siempre preparado» —comenzó a relatar el senador. Seavers intuyó que estaba a punto de conseguir lo que había ido a buscar aquel día al Capitolio—. Como senador, ese lema aún sigue siendo cierto…

La BlackBerry de Seavers, en modo silencio, vibró.

Max bajó la vista hacia la pantalla

del teléfono. Se trataba de una alarma oficial de la Policía del Capitolio. El texto decía:

10:45 a.m.: Asunto: se ha producido una emergencia en el edificio del Capitolio - Evacuación del complejo. Importancia: extrema.

Seavers vio teléfonos vibrando por toda la sala, saltando encima de la mesa. Casi simultáneamente, las puertas de la sala se abrieron y los agentes de la Policía del Capitolio entraron a toda prisa, dirigiendo a la gente hacia la salida.

Max miró a Scarborough. El senador, que odiaba que lo

interrumpieran, se puso en pie con un gesto de mal humor y abandonó la sala.

Mientras Seavers y los demás asistentes eran guiados a toda prisa por el pasillo detrás de los senadores, Max vio llegar a los equipos del Departamento de Materiales Peligrosos, vestidos con trajes especiales. Entonces desplegó el mensaje completo en la BlackBerry para conocer los detalles:

Este es un mensaje de la Policía del Capitolio. Si está en el edificio del Capitolio, entonces debe evacuarlo inmediatamente. Los sensores químicos han detectado la amenaza de una biotoxina. Los equipos del

Departamento de Materiales Peligrosos ya están alertados.

Si tiene equipos portátiles u objetos personales cerca, sáquelos. Cierre las puertas al salir, pero sin llave. Mantenga la calma. Espere nuevas instrucciones fuera. No permanezca en el edificio.

Seavers oyó un fuerte gemido y un golpe, y miró hacia arriba. Estaban cerrando el sistema de ventilación para prevenir que la biotoxina se extendiera.

Entonces se desprendió la chapa multisensora de su solapa. Aquella chapa, desarrollada por un grupo antibioterrorista de la DARPA, podía detectar la presencia de biotoxinas en la

atmósfera en tiempo real. Por eso la DARPA era capaz de comprimir docenas de procedimientos fototermales microespectroscópicos en un sencillo microchip, incluyendo la concentración electrocinética de biopartículas. Duradera y ligera, aquella chapa no necesitaba de ninguna fuente de alimentación externa, y se convertía en un verdadero «laboratorio de bolsillo» en cuanto se producía una indicación visual de la presencia de algún agente contaminante.

Solo que, a juzgar por aquel sensor, no había ningún contaminante.

Fuera, en medio de la pradera de

césped situada al este del Capitolio, el senador Scarborough lo estaba esperando con el rostro colorado e hinchado de ira.

—Será mejor que esta maldita alarma no sea una broma suya para convencernos de seguir adelante con su programa, Seavers —advirtió Scarborough.

—En absoluto, señor senador —respondió Seavers con vehemencia. Era millonario y por eso detestaba tener que pedir fondos federales o la aprobación de la agencia, sobre todo a los políticos. Eran aún peores que sus inversores privados—. Es más, creo que no hay

nada de qué preocuparse.

—¿Y por qué diablos no va a haber nada?

—Eso dice mi sensor —contestó Seavers, tendiéndole al senador el biodetector.

Scarborough giró la chapa en sus manos y miró a Seavers con el más leve gesto de respeto.

—Quizá yo debiera tener uno de estos, ¿no?

—Desde luego, eso creo yo. Todos los senadores deberían tener uno, además de ponerse la vacuna de SeaGen.

Scarborough musitó algo acerca de

ondear la bandera blanca y se marchó en dirección a un grupo de sus empleados que lo esperaban junto a la línea policial.

Seavers miró su chapa detectora una vez más. No había nada, absolutamente nada en el aire que pudiera ser mortal, ni siquiera en pequeñas cantidades.

Volvió la vista hacia el edificio. En Washington D. C. eran frecuentes las falsas alarmas. Pero al dirigirse por el césped hacia la entrada este del Capitolio intuyó que algo andaba mal. Tras las líneas policiales, filas de furgonetas nuevas abarrotaban la calle. Podía oír a los periodistas hablar y

hablar hasta quedarse sin aliento, aunque no había nada de qué informar de momento. Todo el mundo vagaba por allí, hablando y observando a los equipos del Departamento de Materiales Peligrosos entrar en el edificio mientras la gente salía: senadores, empleados y Serena Serghetti.

Entonces fue cuando sonó la alarma en su cabeza, una alarma que jamás se disparaba falsamente. ¿Qué estaba haciendo ella allí?

La respuesta surgió en su mente de inmediato: Conrad Yeats.

15

Minutos antes de que saltara la alarma el grupo de visitantes del edificio del Capitolio iba retrasado. Conrad estaba aún en el ala norte original, de pie e impaciente, a las puertas de la sala de la vieja Corte Suprema, examinando la placa que decía: «Bajo esta losa está la piedra angular de este edificio».

Igual que la mayoría de las cosas de

Washington D. C, la placa no decía toda la verdad, como explicaba el amable guía turístico al grupo, que incluía a una docena de Boy Scouts de Wyoming.

—La placa de la pared se refiere a la losa del suelo que tienen ustedes delante, y la losa del suelo solo señala el lugar en el que el primer arquitecto del Capitolio creyó en su día que estaría la piedra angular.

Conrad bajó la vista a la losa, de un metro veinte centímetros de ancho por sesenta de alto, a ras del suelo, y leyó lo que había grabado en ella:

Colocada el 17 de septiembre de 1932

por la logia masónica en
conmemoración
de la piedra angular original colocada
por
George Washington

—Así que tenemos losas colocadas en conmemoración de otras losas —musitó el monitor de los Boy Scout, de pie junto a Conrad, al final del grupo que, por fin, se dirigía a la cripta—. ¿Me he perdido algo?

—Su dinero de los impuestos federales —contestó Conrad que, acto seguido, miró el reloj.

Probablemente la Policía del

Capitolio estaría ya mandando el mensaje de alerta a las personas importantes. En cualquier momento, en cuestión de segundos, se dispararían las alarmas.

La visita turística terminaba en la cripta bajo la rotonda, donde se suponía que estaba enterrado George Washington. Se trataba de una estancia amplia con cuarenta enormes columnas dóricas, construidas con la piedra natural de Virginia, sobre las cuales descansaba la rotonda y, encima, la cúpula; exactamente igual que toda América descansaba sobre Washington. En el centro del suelo de mármol negro

que cubría la estancia, había dibujada una estrella blanca con muchas puntas.

—La cripta es el corazón de Washington D. C. y el final de nuestra visita —dijo el guía—. Siguiendo el diseño de Pierre L'Enfant, los cuatro cuadrantes de la ciudad se originaron a partir del Capitolio de los Estados Unidos. Y el centro es esta estrella dibujada en el suelo de la cripta.

La estrella marcaba lo que iba a ser una ventana en la tumba de Washington bajo la cripta. La idea era que Washington pudiera alzar la vista desde su tumba y verse a sí mismo definitivamente glorificado en los

cielos, tal y como estaba pintado en el interior de la cúpula. Solo que Washington no estaba enterrado en esa tumba: su viuda, Martha, había insistido en que los enterraran a los dos en su propiedad de Mount Vernon.

Mientras los visitantes iban haciendo turno para ponerse de pie encima de la estrella, Conrad se alejó discretamente hacia la ancha escalera de mármol que había cerca. Bajó por ella a un segundo piso inferior, pasando por delante de unos cuantos despachos cerrados con acristalamientos y muy semejantes a jaulas.

Entró por la primera puerta a la

derecha nada más terminar de bajar las escaleras, y atravesó el cartel que decía: «No se permiten visitas». Justo entonces sonaron las alarmas.

Era el momento de comenzar a moverse deprisa. Disponía solo de unos minutos para encontrar la piedra angular antes de que los equipos del Departamento de Materiales Peligrosos llegaran a ese segundo sótano.

Volvió la vista atrás hacia la madriguera de oficinas a su espalda. Los empleados, casi todos gente desaliñada, de mediana edad y con sus PDA en la mano, sacudían las cabezas, recogían sus cosas y se dirigían a la salida.

Entonces Conrad subió unos cuantos escalones desvencijados, pasando por delante de un escudo contra la lluvia radiactiva nuclear, y entró en un largo túnel de ladrillos amarillos.

Sacó el teléfono inteligente modificado y miró la pantalla con sus esquemas y su rastreador GPS. Con la luz del teléfono, se había convertido en un punto blanco en medio del oscuro laberinto.

Al final del túnel había una puerta de hierro negra que parecía sacada de una iglesia medieval, y tras ella la supuesta tumba de George y Martha Washington. Pero lo único que había dentro de la

estancia reservada para la tumba era un catafalco, la estructura sobre la que había descansado el cuerpo de Abraham Lincoln, el primer presidente muerto en acto de servicio, cuando se expuso al público en la rotonda después de su asesinato.

Conrad giró a la derecha y vio la puerta de color rojizo que estaba buscando. Tenía un cartel que decía:

SBC4M
PELIGRO
Equipo mecánico
Solo personal autorizado

No tenía picaporte de ningún tipo, pero esperaba poder abrirla. Al hacerlo, oyó que un metal raspaba la piedra detrás de él, se volvió y vio la puerta de metal con el cartel SB-21, en el lado opuesto del túnel, abierta.

De esa segunda puerta salió un técnico con su overol de trabajo, quien se sorprendió mucho al ver a Conrad.

—Hay una alerta de evacuación, señor.

—Sí, están distribuyendo esto —contestó Conrad, sacándose una mascarilla del bolsillo del traje—. Tenga —añadió Conrad, poniéndosela en la boca.

Conrad arrastró al técnico de vuelta por la misma puerta por la que había salido, y el hombre cayó al suelo junto a una máquina eléctrica. Conrad cerró la puerta, recogió la mascarilla con cloroformo y arrastró al técnico, pasando por delante de un enorme banco de maquinaria y tuberías al descubierto, hasta una pequeña habitación de mantenimiento.

En esa habitación encontró una bañera de mármol, una reliquia del viejo balneario del Senado que ofrecía baños calientes, masajes y servicio de peluquería a los miembros del Congreso y a sus invitados. Metió al hombre

dentro de la bañera, cerró la puerta de la habitación de mantenimiento y se dirigió a la zona de la vieja caldera.

Según el indicador GPS del móvil, estaba lo suficientemente cerca de la esquina nordeste de la parte central del Capitolio como para utilizar el sonar portátil. Introdujo lo que parecía una tarjeta de memoria en el hueco superior del sonar. Una imagen térmica roja con manchas amarillas contra el telón de fondo verde brillante llenaba la pequeña pantalla.

La DARPA había desarrollado aquel sonar de bolsillo para las fuerzas de Operaciones Especiales con el objeto de

buscar pequeñas estructuras subterráneas como cuevas, que podían servir para ocultar armas de destrucción masiva, o túneles que servían para el contrabando de armas o la infiltración de terroristas por las fronteras. Conrad había adaptado el sonar para explorar pirámides megalíticas y templos con el propósito de encontrar y alzar los planos de estancias secretas y pasadizos. Aquel día buscaba un espacio profundo dentro de la piedra fundacional: la piedra angular.

Lo había hecho antes una vez, bajo circunstancias notablemente similares, cuando ayudó a los historiadores de

Hawai a encontrar una cápsula perdida hacía mucho tiempo, enterrada por el rey Kamehameha V bajo la piedra angular del edificio monumental Aliiolani Hale. Los historiadores sabían que la piedra angular contenía fotos de la familia real de la época de Kamahameha El Grande, además de la Constitución del reino de Hawai. Lo que no conocían era su localización exacta. Conrad los ayudó a encontrarla en diez minutos, usando el sonar de bolsillo para localizar el hueco en la esquina noreste del edificio.

Pero en el Capitolio tenía que batir su propio récord.

Observó la pantalla del sonar

mientras se dirigía a la esquina sureste bajo el ala norte original. Por un segundo pensó que lo tenía, pero resultó ser una vieja rejilla incrustada en el suelo que accedía a enormes tuberías de vapor.

Había kilómetros y kilómetros de tuberías subterráneas que proporcionaban calor y vapor desde la planta de energía del Capitolio hasta el campus del Capitolio y las zonas adyacentes. Del mantenimiento de esos cientos de kilómetros de tuberías se ocupaba un equipo de diez empleados de la oficina del arquitecto del Capitolio.

Diez hombres para mantener kilómetros de tuberías subterráneas.

El rastreador GPS emitió un pitido, y entonces vio la sucia zanja que estaba buscando. Tenía unos noventa centímetros de ancho por ciento veinte de profundidad, y había sido excavada por un arquitecto anterior del Capitolio junto con los miembros de la Inspección Geológica Estatal. Habían utilizado detectores de metal para buscar la placa de plata que, supuestamente, había debajo de la piedra angular, pero jamás la habían encontrado.

Si hubieran utilizado un sonar, pensó Conrad. Si hubieran excavado unos

pocos centímetros más en la dirección contraria…

Conrad dirigió el sonar hacia la pared originaria, construida con enormes piedras semejantes a la piedra fundacional, a su derecha. Aquellas piedras metamórficas habían sido llevadas hasta allí en ferri desde los muelles de Aquia, Virginia. Y al otro lado debía estar la esquina nordeste de la sección central.

Conrad observó la pantalla…

¡Ping!

Encontró un hueco dentro de la piedra, y dibujó una «X» con un rotulador encima. Le temblaba la mano.

¡La piedra angular del Capitolio de los Estados Unidos! ¡Era aquella! La misma piedra que Washington había colocado el 18 de septiembre de 1793.

Por su forma de estar colocada sobre el lecho de piedra, era algo más grande de lo que esperaba: unos sesenta centímetros de alto por ciento veinte de ancho. En cuanto a su profundidad, o si había algo dentro, eso estaba a punto de averiguarlo.

Estaba llegando a la parte interesante, pensó, la parte que los hawaianos no le habían permitido terminar con su piedra angular en Aliiolani Hale. Decían que si cavaba

allí, se derrumbaría el edificio que había encima, que también era un tesoro histórico. Pero no hacía falta cavar para sacar lo que había enterrado dentro.

Conrad sacó un taladro de microondas de bolsillo, un instrumento increíblemente útil desarrollado en la Universidad de Tel Aviv. La punta del taladro era como una antena con forma de aguja y emitía una radiación de microondas muy intensa. Las microondas calentaban la zona de alrededor de la punta, derritiendo y ablandando el material de modo que la aguja pudiera penetrarlo.

Conrad había usado aquel artilugio

bajo la gran pirámide de Giza para deslizar una cámara de fibra óptica dentro de un pozo cerrado, lo cual estuvo a punto de provocar el desmayo del director general del Consejo Supremo de Antigüedades Egipcias, a quien le encantaba el espectáculo de la apertura de una tumba para las cámaras de televisión americanas.

Si estuvieran televisando aquello, se dijo Conrad, él sería un héroe. Quizá incluso volvieran a emitir *Antiguos enigmas del universo*. Los federales podían quedarse con el globo siempre que le permitieran disfrutar de la gloria de haberlo encontrado. Y entonces

Serena y él…

El final de ese sueño siempre era un caos, porque lo de Serena y él jamás sucedería. No en esta vida, en la que estaba a un paso de toparse con un brusco final si no terminaba aquel trabajo cuanto antes.

Con manos firmes, Conrad comenzó a hacer un agujero de un centímetro de ancho en la piedra natural. No dejaba de observar la punta del taladro, un poco brillante a esas alturas y de un intenso color púrpura debido al calentamiento. La belleza del microondas consistía en que ni hacía ruido ni producía polvo. La única pega era la intensidad de la

radiación. El plato en forma de escudo de la parte frontal del taladro era terriblemente pequeño a juicio de Conrad, que ya estaba comenzando a sudar.

Hizo el agujero en menos de sesenta segundos. Cortó la corriente y sacó el taladro. Entonces introdujo un cable de fibra óptica por el agujero y observó la pantalla del artilugio portátil. El cable, del grueso de un cabello, emitía su propia luz y le permitiría echar un vistazo al interior de la cavidad de la piedra angular.

Segundos más tarde, vio la cavidad: no había nada. Estaba el hueco, sí, pero

vacío.

Conrad juró.

Se inclinó en la oscuridad, mudo de asombro. ¿Por qué iban los masones a empotrar una piedra angular sin nada dentro? No tenía sentido.

Algo se movió detrás de él. Conrad se volvió. Había un hombre con una mascarilla de Materiales Peligrosos de pie, un poco más atrás, a la escasa luz. Se quitó la mascarilla y sacó la radio.

—Aquí, Pierce —dijo por radio—. Alerta en el nivel subterráneo 2, en la zona de las viejas calderas. Tengo al sospechoso acorralado.

—Han llegado antes de lo que

esperaba —dijo Conrad, apretando el puño—. Ese traje sí que es práctico.

—¿Quién eres?

—Soy tú —contestó Conrad, dándole un puñetazo con la mano derecha que lo tumbó.

La radio del técnico inconsciente de Materiales Peligrosos emitió un chirrido. La señal se perdía en el segundo sótano, pero Conrad pudo oír lo suficiente como para saber que tenía que marcharse de allí a toda prisa. Sabía desde el principio que no podría salir por el mismo sitio por el que había entrado, pero podía usar el traje del técnico para ir adonde pretendía.

Nada más terminar de abrocharse la cremallera del traje, un agente de la Policía del Capitolio entró en la zona de las antiguas calderas. Vio a Conrad junto al cuerpo en el suelo, sacó el arma y corrió hacia ellos. Conrad se quedó muy quieto, señalando al hombre en el suelo.

—Estaba aquí abajo haciendo Dios sabe qué —dijo Conrad con la voz amortiguada por la mascarilla.

El agente de policía se inclinó sobre el cuerpo. Entonces vio la punta polvorienta de los zapatos de Conrad, y rápidamente le apuntó con el arma.

Conrad le bloqueó el brazo y el arma se disparó. El ruido del disparo

quedó amortiguado entre aquellas viejas paredes de piedra. Conrad le agarró del brazo armado y le golpeó contra una caja eléctrica, echando a correr acto seguido hacia la rejilla que ocultaba la red de viejas tuberías de gas.

Oyó gritos y miró atrás. Un grupo de oficiales de la Policía del Capitolio corrían hacia él, rifle en mano, atraídos por el ruido del disparo.

Dio una patada a la rejilla, que se soltó.

La policía comenzó a disparar. La máscara de Conrad se estaba empañando en medio de la oscuridad. Una bala le pasó rozando el oído,

haciéndolo caer. Se levantó de un salto y, a cuatro patas, siguió adelante. Segundos más tarde se metía por dentro de los túneles humeantes.

16

Una docena de agentes de la Policía del Capitolio abarrotaba la entrada de la vieja sala de calderas cuando Max Seavers se presentó en aquel escenario.

—¿A qué están esperando? —gritó Seavers.

Pero el oficial de policía detuvo a sus hombres y sacó la radio para hablar:

—El sospechoso lleva un uniforme del Departamento de Materiales

Peligrosos y ha entrado en los túneles de vapor. Repito, el sospechoso está en los túneles.

—¿Es que no van a seguirlo? —insistió Seavers.

—No permitiría que lo siguieran ni los perros —dijo el oficial—. No ahí abajo, es demasiado peligroso, con las paredes descascarillándose y todo ese amianto cancerígeno… Además, ni las radios ni los teléfonos funcionan dentro de esos túneles.

—¡Pero se trata de una cuestión de seguridad nacional! ¡Ese terrorista puede estar colocando una maleta llena de explosivos bajo el Capitolio!

—No parece que sea el caso, señor, en vista de lo que hay aquí abajo.

—¿Y qué diablos sabrás tú? —continuó Seavers—. Fue un oficial de la Policía del Capitolio el que organizó aquí una de las últimas falsas alarmas hace un par de años. ¿Y sabes cómo supieron que era de la Policía del Capitolio? Porque era tan estúpido que ni siquiera sabía escribir la nota anónima de aviso.

—Tranquilo, señor, las R.A.T. están de camino.

—¿Las ratas?

—La Unidad de Reconocimiento y Tácticas —explicó el oficial—. Un

selecto grupo de los nuestros ha realizado un entrenamiento especial para acceder a los cientos de kilómetros de túneles de mantenimiento bajo el complejo del Capitolio. Están de camino.

Seavers se giró para ver llegar al grupo de élite marchando con sus viseras de béisbol azules, sus chaquetas antibalas, con la palabra R.A.T. escrita encima, y sus máscaras de visión nocturna, especiales para materiales peligrosos. En concreto, las armas automáticas con visor láser impresionaron a Seavers que, inmediatamente, las reconoció por su

cargador translúcido distintivo: eran G36 fabricadas en Alemania. Su sistema de pistón corto de gas les permitía disparar pelotas cientos de veces seguidas sin necesidad de limpiarlas, por lo que resultaban perfectas para los túneles. En especial Seavers admiró el lanzagranadas AG36 de cuarenta milímetros del oficial al mando.

—Bueno, ya era hora —comentó Seavers.

El oficial al mando, especialmente delgado, se bajó la máscara y mostró su rostro de mujer joven y de piel oscura.

—Soy la sargento Randolph, señor.

—¿Ha hecho esto antes alguna vez?

—exigió saber Seavers.

La oficial al mando ignoró la pregunta, desplegó los planos de los túneles y revisó con su equipo los puntos en los que los túneles se estrechaban.

—Ya saben que ahí dentro no hay señal de radio —dijo la sargento Randolph—. Nos comunicaremos por señales luminosas. Hay que converger en el punto C.

—¿Dónde está el punto C? —preguntó Seavers.

—Lo siento, señor —contestó ella, doblando los planos y guardándoselos en un bolsillo interior del chaleco—,

pero la Policía del Capitolio no puede proporcionar más detalles acerca del modo en que protege los túneles. Ya sabe, seguridad nacional.

Seavers la observó ponerse la máscara. Luego la sargento hizo una señal a un hombre para que abriera más el hueco de la rejilla, y entonces salió una nube de vapor hirviendo. Seavers se cubrió el rostro y observó a la sargento Randolph y a sus ratas desvanecerse por las tuberías.

17

Conrad corrió por la destartalada red de túneles bajo la colina del Capitolio con las manos levantadas para apartar a un lado los restos de los techos medio desvencijados. Podía oír su propia respiración dentro de la máscara y sentir el sudor bañarle el cuerpo. Había encontrado la piedra angular, pero no el globo, y en ese momento su único objetivo era escapar.

Sabía desde el principio que podía entrar en cualquiera de los edificios del complejo del Capitolio por esos túneles humeantes, pero jamás se le habría ocurrido pensar que estarían en esas ruinosas condiciones. Y menos después de que los federales se hubieran gastado mil millones de dólares en el Centro de Visitantes del Capitolio subterráneo. Deberían de haber sellado la nueva construcción y haber mandado al infierno aquellos túneles.

Conrad llegó a un cruce. Algo en su interior le advirtió que lo mejor era esperar y escuchar. No podía oír nada, aparte de un ruido sordo, grave y

continuo de fondo. Pero cuando miró atrás por encima del hombro, vio el brillo verde de una máscara de visión nocturna.

Echó a correr.

Sonó un disparo, pero se agachó justo a tiempo y la bala se incrustó en la pared del túnel. Se quedó inmóvil. Unos cuantos cascotes cayeron del techo a su alrededor. Lentamente, se dio la vuelta y entrecerró los ojos para ver en la oscuridad.

Una fina sombra se acercaba a él. Miró para abajo y vio un punto rojo brillante sobre su pecho.

De pronto un rayo de luz blanca lo

cegó y una voz aguda gritó:

—¡Arriba las manos, donde yo pueda verlas!

Era la voz de una mujer, y estaba verdaderamente furiosa.

Conrad alzó las manos y oyó un ruido ensordecedor. Pero no era a él a quien habían dado; la bala había atravesado el suelo… que comenzaba a desvencijarse.

—¡Alto! —gritó la policía.

Pero Conrad se lanzó contra el suelo con toda su fuerza. Sus rodillas comenzaron a combarse. El suelo del túnel cedió bajo su peso, y Conrad cayó en la oscuridad.

La sargento Wanda Randolph mantuvo la G36 firme a pesar del derrumbe del túnel, sin dejar de mirar por el visor láser. Cuando el humo se despejó, el hombre había desaparecido.

Rápida y cautelosa, se internó entre el polvo hasta llegar al cráter del suelo del túnel, tosiendo a pesar de la máscara. Con el dedo en el gatillo, preparada para disparar una pelota, apuntó con la G36 hacia abajo y disparó el láser, bañando de luz los escombros. No había ningún sospechoso entre los cascotes.

Sí había, sin embargo, otro túnel, uno que no estaba dibujado en sus

planos.

—¡Jesús de mi vida! —exclamó en voz alta.

En realidad, no le sorprendía.

Antes de alistarse en la Policía del Capitolio, la sargento Wanda Randolph había pasado dos años en Tora Bora y Bagdad, gateando por cuevas, búnkeres y alcantarillas siempre por delante de las tropas americanas, buscando a Bin Laden y después a Saddam Hussein. Era alta, delgada y de hombros y caderas estrechas, lo cual le permitía deslizarse por agujeros y sitios que no estaban hechos para personas. Los perros podían oler los explosivos, pero no veían los

recorridos de los cables: por eso la mandaban siempre a ella por delante incluso de los perros.

Hacía ya un año que diez empleados de mantenimiento que trabajaban en la planta de energía del Capitolio habían mandado una carta a cuatro miembros del Congreso para expresar su profunda preocupación por el hecho de que no hubiera presencia policial de ningún tipo en aquellos túneles subterráneos. Los túneles proporcionaban vapor para calentar y enfriar todo el campus del Capitolio: partían de la planta de energía, y desde allí se dirigían hacia los edificios de la Casa Blanca, las

oficinas del Senado y del Capitolio, y todos los edificios de alrededor.

Por fin había conseguido ser la «Reina de las Ratas», la jefa del Pelotón de Reconocimiento y Tácticas de la colina. La misión de los R.A.T. era vigilar los ruinosos túneles revestidos de amianto, que constituían una verdadera trampa para la salud de los empleados federales y un punto débil en la seguridad nacional. Y por sucio y humillante que fuera su trabajo, era la mejor y estaba orgullosa de servir a los Estados Unidos.

—A todos los R.A.T., informen —dijo por radio, aun sabiendo que no

serviría de nada porque la electricidad estática inutilizaba el aparato.

Luego hizo una doble señal luminosa en la oscuridad, pero no hubo respuesta.

Estaba sola, como siempre.

Bajó escalando al nuevo túnel, usando los cascotes como si fueran una escalera hasta que llegó al fondo. Se levantó y apuntó con la G36 hacia delante. Disparó el láser una vez más, y entonces se quedó boquiabierta.

El supuesto túnel que no aparecía en sus planos no era en absoluto un túnel de vapor como los demás, sino algo completamente distinto: algo salido de la antigua Roma. Sujetando el arma con

una mano, tanteó la pared de piedra con la otra, maravillándose ante la solidez de la construcción. Había visto suficientes túneles bajo ciudades con muchos siglos de antigüedad para saber que el que acababa de descubrir era mucho más antiguo que los de vapor de encima, que tendrían ya más de cien años. Aquel túnel podía ser incluso más antiguo que la misma República.

O bien el Gobierno había olvidado que aquel túnel estaba allí, o bien el conocimiento de su existencia superaba con mucho los estudios de las universidades de pago. En cualquier caso, tenía un intruso al que capturar o

matar, así que continuó andando.

Tres minutos después vio al sospechoso con el traje amarillo de Materiales Peligrosos de pie, delante de una bifurcación, de espaldas a ella.

—¡Date la vuelta, manos arriba o disparo a la cuenta de tres! —gritó, apuntando al sospechoso con la G36—. ¡Uno…!

El sospechoso pareció mover los brazos, pero no se volvió. Ella le apuntó con el rayo láser entre los omóplatos.

—¡Dos…!

Entonces el sospechoso pareció mover la pierna derecha, pero siguió sin darse la vuelta.

Ella respiró hondo, con el dedo fuertemente agarrado al gatillo.

—¡Tres!

El sospechoso bajó un brazo, su cuerpo se retorció en dirección a ella. Pero no esperaría a que hiciera ningún otro movimiento. Apretó el gatillo y disparó varias veces.

Las balas le dieron de lleno en el pecho, el sospechoso salió disparado por el túnel.

Ella corrió hacia el cuerpo, tirado en el suelo, apuntándole con la G36 a la mascarilla. Bajó el cañón, le levantó la mascarilla y vio que no había nadie. El sospechoso se había quitado el traje y lo

había dejado de pie, inflado.

Iluminó uno de los túneles con el rayo láser, pero no vio nada. Luego iluminó el otro, y vio un brillo metálico. Entonces lanzó un grito de guerra y corrió por ese segundo túnel al final del cual encontró una puerta brillante y pequeña, como la de una cripta.

Se trataba de una trampilla de emergencia. Hacía años que habían sustituido todas las viejas trampillas de emergencia de los sótanos por otras nuevas. Pero, al igual que el resto de los mecanismos de seguridad de los túneles, estaban diseñadas para prevenir que alguien entrara, no que alguien saliera.

La abrió y salió del aquel túnel antiguo, entrando en una sala de maquinaria. Un minuto más tarde, atravesaba una puerta metálica y asomaba la cabeza por un pasadizo subterráneo, asustando a un joven grupo de estudiantes del Capitolio. Abandonaban el lugar con sus supervisores y se dirigían de vuelta al colegio, en la última planta del edificio Jefferson, en la Biblioteca del Congreso.

Entonces la sargento Randolph comprendió que, aunque viera al sospechoso, no lo reconocería. Quería gritar, pero eso no habría servido sino para asustar a los empleados de la

colina.

La radio, que por fin tenía cobertura, vibró. La encendió y dijo:

—El sospechoso se ha escabullido entre los transeúntes. Hora: 13.04.

El edificio Jefferson, perteneciente a la Biblioteca del Congreso, era el más adornado de todo Washington D. C, y la biblioteca era la más grande de la historia desde que se quemó la de Alejandría doscientos años atrás. Además de la Biblia de Gutenberg del siglo XV había mapas antiguos de la Antártida que mostraban la topografía del continente antes de ser cubierto por el hielo, con curiosos comentarios

añadidos de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. También había una copia manuscrita del siglo XIX del *bestseller* del senador americano Ignatius Donnelly, *La Atlántida: el mundo antes del diluvio*, y una obra quizá profética, el ensayo de Francis Bacon del siglo XVI, *La nueva Atlántida*, sobre el nuevo mundo y la tierra que posteriormente sería América.

Ninguna de esas obras, sin embargo, interesaban lo más mínimo a Conrad en ese preciso momento, mientras se separaba del grupo de estudiantes y atravesaba el ancho arco del atrio central de la biblioteca.

El ornamentado Gran Hall del edificio Jefferson era un enorme vestíbulo flanqueado por dos grandiosas escaleras y construido casi por completo con mármol blanco italiano. A más de veintidós metros de altura flotaba el espectacular techo de vidrieras con sus nervaduras y sus adornos orgánicos característicos de oro de dieciocho quilates.

La salida a la calle estaba a tiro de piedra. Conrad se dirigía hacia allí cuando vio a los oficiales de la Policía del Capitolio entrar, hablando por radio.

Se dio la vuelta y se escondió en los servicios, en donde se quitó la

polvorienta chaqueta y la tiró a una papelera. Luego se despegó la barba postiza y se lavó la cara con agua fría. Se remangó la camisa azul y se miró al espejo. Relativamente hablando, parecía otro hombre. Tras limpiarse el polvo de los zapatos, se dirigió de nuevo al Gran Hall.

Al ver que la policía se había apostado en la planta baja junto a la salida, cruzó el vestíbulo y subió al segundo piso. Allí, una multitud se agolpaba contra la vidriera que daba al lado este del jardín del Capitolio, al otro lado de la calle.

Haciéndose pasar por un cortés y

educado profesor, Conrad se abrió paso hasta la vidriera. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que disponía de un lugar privilegiado para contemplar el enorme desastre que él mismo había causado: había furgonetas de la policía y periodistas por todas partes.

Y todo para nada, pensó, mientras contemplaba la escena a través de la cristalera. Había seguido su precioso eje cósmico del cielo sobre la avenida de Pensilvania hasta la cúpula del Capitolio… solo para encontrar la piedra angular vacía.

No faltaba más que escapar de la biblioteca, encontrarse con Serena en el

convenido *rendez-vous*, y confesarle que había fracasado.

Hasta la Estatua de la Libertad sobre la cúpula del Capitolio, al otro lado de la calle, parecía burlarse de él. Aquella estatua de bronce de seis metros de alto, de pie encima de la cúpula, era la estatua más alta de la capital desde 1863. Por ley, ninguna estatua debía superar esa altura. Quizá por eso estuviera de espaldas al Monumento a Washington que se elevaba hacia el cielo un poco más allá.

O quizá no.

Conrad contuvo el aliento.

El Capitolio de los Estados Unidos

estaba construido de cara al Oeste. Pero la estatua de la Libertad miraba a la Biblioteca del Congreso, al Este. En teoría, se había decidido así para que jamás le diera el sol en la cara al rostro de la Libertad, cegándolo. Pero, de pronto, Conrad se preguntó si no habría otra razón.

Volvió a observar la brillante cúpula del Capitolio bajo el cielo nublado: el centro cósmico de Washington D. C. ¿Y si el eje cósmico del cielo que seguía paralelo a la avenida de Pensilvania no terminaba en la cúpula?, ¿y si seguía más allá? Conrad extendió mentalmente aquel eje hacia el Este… justo, más o

menos, hasta el punto donde estaba él, en la Biblioteca del Congreso.

Se giró y se internó entre la multitud para observar el Gran Hall desde el segundo piso. En el centro del suelo de mármol había un sol gigante con los doce brazos que simbolizaban los signos del zodíaco, todo ello dentro de un cuadrado.

Eso debía ser lo que los masones querían que encontrara el Observador de Estrellas: una señal diseñada por ellos mismos, colocada directamente a lo largo del eje central de la ciudad.

Casi podía sentir cómo se le salía el corazón del pecho de pura excitación.

El zodíaco dibujado dentro de un cuadrado en lugar de un círculo enlazaba simbólicamente las constelaciones a la superficie plana de la Tierra, no al vasto espacio de los cielos. Y el sol en el centro representaba los puntos cardinales del compás, si no recordaba mal.

Lo cual significaba que el zodíaco del suelo del Gran Hall señalaba una dirección oculta en la tierra… o bajo tierra.

Los masones habían trasladado el globo. Y debía estar allí mismo, bajo la Biblioteca del Congreso.

18

Despacho del secretario de Defensa del Pentágono

Esa misma tarde Max Seavers recorrió el pasillo nueve en dirección al despacho del secretario de Defensa, Packard, en la tercera planta del Pentágono. Le había costado media hora llegar allí en su Escalade negro desde el

circo en el que se había convertido el Capitolio de los Estados Unidos aquella televisada tarde de lunes, y temía la confrontación que inevitablemente surgiría durante el encuentro.

La cita estaba prevista desde hacía tiempo. Se suponía que Seavers debía informar a Packard después de hablar acerca de la vacuna inteligente ante el comité de Scarborough solo que, gracias a Conrad, Packard además le haría unas cuantas preguntas sobre la conexión, si es que la había, entre la piedra angular vacía del Capitolio y los extraños códigos de la lápida del general Griffin Yeats en Arlington, además de acerca

del espinoso asunto de cómo era posible que un general muerto y su escurridizo hijo pudieran hacerles quedar como un par de imbéciles.

Dos policías militares lo saludaron al acercarse a las puertas en forma de arco de medio punto del despacho. Seavers dejó la BlackBerry a la secretaria antes de entrar. El despacho de Packard estaba clasificado como SCIF, es decir, compartimento estanco o zona de información confidencial. No se permitían móviles, Blackberrys ni ningún otro artilugio sin cables en el interior. La idea era asegurar que en ese compartimento estanco pudieran

desarrollarse las conversaciones clasificadas como de alto secreto con plena confianza, sin temor a ser escuchados.

Aquella tarde solo había otra persona más aparte de Packard en el despacho: Norman Carson, el jefe de Inteligencia de Packard, ayudante del secretario de Defensa y funcionario de categoría C31. Estaba sentado en uno de los sillones frente a la mesa de Packard. Era un tipo tieso y con cabeza de huevo, de escaso pelo y sentido del humor más escaso aún. Carson estaba al mando de todos los asuntos de inteligencia del Departamento de Defensa, lo cual, en

aquellos días, era lo mismo que estarlo al de toda América. Era además el agente ejecutivo responsable de asegurar la continuidad del Gobierno en el impensable caso de que se produjera un ataque o un cataclismo en los Estados Unidos.

Carson no se molestó en levantarse cuando entró Seavers. Packard estaba ya de pie delante de la mesa. Seavers tomó asiento. Las pesadas puertas arqueadas se cerraron tras él y luego otro par de puertas más las siguieron. Dejaron fuera a la secretaria, sellaron el despacho y silenciaron la conversación.

De pie, tras una enorme mesa

semejante a un pulpito, Packard bajó la vista hacia Seavers.

—¿Qué demonios está ocurriendo, Seavers?

—Las cámaras de seguridad del Capitolio confirman que fue Conrad Yeats, señor secretario. Hemos pasado todas las cintas por el programa de reconocimiento facial. Burló los mecanismos de seguridad y atravesó las puertas de detección haciéndose pasar por un congresista de Misuri.

—¿Y la alarma de la biotoxina?

—Los de Materiales Peligrosos han encontrado en el armario de un conserje una botella abierta de un disolvente

industrial que se usa para limpiar. Los vapores hicieron saltar la alarma, fue una maniobra de distracción.

—¡Maldita sea, Seavers! —exclamó Packard—. ¿Cómo diablos has permitido que Yeats escapara?

Seavers no se amilanó.

—Fue la Policía del Capitolio, que está a cargo de la seguridad, la que falló y lo dejó escapar por el sistema de cañerías que hay debajo del complejo. Salió por una rejilla al edificio Jefferson, en la Biblioteca del Congreso. Yeats había abandonado ya el edificio cuando la policía terminó de revisar todo el material clasificado como

prueba.

Packard asintió con una gravedad teatral y Seavers lamentó la reprimenda por algo que ni siquiera estaba bajo su control, nada menos que delante del perro guardián de Packard, Carson.

—¡Y encima Yeats ha encontrado la piedra angular del Capitolio, algo que nosotros no hemos sido capaces de hacer ni en doscientos años!

Seavers contestó con calma:

—¿Y esto tiene relevancia para mi iniciativa con la vacuna inteligente, porque…?

Packard ignoró el comentario y se dirigió hacia Carson:

—Norm, ¿qué significan los símbolos del obelisco?

Carson pasó a cada uno de ellos una copia encuadernada en piel de un informe sobre el asunto que incluía cuatro fotos, una de cada cara del obelisco de la tumba de Griffin Yeats.

—Hemos hecho una nueva interpretación de los símbolos astrológicos —explicó Carson—. Basados en la actuación de Yeats de hoy, creemos que los símbolos representan contrapartidas celestes del Capitolio, la Casa Blanca y el Monumento a Washington. Ya hemos mandado equipos a la Casa Blanca y al Monumento a

Washington para que busquen las piedras angulares correspondientes.

—¿Y el número 763? —continuó preguntando Packard.

—Hemos confirmado que se trata del código del mayor.

—¿El código del mayor?

—El mayor Tallmadge —explicó Carson—. Fue el jefe de los espías de George Washington durante la revolución, aunque cuando se inventó el sistema de cifrado alfanumérico solo era coronel.

—¿Así que Yeats está usando un código que tiene más de doscientos años? —siguió preguntando Packard.

—En efecto, señor secretario, está usando el primer código del Departamento de Defensa americano.

—¿Y qué significa exactamente el número 763? —exigió saber Packard—. ¿Debo temblar de miedo como el presidente?

El jefe de la Inteligencia del Pentágono no contestó a esa última pregunta en concreto, aunque la expresión de sus ojos venía a decir que sí, que todos debían echarse a temblar.

—En términos generales, señor, el 763 es un código numérico que significa «cuartel general». En particular, en este contexto, el significado evidente es este.

Carson escribió un nombre en un pedazo de papel y se lo pasó al secretario de Defensa. El secretario de Defensa lo recogió y se quedó mirándolo.

—¡Oh, Dios! —gruñó, a punto de arrugarlo y tirarlo a la papelera. Luego, sin embargo, lo pensó mejor—. ¿Quieres decir que la paranoia del presidente puede de hecho tener una base real?

—Eso parecía pensar el general Yeats, señor.

Seavers, que no podía leer el papelito que aún sostenía el secretario Packard, carraspeó.

—¿Por qué está paranoico el presidente, señor secretario? Me temo que me he perdido.

—Todos vamos a estarlo si esa profecía es cierta —dijo Packard, que sacó un mechero y comenzó a quemar el papel por una esquina.

Seavers se inclinó hacia delante, quedando al borde de la silla, y observó cómo se quemaba el papel antes de poder leerlo. Habían llegado a un punto de la entrevista en el que todo le resultaba una novedad.

—¿Qué profecía?

—Digamos sencillamente que George Washington enterró algo bajo el

Mall, y que durante los tres últimos siglos todos los presidentes de América desde Jefferson han tratado de sacarlo a la luz, disimulando el asunto con supuestas obras de restauración de monumentos.

—Pero ¿qué enterró?

—Algo terriblemente embarazoso —dijo Packard— y no ya solo para esta Administración, sino para todos los presidentes de América desde Washington. Algo que pone en duda el experimento americano en sí mismo, sus orígenes y su destino. Tenemos que evitar que salga a la luz.

Seavers sentía que Packard lo

observaba vacilante. Su conflicto interno era evidente. Packard lo había puesto al frente de la DARPA con la intención de que desarrollara nuevas vacunas y creara al soldado perfecto, inmune a las armas químicas y biológicas. Seavers tenía reputación de ser una de las mentes más inteligentes en el campo de la investigación genética, pero los códigos secretos y los artefactos enterrados no eran su fuerte.

A menos que Packard hubiera oído hablar de su tatarabuelo, pensó Seavers, preguntándose de pronto si habría alguna otra razón por la que Packard lo había elegido para ese puesto.

—Señor secretario —dijo Seavers, rompiendo el silencio—, me sería de gran ayuda saber exactamente qué enterró Washington.

—Un globo, Seavers.

—¿Un globo?

—Un globo celeste —explicó Packard—. Probablemente de unos sesenta centímetros de diámetro, del estilo de esos que hay sobre un soporte en las bibliotecas de los estados americanos más ostentosos.

—¿Como esos globos antiguos del mundo que se abren y dentro hay un bar?

—Esto no tiene nada que ver con el mundo antiguo, Seavers —replicó

Packard, desdeñoso.

—Pero ¿qué importancia puede tener realmente ese globo? —siguió preguntando Seavers, encogiéndose de hombros.

—No hay nada más importante para la seguridad de los Estados Unidos de América —afirmó Packard, categórico.

Seavers asintió, demostrando que comprendía la gravedad del asunto, y continuó preguntando:

—¿Y cree usted que el doctor Yeats tiene alguna posibilidad de encontrarlo?

—Ha encontrado la piedra angular del Capitolio, ¿no? —dijo Packard, lanzándose a caminar de un lado a otro

por detrás de su mesa, luchando obviamente antes de tomar una decisión —. Seavers, quiero que encuentres ese globo antes que Yeats. O que dejes que Yeats te lleve hasta él, me da igual. Si lo encuentra, revelará un secreto que no está autorizado siquiera a conocer. Nadie está autorizado.

Seavers miró a Carson, perplejo ante el hecho de que Packard le hubiera asignado la tarea a él en lugar de al jefe de la Inteligencia, y preguntó:

—¿Me proporcionará todo lo que necesite para llevar a cabo la tarea, señor secretario?

—El presidente me ha autorizado a

poner a tu disposición todos los recursos del gobierno federal. Utiliza los artilugios técnicos que quieras, te daré músculos: tendrás tu propio equipo especial de operaciones internas —dijo Packard, que se volvió hacia Carson y añadió—. Norm, tienes las espaldas cubiertas. Tú dale a Seavers todo lo que necesite para encontrar a Yeats. Resulta de lo más violento que ese hombre ande libremente por la capital, que tiene más cámaras de seguridad que cualquier galaxia, y seamos incapaces de encontrarlo.

—Le seguiré la pista a Yeats y a lo que sea que él esté buscando —afirmó

Seavers, añadiendo sin dejar de mirar a Packard y a Carson—: El doctor Yeats puede llevarse todo lo que quiera que sepa a la tumba con su padre.

—Puede que el general Yeats fuera un bastardo de los grandes, pero yo siempre traté a su hijo como si fuera mío. Así que espero que no tengamos que llegar a esos extremos, caballeros —añadió Packard—. Pero si al final resulta inevitable, puedes apostar lo que quieras a que Conrad Yeats no tendrá un funeral en Arlington con todos los honores militares.

19

Parque Montrose
Parque nacional Rock Creek

La hora convenida eran las seis de la tarde. Por mal que salieran las cosas en el Capitolio, Serena debía encontrarse con Conrad en el parque Montrose, un pequeño espacio verde en el límite de otro más amplio, el parque nacional

Rock Creek, situado al norte de Georgetown. Pero eran ya las seis y media, y no había ni rastro de Conrad. Serena estaba terriblemente preocupada.

Con una mochila a la espalda y vestida como una escolar, con pantalones cortos, camiseta blanca, gafas de sol y chanclas, Serena pasó por delante de las pistas de tenis, las mesas de *picnic* y los distintos parques infantiles en busca de lo que Conrad había llamado una «inequívoca señal celestial».

Y de pronto estaba ahí: la esfera armilar Sarah Rittenhouse, la mayor de su clase. Se trataba de la típica esfera

celeste griega de tres círculos entrelazados representando los movimientos de las estrellas alrededor de la Tierra. El círculo exterior, de forma elíptica, representaba a las constelaciones del zodíaco. Atravesando los aros había una flecha que señalaba el norte.

Y Conrad seguía sin aparecer.

Serena se echó el pelo hacia atrás, se colocó las gafas de sol en lo alto de la cabeza y ajustó el volumen del iPod mientras esperaba, fingiendo admirar la esfera. Se alzaba sobre un pedestal de mármol y, según la placa, se había erigido en 1956 en conmemoración de

una sociedad femenina llamada Sarah Rittenhouse.

—Sarah Rittenhouse era una defensora del medio ambiente que salvó este parque de la destrucción hacia principios del siglo XX —dijo una voz detrás de ella—. Me recuerda a una persona que conozco.

Serena se dio la vuelta y vio a Conrad, vestido con un traje y un libro de tapas duras en la mano. Parecía un profesor universitario.

—Bueno, ¿dónde está el globo?

—Estoy bien, gracias —contestó él, contemplando la esfera armilar—. Aquí fue donde vi de nuevo a Brooke después

de que tú desaparecieras. Ella estaba paseando al perro.

—Tenemos nada menos que cuatro días enteros para detener a la Alineación —dijo Serena con frustración—. ¿Has encontrado el globo?

—No, pero sé dónde está.

Serena echó a caminar alejándose de la esfera, donde podían verlos si permanecían juntos mucho tiempo.

—Dijiste que la esfera estaba en la piedra angular del Capitolio.

—Lo estaba —dijo él, llevándola por un sendero de adoquines llamado «El sendero de los amantes» hacia los

barrancos de Rock Creek—. Los masones lo trasladaron para protegerlo.

—Pero estaba a salvo en la piedra angular, ¿no?

—No después de que los británicos quemaran el Capitolio hasta sus cimientos durante la guerra de 1812. Creo que los masones pensaron que debían trasladarlo antes de que la Alineación lo encontrara. Al menos, eso supongo.

—¿Supones? —repitió Serena, incapaz de ocultar su preocupación—. ¿Y adonde supones que lo llevaron los masones?

—Lo enterraron bajo el edificio

Jefferson de la Biblioteca del Congreso.

Serena sacudió la cabeza y contestó:

—Ese edificio no estaba en los planos originales de L'Enfant.

—No, pero el eje cósmico cruza la cúpula del Capitolio y llega justo hasta el Gran Hall.

Serena había oído ya suficiente. Se acababa el tiempo, y no tenían nada.

—¡Tú y tu dichoso eje flotante, Conrad! Podríamos dar la vuelta al mundo una docena de veces, siguiéndolo, sin encontrar nada.

—Pero eso ya lo sabían los masones —replicó Conrad, deteniéndose cerca de un riachuelo que Serena supuso se

llamaría como el parque, Rock Creek—. Sabían que lo estaban «sacando de su tiesto», por decirlo de alguna forma. Por eso dejaron pistas para el Observador de Estrellas en forma de zodíacos.

—¿Zodíacos?

—El edificio Jefferson es un enjambre de masones. Los estudiantes han contado siete zodíacos en su interior, y los profesores once. Yo he contado quince.

—Espera un momento —ordenó Serena, mirándolo—. ¿Cuándo los has contado?

—Esta tarde.

Serena estuvo a punto de gritar, pero

al final dijo:

—¡Y yo volviéndome loca de miedo, preguntándome si estabas vivo, mientras tú te paseabas por el Jefferson después de haberte colado en el Capitolio, justo al otro lado de la calle!

—Tranquila —dijo Conrad, mirando a su alrededor y tomándola del brazo—, simplemente aparecí allí, así que aproveché la oportunidad.

Enojada, Serena retorció el brazo para soltarse.

—Bueno, y si tan agradable te pareció, ¿por qué no te quedaste a pasar la noche?

—Lo pensé, pero no iba a poder

romper ningún zodíaco. Entonces vi el arco central, en dirección este, frente al gran zodíaco del suelo del Gran Hall. Sobre ese arco están grabados los nombres de los responsables de la construcción de la Biblioteca, comenzando por el general de brigada Thomas Lincoln Casey.

—¿Y Casey es importante porque…? —preguntó Serena, resoplando.

—Porque era masón igual que Washington y L’Enfant. No solo supervisó el final de las obras de construcción del Monumento a Washington, sino que, además, edificó la

Biblioteca del Congreso de arriba abajo.

Habían llegado a lo más profundo de los barrancos del parque, y Serena se preguntaba adónde la llevaba Conrad.

—¿Así que crees que Casey y los masones edificaron toda la Biblioteca del Congreso como si fuera una especie de ciudadela, solo para proteger el globo?

—Lo creo.

—Es una bonita teoría, Conrad, pero hacen falta pruebas contundentes para relacionar a Casey con el último lugar de reposo del globo. Dijiste que estaba en la piedra angular del Capitolio.

—Y lo estaba —confirmó Conrad—. Fue Casey quien redactó el informe de daños para el arquitecto del Capitolio de aquel entonces, Benjamín Henry Latrobe, después de que los británicos destruyeran el ala norte original del Capitolio en 1814.

Serena conocía el nombre de ese arquitecto. Había diseñado la primera catedral americana, en Baltimore, para el arzobispo John Carroll y con la contribución de Thomas Jefferson. La idea de Conrad no era tan alocada, después de todo.

—Y crees que fue entonces cuando Casey y los masones sacaron el globo de

las ruinas del Capitolio.

—Exacto.

—Estuviste muy ocupado en la Biblioteca —comentó Serena, dando un golpecito a la cubierta del libro que él llevaba en la mano, los *Elementos de astronomía*, de Simon Newcomb—. ¿Registraste la salida de ese libro?

—Lo devolveré cuando vuelva a colarme en la Biblioteca.

Llegados a ese punto no quedaba mucho más que decir, pensó Serena. No había vuelta atrás, y además Conrad estaba dispuesto a seguir hasta el final.

—Bueno, ¿y quién es Simon Newcomb?

—Era almirante de las Fuerzas Navales y probablemente el más brillante astrónomo americano del siglo XIX —explicó Conrad—. Casey fue su ayudante años antes de convertirse en el jefe del Cuerpo de Ingenieros de la Armada y de construir la Biblioteca del Congreso. Es increíble cómo se conecta todo, ¿verdad?

—Así que te imaginas que leyendo la guía de astronomía más famosa de Newcomb podrás explorar los cerebros de las personas que construyeron la Biblioteca del Congreso, ¿no?

—Es la idea —confirmó Conrad—. Una vez que el distrito federal comenzó

a desviarse del diseño original de L'Enfant, los masones tuvieron que encontrar el modo de expresar el paisaje de los alineamientos astronómicos. Por eso recurrieron a símbolos como el zodíaco. Si consigo reconciliar los zodíacos con los distintos planes de extensión y renovación documentados en la Biblioteca, ¿qué te apuestas a que encuentro un túnel sellado que lleva al globo?

Conrad hizo una pausa para contemplar los bosques que los rodeaban. Convencido de que nadie los observaba, se internó entre los arbustos más cercanos, añadiendo:

—Sígueme.

Serena lo siguió por el denso follaje, apartando las ramas de los árboles de la cara con ambas manos y preguntándose qué quería enseñarle Conrad. Se habían alejado de todos los senderos. Conrad se detuvo unos minutos más tarde frente a un pequeño acantilado en los barrancos, abrió una cortina de enredaderas y descubrió la entrada de una cueva.

—Yo solía esconderme aquí cuando era niño —dijo él—. Al fondo hay un viejo pozo indio. Hace al menos cien años la cueva quedó bloqueada, así que mi padre y yo veníamos y cavábamos un

poco cada día para volver a abrirla. En primavera siempre plantábamos arbustos para tapar el rastro del camino.

Serena asintió. Ni siquiera estaba segura de que ella misma pudiera encontrar esa cueva si se lo proponía. Por eso era sin duda mejor escondite para este Huckleberry Finn que el ático, que obviamente a esas alturas estaría vigilado.

—Mañana por la noche iré al Hilton para la cena de prensa anual y luego, a la mañana siguiente, tengo el Desayuno de Oración Presidencial. Será 4 de julio.

—Ya lo capto, se acabó el juego —

dijo Conrad—. Tendré que colarme en la Biblioteca del Congreso mañana por la noche como muy tarde… si queremos pillar el globo, descifrar su sentido y parar a la Alineación de algún modo.

—¿Parar a la Alineación de qué modo, Conrad? —insistió Serena—. Si ya sabemos qué vamos a hacer, entonces quizá no necesitemos el globo.

—Oh, sí que necesitamos el globo —aseguró él—. Me imagino que la Alineación tratará de hacer lo mismo que intentó y falló en 1783.

—¿Organizar un golpe? —preguntó Serena—. Los americanos no se quedarían de brazos cruzados.

—¿Y si organizan un golpe y nadie lo sabe? —sugirió Conrad.

Serena permaneció muy quieta.

—Los símbolos astrológicos son muy diferentes de los alineamientos astronómicos —dijo ella al fin, en voz baja—. Están abiertos a cualquier tipo de interpretación, no son las líneas evidentes y los cálculos a los que tú estás acostumbrado. Puede que el profesor Newcomb no arroje la suficiente luz sobre el asunto como para que encuentres el globo.

—No importa, conozco a un masón que puede ayudarnos.

—¿Un masón?

Aunque Serena sabía que la mayor parte de los masones eran simplemente inofensivos e imaginativos «constructores» de estructuras y de personas, su discreta sociedad había sido corrompida ya en la época de los caballeros templarios que, como mínimo, habían sido feroces guerreros. Peor aún, por fin parecía evidente que la Alineación misma se había infiltrado y había controlado a los masones en un momento estratégico de la Revolución americana. ¿Y quién sabía cuántos de sus lugartenientes e informadores habían dejado atrás en las filas de la hermandad?

—¿Puedes confiar en ese masón?

—Mi padre confió en él.

—Lo repito, ¿puedes confiar en él?

—Serena, ni siquiera sé si puedo confiar por completo en ti, pero nuestras opciones son limitadas. Además, no sé si sigue vivo.

Serena miró a Conrad, atónita aún ante el comentario de que ella no era del todo de fiar. Pero, por supuesto, no lo era.

—¿Y cómo vas a averiguarlo?

—Conozco a alguien que puede que lo sepa. Me pondré en contacto con él a las cinco de la madrugada, llamaré a su despacho.

—¿Tu amigo está en su despacho a las cinco de la madrugada?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer hasta entonces?

—Acampar aquí —dijo Conrad, asomando la cabeza por la cueva—. ¿Quieres pasar la noche conmigo en las catacumbas?

Conrad ni se lo imaginaba, pero nada le habría gustado más en esta vida que esconderse con él en una cueva y no volver a salir. Y si Dios, la gente y el mundo a su alrededor no hubieran significado gran cosa para ella, lo habría hecho.

—Es tentador —contestó Serena—, pero a estas alturas lo mejor para los dos será que me vean por el mundo, y cuanto más lejos de ti, mejor. Si puedo escaparme para ir a veros al masón y a ti mañana, lo haré, pero prefiero prevenir que curar.

—Eso mismo dijiste en el lago Titicaca —contestó él con una mueca divertida.

Conrad se refería al día, años atrás, en que ambos se habían conocido en los Andes. Serena contempló aquellos lugares salvajes a su alrededor y el mismo sentimiento de misterio y prohibición de entonces la estremeció.

—Bueno, será mejor que te quedes con esto —dijo Serena, quitándose la mochila y sacando un cepillo de dientes, una chaqueta ligera y ropa para cambiarse.

Conrad examinó la ropa interior.

—Sabes que prefiero los calzoncillos.

—Por favor, ten cuidado, Conrad —rogó ella—. Esto no es una aventura infantil. Son balas de verdad, y van dirigidas a ti.

Comenzaba a oscurecer, así que era el momento de marcharse antes de que no pudiera ver el camino de vuelta. Serena apartó las ramas a los lados y

entonces creyó oír a Conrad susurrar algo. Para cuando volvió la vista atrás, él ya había desaparecido.

20

Más tarde, aquella misma noche, Max Seavers estaba de pie, desnudo en el dormitorio de su casa de Georgetown, mirándose al espejo. Había mucho que admirar en él: sus cabellos dorados, sus ojos de color zafiro, su nariz aguileña y su fuerte mandíbula, por no mencionar sus potentes abdominales. El suyo no era el rostro de un monstruo, ni mucho menos. Más aún, era precisamente lo

que no podía verse en el espejo, su increíble intelecto, su genialidad, lo más noble.

Y muy pronto todo el mundo lo vería.

Max oyó el grifo de la ducha abrirse. Se acercó a la cama, se metió debajo de las sábanas y esperó. Mientras lo hacía, pensó en la orden del secretario de Defensa de buscar aquella cosa que había enterrado Washington, maravillado ante lo absurdo del asunto.

Porque en otro país y en otro tiempo su tatarabuelo biológico había dirigido una organización muy similar a la DARPA, y también a él le habían pedido

que realizara una extraña investigación para su jefe, Adolf Hitler.

Antes y durante la Segunda Guerra Mundial, Hitler mandó a científicos y arqueólogos alemanes por toda la faz de la Tierra en busca de pruebas de la superioridad biológica de la raza aria. Pocos de ellos eran verdaderamente nazis, pero menos aún iban a rechazar las propuestas del Führer y de su brazo derecho, Heinrich Himmler, que, a cambio de mantenerlos lejos de los campos de concentración, les ofreció a esos académicos unos fondos y unos recursos que ninguna universidad podía igualar.

La *Ahnenerbe* o depósito de cerebros, como lo llamaban, era una agencia de las SS constituida para demostrar de una vez por todas que los arios no solo eran una raza superior y la culminación de la evolución humana, sino también la «raza madre», la cuna de toda civilización. La organización tenía en su cima a más de doscientos estudiantes, científicos y personal de distinto rango. Y sus equipos se esparcieron por todo el globo en busca de pruebas en lugares como el lago Titicaca de Bolivia, las islas Canarias, las islas griegas e incluso el Tíbet. Supuestamente, todos esos lugares

habían sido fundados por colonizadores arios, así que los esfuerzos de investigación pronto cristalizaron en un objetivo final: encontrar el lugar desde el cual habían partido todos aquellos colonos.

Ese lugar, concluyeron, había sido la Atlántida, y su localización fue establecida en la Antártida. Y de haber encontrado ruinas bajo el hielo, habrían demostrado de una vez por todas la superioridad de la raza aria y el triunfo inevitable de los Mil Años del Reich de Hitler.

Hacia el final de la guerra Hitler envió submarinos a la Antártida;

numerosos equipos de nazis desembarcaron sobre el casquete polar en busca de ruinas. También plantaron banderas nazis que aún siguen en pie, tratando de reclamar el último continente para los nazis de Alemania.

Pero, por supuesto, volvieron con las manos vacías… los que consiguieron volver. Muchos perecieron en aquel extraño mundo helado. Y aquellos que sobrevivieron no volvieron con preciosas reliquias como prueba de sus penalidades. Algunos lo hicieron sin dedos en las manos o en los pies, dedos que habían perdido debido a la congelación.

Nada de esto había sorprendido al tatarabuelo de Seavers, Wolfram Sievers, que consideraba la arqueología como un dominio de chiflados. Mientras la mitad de la *Ahnenerbe* se concentraba en el pasado, Wolfram se ocupaba del futuro: de la genética y de la evolución humana. Su trabajo estaba muy inspirado en los movimientos genetistas americanos de la primera parte del siglo XX.

Por desgracia, la investigación obligaba a Wolfram a experimentar con sujetos vivos, sujetos que podía encontrar a centenares entre los judíos de los campos de concentración. El

resultado fue un inmenso tesoro de datos y la creación de nuevas biotoxinas.

Hitler esperaba poder colocar esas biotoxinas en las cabezas de los cohetes V-2 para lanzarlas contra los aliados. Pero la marcha de la guerra se volvió contra él y los nazis, y el trabajo de Wolfram se interrumpió bruscamente.

Al final, Alemania fue dividida en dos e invadida por las fuerzas aliadas. Los «buenos alemanes», los que habían servido en la *Ahnenerbe*, quedaron libres para volver a sus respetables puestos en universidades de élite. Algunos, como el científico e ingeniero aeronáutico Wernher von Braun, incluso

fueron invitados a los Estados Unidos con el objeto de ayudar a mandar al primer hombre a la Luna. Los «malos alemanes», sin embargo, los que de algún modo se habían relacionado con el Holocausto, como el tatarabuelo de Seavers, fueron ejecutados en Nuremberg por sus «crímenes contra la humanidad».

Seavers se había criado en el sur de California con unos parientes, y siempre había ocultado su verdadero origen con vergüenza. Ya en el instituto Torrey Pines había anunciado su decisión de dedicar su vida a la investigación de vacunas capaces de erradicar las

enfermedades pandémicas y de alargar la vida humana, y como docente júnior en Stanford había conseguido el suficiente respaldo económico como para lanzar su propia empresa de biotecnología en San Diego.

Hizo millones, pero los problemas surgieron cuando los fanáticos religiosos americanos protestaron por la investigación con células madre, investigación que requería del análisis de fetos procedentes de abortos. Aquellos cristianos católicos y evangelistas lo habían llamado asesino de niños. Ellos, que no eran sino unos hipócritas que se aprovechaban de los

beneficios de su investigación, utilizando sus medicamentos, y que desarrollaban el «trabajo de Dios» en el Tercer Mundo administrando sus vacunas a los pobres y enfermos.

Fue entonces cuando Seavers comenzó a pensar que quizá su tatarabuelo, que jamás había trabajado con embriones vivos, sino con prisioneros cuya vida no valía nada en la Alemania nazi, quizá hubiera sido malinterpretado.

La política, ya fuera la de los nazis o la de la Casa Blanca, no tenía nada que decir a propósito de la ciencia, comprendió Seavers, ni tampoco la

religión. Pero las leyes del Gobierno ejercían demasiado peso sobre su empresa de investigación. No tenía a nadie a quien recurrir dentro de la empresa privada, excepto al Complejo Industrial de Seguridad.

Y fue allí, fuera de los muros de Wall Street y del mundo, donde Seavers encontró no solo millones de dólares a su disposición, sino además un refugio al amparo de la «seguridad nacional» para desarrollar el tipo de investigaciones y experimentos, en su mayor parte sobre soldados alistados, que jamás habría podido practicar en el sector privado. En tan solo treinta y seis

meses había desarrollado una investigación que, literalmente, le habría llevado décadas y décadas en otras circunstancias. Y el resultado había sido la vacuna SeaGen, su más importante logro.

En ese momento, sin embargo, igual que su tatarabuelo, Seavers se veía reducido a tratar con los estúpidos jefes del Pentágono, que se dedicaban a buscar globos enterrados y batirse en duelo con astro-arqueólogos como Conrad Yeats.

El mundo está loco, se dijo. *Y ya es hora de crear uno nuevo*.

Seavers oyó abrirse la puerta del

baño y vio una nube de vapor salir al entornarse. Luego una larga pierna morena emergió de entre aquella niebla, y una desnuda Brooke Scarborough apareció ante él.

Seavers admiró el cuerpo de Brooke mientras ella se acercaba y se deslizaba debajo de las sábanas junto a él. Hacía semanas que no practicaba el sexo, pero lo ponía enfermo el hecho de tener que compartir a Brooke con Conrad Yeats.

Peor aún, Brooke lo había metido en un gran apuro con la Alineación, que quería verla muerta después de haberle permitido a Yeats encontrar el libro de códigos delante de sus narices y escapar

con él. Seavers había intervenido en favor de Brooke, argumentando que la muerte de la hija del senador Scarborough solo iba a servir para hacerlos el blanco de más investigaciones policiales. Más aún, si Conrad tenía alguien a quien recurrir en ese momento, era a Brooke. La Alineación había dado crédito a sus argumentos y Brooke solo se había ganado una reprimenda.

Hasta el momento, sin embargo, Yeats parecía capaz de vivir sin ella. Brooke estaba segura de que Conrad se sentía tan culpable por haber vuelto a contactar con Serena Serghetti, que se

escondía de ella tanto como de la Alineación. Y si era así, entonces Yeats era más cobarde de lo que él creía.

—El presidente y Packard me han contado lo del globo —dijo él—. ¿Sabías tú que esas tonterías de la tumba y del libro de códigos eran por lo del globo?

Seavers interpretó el silencio de Brooke como una afirmación. No sabía qué le molestaba más: si el hecho de que la Alineación lo hubiera mantenido apartado del asunto, o que lo hubiera hecho Brooke. Siempre le había molestado que los nuevos miembros de la Alineación se enteraran de todo antes

que él, que era su heredero biológico. Sobre todo cuando veía que conocían la identidad real de uno o más de los treinta jefes que dirigían la Alineación, o que conocían todos los nombres y rostros. Pero pronto los conocería él también.

—Quieren que lo encuentre —continuó Seavers.

—¿Tú? —preguntó Brooke, mirándolo con ojos asustados—. ¿Se lo has contado a Osiris?

—Por supuesto, nada ha cambiado. Solo tengo que evitar que el globo llegue a manos del Gobierno o de la Iglesia, solo que es ahora cuando el

gobierno federal me ha concedido hombres y material para hacerlo. Mientras tanto, tú tendrás que seguir al tanto de Yeats. Tiene muy poca gente a la que recurrir. Y una de esas personas eres tú. Brooke siguió guardando silencio.

Fue un silencio incómodo, pero a Seavers no le importó cómo se sintiera ella. Al revés, sentía un perverso placer al verla así y al pensar en lo que vendría después.

—Max, sigues tan frío y tan seguro de ti mismo como siempre —dijo ella —, pero solo conoces a Conrad Yeats vagamente, no en persona.

—¿Al contrario que tú, quieres decir? —contestó él con una voz helada.

Brooke estaba aterrada. Seavers lo veía en sus ojos.

—Solo digo que siempre hay que contar cadáveres cada vez que lo persiguen.

Seavers dejó escapar una sonora carcajada. No podía dejar de reír, era realmente divertido.

—Después de esta noche, Brooke, el único cuerpo del que tendrás que preocuparte es del tuyo.

21

A la mañana siguiente Conrad estaba de pie ante la puerta del Starbucks de Wisconsin, con su ropa limpia, mirando el reloj. Apenas eran las cinco y media de la madrugada, y sin embargo, la cola para visitar a su viejo amigo Danny Z se salía por la puerta.

Daniel Mohammed Zadeh, *Danny Z* para los amigos, trabajaba detrás de la barra del Starbucks. Tras abandonar el

Pentágono años atrás, se había dejado el pelo largo y lo llevaba recogido en una coleta al estilo de Antonio Banderas en *El Zorro*. Pero Conrad lo reconoció a pesar de estar al final de la cola. Diez minutos más tarde llegó al mostrador y miró a Danny Z a los ojos por primera vez en una década.

—Un café grande con leche desnatada —le dijo Conrad a Danny mientras deslizaba por la barra tres monedas con el perfil de George Washington—. Mi nombre es Bubba.

Danny escribió el nombre en el vaso, alzó la vista por encima de Conrad y dijo:

—El siguiente, por favor.

Con eso bastaba.

Conrad se dirigió al otro extremo de la barra, donde los clientes esperaban para recoger lo que habían pedido: unos tipos anónimos, al estilo de la calle K, un par de diplomáticos y un pobre universitario recogiendo el café para todo el departamento. Conrad no pudo evitar fijarse en el titular de la primera página del periódico que sostenía uno de los hombres K:

Falsa alarma bioterrorista obliga a la evacuación del Capitolio

Entonces, el tipo bajó el periódico y lo miró directamente a los ojos. De inmediato, Conrad apartó la vista en dirección a las estanterías en las que se exponían las tazas a la venta. Siempre tenían modelos nuevos. Estuvo tentado de comprar un par de ellas, una para él y otra para Serena.

Cuando el tipo de detrás de la barra llamó a «Bob», nadie respondió. Entonces Conrad se figuró que Bob era «Bubba», que se había transformado en la traducción.

Un solo sorbo de café le confirmó que así era, de modo que Conrad salió a la calle y miró su taza de cartón. Tenía

unas marcas especiales para la leche desnatada: los tres símbolos de las constelaciones de la tumba de su padre junto con otro nuevo, un cuarto signo que Danny había añadido.

Los cuatro juntos podían traducirse por:

El Boyero + Leo + Virgo = Mala Alineación

Eso ya lo sé yo, pensó Conrad. No obstante, cuando volvió la vista hacia la barra, Danny Z había desaparecido. Otro empleado, esta vez rubio, lo sustituía.

Conrad dio la vuelta a la esquina y

se quedó junto a los cubos de basura del café, en la parte posterior. Comenzaba a lloviznar. Dio unos cuantos sorbos y esperó. Danny Z hacía un café impresionante, aunque probablemente no era eso lo que sus padres, que vivían en Beverly Hills, habían planeado para el genio de su hijito cuando lo mandaron a estudiar al MIT.

Danny provenía de una familia iraní que había abandonado Teherán cuando los mulás ocuparon los puestos más importantes del gobierno del sha, décadas atrás. Se establecieron en Trousdale Estates, en Beverly Hills, junto con otros judíos persas,

manteniéndose apartados del resto de la población y mandando a sus hijos a estudiar al instituto Beverly Hills, que llegó a estar tan lleno de persas cuando Danny estudiaba allí, que sus programas de estudios se editaban en farsi y en inglés. Era solo cuestión de tiempo que los reclutadores de la CIA se presentaran allí, como siempre, buscando buenos americanos entre los iraníes con conexiones en el viejo país oriental. Y Daniel Mohammed Zadeh, hastiado de los autos, de las princesas persas y de un futuro repleto de más de lo mismo, estaba más que listo para una empresa más elevada, así que enseguida

se convirtió en espía de su adorada América, el Gran Satán a los ojos del régimen de Teherán.

Danny Z había abandonado la Agencia Nacional de Inteligencia del Pentágono unos cuantos años atrás, bajo un cruce de acusaciones y amargas recriminaciones mutuas. Después de eso estaba llamado a ser el verdadero astrólogo jefe de la Junta de Jefes del Estado Mayor.

Según parecía, Danny tenía la impresión de que Conrad seguía trabajando para el Pentágono, porque lo primero que hizo, nada más salir por la puerta con la bolsa de la basura, fue

lanzársela para pegarle con ella.

Conrad dio un paso atrás, derramó el café y se escaldó la mano.

—¡Eh, Danny, que yo soy de los buenos!

Danny tiró la bolsa en el cubo.

—Tonterías. Te llamas Yeats, ¿no? Como tu padre.

—Está muerto, ¿recuerdas?

—¿Seguro?

—Celebramos un funeral, Danny. Y tú fuiste el único amigo de los viejos tiempos que no fue.

—¿Lo cual significa que…?

—Que eres el único en quien confío —afirmó Conrad.

Danny sacó una servilleta de papel del bolsillo y se la tendió.

—Será mejor que te lo bebas ahora, porque se oxida y pierde el sabor en pocos minutos. No me hagas malgastar un vaso de buen café.

Conrad se limpió la mano y el vaso. Dio un sorbo y asintió con aprobación.

Danny se calmó un poco, sacó un cigarrillo y comenzó a exhalar el humo sin dejar de mirarlo nerviosamente.

—Creía que preferías las pipas a los cigarrillos.

—Ahora tengo una religión, así que he terminado con toda esa mierda.

—¿Y desde cuándo los cigarrillos

son uno de los sacramentos? —preguntó Conrad.

—Desde que el Génesis dice que cuando Raquel vio a Isaac de lejos, encendió un Camel —contestó Danny, soltando el humo por la nariz—. ¿Así que tú también estás tratando de averiguar lo que dejó tu padre escrito en la tumba, exactamente como los demás?

—¿Los demás?

—Los hombres de Packard vinieron a preguntarme acerca de esas estrellas hace semanas. ¿Cómo crees, si no, que iba a saber lo de las constelaciones?, ¿o es que crees que soy adivino?

Conrad contempló al hombre que,

una vez, había sido feliz, y se preguntó qué le habría ocurrido después de que la sección de inteligencia del Departamento de Defensa se lo robara a la CIA. Era una tontería, por supuesto, pero a menudo los rusos, Al-Qaeda, los chinos y otros programaban sus lanzamientos de cohetes, ataques terroristas y pruebas nucleares en fechas significativas. El jefe del programa aeronáutico ruso incluso había llegado a afirmar que la astrología era una «verdadera ciencia». Y mientras los enemigos de América, reales o imaginarios, creyeran en esas cosas, el Pentágono también prefería creerlas.

Hacían planes todos los días, y todo lo programaban en fechas concretas, calculadas tanto histórica como astrológicamente, visible e invisiblemente, con el fin de predecir amenazas y prepararse con relación a ellas.

Para Danny la astrología era algo natural, ya que provenía de una larga línea de místicos del Imperio persa supuestamente emparentados con los judíos exiliados en Babilonia a los que, en el siglo VI antes de Cristo, el rey Nabucodonosor y sus astrólogos habían enseñado la ciencia. Sonaban las trompetas bíblicas o, como decían en el

Pentágono, se mojaban los pantalones ante la idea de tener a Danny de su lado. Era el más grande, ese era su nombre, y se llamaba Daniel, exactamente igual que el profeta que había predicho el nacimiento y la caída de todos los imperios del pasado y del futuro hasta el fin de los tiempos.

—Danny, ¿qué te ocurrió?

—¿No lo sabes?

—No.

—¿De verdad no lo sabes?

Conrad sacudió la cabeza y luego comentó:

—Oí decir que te mataban de trabajo. Me figuro que te cansaste de ser

un esclavo y de vivir constantemente en la mente de esos psicóticos que no salen de las cuevas al otro lado del mundo, ¿es eso?

Danny se quitó el cigarrillo de la boca y lo tiró al suelo mojado. Miró a Conrad.

—Utilizaban mis cartas contra las operaciones especiales.

—Creí que se trataba de eso, Danny. Piensas como el enemigo, así que se lo cuentas todo igual que el grupo de astrólogos y físicos de la Célula Roja.

—No —negó Danny, soltando una amarga carcajada y encendiendo otro cigarrillo—. Empezaron a utilizar mis

cartas para montar sus propias operaciones especiales.

—¿Las tropas americanas? —preguntó Conrad, boquiabierto.

—Igual que si les estuviera dando un parte meteorológico, solo que lanzaban el ataque cuando Marte estaba en la Cabeza del Dragón, y a la mierda con la luna llena —explicó Danny, dando otra calada—. El almirante Temple me dijo que habían estado haciéndolo así desde la Revolución. Fue así como ganamos la Guerra de la Independencia… y como hemos ganado todas las guerras desde entonces. Y es por eso por lo que las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos

son invencibles, Yeats.

—¿Invencibles?

—Eso dicen las estrellas —contestó Danny, encogiéndose de hombros.

Conrad no dijo nada. Simplemente observó a Danny, un hombre con un conflicto evidente y muy deprimido. En otras palabras; después de tanto tiempo en la DARPA, Conrad estaba dispuesto a creerlo.

—Al principio creí que me tomaban el pelo, que querían presionarme. Entonces decidí darles una carta fraudulenta para ver qué pasaba. Al día siguiente descubrí que los veinte pilotos del Delta Force habían muerto. Así de

simple. Me llamaron. Las estrellas jamás se equivocan. Entonces tenía que haberme equivocado yo. Les prometí que lo haría mejor.

—Pero no fue así… —supuso Conrad.

Danny lo miró de mal humor, ofendido.

Conrad desvió la vista hacia los cubos de basura. No estaban precisamente en el lugar más indicado para hablar.

—Y entonces, ¿qué pasó, Danny?, ¿otra operación especial salió mal?

Danny sacudió la cabeza.

—30 de junio de 2004 —dijo Danny

a secas, haciendo una pausa acto seguido—. Hace justo cuatro años. ¡Maldita mierda! ¡Y ahora se te ocurre aparecer!

Conrad se rascó la cabeza. Cuatro años atrás él mismo se había marchado del Pentágono. Mucho antes, en realidad. Estaba en los Andes con su programa «Antiguos enigmas del universo». Fue entonces cuando su padre volvió a aparecer misteriosamente en su vida, como tenía por costumbre, para arrastrarlo a la Antártida.

—Bueno, ¿y qué pasó el 4 de junio de 2004?

—Los Estados Unidos entregaron de

vuelta Irak —dijo Danny.

—¿El Estado Mayor te obligó a hacer una carta para saber qué día debían los Estados Unidos devolver la soberanía a los iraquíes? —preguntó Conrad, parpadeando incrédulo.

—Al segundo. Tenía que ser a las 10.26 hora de Bagdad, que en Washington D. C. correspondía a las 2.26 —explicó Danny—. Pero luego la jodieron. Oyeron rumores de que se estaba tramando un intento de asesinato del primer ministro interino, Ayad Allawi, así que Paul Bremen, el administrador civil de la coalición, mandó a la mierda los planes e hizo el

traspaso del liderazgo a Allawi dos días antes de lo previsto.

—¿Y tú crees que fue por eso por lo que se fastidió la ocupación de Irak?

—¡No joda, no! Pero algún huevón del Pentágono la jodió. Aunque supongo que yo también debería mirarme al espejo. Todo está jodido, hermano. Es el eje del mal. ¡Mierda! Había mucha mierda en Irak. Y mientras tanto, los fanáticos de Irán y Corea del Norte están construyendo armas nucleares y pasándoselas a todo bicho viviente, a los terroristas. ¡Van a volar todo el jodido mundo! ¡Y todo porque tenemos el cerebro en el culo!

Conrad había oído ya suficiente, sabía cuál era la postura de Danny. Pero necesitaba averiguar lo que había ido a buscar sin acabar con la paciencia del pobre diablo.

—Danny, escúchame —dijo Conrad, respirando hondo—. Necesito encontrar al Centinela.

Danny lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Ahora vas a hacer tratos con los masones?

—Quizá.

—¡Estás jodidamente loco! ¡Todos! —exclamó Danny, comenzando a caminar en círculos y haciendo

aspavientos—. ¡Todo el mundo está jodidamente loco!

—Escucha, ya te lo he dicho, Danny. Eres la única persona de los viejos tiempos en quien puedo confiar. En ti, y en el Centinela.

Danny dejó de dar vueltas, pero sus ojos parecían los de un loco.

—Sí, bueno, él también es de los tiempos de tu padre… de tiempos muy, muy viejos. He oído que está muerto. Él y toda su mierda masónica.

—¿Muerto?

Por fin Danny parecía comenzar a calmarse.

—Quizá, no lo sé con seguridad.

—Si estuviera vivo, ¿dónde podría encontrarlo?

—En una residencia de ancianos de Richmond, creo. Cerca del hospital de Virginia.

—¿En serio?

—No a todos nos entierran con honores como a tu viejo, jefe.

Por un momento ambos permanecieron callados. Conrad escuchó el ajetreo de la hora punta de la mañana. El cielo parecía despejarse, aunque seguía lloviznando. Y Danny comenzaba a recobrar el sentido común. Miró a Yeats, con el traje arrugado, y de pronto comprendió.

—¡Maldita sea, Yeats!, lo de ayer del Capitolio fuiste tú, ¿no?

—Quizá.

Danny sacudió la cabeza y añadió:

—Yo podría haberte dicho que no iba a salir bien.

—¿Porque la Luna no estaba en la casa en la que debía estar?

—Algo así.

—¿Y hoy?

—¿En serio? —Danny comenzó rápidamente a dibujar una carta astral en una servilleta de papel del Starbucks—. El problema contigo es que ni siquiera sabes la fecha de tu nacimiento. Eso lo fastidia todo un poco. Pero, basándonos

en tu extraña personalidad, debemos suponer que eres un Piscis o un Acuario. Definitivamente, un signo de agua.

Un minuto más tarde Danny le mostró la carta.

Resultaba completamente ininteligible a ojos de Conrad.

—¿Y qué se supone que significa esto?

—Que estás jodido.

—¿En serio?

Danny asintió y arrojó al suelo el segundo cigarrillo.

—Y yo lo estaré si me quedo contigo.

Conrad se guardó la servilleta y se

volvió para marcharse, pero antes añadió:

—Tú no me has visto.

—Ojalá —contestó Danny, que inmediatamente desapareció por la puerta del Starbucks.

22

Cuartel general de la DARPA
Arlington, Virginia

El edificio de seis pisos de Arlington en el que estaba situado el cuartel general de la DARPA apenas atraía la atención de los transeúntes que salían de la boca del metro o de los empleados de los restaurantes de

comida rápida, gasolineras y multicines de alrededor. Únicamente el guardia de la puerta de aquella anónima torre de acero y cristal hacía suponer que algo ocurría dentro, pero desde luego nada más interesante de lo que podía ocurrir en una oficina bancaria.

Max Seavers estaba en su despacho acristalado de la sexta planta cuando recibió la llamada: Conrad Yeats había vuelto a salir a escena, y el equipo de Norm Carson del Pentágono quería encargarse de él.

—Yo me ocuparé —dijo Seavers por teléfono, colgando inmediatamente para hacer otra llamada—. Aquí

Nebulizador. Necesito un helicóptero en el helipuerto. En diez minutos.

Mientras tanto, voy a necesitar un poco más de jugo vital.

Seavers tomó el ascensor hasta la sexta planta subterránea, por debajo del parqueadero. La Carnicería, tal y como llamaban a esa sexta planta bajo tierra, había sido construida por su predecesor en el puesto, el general Yeats, para guardar su asombroso descubrimiento. El Griffter se lo había ocultado incluso al Pentágono. Seavers solo se había enterado de su existencia al tomar posesión de su cargo, y su revelación había corroborado de mil modos su

decisión de prestar atención a la llamada de la Alineación y olvidarse de SeaGen, dejándola en manos de la DARPA.

Seavers recorrió un largo túnel hasta llegar a una cámara acorazada de grueso metal. Colocó el dedo índice en el escáner junto a la puerta. Escuchó el ruido del cerrojo y luego una serie de *clics* al abrirse el mecanismo interior. La puerta, de más de sesenta centímetros de grosor, se abrió, dando paso a una sala de descontaminación y a otra cámara acorazada ulterior.

Seavers se colocó la máscara protectora contra los gérmenes, el «traje

de conejo», como lo llamaban, y abrió la segunda cámara. Dentro había una prisión secreta en la que se guardaba uno de los más extraños enemigos combatientes que América hubiera capturado jamás.

Su nombre en código era Hans, y fue descubierto por las tropas americanas en la Antártida hacia la década de 1940 durante la Operación Highjump, que fue una invasión masiva de la Antártida por parte de los Estados Unidos basada en una información recogida por los nazis allá por los días en que comenzaban a perder la Segunda Guerra Mundial. Casi todas las bases americanas importantes

del continente helado habían sido fundadas durante esa operación.

Hans era un cuerpo; el cuerpo congelado de un oficial alemán que había formado parte de una base secreta nazi en la Antártida fundada por el propio Barón de la Orden Negra, el general de las SS Ludwig von Berg. Aparentemente, había sido en esa base donde el «Último batallón» de Hitler había almacenado biotoxinas; biotoxinas que habían sido sacadas de contrabando del agonizante Tercer Reich en submarinos junto con nazis de altos cargos que, poco después, se establecieron en Argentina con una

nueva identidad.

Hans no hablaba demasiado, pero el tejido enfermo de su pulmón le había proporcionado a Seavers el segundo mayor descubrimiento de su vida. En 1918, los nazis habían hecho de la gripe española un arma que había matado a más de quince millones de personas. Al final, incluso, había matado a los nazis que atesoraban aquella definitiva arma del día del Juicio Final. Pero para la investigación de Seavers suponía un soplo de aire fresco, un adelanto que lo había llevado a un estadio nuevo en sus investigaciones.

En concreto, el tejido congelado del

pulmón de Hans le había proporcionado a Seavers una muestra viva y perfectamente conservada del virus de la gripe aviaria misma. Lo difícil había sido convertirlo en un aerosol de fácil dispersión. Durante el proceso, Seavers había descubierto también una mutación de un prión en las células del cerebro de Hans. Con una sola gota del fluido drenado de ese tejido podían producirse docenas de inyecciones letales. Un simple pinchazo de una jeringuilla o de un dardo causaba la muerte instantánea, por una simulada enfermedad natural. Pero había que usarla en un plazo de veinticuatro horas desde el momento de

la extracción, o perdía toda su efectividad. Y de ahí las visitas periódicas a la Carnicería.

Seavers sonrió en dirección al amigo congelado.

—Hoy vamos a tener que hacer esto rápido, Hans —le dijo, ansioso por extraerle también unas cuantas células a Conrad Yeats.

23

Residencia de Mission Springs
Richmond, Virginia

La residencia estaba a tres horas de camino. Conrad sabía que Serena albergaba serias dudas acerca de aquel encuentro con el maestro masón conocido como el Centinela. Vestida con su traje tradicional de monja, Serena

guardó silencio mientras entraban por la puerta principal de la residencia de Mission Springs. Aquella residencia estaba especializada en recoger los restos humanos medio muertos del hospital de Virginia de al lado, conservarlos funcionando unas cuantas semanas y, por fin, enterrarlos.

El administrativo del mostrador, al ver que era el clero el que venía de visita, los dirigió por el pasillo hasta la habitación 208. La puerta estaba entornada. Conrad la golpeó con los nudillos, y justo entonces se abrió. Por ella salió una enorme enfermera con una etiqueta con su nombre, Brenda, y una

muestra de orina.

—Todos tenemos que morir, padre —dijo Brenda, tomando nota del cuello de párroco que llevaba Conrad bajo el abrigo, cortesía de *Confecciones Serghetti*.

Entraron en la habitación. Ahí estaba Reggie *Herc* Jefferson, al que llamaban *el Centinela* al menos desde que Conrad tenía uso de razón. Era uno de los pocos hombres de las Fuerzas Armadas que había sido un verdadero amigo de su padre, quizá el único. Herc había nacido en Nueva Orleans y su padre, que había sido albañil, había llegado a ser un piloto de Tuskegee: uno de los primeros

afroamericanos en volar para el tío Sam.

Pero Herc quería hacerlo aún mejor que su padre; quería ser astronauta. Solo que la NASA no estaba lista para aceptar a un piloto negro en el *Apolo*, así que había acabado pilotando un Hércules C-131 de transporte en operaciones encubiertas para el general Yeats. Y a su debido tiempo, como casi todos los que se asociaban con el padre de Conrad, se había estampado literalmente contra el suelo y ardido en un aterrizaje forzoso que le había roto la espina dorsal y le había dejado incapacitado para toda la vida a la edad de cuarenta años.

De eso hacía ya treinta años.

Antes de que Conrad pudiera decir una palabra, Herc, con una voz grave como un gruñido, dijo:

—Has tardado en venir, hijo.

—Sí, pero al fin me di cuenta que habías sido tú quien había mandado grabar la tumba de mi padre.

—Exactamente tal y como él quería.

Herc no era un masón común y corriente o, al menos, no era de la variedad de la raza masculina blanca pura. Su familia afirmaba descender de una línea de esclavos masones de la época de la Revolución. El general Yeats estaba convencido de que así era;

había sido testigo tanto de su sabiduría enciclopédica en esoterismo masón como de su avanzada destreza cortando piedra y planeando emplazamientos para las bases de vanguardia de operaciones militares. En cuanto a la afirmación de Herc de que su familia tenía lazos de sangre con fundadores de la República, como Washington y Jefferson que, supuestamente, habían tenido relaciones con esclavas negras, Conrad creía que no eran más que ilusiones, a pesar de habérselo oído decir al tío Herc desde que era pequeño. Pero, después de verlo tirado en aquella cama, se lo parecía más aún.

—El globo no está en la piedra angular del edificio del Capitolio.

—Por supuesto que no, Casey se lo llevó después de la guerra de 1812. Eso te lo podría haber dicho yo, hijo.

—Podías haber venido al funeral —añadió Conrad, suspirando.

—¿Con estas piernas? Además, ni tu viejo ni yo pensamos nunca que viviría tanto. Creímos que estarías solo. Diseñamos el mensaje de la lápida con la esperanza de que fueras lo suficientemente inteligente como para descifrarlo. Pero ya veo que no.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevas esperándome?

—¿Cuánto hace que murió el Griffter?

Cuatro años, pensó Conrad, avergonzado de no haber pensado ni siquiera una vez en el tío Herc hasta ese momento. Era evidente que Herc había estado esperando su visita desde que su padre murió, pero él había estado demasiado ocupado con sus propios asuntos tras la destrucción de la Antártida. Ni se le había ocurrido pensar que el pobre Herc había estuviera esperándolo, rascándose las heridas en aquella cama en la que lo había postrado su padre.

No había mucho que Conrad pudiera

decir, así que, naturalmente, Serena lo dijo por él, yendo directamente al grano:

—Hola, tío Herc, yo soy…

—Sé quién eres, hermana Serghetti —dijo el viejo Herc—. Encantado de conocerte.

—Creemos que el globo puede estar debajo de la Biblioteca del Congreso —continuó ella—. Casey y su hijo Edward, que fue el responsable de la construcción de todo el interior, parecen haber dejado pistas en forma de zodíacos como si se tratara de un mapa. Pero el doctor Yeats no ha podido descifrar el secreto, y esperábamos que tú nos ayudaras.

El fuerte acento australiano de Serena inmediatamente animó al viejo Herc, que sonrió en dirección a Conrad con un gesto de aprobación.

—Esta chica es una verdadera pesadilla, ¿eh?

—Lo es —confirmó Conrad—. Pero dime, el globo…

—¿Así que crees que nosotros, los masones, somos adoradores del diablo? —lo interrumpió Herc, dirigiéndose a Serena.

—Creo que son adoradores del conocimiento —contestó Serena sin inmutarse—. El peligro es pasarse la vida aprendiendo sin llegar jamás al

conocimiento de la verdad.

—Nosotros no somos una religión, hermana Serghetti. Promovemos la ilustración, no la salvación.

—Y por tanto hacen de la ilustración un ídolo —contraatacó ella—. La misma tentación que le ofreció Lucifer a Eva en el jardín del Edén.

—Entonces sí crees que adoramos al diablo.

—De una forma indirecta, sí —sonrió Serena.

Conrad calló. Un pesado silencio llenó la habitación.

—¿Sabes, Yeats?, tu chica me recuerda a una dama llamada Anne

Royall —dijo Hércules al fin—. Fue la primera periodista americana importante, una verdadera luchadora desenterrando los trapos sucios del Gobierno y su corrupción allá por 1800.

—¿Anne Royall? —repitió Conrad.

—Sí, vivía en la calle B, cerca de la calle segunda y del Capitolio —dijo Herc—. Su marido, el capitán William Royall, era francmasón. Durante años, los masones utilizaron su sótano para sus reuniones secretas con el propósito de preservar la alineación de la capital federal con los cielos. Pero, con el tiempo, ni siquiera pudieron preservar la casa. La destrozó el Cuerpo de

Ingenieros del Ejército.

Conrad sintió un escalofrío subirle por la espalda. Algo estaba a punto de pasar. Podía verlo en los ojos de Herc.

—¿Por qué el Cuerpo de Ingenieros del Ejército destruyó la casa de Anne Royall?

Herc sonrió antes de contestar:

—Casey tuvo que tirarla para hacerle sitio a la Biblioteca del Congreso y colocar su piedra fundacional al nordeste en 1890.

Ahí estaba. Conrad miró a Serena, que también había captado el mensaje: los masones se habían llevado el globo al sótano de la casa de Anne Royall, y

encima de él habían construido la Biblioteca del Congreso. La casa había desaparecido, pero el sótano no. El sótano seguía enterrado debajo de la Biblioteca del Congreso.

Entonces Conrad recordó algo y frunció el ceño.

—El eje que he estado siguiendo corta el Gran Hall de la Biblioteca del Congreso en dirección sureste. ¿No debería el sótano estar en algún lugar de la esquina nordeste del edificio?

—Así es —asintió Hércules—, pero el túnel de acceso está en la esquina sureste.

—¿Qué túnel de acceso? —inquirió

Serena.

—Trae mis papeles y te lo enseñaré.

Conrad y Serena buscaron a su alrededor en la pequeña habitación, pero solo vieron un armario y una foto enmarcada de Herc y el padre de Conrad de los viejos y gloriosos tiempos.

—Está por detrás.

Conrad se acercó al marco, le quitó la parte de atrás y sacó un papel muy fino y viejo, doblado varias veces. Se lo tendió a Herc, que le hizo un gesto para que lo abriera.

—Apenas resulta legible, pero yo sé interpretarlo.

Les llevó un minuto, pero al fin Conrad y Serena estaban viendo viejos planos, elevaciones y detalles del edificio Jefferson. Los planos tenían un sello que decía: «Edward Pearce Casey, arquitecto, c/ Broadway, 171, Nueva York». Y estaban firmados por Bernard Green, «superintendente e ingeniero» de la Biblioteca del Congreso.

—¿Lo ves? El eje cruza el signo de Virgo del zodíaco del suelo del Gran Hall —señaló Hércules—. Al final, cuando se trata del distrito federal, siempre es Virgo. Toda la ciudad está alineada con relación a la «Virgen Bendita» del firmamento.

—Permíteme que difiera —dijo Serena—. La virgen astral es Isis, no María, a pesar de todos los esfuerzos de los astrónomos del Vaticano para cristianizarla durante la Edad Media. Como tal, el Zodíaco es parte de una filosofía de la astrología determinista que adora el destino, no la libre voluntad. Y no puede haber derechos humanos sin antes reconocer la libre voluntad.

—Quizá signifique todo eso para alguien —contestó Herc—, pero para los masones la Virgen representa el corazón y la casa, la leche del pecho y la promesa de la cosecha; igual que el

nuevo mundo para sus fundadores.

—Bueno, entonces tus estrellas son sexistas.

Herc parecía encantado con Serena.

—En eso tienes razón, hermana. Cada vez que tratas con Dios o con las estrellas, siempre te topas con una Virgen. Es muy importante —añadió Herc, mirando a Conrad muy serio—. No vas a conseguir esto sin una virgen, hijo, pero ahora tienes dos: una en los cielos, y otra aquí, vivita y coleando, en comunicación directa.

24

Aquella misma tarde, poco después, Herc se despertó sobresaltado en la cama. Se había quedado traspuesto tras la visita del hijo del Griffter y de la monja. Se quedó tumbado, reflexionando sobre lo que les había contado y preguntándose si debía haber hablado más.

Porque, obviamente, podía haberles dicho muchas cosas más.

Lentamente, metió la mano temblorosa por debajo del colchón y sacó una vieja daga con símbolos masónicos. Aquella daga había sido transmitida de generación en generación y, según le habían dicho, en una ocasión había pertenecido a George Washington. Se preguntaba si sería verdad. La única razón por la que la guardaba bajo la cama era para asegurarse de que ningún celador se la robaba.

Su intención era habérsela dado al hijo del Griffter, pero lo había olvidado. Le fallaba la memoria… junto con todo lo demás.

Oyó pasos y se metió la daga por

dentro del pijama. Dos jóvenes celadores aparecieron en su puerta con una silla de ruedas, y la enfermera Brenda le anunció que era la hora de la fisioterapia.

Mientras lo llevaban en la silla de ruedas por el pasillo, Herc notó que se mareaba. Era la maldita comida de la residencia.

—Sé que quieres dejarle puesto el suero, cariño, pero tu madre está tratando de decirte que quiere abandonar ya esta tierra —le decía Brenda a la hija de una mujer de la residencia, al pasar a su lado por el pasillo.

Mejor olvidarse del suero, pensó

Herc, bastaba con un poco de agua. Aquella mujer iba a morir de deshidratación, no de demencia.

De pronto Hércules se dio cuenta de que se habían pasado de largo la sala de fisioterapia. Lo empujaban a través de una puerta doble hacia el estacionamiento, donde los esperaba una ambulancia.

—Eh, ¿adónde me llevan? —preguntó Herc a los celadores, que lo sacaron de la silla y lo dejaron caer en una camilla de la ambulancia.

Un médico rubio con una jeringuilla le dio la bienvenida. Las puertas se cerraron y la ambulancia arrancó.

—Lamento mucho haberme perdido la visita del doctor Yeats —dijo el hombre—. Pero quizá tú puedas decirnos adonde ha ido.

Herc no dijo nada, pero tenía el pijama mojado. Debía haberse meado en los pantalones. Y todo porque había visto a otro hombre atado dentro la ambulancia: era el joven Danny Z, tenía la boca amordazada y los ojos muy abiertos.

—No sé de quién está hablando, doctor. Y ahora, por favor, dígame adónde vamos.

—De paseo, señor Hércules —contestó el hombre divertido—. Si me

ayudas, puede que te libres. Si no, me temo que sufrirás el mismo destino que tu amigo, este de aquí.

Danny Z comenzó a gritar mientras el médico introducía una larga aguja por su cuello.

—Nunca debemos desperdiciar un cuerpo —añadió el médico en dirección a Danny mientras introducía lentamente la jeringuilla—. Por eso voy a derretirte el cerebro.

25

Sala de baile Georgetown
Hotel Hilton, Washington

—Ayer me ocurrió algo muy divertido de camino a la colina del Capitolio.

En la sala de baile Georgetown del hotel Hilton se oyeron risas. Serena Serghetti se dirigía a la prensa en la

Cena de Prensa anual en vísperas del Desayuno de Oración Presidencial.

—Estaba haciendo una declaración sobre los derechos humanos en China o, más bien, sobre su falta en lo que se refiere a los trasplantes de órganos, cuando me di cuenta de que los chinos tenían razón.

En la sala se hizo el silencio; solo se oía el ruido de algunos tenedores sobre el plato del chuletón o del salmón del que disfrutaban los periodistas. Y ahí estaba ella, como embajadora de Cristo, ocultando un crimen federal que ya estaba en marcha. El sentimiento de culpa era casi demasiado intenso como

para soportarlo.

—Si un hombre vive solo un número concreto de años mientras que el Estado es para siempre, entonces el Estado debería estar capacitado para hacer todo lo que fuera necesario por el llamado «bien común» —explicó Serena—. Pero si es el alma la que es inmortal, como solía decir ese viejo profesor de Oxford, C. S. Lewis, entonces es el Estado el que es fugaz. Lo cual significa que los derechos de los individuos son lo primordial.

Se estaba poniendo nerviosa, mirando el reloj al fondo de la sala. Los equipos del Servicio Secreto con sus

perros rastrearían todo el hotel en cuestión de horas, instalando rígidas medidas de seguridad, y nadie podría entrar ni salir hasta que el presidente abandonara el desayuno que iba a celebrarse en el gran salón a las diez de la mañana. Si Conrad no volvía pronto…

—El sentido de la frase «Una nación al amparo de Dios», que reza en el juramento de lealtad americano, es reconocer que el Gobierno no es Dios. Los derechos individuales son la base sobre la que se asienta la fundación de los Estados Unidos, y en parte esta filosofía proviene de predicadores como

Thomas Hooker, que argumentaban a favor de la «santidad de los creyentes» insistiendo en que, ya que el Espíritu Santo reside en el corazón de todas y cada una de las personas, todas las personas deberían poder votar y vivir sus vidas en conciencia. En resumen: nosotros somos el Gobierno. Ustedes, yo, y todos los demás.

Serena observó el mar de rostros de la sala, muchos de ellos conocidos, como presentadores de televisión. Muchas cosas tendrían que declarar al público si supieran la verdad.

—A veces me pregunto si mis amigos evangélicos de América han

olvidado esto. ¿Estamos nosotros, las personas de fe, a las puertas del poder?, ¿o estamos las personas que tenemos fe en las puertas del poder? Es una distinción importante. En un caso llegamos a una sociedad abierta y diversa; en el otro, a algo parecido a lo que tienen en Rusia hoy en día, en donde la antigua agencia de espías de la KGB ha tomado el poder. No puede uno evitar preguntarse si algo así podría suceder aquí.

Pensaba en la Alineación y en el ciudadano medio americano. Los romanos tenían pan y circo. Los americanos tenían la televisión y el

Super Bowl. Los miembros de la «clase charlatana» representados en aquel salón formaban parte de la gran conspiración americana. Pero también informaban de esa conspiración y, por tanto, le daban forma. Y por eso principalmente Serena había aceptado la invitación.

—Todo esto viene a subrayar el papel fundamental que ejerce el Cuarto Poder, la prensa libre, en una sociedad democrática. Porque son ustedes los que informan al electorado y le ayudan a dar sentido a nuestro mundo, de modo que seamos nosotros, la gente, quienes decidamos el destino de las naciones, y

no al revés.

El discurso había terminado, pero Serena seguía de pie, ante una cola de periodistas que la miraban con aprobación. Entonces Brooke Scarborough se acercó.

Serena no la había visto en la sala hasta ese momento, y jamás la había visto en persona. Era mucho más… más alta de lo que ella esperaba, y tenía unas enormes manos que estrecharon la suya.

—Hermana Serghetti —dijo Brooke—, creo que tenemos un amigo en común que está en un apuro.

Serena fingió ignorar de qué hablaba, pero sabía, por la expresión de

los ojos de Brooke, que las dos se comprendían perfectamente.

—Tú me lo dirías si hubieras visto a Conrad, ¿verdad? —insistió Brooke.

—Señorita Scarborough, usted es la primera persona a la que el doctor Yeats recurriría si estuviera en un apuro. ¿O es que ya no viven juntos?

Fue Brooke entonces quien fingió no comprender. Enseguida se vio obligada a dejar paso al siguiente periodista en la cola para saludar a la «Madre Tierra». A pesar de haberse apartado de su vista, Serena sentía la mirada de Brooke clavada en ella.

26

Edificio Jefferson
Biblioteca del Congreso

Conrad escuchaba los suaves acordes de Mozart en su iPhone mientras caminaba a lo largo de la avenida de la Constitución bajo la lluvia. La cúpula del edificio Jefferson, en la Biblioteca del Congreso, brillaba orgullosamente

bajo el oscuro cielo esa noche y su grandiosidad casi eclipsaba la del Capitolio, al otro lado de la calle. Pasaban unos minutos de la medianoche, lo cual significaba que estaban ya a día 3 de julio y que llegaba tarde. Se subió el cuello del abrigo y se dirigió a la entrada de investigadores.

El guardia de servicio alzó la vista desde su garita e, inmediatamente, reconoció a Conrad, que había hecho frecuentes visitas a lo largo de los años. Conrad sintió que su corazón desfallecía. El pobre Larry sacudía la cabeza y silbaba la canción de estilo misterioso de su *reality show*, *Antiguos*

enigmas del universo, que solo reponían algunos canales de televisión a última hora de la noche, lo cual decía mucho acerca de la gran vida social de Larry.

—La biblioteca cierra al público a las cinco de la tarde, y a las nueve y media para los investigadores, doctor Yeats. Solo los congresistas y sus empleados pueden pasar a estas horas. Ya conoce las reglas.

—Estoy un poco mojado y duro de oído, Larry, como puedes ver —repuso Conrad, secándose el pelo de detrás de las orejas y esbozando una enorme sonrisa.

Sentía un nudo en el estómago,

pensando que quizá su misión terminara antes incluso de empezar.

—Si se quedara en los túneles que conectan los edificios de aquí, doctor Yeats, estaría seco y bien a gusto en una noche como esta —contestó Larry que, acto seguido y sin poder resistirse, repitió el lema de la serie televisiva—. Después de todo, «La verdad está ahí abajo».

—Sabes que tengo claustrofobia, Larry. Además, necesitaba un poco de aire fresco.

—Lo que usted necesita es una cita —dijo Larry—. Y, dígame, ¿qué ocurrió con esa muñeca nazi rubia del canal Fox

News Channel?, ¿no le gustaba su saludo?

—Mi saludo es perfecto, Larry, pero parece que tengo problemas a la hora de seguir órdenes.

Larry soltó una carcajada, pero Conrad notó que el guardia estaba decepcionado. Tenía la cabeza abarrotada de imágenes de Conrad en las pirámides de Egipto y en los templos mayas junto a preciosas «investigadoras» graduadas, ayudándolo en sus excavaciones… cuando no estaban en antena. ¿Qué diablos hacía un astro-arqueólogo como Conrad Yeats, «la mayor autoridad en arquitectura

megalítica y en las alineaciones astronómicas de los más antiguos monumentos del planeta», vagando por los sucios pasillos de Washington D. C.?

Conrad vació los compartimentos de su cartera y se sacó las llaves del bolsillo, haciendo una mueca.

—Déjeme que adivine —dijo Larry —. ¿Se ha vuelto a olvidar de su carné de la Biblioteca?

Conrad asintió. Lo cierto era que tenía una tarjeta identificativa con un nombre falso, pero, obviamente, no podía sacarla en ese momento. Y aunque tuviera su propia tarjeta identificativa, Larry no podría pasarla por el escáner

sin que saltaran todo tipo de advertencias de «Arresto y detención» en la pantalla.

—No me quedaré mucho —prometió Conrad, mirando el reloj—. Dame doce minutos.

Larry pareció dudar mientras le tendía la tablilla para que firmara.

—Bueno, écheme un autógrafo y escriba su número de identificación.

Conrad garabateó una firma y escribió una serie de seis números falsa con la esperanza de que Larry introdujera el código manualmente en el computador más tarde.

Este tomó la tablilla sin mirarla

siquiera.

—Bien, pase por ahí.

Conrad subió el volumen del iPhone y se acercó al dintel en el que estaba instalado el multisensor de detección. Serena le había dicho que esa melodía en concreto despistaría a los nuevos escáneres de ondas cerebrales que los federales habían instalado por todo el Mall. Al pasar por el dintel, Conrad observó a Larry examinar la fila de imágenes térmicas que aparecían en los monitores. Conrad no despegó los ojos del curioso monitor del final, que podía detectar lo que los federales llamaban «modelos de ondas cerebrales hostiles».

Los colores no cambiaron. Conrad suspiró aliviado.

—El iPhone, doctor Yeats.

—Ah, lo siento —dijo Conrad que, acto seguido, se quitó los auriculares y tendió el iPhone a Larry—. ¿Quieres que me quite también el reloj y los calzoncillos?

—Je, je, je…

Larry pasó el teléfono por el detector, y Conrad se acercó a recogerlo junto con la cartera y las llaves sin pasar de nuevo por el escáner.

—Que pase una buena noche, doctor Yeats. Y no lea demasiados libros antiguos, no sea que se cague de miedo.

—Demasiado tarde —contestó Conrad, alejándose.

—¡Eh, doctor Yeats! —gritó Larry mientras Conrad se marchaba—. Olvida su…

Conrad se volvió, apretó el botón del control remoto de su juego de llaves y escuchó el *crack* del iPhone al estallar detrás de él. Larry comenzó a toser, y Conrad esperó a que el gas invisible hiciera efecto. Pero no hizo efecto. Larry se tambaleó ligeramente, pero no se quedó inconsciente. Alargaba la mano en busca de la radio para pedir ayuda.

Maldito sufentanil, pensó Conrad. En su mayor parte los efectos dependían

de la constitución biológica individual de cada uno.

Conrad contuvo el aliento, se acercó a Larry y le dio un buen golpe en la nuca, dejándolo inconsciente al modo tradicional.

—Lo siento, Larry.

Conrad recogió la radio de Larry, el iPhone y los auriculares y se marchó. Miró el reloj mientras entraba en un vestíbulo de techo bajo con paredes amarillas y ribetes blancos. Larry se despertaría en unos minutos. Eso si no lo descubrían antes.

Los doce minutos de los que disponía se habían convertido en la



mitad.

27

Parque Jones Point
Virginia

Al otro lado del Potomac, en Jones Point, cerca de Alexandria, Max Seavers alzó la vista de los planos desde el puesto de mando provisional instalado en el faro. El equipo de buceo de marines buscaba la piedra

fundacional original bajo la pared sumergida en el mar.

Según el veterano inválido, al que habían sacado la información bajo tortura, tiempo atrás los masones habían trasladado el globo de Washington desde la piedra angular del Capitolio hasta otro lugar mucho más propicio: la primera piedra que Washington había colocado para marcar los límites del Distrito Federal.

Las investigaciones de Seavers confirmaban que había sido Daniel Carroll, el hombre que había vendido la colina del Capitolio a Washington, quien había colocado la piedra allí junto con

este y con un viejo astrónomo negro llamado Benjamin Banneker.

Con el tiempo, Jones Point se había convertido en un enorme parque municipal a la sombra de un puente gigante. Durante años, aquel puente había constituido un verdadero quebradero de cabeza para los federales, pero en ese momento era perfecto para ocultar a Seavers y a su equipo de operaciones especiales del público.

Sus marines formaban parte de una unidad de élite de ochenta y seis hombres conocida como el Primer Destacamento, orientado hacia las

incursiones anfibias nocturnas y en condiciones de escasa visibilidad. Su escenario de guerra habitual eran las «circunstancias extremas» y estaban entrenados y equipados para llevar a cabo misiones especiales entre las que se incluían la evacuación de embajadas, ataques aéreos, demoliciones submarinas y rescates de pilotos derribados. Y todo ello con un aviso previo de apenas seis horas escasas.

Por lo general, trabajaban en el primer escuadrón de las Fuerzas Navales Especiales de Guerra, que operaba al margen del Comando de Operaciones Especiales de los Estados

Unidos.

Pero en ese momento estaban bajo sus órdenes.

La puerta del faro se abrió y un marine entró. Fuera llovía.

—El equipo de buceo ha encontrado la piedra fundacional, señor. Está incrustada dentro de la muralla marina.

—Súbanla —ordenó Seavers.

28

Conrad pasó bajo un grueso arco y entró en el Gran Hall. Sentía un nudo en el estómago ahí de pie, sobre el zodíaco del suelo de mármol que miraba al Este, de cara al arco conmemorativo que daba a la entrada original de la sala de lectura principal. Era perfectamente consciente de las seis cámaras de seguridad que lo vigilaban, dos visibles y cuatro ocultas. Pero lo que él buscaba era invisible al

ojo humano y en unos minutos él también lo sería.

Miró hacia atrás por encima del hombro, directamente al Oeste, hacia la entrada principal de la biblioteca. De haber estado abiertas sus puertas habría visto la cúpula iluminada del Capitolio. Y de haber sido visible para el ojo humano, habría visto un eje partir del centro de la cúpula y pasar por encima del zodíaco donde estaba, cortando los signos de Piscis y de Virgo y proyectándose hacia un punto más allá de la arcada del lado este del Gran Hall.

Conrad siguió el eje bajo la arcada hacia el otro lado. El aire olía a chicle,

a ese peculiar olor de los antisépticos que se usaban para limpiar el suelo. A su derecha e izquierda había dos viejos ascensores que aún funcionaban y que usaba el personal de la biblioteca. Encima de cada uno de esos ascensores había sendos murales de un pintor simbolista americano, Elihu Vedder, que describían el uno los efectos del buen gobierno, y el otro los del mal gobierno.

El mensaje estaba claro: América se enfrentaba a dos posibles destinos diametralmente opuestos.

El fresco de la derecha mostraba a América en toda su gloria, repleta de hojas verdes y fruta madura: una tierra

de leche y miel. El fresco sobre el ascensor de la izquierda representaba a una árida América de árboles desnudos, con una bomba cuya mecha estaba encendida bajo los cascotes de los monumentos y mármoles destrozados.

Conrad reflexionó sobre aquellos dos destinos opuestos.

Se acercó al ascensor sobre el que estaba la imagen de la preciosa América y apretó el botón negro. Las puertas se abrieron mostrando una cabina con el suelo de mármol, pasamanos de latón y paredes recubiertas de espejos. Conrad entró y miró la fila de cinco botones: segunda planta, primera planta, planta

baja, primer sótano y segundo sótano. Antes de que se cerraran las puertas y el ascensor comenzara a descender, echó un último vistazo a la América condenada.

Cuando las puertas volvieron a abrirse en el rancio segundo sótano de la biblioteca, Conrad vio el otro ascensor de empleados justo enfrente, a poca distancia. Estaba a punto de salir cuando oyó un ruido en el extremo opuesto del pasillo, fuera de su campo de visión. Se quedó en la cabina del ascensor y sacó una vara telescópica con un espejo, asomándola fuera al nivel del suelo y con precaución. Por el espejo vio a otro

guardia de seguridad que se acercaba en su dirección, probablemente con la intención de usar el ascensor.

Conrad se echó atrás, hacia la parte posterior del ascensor, y sacó la radio que le había quitado al guardia de la garita de entrada. Apretó el botón del canal seis y esperó.

En el extremo opuesto del pasillo se oyó un ruido. El sonido de las pisadas que se aproximaban se desvaneció. Entonces una voz dijo:

—Aquí Kramer.

Conrad siguió apretando el botón para evitar que el guardia oyera su propia voz saliendo del aparato de radio

que tenía él en la mano, y dijo:

—Central de Seguridad. Hay un sensor en la sala de lectura asiática que ha vuelto a saltar. Es imprescindible un control visual.

—Entendido.

Esperó a que dejaran de oírse las pisadas antes de atravesar el sótano en dirección al otro ascensor de empleados, del que forzó las puertas hasta abrirlas. Asomó la cabeza por el hueco y vio la cabina del ascensor parada en el primer sótano, justo un piso por encima de él. Miró para abajo y vio el fondo del hueco del ascensor, poco más de un metro ochenta centímetros

más abajo. Las puertas lo empujaban por los dos lados, así que saltó.

Aterrizó sobre una rejilla, escuchó un chasquido doloroso e inmediatamente cayó de rodillas. Por un momento habría jurado que se había roto el talón de Aquiles, pero solo era una torcedura del tobillo. Le dolería, pero no lo detendría.

Tiró de la rejilla con las manos. La pesada cuadrícula de hierro solo se levantó unos centímetros, descubriendo debajo un estrecho espacio del que partían unos abruptos escalones en una especie de pozo que se perdía en la nada. Arrastró la rejilla por el suelo con un chirrido. No quería pillarse un dedo

al posarla de nuevo en el suelo, pero al hacerlo, dejándola caer los últimos centímetros, oyó un ruido atronador. Se quedó inmóvil. ¿Habría captado el ruido alguno de los sensores auditivos de la planta inmediatamente superior? Cerró los ojos y esperó unos segundos. El pulso le retumbaba en los oídos. Nada.

Abrió los ojos y miró para abajo, hacia el pozo. Entonces oyó un zumbido y alzó la vista. El ascensor bajaba por encima de él. Rápidamente saltó al estrecho pozo.

Esperó en la oscuridad hasta que el ascensor comenzó de nuevo a subir. Entonces alzó la mano y de un tirón

cerró la rejilla. Antiguamente aquel ascensor podía bajar hasta el tercer sótano, donde estaba él, pero unos años después de construirlo el arquitecto del Capitolio decidió que era un error, y Casey dejó el hueco abandonado y sin terminar. Luego, el Cuerpo de Ingenieros del Ejército ordenó ciertas modificaciones que elevaron el nivel del suelo. Cuando se cerró la biblioteca durante un período de doce años para renovarla en las décadas de los ochenta y noventa, coincidiendo con el centenario, aquel hueco se utilizó solo para albergar una planta de energía eléctrica moderna.

Conrad miró a su alrededor. La luz del ascensor apenas iluminaba el hueco que había convertido en su centro de mando provisional. El sonar de bolsillo confirmaba que había un túnel al otro lado de la pared norte del pozo.

Apenas podía contener el entusiasmo mientras desenrollaba el papel explosivo Primasheet adherido a la tela de su chaqueta y lo pegaba a la pared. Luego pegó encima el finísimo cartón de detrás del papel y le colocó la mecha activada por control remoto.

Conrad había ido perfeccionando sus destrezas en la colocación de explosivos a lo largo de los años, en

numerosas exploraciones ilegales en Egipto y en las pirámides mayas. Pero aquel no era el cubo de basura del Tercer Mundo. Aquella era la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de América. Y él estaba a punto de detonar un artefacto explosivo en suelo americano, en una institución nacional sagrada, nada menos.

Si pegaba adecuadamente el Primasheet, el explosivo estallaría en una sola dirección: hacia el túnel que había al otro lado de la pared. En eso radicaba la belleza del asunto: se podía dar forma, dirigir, e incluso permanecer cerca del artefacto cuando iba a estallar

con solo un trozo de cartón de por medio para cubrirse. Si se hacía bien, claro.

Si lo hacía mal, Conrad podía quemar todo el edificio y, de paso, a sí mismo. En realidad, aunque lo hiciera bien, a pesar de todo podía morir en cuestión de minutos. Pero al menos sabría por qué.

Conrad se retiró tras otro muro que, según el radar, era de sólida roca, y miró al detonador por control remoto que tenía en la mano: el móvil. Hizo la señal de la cruz, rezó un Ave María y apretó el botón del número dos.

29

La lluvia caía con fuerza en Jones Point. Seavers observaba que la grúa levantaba la piedra fundacional chorreando hasta el suelo. Se acercó a ella. Los buceadores del equipo del Primer Destacamento alumbraron la piedra por los lados, y él examinó las marcas.

—Sí, es esta. Taládrenla.

El buceador experto en

demoliciones se acercó con la taladradora y comenzó a hacer un agujero en el centro para probar. Al rato sacudió la cabeza.

—Es una piedra sólida, señor. No hay nada dentro.

Seavers sintió cómo la frustración crecía en su interior.

—Entonces pártela.

Los buceadores se miraron los unos a los otros como si necesitaran un permiso especial del alto mando para partir la piedra fundacional del Capitolio de los Estados Unidos de América.

—¡Partan esa maldita piedra! —

gritó Seavers.

El buceador encendió otra vez la taladradora e hizo cuatro agujeros antes de coger un pico especial y darle un fuerte golpe. Seavers oyó el estruendo del metal contra la piedra, oyó el *crack* de la enorme tela de araña abriéndose en la piedra y observó que se partía en sólidos pedazos.

No podía hacer otra cosa que quedarse mirando cómo la lluvia caía sobre el Potomac.

El masón había mentido. Aquel maldito inválido había mentido.

Justo entonces sonó su móvil. Era de su despacho. Se trataba de una alerta

oficial. La voz, al otro lado del teléfono, dijo: «Algo está ocurriendo en la Biblioteca del Congreso, señor».

¡Conrad Yeats!

Seavers gritó por el teléfono:

—¡Sella toda la jodida biblioteca! ¡No me importa si tienes que matar a toda la Policía del Capitolio para conseguirlo! Que no salga nadie. ¡Nadie! Voy para allá.

30

La explosión lanzó a Conrad contra la pared y a la parrilla que tapaba el hueco donde estaba metido contra el suelo de la cabina del ascensor, provocando una serie de chispas que, a su vez, hicieron saltar una docena de alarmas contra incendios diferentes junto con el sistema de rociadores automáticos. Acto seguido, la rejilla volvió a caer dentro del pozo. Conrad se

agazapó, tratando de cubrirse. La rejilla aterrizó con gran estruendo. Conrad se tapó los oídos y comenzó a toser por las partículas de polvo que volaban por los aires.

Cuando por fin el polvo se asentó en parte, Conrad oyó las alarmas sonar por encima de su cabeza y la radio de su bolsillo chirriar como loca. Todos los guardias de seguridad de las distintas zonas se dirigían hacia allí. Se puso en pie sobre los escombros y asomó la cabeza ansiosamente por entre el remolino de polvo. Entonces, con las gafas puestas, vio caer piedras que se desprendían hacia el pozo.

Dejó preparado otro explosivo de gas con un sensor junto al ascensor con el fin de ralentizar la marcha de sus perseguidores, y comenzó a bajar los escalones del profundo pozo. El aire que emanaba del fondo de aquel pasadizo era frío y húmedo. Conrad sintió un escalofrío. Veía los escalones terminar bruscamente entre las sombras.

Al final de los escalones había una puerta de hierro forjado, bloqueándole el paso. Conrad le dio una patada y la abrió. Hasta ese momento, era la única maldita cosa que se había abierto tal y como él lo había planeado.

Ante él se extendía un largo y sucio

túnel con cierta pendiente. Encendió la linterna y echó a correr, pero enseguida se enganchó el pie que se había torcido en las raíces de un árbol, cayendo de bruces al suelo. Se levantó y volvió a correr. Y de pronto cayó en la cuenta de que la topografía del lugar en el que se encontraba, el suelo que estaba pisando, era de los tiempos de George Washington.

A pesar de todas esas estupideces acerca del supuesto origen sobrenatural de la colina del Capitolio, cuanto más se acercaba al final del túnel mejor comprendía la lógica de todo el asunto. La ciudad había ido creciendo y

creciendo monumento por monumento, y toda ella, junto con la República americana entera, se había ido construyendo sobre el sueño de Washington.

Estaba empapado en sudor cuando llegó al final del túnel y a la base de la colina. Apenas era capaz de respirar. El camino que había seguido, iluminándose con la linterna de vez en cuando, terminó abruptamente en un muro con una puerta de hierro. En el muro había dibujada una pequeña marca: el símbolo de la constelación de Virgo. Más allá de la puerta de hierro estaba la cripta.

Conrad se quedó mirando la estrella

de Virgo dibujada en el muro. Solo una vez en su vida había visto un dibujo idéntico a ese: en el fondo de la tierra, en la Antártida.

—La Bella Virgen —dijo Conrad en voz alta, echándose enseguida a reír al acordarse de Herc.

Por geniales que fueran, los padres fundadores de América tenían una fantasía muy peculiar. Conrad pegó otro trozo de explosivo de papel Primasheet sobre la puerta con un cronómetro para que estallara en cinco segundos. La puerta salió volando, dejando abierta la cripta.

El túnel estaba inundado de polvo,

así que Conrad se echó atrás. De pronto, oyó un estallido lejano y comprendió que los guardias de seguridad habían hecho estallar el mecanismo que él había dejado atrás. Estaban entrando en el túnel. Conrad respiró hondo, tosió por el polvo y corrió, lanzándose de cabeza a la cripta en medio de aquella nube de porquería.

La cripta parecía un largo bunker, muy similar a aquellos que había bajo el Pentágono. En el centro había una enorme mesa de piedra con una maqueta de la ciudad. Conrad reconoció la Casa Blanca, el Capitolio y el Monumento a Washington. Al sur solo había una

enorme pirámide que jamás se había construido.

Tiene que ser un monumento a la propia América, se dijo Conrad. A primera vista, los números romanos de los cimientos de la pirámide le extrañaron.

Pero no tenía tiempo para hacer un análisis detallado. Las fuerzas de seguridad entrarían en la cripta en cualquier momento.

A pocos pasos de la mesa estaba lo que Conrad andaba buscando: el globo celeste dorado, que parecía construido en el estudio del maestro cartógrafo holandés Wilhem Bleau, en el siglo XVI.

Ese era el globo original que Washington había guardado en su despacho de Mount Vernon durante años, Conrad lo supo de inmediato. No la copia londinense de papel maché, de inferior calidad, que Washington había encargado después como primer presidente de América y que se exponía en el museo estatal.

O, al menos, Conrad rogó porque ese fuera el globo original.

Se arrodilló y acarició los suaves contornos y las constelaciones del globo, maravillándose de su construcción en tres dimensiones y de su aspecto holográfico. Solo el artefacto en

sí mismo podía llegar a costar una fortuna en una subasta.

Por el rabillo del ojo captó un brillo metálico sobre la mesa, junto al globo. Alzó la vista y vio una especie de plato de plata; el plato de plata fabricado y grabado por Caleb Bently, un orfebre cuáquero, sobre el que había estado colocada la piedra angular del Capitolio de los Estados Unidos.

Por eso el Equipo Geológico Estatal no había encontrado jamás la piedra angular con el detector de metales: los masones se habían llevado el plato cuando trasladaron el globo.

Conrad leyó el texto grabado en el

plato de plata:

Esta Piedra angular de la esquina sureste del Capitolio de los Estados Unidos de América, en la ciudad de Washington, fue colocada en su lugar el 18 de septiembre de 1793, trece años después de la independencia de América, en el primer año del segundo mandato presidencial de George Washington, cuyas virtudes en la administración civil de este país han sido notorias y muy beneficiosas, y cuyo valor y prudencia militar han sido de gran utilidad para el establecimiento de sus libertades, y en

el año de 5793 de la masonería por el Gran Maestro de la Logia de Maryland, con diversas logias bajo su jurisdicción, y la Logia número 22 de Alexandria, Virginia.

THOMAS JOHNSON,
DAVID STUART, Comisionados
DANIEL CARROLL,
JOSEPH CLARK R.W.G.M. - P.T.
JAMES HOBAN,
STEPHEN HALLET Arquitectos
COLEEN WILLIAMSON, M. Masón

Las manos de Conrad comenzaron a temblar mientras se guardaba el plato en

el bolsillo y contemplaba el globo.

El destino del mundo en sus manos, se dijo maravillado, recordando las palabras de Washington. A ver qué podía ofrecerle el mundo a él.

Conrad acarició con un dedo toda la longitud 40 del globo, buscando una junta. Cuando la encontró, buscó el resorte que le permitiera abrirlo. Tiró de aquel diminuto resorte y se quedó atónito, contemplando el globo abierto por la mitad.

Tercera parte

Miércoles, 3 de julio

31

Conrad salió a todo correr de la cripta justo cuando le disparaban dos rayos láseres rojos desde el final del túnel, por entre el polvo, y al tiempo que entraban los agentes federales con las gafas de visión nocturna. Los agentes comenzaron a disparar nada más verlo. El sonido de los disparos quedó amortiguado por las gruesas paredes del viejo túnel, pero Conrad sintió las balas

pasarle rozando por la oreja e incrustarse en el muro detrás de él. Entonces lanzó un disco explosivo hacia el túnel. Su estallido provocó una fuerte luminosidad y que dejó ciegos momentáneamente a los agentes, lo cual le dio unos minutos para escapar.

Agachó la cabeza y entró de nuevo en la cripta, buscando una segunda salida, una salida secreta. Los masones siempre diseñaban una salida secreta. La encontró tras una tabla del tamaño de la pared en la que estaba dibujada la entrada al Templo del Rey Salomón, con dos enormes pilares pintados a cada lado. El rico tono dorado de toda la

pintura en general le proporcionaba a la pieza el aspecto de un icono bizantino. Un icono muy pesado. Conrad tuvo que darle un buen empujón con todo el cuerpo para arrastrar la tabla solo unos sesenta centímetros por el suelo. Pero, cuando por fin lo consiguió, vio la abertura de la pared que había detrás y, allí mismo, una escalera de caracol.

La pintura de la puerta del Templo era en sí misma una puerta, un portal.

Conrad subió por la escalera de caracol. El olor era repugnante. Desde allí pasó al túnel de una alcantarilla. Creía estar a cien metros bajo tierra, atravesando Dios sabía qué, cuando

encontró de pronto una escalera que subía a la calle. Segundos después salió por una puerta metálica, pero en lugar de llegar, como esperaba, a cualquiera de las avenidas que había entre los edificios federales, apareció en una pequeña zona llena de estanterías dentro de la sala principal de lectura del edificio Jefferson.

Mierda.

Sentía el corazón latirle en medio del silencio de aquella sala que parecía una catedral. El tiempo corría, el reloj dio las doce y cuarto. Las estatuas de tamaño real de los grandes pensadores de la historia lo miraban, bajando la

vista desde sus pedestales, casi a la altura de la cúpula. La sala estaba vacía. No había ni un solo bibliotecario o empleado del Congreso a esas horas por allí. Pero las cámaras de seguridad lo captarían en cuanto saliera de aquel pequeño reducto al espacio abierto de la sala de lectura.

Su única alternativa era girar a la izquierda y correr a lo largo de las pilas de libros hasta la salida que daba al pasillo amarillo, que a su vez lo llevaría de nuevo a la entrada de investigadores. Conrad vio sobre su cabeza lo que parecía un largo conducto metálico que corría a lo largo del techo por todo el

pasillo. Era la cinta transportadora que distribuía los libros por la biblioteca y por todo el complejo del Capitolio.

Siguió la cinta transportadora y atravesó una puerta metálica doble, que automáticamente se abrió dando paso a una sala de procesamiento y distribución. Había enormes contenedores repletos de libros alrededor de la cinta transportadora, sobre la que viajaban otros contenedores más pequeños, azules, hasta un tobogán que hacía las veces de ascensor. Los contenedores eran demasiado pequeños para que cupiera una persona. No había escapatoria.

Conrad sacó el pergamino que había encontrado dentro del globo y lo observó. Por un lado había un extraño cuadro celeste, un mapa de las estrellas. El otro lado estaba en blanco, excepto por una firma en la parte de abajo: la del presidente George Washington.

Conrad lo examinó atentamente, tratando de memorizarlo. Luego lo dobló varias veces y sacó un libro cualquiera de uno de los contenedores. Se titulaba *Obeliscos*. Tenía que ser. Metió el mapa cuidadosamente por el lomo del libro y volvió a dejarlo en un contenedor azul. Echó un vistazo al código numérico de la calcomanía, introdujo un código de

cuatro cifras en el mando del tobogán y mandó el libro a reunirse con los otros millones de libros más de la Biblioteca del Congreso, la más grande del mundo.

Mientras lo observaba desaparecer, oyó cómo se abría la puerta metálica doble a su espalda. Se giró y vio a Larry, el guardia de seguridad, entrar con un arma en la mano. Larry hizo un gesto con el arma:

—Arriba las manos donde yo pueda verlas, profesor Yeats.

Su voz se oyó por encima del grave *rum rum* del equipo informático.

—Larry, esto no es lo que parece —dijo Conrad, mientras alzaba lentamente

las manos.

—Lo siento, señor, pero el asunto tiene muy mala pinta. No puede ir por ahí robando libros.

—No se trata de un libro, Larry, se trata de algo muy distinto.

Las puertas volvieron a abrirse y Max Seavers entró bruscamente, apuntándole con una pistola.

—Excelente trabajo, oficial.

Larry asintió sin dejar de mirar a Conrad. Y acto seguido Conrad observó horrorizado cómo Seavers apuntaba el arma hacia el guardia de seguridad y le disparaba en la cabeza.

—¡Larry! —gritó Conrad.

Pero la bala le había volado ya el cráneo, haciéndolo astillas que se estamparon contra la máquina junto con restos del cerebro. Atónito, Conrad observó cómo el guardia de seguridad se derrumbaba en el suelo.

Seavers se agachó y recogió el arma de Larry.

—Así que por fin has encontrado el globo, Yeats.

Aquella referencia al globo junto con el descarado asesinato que acababa de presenciar le hizo comprender de inmediato que Max Seavers no actuaba en nombre de los Estados Unidos de América, sino de la Alineación. Y, sin

duda, Seavers se daba cuenta de que Conrad lo sabía.

—Sí, está expuesto enfrente de la sala de cartografía —contestó Conrad, refiriéndose al segundo globo que se mostraba al público en la planta baja de la biblioteca, en el edificio Madison Building—. Puedo enseñártelo cuando quieras.

—Según tu expediente sabes conservar la calma y la frialdad en los momentos de peligro —continuó Seavers con cierta admiración—. Puede incluso que haya un lugar para ti en nuestra organización… si me das lo que sea que hayas encontrado en el globo.

—Ah, entonces, ¿no te lo dijeron? Apuesto a que la Alineación alberga ya dudas acerca de ti. ¿Qué pasará cuando no puedas entregarles lo que he robado?

El comentario pareció tocar una fibra sensible. Seavers lo apuntó con el arma de Larry.

—Estoy pensando que este pobre hijo de puta que acabas de matar tuvo la suerte de pegarte un tiro en el pecho mientras caía al suelo.

—¿En serio? Porque yo estoy pensando que tengo más posibilidades de salir vivo de aquí con lo que sé que tú con lo que no sabes. Y ni todos tus millones podrán salvarte.

—Los millones no, pero esto sí —dijo Seavers mientras extendía el brazo y le disparaba a Conrad en el pecho.

La bala lanzó a Conrad hacia atrás, contra la cinta transportadora, tirando dos contenedores azules al suelo. Conrad cayó al suelo también, respirando trabajosamente mientras Seavers se acercaba aprisa a él.

Conrad yació tumbado. El mundo daba vueltas a su alrededor. Entonces sintió la mano de Seavers tanteándolo. Entreabrió los ojos ligeramente, y lo vio sacar el plato de plata del bolsillo interior de su abrigo.

Mientras Seavers observaba el plato

incrédulo, una pequeña pieza de metal cayó del plato a su mano. Seavers estuvo examinándola hasta que, finalmente, se dio cuenta de que era la bala que él mismo había disparado y que el plato había detenido en su trayectoria.

Conrad agarró las pelotas de Seavers y se las estrujó con fuerza. Seavers hizo una mueca y cayó hacia atrás, pero enseguida alzó el arma de Larry hacia él.

Conrad golpeó la mano de Seavers contra la cinta transportadora. La pistola se disparó. Lucharon. Conrad trataba de hacerle soltar la pistola. De nuevo volvió a golpearle la mano contra la

cinta transportadora. En esa ocasión Seavers aflojó los dedos y la pistola cayó encima de la cinta.

Seavers trató de recuperarla, pero Conrad se lanzó hacia él, embistiéndolo por detrás y tirándolo dentro de la maquinaria. Seavers intentó echarse atrás, pero parecía haberse pillado un dedo en algún mecanismo. Seavers tiró de la mano, gritando, y la sacó bañada en sangre. Se había cortado un dedo, que salió disparado por los aires.

El dedo fue a caer sobre la cinta transportadora. Seavers observó impotente cómo viajaba hacia los recovecos internos de la biblioteca

sobre la cinta.

Conrad agarró a Seavers del pelo y le golpeó la cabeza contra la cinta transportadora. Finalmente, Seavers cayó al suelo sin sentido.

Entonces Conrad se apresuró a recoger el dedo de la cinta antes de que desapareciera. Se lo guardó en el bolsillo. Si lograba sobrevivir a aquella noche, quizá le resultara útil cuando la policía hiciera el examen de balística para averiguar quién había matado a Larry.

Recogió el plato de plata que seguía sosteniendo Seavers con la otra mano, se puso en pie y contempló los dos

cuerpos en el suelo, consciente del barullo que sonaba cada vez más fuerte al otro lado de la puerta.

32

Cuando la policía del Capitolio entró bruscamente en la sala de procesamiento de la planta baja del edificio Jefferson, la sargento Wanda Randolph encontró tres cuerpos en el suelo: el de Max Seavers, el de un guardia de seguridad con un mechón de pelo ensangrentado sobre la cara, y el de un tercer hombre con un agujero de bala en la cabeza rapada: obviamente, era el

cuerpo del intruso que había detonado los explosivos.

Minutos más tarde, a las puertas de la entrada de investigadores, en la calle segunda, Wanda observaba al juez de instrucción cerrar la cremallera de la bolsa en la que se encontraba el cuerpo del intruso. Entonces llegó el oficial Carter, perteneciente a su pelotón de las R.A.T.

—Bueno, ¿quién es? —preguntó Wanda.

—Me han dicho que se llama Conrad Yeats —informó Cárter—, pero no he conseguido que los agentes federales de seguridad pasen su rostro

por el programa de reconocimiento, porque hay un tipo allí que no se lo ha permitido.

Wanda sintió que comenzaba hervirle la sangre.

—¿Y también han hecho desaparecer el túnel secreto del segundo sótano?

—Aún no, pero hay un destacamento de marines abajo ahora mismo.

—¿Marines?

—Van a sellar el túnel, no nos dejan entrar.

Wanda observó que dos técnicos en urgencias inmovilizaban a Max Seavers con tablillas antes de trasladarlo a una camilla para llevarlo en ambulancia al

hospital universitario George Washington.

—Esto es asunto nuestro, Cárter, no suyo.

—Claro, díselo al presidente de los Estados Unidos la próxima vez que comas con él —bromeó Cárter—. Bien, ¿qué hacemos?

Los técnicos de emergencias médicas arrastraron la camilla de Seavers a un lado de la ambulancia y colocaron la otra camilla más pequeña, con el guardia de seguridad, sobre un banco al otro lado. Uno de ellos se quedó con él, comprobando sus heridas.

—Ese guardia de seguridad es

nuestra única posibilidad de averiguar qué ha ocurrido en la sala de procesamiento —dijo Wanda—. Voy a ver si puedo hablar con él antes de que le metan en el quirófano. Tú sigue trabajando con el Departamento de Defensa. Pueden limpiar todo el túnel, pero no pueden sellarlo para siempre.

La ambulancia estaba lista para marcharse. Uno de los técnicos de emergencias se había sentado al volante. El otro estaba a punto de cerrar las puertas traseras de la ambulancia.

Wanda corrió hacia ellos, enseñando su tarjeta identificativa del Registro Nacional de Técnicos en Emergencias

Médicas.

—Soy técnico en emergencias médicas, EMT-2, y necesito hablar con el guardia de seguridad cuanto antes, si recobra la conciencia —explicó Wanda al técnico que estaba a punto de cerrar las puertas de la ambulancia—. ¿Cómo está?

—Parece que ha perdido mucha sangre, pero no he encontrado el orificio de entrada de ninguna bala ni ninguna otra herida. Iba a limpiarlo un poco más de camino al hospital y a ponerle una transfusión.

—¿Y Seavers?

—Ha perdido un dedo y está

inconsciente. Posiblemente tenga una contusión en la cabeza, ha recibido un golpe en la parte de atrás.

—Yo me ocuparé. Usted vaya en el asiento de delante y manténgase en contacto con el hospital —dijo Wanda mientras el enfermero cerraba las puertas de atrás.

La ambulancia arrancó y continuó por la calle Segunda hasta la avenida de Pensilvania, con las luces y la sirena encendidas. Wanda, sentada en un incómodo asiento de vinilo, miró al guardia.

Iba sujeto a la camilla con tres cintas y tapado con una sábana. Wanda le

ajustó la almohada.

El guardia se movió inquieto en la camilla y ella le sostuvo la mano. Tenía todo el pelo ensangrentado.

—Me disparó —gimió el guardia con los ojos cerrados.

—Lo sé —contestó Wanda—. Se llama Conrad Yeats, pero está muerto. Tú le diste. Acaban de meter su cuerpo en una bolsa para llevarlo al depósito.

—No, él.

El guardia alzó un dedo y señaló a Max Seavers, en la otra camilla, que justo en ese momento se movió, comenzando a recobrar la conciencia.

—¿Max Seavers? —preguntó

Wanda.

El guardia asintió, pero se desmayó de nuevo. Estaban llegando a la entrada de emergencias de la calle Veintitrés. La unidad de emergencias del hospital universitario George Washington, a pocas manzanas de los monumentos de la capital federal y del complejo de edificios del gobierno, era un centro de traumatismos de nivel 1. Fue allí adonde llevaron al presidente Ronald Reagan tras recibir un disparo en 1981, el año en que nació Wanda. Y también había sido allí adonde la habían llevado a ella en las numerosas ocasiones en que había inhalado humo y toxinas, posiblemente

monóxido de carbono, en los túneles subterráneos que con frecuencia exploraba bajo la ciudad.

Un equipo los esperaba para trasladar al guardia de seguridad y a Seavers a la unidad de traumatismos. Primero se llevaron al guardia mientras Wanda ayudaba a los enfermeros con Seavers, que no dejaba de gemir.

Seavers parecía estar recuperando rápidamente las fuerzas, así que Wanda se agachó para oír lo que él trataba de decir.

Entonces vio que señalaba con un dedo amputado y lleno de sangre hacia la camilla del guardia, vacía y

arrinconada en el vestíbulo de entrada.

—Tranquilo —le dijo Wanda—, el guardia también está vivo. Probablemente estará ya en cirugía.

Seavers abrió los ojos inmensamente y se incorporó de repente, sobresaltándola a ella y a todos los enfermeros. Se arrancó enfadado el tubo de suero del brazo y miró a su alrededor.

—¡Tú, puta estúpida! —gritó Seavers en dirección a Wanda, echando chispas por los ojos—. El que venía en la ambulancia era Conrad Yeats. ¡Te ha tomado el pelo!

Wanda salió corriendo del vestíbulo

del hospital y vio el uniforme del guardia, ensangrentado, tirado en una papelera. El guardia de seguridad de la Biblioteca del Congreso había desaparecido.

33

Hotel Hilton
Washington D. C.

Vestido con una camisa blanca y una gabardina que había robado del armario de un médico del hospital universitario George Washington, Conrad salió del taxi en la calle Dupont Circle. Bajo una fina lluvia, recorrió varias manzanas por

la calle Connecticut en dirección al Hilton. La entrada del hotel estaba abarrotada de taxis, limusinas y guardaespaldas a pesar de ser la una de la madrugada; no paraban de llegar visitantes de todo el mundo para registrarse y asistir al Desayuno de Oración Presidencial de la mañana siguiente.

Tal y como estaba previsto, Conrad debía entrar en el vestíbulo, subir en el ascensor hasta la décima planta y entrar en la habitación 1013, en la que Serena lo había registrado con un nombre falso: señor Carlton Anderson. Luego debía llamar por el teléfono de la habitación al

servicio de habitaciones y pedir un sándwich de pastrami. Serena tenía un topo entre los empleados del hotel, topo que la avisaría entonces de que él había llegado sano y salvo. Ella subiría a la habitación de él, vería lo que él había encontrado en el globo y juntos planearían el mejor modo de entregárselo al presidente durante el Desayuno de Oración.

El problema, descubrió inmediatamente Conrad nada más entrar en el Hilton, era que su foto salía en todas las pantallas de televisión del bar del hotel. Según las noticias, era un «hombre de interés» relacionado con un

ataque terrorista a la Biblioteca del Congreso en el que había muerto un policía del Capitolio. El FBI le echaba la culpa de todo a un antiguo analista del Pentágono, un tipo que trabajaba en un Starbucks, llamado Danny Z, que se había convertido en un «islamista extremista». Lo consideraban el cerebro de toda la operación.

Malditos bastardos, pensó Conrad.

Conrad se mezcló entre la corriente de clientes que entraban a última hora y los siguió, pasando por delante de la tienda de regalos en dirección a los ascensores, que también estaban abarrotados. Aquello era una verdadera

marea de gente. Muchos sonreían y entablaban conversación.

¿Quién es toda esa gente?, se preguntó Conrad. *¿Y por qué se muestran todos tan increíblemente simpáticos a esas horas?*

Conrad se quedó en medio de la masa de gente, consciente de las miradas de un par de guardaespaldas del presidente de algún país africano. Sonrió y aguantó el chaparrón.

Tuvo que dejar pasar tres ascensores antes de tomar uno en el que, por fin, le hicieron hueco. Entró, vio que todos los botones de todas las plantas estaban encendidos y suspiró. El ascenso hasta

la décima planta sería largo. El ascensor iría parando en todos los pisos, y en cada uno de ellos se bajarían un par de personas mientras otras cuantas más esperaban en las puertas a que otro ascensor bajara.

—¡Hay que apretarse! —ordenó casi con un grito un tipo de Texas cuya mujer, rubia y pequeñita, no le quitaba el ojo de encima a Conrad—. Siempre hay sitio para uno más, ¡por Dios!

Finalmente, Conrad se quedó a solas en el ascensor con el tipo de Texas y su mujer.

—Creías que podrías escapar, ¿eh? —dijo el marido, sonriendo. Llevaba

una etiqueta en la solapa con su nombre, Harold, de Highland Park, Texas—. Mi mujer dice que te conoce.

Conrad se quedó parado, sintiéndose de lo más torpe.

—Dice que eres el pastor Jim, que escribiste el libro *Una Iglesia para uno*.

Conrad hizo una pausa, sonrió, y contestó:

—Ah, ¿y le gustó?

—A mí no, pero a Meredith sí —dijo Harold volviéndose hacia su mujer, cuya cintura liposuccionada y pechos de silicona desafiaban las leyes de la naturaleza y del tiempo. Ella podía

rondar desde los treinta hasta los cincuenta, según a qué parte de su cuerpo, inyectado de bótox, se la mirara —. ¿Lo ves, cariño? Te dije que aquí conoceríamos a todos los tipos importantes.

—Pareces mucho más joven que en la foto —dijo ella, apretando los hombros en un gesto de entusiasmo del que su marido no se percató.

Conrad recordó entonces algo que Serena solía decirle, y contestó:

—No mires la superficie, Meredith. El buen Dios siempre mira el corazón.

—¡Ah, qué cierto es eso, pastor Jim! —suspiró ella.

Las puertas del ascensor se abrieron en la décima planta, y Conrad salió, exhalando un suspiro de alivio mientras se despedía de la pareja. Giró en el pasillo y se dirigió hacia la habitación 1013. Miró a ambos lados e insertó la tarjeta de plástico que le había dado Serena.

Una vez dentro de la habitación, inmediatamente tomó el teléfono y pidió que le pusieran con el servicio de habitaciones.

—Quiero un sándwich de pastrami. Gracias. Ah, y una Sam Adams.

Por último se dirigió al baño y abrió el grifo de la ducha.

Mientras se calentaba el agua, Conrad sacó el plato de plata del bolsillo de la gabardina y restregó con el pulgar la señal que había dejado la bala que Seavers había pretendido meterle en el corazón.

Dejó el plato en el vestidor, junto con la entrada dorada que Serena había dejado para él. Las letras, estampadas en relieve, decían:

57° Desayuno Anual de Oración presidencial
Jueves 3 de julio de 2008

Junto a la entrada había una postal

del retrato de Edward Savage «La familia Washington». Según parecía, el señor Anderson había pasado el día en Mount Vernon y había visitado el museo. Había incluso unos calzoncillos de la tienda de regalos del museo.

Bonito detalle de Serena, pensó Conrad.

Conrad tomó una ducha. Había un traje completo colgando del armario, pero en lugar de ello Conrad se puso un albornoz para esperar a Serena. Necesitaba que ella le llevara ese sándwich de pastrami, porque estaba hambriento.

Los minutos pasaban, pero por allí

no aparecían ni el sándwich ni Serena, así que Conrad se dedicó a analizar la postal de Edward Savage de *La familia Washington*. Había usado ese retrato para encontrar el globo. Quizá escondiera también algún secreto acerca del contenido del globo como, por ejemplo, el mapa de las estrellas.

Pero lo único nuevo que vio en el retrato fue la columna… o mejor dicho, las dos columnas a los lados de las vistas panorámicas del Potomac. Mount Vernon, por supuesto, no tenía columnas como esas.

Entonces recordó el tablero masón gigante en el que se representaba la

entrada al Templo del Rey Salomón en el sótano secreto del edificio Jefferson. En el tablón había dos columnas muy similares, sin embargo, había algo que las hacía diferentes de las del cuadro de Savage. No sabía exactamente qué, pero estaba seguro de que había una diferencia.

Entonces recordó: las columnas de la entrada al Templo del Rey Salomón tenían dos globos con sus órbitas en lo alto, uno en cada una de ellas.

Dos globos.

El retrato de Savage, por otro lado, hacía una constante referencia a los globos. Por eso había dos soles en el

mapa celeste.

¡Porque hay un segundo globo!

Pues claro, se dijo Conrad. *Los globos siempre iban a pares*.

El viejo Herc debía saber que había dos. ¿Por qué no me lo dijo?

Conrad volvió a mirar el retrato de Savage. Si había dos soles representando los dos globos, entonces probablemente habría dos señales relativas a sus respectivas localizaciones. Si el abanico de Martha Washington señalaba la piedra angular del edificio del Capitolio al este, entonces, quizá… sí, la joven Eustice, una virgen, nada menos, al menos

simbólicamente, sujetaba el plano de L'Enfant mirando al oeste, al horizonte. Sus dedos pellizcaban el horizonte justo detrás de la estrella grabada en el mango de la espada de Washington, sin duda un símbolo del sol.

Eso señalaba la localización del hito terrestre en algún lugar de los alrededores de… Georgetown.

Solo que no había ninguna marca celeste en Georgetown, al menos ninguna de la que Conrad tuviera noticia. Y él las conocía todas, o al menos eso creía.

Conrad se quedó sentado en silencio, tratando de recordar alguna

otra correlación, cuando alguien llamó a la puerta.

Se puso en pie y se acercó a la puerta. Miró por la mirilla y vio a Brooke de pie, en el pasillo.

El corazón se le paró.

—Sé que estás ahí, Conrad —dijo ella—. Te he visto en el vestíbulo. Por favor, déjame entrar. Todo el mundo te está buscando y yo he estado terriblemente preocupada por ti.

La mente de Conrad funcionaba a marchas forzadas, pensando en la inminente llegada de Serena y en los fuegos artificiales que se producirían al encontrarse las dos. Era mejor que

Serena se encontrara a Brooke dentro de la habitación, así que abrió la puerta.

Vestida con un traje caro y sencillo que mostraba a la perfección su increíble figura, Brooke entró en la habitación. Barrió con la vista el espacio de arriba abajo y se quedó mirando el plato de plata. Luego se arrojó en brazos de Conrad y lo besó.

—¡Gracias a Dios que estás bien, Conrad! ¿Dónde diablos te habías metido?, ¿qué está pasando? La policía y el FBI han estado haciéndome preguntas, y tu foto sale en todas las noticias. El director de mi programa me ha llamado y me ha preguntado si te

había visto, y me ha dicho que estabas a punto de convertirte en uno de los hombres más buscados de América.

—Jamás me creerías.

—Prueba a ver.

—Los federales creen que he atacado el Capitolio de los Estados Unidos y la Biblioteca del Congreso y que he matado a algunas personas.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Brooke, boquiabierta.

—Bueno, sí, pero no maté a los que dicen que maté.

—¿Mataste a otros?

—Sí.

—¡Oh, Dios mío, Conrad! Será


mejor que me lo cuentes todo.

34

Maldito seas, Yeats

Minutos después de rechazar el tratamiento en el hospital, Max Seavers estaba de vuelta en la Biblioteca del Congreso, que ordenó sellar en nombre de la seguridad nacional. Tiró todo lo que quedaba en pie en la habitación secreta que Yeats había descubierto, se miró la venda del dedo amputado y examinó el globo celeste abierto en un

rincón.

Aquel globo era un excelente trabajo en sí mismo, pensó Seavers, y parecía construido con un solo bloque de bronce o cobre.

Pero estaba vacío.

Yeats había escapado con lo que fuera que hubiera dentro.

Hasta ese momento, Seavers había estado convencido de que la misión que le había encargado la Alineación de buscar el globo celeste era solo una táctica de distracción. Pero después de que Conrad Yeats le amputara el dedo y le golpeara en la cabeza, estaba furioso. La imperturbable y serena personalidad

que había cultivado desde sus días en Stanford había explotado para siempre. Jamás volvería a hacer un trato verbal con nadie sin asegurarse primero de que contaba absolutamente con todos los datos; no dejaría que se le escapara ni siquiera la punta de un dedo. Y por esa punta de ese dedo odiaría a Yeats para siempre.

Peor aún, Seavers sabía que tendría que informar de su fracaso a Osiris, algo que nunca antes había tenido que hacer.

Seavers se quedó contemplando el globo con morbosa fascinación durante un minuto. Entonces oyó pisadas en el túnel y se giró. Era la sargento Wanda

Randolph, atónita, mirándolo como si fuera un perro de los federales, acompañada por dos de sus R.A.T. Los marines no hubieran debido dejarla entrar.

—Señor, tenemos un problema.

Una vez más, tendría que poner a esa mujer en su sitio.

—¿Ha perdido al sospechoso otra vez, sargento?

—Se trata de las cintas de seguridad de la sala de procesamiento en la que le dispararon, señor. Han desaparecido. Y sin ellas no podemos corroborar su versión de lo sucedido.

—¿Por qué no deja de tratar de

cubrirse las espaldas y empieza a buscar a Yeats, sargento? Y, de paso, mire a ver si encuentra mi dedo por ahí.

Seavers vio la ira reflejada en los ojos de la sargento, pero, a su juicio, aquel rasgo la hacía mucho más atractiva.

—Sí, señor.

La sargento se dio la vuelta y desapareció en el túnel.

Seavers esperó a que se marchara para volver la vista sobre el mural masón que representaba el Templo del Rey Salomón, al otro lado de la habitación. Los dos pilares con sus dos órbitas encima le llamaron la atención.

Eran como una salida.

Se dirigió hacia el mural y ordenó a dos marines del Primer Destacamento que se acercaran. Entre los tres levantaron el mural y descubrieron un pequeño hueco con el símbolo del compás masón a un lado. Empujó más y deslizó el mural a un lado, descubriendo el hueco de una puerta en la pared.

Así que así era como había escapado el cabrón de Yeats, se dijo.

La escasa frialdad de ánimo que le quedaba desapareció en el momento en que se puso a correr por el húmedo túnel como un loco, a pesar de saber que no podía alcanzar a Yeats. Un minuto más

tarde salía por una puerta metálica a un rincón de la sala de lectura principal de la biblioteca, vacía y de aspecto fantasmal.

Seavers se detuvo y miró a su alrededor. Y entonces comprendió que tanto el plato de plata como aquello que Yeats hubiera encontrado en el globo podían estar aún en la Biblioteca, enterrados en algún sitio entre las miles de estanterías con millones de libros. Y aunque encontrara a Yeats, le llevaría días y hasta semanas dar con aquello que buscaba la Alineación… si alguna vez lo encontraba.

Alzó la vista y contempló las

estatuas de los mejores profesores del mundo, rodeando la cúpula y bajando la vista para mirarlo. Casi podía oír sus abucheos.

De pronto toda la ira, la frustración y la rabia de su interior lo hicieron estallar. Y en ese momento supo que haría lo que hiciera falta para conseguir lo que Yeats le había robado… su propia dignidad, para empezar.

Maldito bastardo de Yeats. Voy a cortarlo vivo en rebanadas, y luego voy a hacerle comerse sus propios sesos.

Seavers escuchó el silencio ensordecedor a su alrededor, sintiendo solamente su pulso acelerado. Y el

móvil, vibrando.

Tenía un mensaje de Brooke:

Yeats está en el Hilton.
Habitación 1013

Seavers sonrió. Después de todo no tendría que hacer esa llamada telefónica a Osiris.

35

—Mi padre siempre decía que tu padre era un bastardo enfermizo —dijo Brooke, sentada en la cama después de que Conrad se terminara el sándwich de pastrami y tras contarle él todos los acontecimientos desde el funeral de su padre. Todos excepto lo relativo a Serena, que era mucho—. ¿De verdad crees que eres un espía en la sombra enviado por George Washington al

futuro para salvar a América? No se trata del futuro de la República, Conrad. Se trata de que tu padre todavía está enredándote la mente desde la tumba.

Conrad caminó de un lado a otro, esperando a que Serena llamara a la puerta y consciente en todo momento de que Brooke lo miraba como si estuviera loco.

—Brooke, esto es lo que sé: Washington le confió un secreto a Robert Yates, un secreto que ha ido pasando de generación en generación hasta mi padre adoptivo, que durante toda mi infancia estuvo entrenándome para descubrirlo. Y también sé que el mapa de L'Enfant, el

globo celeste y la gente que trata de matarme son reales.

—¿Quién está tratando de matarte, Conrad?

—Ya te lo he dicho, la Alineación.

—¿Un grupo místico de guerreros que utiliza las estrellas para trazar el ascenso de su civilización dominante? —preguntó Brooke, suspirando.

—Sí, y Max Seavers es uno de ellos.

—¿El jefe de la DARPA?

—Sí, y esto es de él —contestó Conrad, enseñándole el dedo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Brooke, mirándolo horrorizada y con aspecto de estar a punto de vomitar—.

¿Qué has hecho?

—Relájate, está vivo —dijo Conrad, guardándose de nuevo el dedo en el bolsillo—, cosa que no puede decirse del pobre guardia al que disparó en la cabeza.

Brooke se quedó muy quieta en la cama mientras sus ojos se movían por sus órbitas como si estuviera procesando toda la información que él iba contándole. Conrad se daba cuenta de que todo aquello sonaba a locura. Pero, antes o después, llegaría el momento en el que tendría que enfrentarse a los federales, y Brooke pensaba que su padre, el senador

Scarborough, era su mejor baza para lograr la exculpación. A menos, por supuesto, que prefiriera pasar el resto de sus días escondiéndose en un monasterio, recargando cartuchos de tinta.

—Enséñame el documento que encontraste dentro del globo.

—Lo escondí.

—¿No lo tienes aquí contigo? —insistió Brooke.

—No, pero tenía una especie de mapa de las estrellas por un lado y por el otro la firma de George Washington en la parte inferior.

—¿Y es esa la razón por la que me

has abandonado y te has mezclado en esta alocada conspiración?, ¿un mapa y una firma?

—Quizá —dijo él—. Creo que el mapa de las estrellas fue originalmente dibujado con tinta invisible, pero es lo que hay en el reverso lo que me ha causado tantos problemas.

—Pero has dicho que no había nada en el reverso, solo una firma.

—Creo que el resto de lo que había en el reverso estaba escrito con tinta soluble. A veces Washington firmaba contratos dudosos con una tinta que se disolvía después de un rato, haciéndolo desaparecer.

—¿Y has encontrado un pergamino con tinta visible-invisible en un globo celeste de oro?

—Más bien era de cobre, en realidad, pero sí. Y creo que el mapa de las estrellas lleva a otro globo.

—¿Hay otro globo? —volvió a preguntar Brooke, abriendo los ojos inmensamente.

—Sí, pero todavía no sé dónde. Aún no puedo creer que fuera tan estúpido. Siempre hay dos; un globo celeste y otro terrestre. Hasta el viejo masón lo sabía, lo vi en sus ojos, pero él no me dijo nada.

Conrad era consciente de que

Brooke lo miraba asustada y maravillada al mismo tiempo. Asustada ante la idea de que él fuera un lunático, y maravillada al ver que él realmente lo creía.

—¿Te estás escuchando a ti mismo, Conrad? ¿Cómo voy a creerte yo, o mi padre, o cualquier otra persona? ¡Enséñame algo que no sea mortadela de dedo, algo que pueda respaldar tu historia, Conrad!

—¿Qué tal esto?

Conrad le enseñó el plato de plata de la piedra angular. Las letras grabadas captaron de inmediato su atención. Conrad recordó que la familia de

Brooke tenía herencia masona.

—Este es el plato de una piedra angular, Conrad. Lo que has encontrado realmente es la piedra angular del Capitolio.

—Ya te lo dije.

Brooke alzó los ojos hacia él. De pronto parecían llenos de esperanza.

—No, tú no comprendes. Esto sí que es una historia real. Es algo que has descubierto el 4 de julio, un pedazo de América. Conseguiré que cuentes tu historia en la Fox. Sea cual sea la estúpida historia que añadas, bueno, nadie puede negar que has encontrado esto.

—Ni que fui uno de los responsables de los incidentes del Capitolio y de la Biblioteca del Congreso —puntualizó Conrad.

—Déjame que prepare todo esto, lo hablaré con mi padre, conseguiré introducirte como sea.

—¿Introducirme? Hablas como si yo fuera un perro que temes meter en casa por miedo a que manche la alfombra.

—Si la huella encaja…, Conrad. Y ahora, vístete.

Conrad se dirigió al armario y se quitó el albornoz. Metió el dedo de Max Seavers en el bolsillo de los caros pantalones y deslizó primero una pierna

y luego la otra.

—Dime, Brooke —gritó Conrad—, ¿cómo se llamaba?

—¿Cómo se llamaba quién? —contestó ella desde el dormitorio con voz preocupada, como si estuviera hablando por teléfono.

—Tu perro.

—*Rusty* —gritó ella, ausente, mientras hablaba en voz baja en el dormitorio.

Eso era, pensó Conrad, recordando aquel día en el parque. El perro de Brooke se llamaba igual que un científico americano al que su padre admiraba, un tal David Rusthouse o algo

así.

Conrad deslizó el cinturón por las trabillas de los pantalones, ansioso por salir disparado. Serena se presentaría allí en cualquier momento y lo encontraría con Brooke, y entonces tendría que dar todavía más explicaciones. Pero la verdad era que, después de lo ocurrido en la Biblioteca del Congreso aquella noche, nadie iba a creer nada de lo que él dijera. Ni Serena, ni los federales.

Su única esperanza era encontrar el segundo globo. Y para eso tenía que encontrar un punto destacado en Washington D. C. que pudiera alinearse

con el sol poniente exactamente igual que, en el retrato de Savage, la estrella del mango de la espada de Washington se alineaba con la esquina oeste del mapa de L’Enfant.

El problema era que las tierras al borde oeste del distrito federal formaban parte o bien de una zona residencial, o bien del parque Rock Creek. En otras palabras, no había ningún monumento grande ni ningún punto destacado en esa zona, que él recordara.

Y de pronto recordó.

Ritty. El nombre del perro de Brooke no era *Rusty*, sino *Ritty*.

Ritty como David Rittenhouse, el famoso astrónomo que trabajó junto a Ben Franklin y Benjamin Banneker en la fundación de América.

Ritty como Sarah Rittenhouse, la gran dama que, dos siglos atrás, había salvado el parque Montrose de Georgetown y había conseguido conservarlo como parque.

Pero ¿por qué trataba realmente Sarah Rittenhouse de preservar el parque?

Conrad sintió que el pulso se le aceleraba. Estaba a punto de estallar.

¡El globo terrestre!

La esfera armilar dedicada a Sarah

Rittenhouse era de hecho el punto destacado que estaba buscando… un monumento para marcar el lugar en el que Washington había enterrado el globo terrestre.

¿Cómo había tardado tanto en darse cuenta?

Entonces comprendió la respuesta: él siempre había asociado la esfera armilar con el perro de Brooke, que estaba haciendo pis sobre la base del monumento el día en que Conrad se fijó en las largas piernas de Brooke y ambos volvieron a encontrarse.

Conrad se abrochó rápidamente la camisa, y entonces se quedó helado.

¿Cómo podía Brooke haber olvidado el nombre de su perro?

De pronto aquel encuentro casual en el parque, un encuentro después de tanto tiempo, le olió a trampa. Había sido una trampa desde el principio. Ella debía saber que a él le gustaba hacer *jogging*, así que simplemente se cruzó en su camino. La ironía era que debía de haber pasado corriendo por delante de la esfera armilar miles de veces, pero jamás se había imaginado su secreto. *Ni tampoco Brooke*, pensó.

Brooke había dejado de hablar por teléfono.

Desde el armario Conrad pudo oír el

clic de algo deslizándose.

Lentamente se volvió y la vio, apuntándolo con una pistola automática.

—Lo siento, Conrad —se disculpó ella, moviendo la cabeza—. ¡Ese puto perro!

36

Conrad se quedó boquiabierto, mirando la Glock de nueve milímetros entre las uñas pintadas de Brooke. Trataba de comprender cómo podía haberse equivocado tanto al interpretar la naturaleza de su relación con Brooke y el tiempo del que disponía, porque era evidente que pronto se presentaría allí la persona a la que ella había llamado por teléfono.

—Tienes que comprenderlo, Conrad, no tenía elección —dijo ella—. Pero tú todavía tienes elección: dame el globo, o morirás.

O bien Brooke está con los federales, o bien está con la Alineación, pensó Conrad. Podía soportar que estuviera con los federales, pero con la Alineación… *¡No, por Dios!*

—¡Pues vaya elección! —exclamó Conrad, entrando con mucha frialdad en la habitación. Brooke lo siguió. Conrad podía sentir el arma apuntándole a la espalda. Se sentó sobre un sillón y alzó la vista—. Así que, ¿todo lo que había entre tú y yo era una mentira?

—No, Conrad —dijo ella con voz temblorosa de emoción—. Todo menos lo nuestro es mentira.

—¿Como, por ejemplo, la relación entre Max Seavers y tú? —inquirió Conrad, poniendo el problema encima de la mesa.

—Dime dónde has dejado el mapa de las estrellas del primer globo, Conrad, y te dejaré marcharte antes de que venga él.

Maldita sea, así que es de la Alineación.

—¿Y el segundo globo? —preguntó él.

—Max no tiene por qué saberlo,

pero tengo que darle algo.

Conrad asintió, tratando de buscar el modo de escapar de aquella situación.

—¿Y tu padre sabe algo acerca de esto?

—No, él es masón. Por eso es por lo que era todo un triunfo para la Alineación captarme cuando era una adolescente y utilizarme para llegar hasta ti, el hijo del general Yeats.

—Pero yo no soy su hijo, no soy su hijo de verdad.

—No, tú eres mucho más especial —dijo ella—. Sé lo de la Antártida, Conrad. Sé lo de tu sangre.

—¿Qué pasa con mi sangre? —

preguntó Conrad, observándola.

—Que fue la base para la creación de la vacuna de la gripe aviaria de Max.

—Y eso, ¿cómo puede ser? —siguió Conrad preguntando, sorprendido.

—Max entró en la DARPA para crear al soldado americano genéticamente perfecto —explicó Brooke—. Mientras investigaba, descubrió por casualidad cierta inmunidad a la enfermedad en la sangre de algunos nativos americanos, especialmente entre la tribu de los indios algonquinos. Era una inmunidad que se había ido diluyendo a lo largo de las generaciones, perdiendo eficacia.

Así que Max lanzó un programa global de tests de ADN para conectar a los primos perdidos de los algonquinos por las dos Américas, Europa, África, Oriente Medio y Asia. Lo llamaron «Operación Adán y Eva». Estudiando las mutaciones en el cromosoma Y en el ADN mitocondrial, Max fue capaz de reconstruir sus migraciones tribales por todo el globo y de seguir sus huellas hasta su raíz en la Antártida y su ancestro común: tú.

—¿Yo?

—Tú eres más americano que cualquiera de nosotros, Conrad. Eres el último de los atlantes.

—¿Atlante? —repitió Conrad, incrédulo. Creía estar preparado para cualquier cosa, pero desde luego no para eso. Aquello era demasiado incluso para Brooke—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Puede que tú seas de esta tierra, Conrad, pero eso que hay latente en parte de tu cadena de ADN, sea lo que sea, no lo es. Eres único, uno entre seis millones de millones. ¿Por qué diablos crees que tu padre se empeñó en ir a la Antártida? ¿O es que su santidad, la hermana Serena Serghetti y sus amigos de Roma no te lo habían dicho?

No, no se lo habían dicho, pensó

Conrad, pero esperaba impaciente a que ella se encontrara con Seavers en aquella habitación para dilucidar personalmente todo el asunto.

—Así que debo entender que no vas a ayudarme con los federales, ¿no?

—La Alineación es el gobierno federal, Conrad. Es lo que estoy tratando de decirte —contestó Brooke.

—No puedes creer seriamente que hasta el tipo de la escala más baja del gobierno federal pertenezca a la Alineación.

—No, pero sí que trabajan todos para la Alineación, lo sepan o no —puntualizó Brooke.

—Pues yo no —repuso Conrad al tiempo que, con un rápido movimiento, agarraba a Brooke del brazo con el que sujetaba el arma, aplastaba su cuerpo contra la pared, presionándola con el suyo, y le retorcía la muñeca.

—¡Ahh! —gritó Brooke sin soltar el arma a pesar de todo.

Físicamente, ella era casi tan fuerte como Seavers.

Conrad le dio un codazo en el estómago, se apartó mientras ella se doblaba y le pegó en la nuca, lanzándola al suelo.

Luego Conrad recogió el arma y le apuntó a la cabeza mientras ella se ponía

a gatas.

—¡Me has roto la jodida muñeca, Conrad! —exclamó ella.

Conrad le apuntó a la sien y preguntó:

—¿Por qué los monumentos van a alinearse con las estrellas mañana, Brooke?, ¿por qué ahora?, ¿por qué en el 2008?

—Por algo acerca del tránsito de Venus, o algo parecido.

Conrad sí conocía el tránsito de Venus: el tránsito se producía cuando Venus cruzaba el camino del sol hacia el ojo desnudo de la Tierra, y eso ocurría cada doscientos años. Pero siempre

ocurría dos veces, separadas ambas ocasiones por un lapso de tiempo de unos ocho años de diferencia. Y el hecho era que se encontraban precisamente en ese lapso de tiempo intermedio, en medio del tránsito. El primer cruce del sol había sucedido en el 2004, el año en que Serena y él se habían aventurado a la Antártida. El siguiente tránsito estaba previsto para el 2012. En términos científicos, semejante conjunción no tenía nada de particular, pero sin embargo, sí tenía mucho sentido para los antiguos.

—Estamos en medio de los dos tránsitos, Brooke. ¿Por qué el 2008?

—Por algo acerca de los años solares y el número 225. Es un tema de esoterismo de la Alineación, yo no llego a ese nivel.

Pero Conrad sí. El planeta Venus tardaba unos 225 días terrestres o, lo que era lo mismo, siete meses y medio, en dar la vuelta al sol. Al mismo tiempo, Venus tardaba más de 243 días terrestres en girar sobre su propio eje, de modo que los días en Venus eran más largos que los años. Conrad restó 225 al año en el que estaban, 2008, y llegó a la cifra 1783.

—Newburgh —dijo Conrad en voz alta, recordando el golpe de Estado

supuestamente sofocado por Washington en su último campamento invernal—. Tiene algo que ver con Newburgh.

—¡No lo sé! —gritó Brooke.

—¿Qué relación tiene eso con mi familia, Brooke? —insistió Conrad—. ¿Qué tiene que ver Robert Yates con esto?, ¿fue él el responsable?

—Él era un don nadie, Conrad —respondió Brooke en tono de desdén—. No era más que un detalle insignificante en la historia, exactamente lo que tú quieres ser. Era solo el maldito abogado.

—¿El abogado de qué? —preguntó Conrad, tras una pausa.

Entonces Brooke le dio un golpe en la cabeza con su propia cabeza, y con un grito se lanzó hacia el arma que él sostenía en la mano. Sorprendido, Conrad cayó hacia atrás, pero enseguida la golpeó con la culata del arma en la nuca, dejándola inconsciente.

Conrad apartó el cuerpo de Brooke de encima de él y lo arrastró a la cama. Le ató los pies y las manos a los postes de la cama. Brooke comenzaba a recobrar la conciencia.

—¿Qué va a ocurrir mañana, Brooke?

—No lo sé —gimió ella—. Solo sé que la Alineación va a encargarse de

que ocurra.

—Esa respuesta no me basta —contestó Conrad, tirando de la cuerda alrededor de su muñeca dolorida hasta verla esbozar una mueca de dolor.

—¡Yo solo trato de salvarte la vida! —gritó ella.

—Curiosa manera de demostrarlo —comentó él, apuntándole con el arma a la cara—. Y ahora dime, por última vez, ¿qué va a ocurrir mañana?

Cuando por fin Brooke habló, su tono de voz sonó mortecino.

—Max va a soltar el virus de la gripe aviaria, va a provocar un contagio.

—¿Dónde?

—En algún lugar del Mall, no lo sé. Pero el virus tiene un inhibidor por el cual se tardan veintiocho días en incubarlo, así que no se contagiará de humano a humano hasta el primero de agosto. Todo el mundo creerá que se originó en los Juegos Olímpicos de Beijing.

—Así que Seavers va a matar a millones de chinos —dijo Conrad—. ¿Y qué les ocurrirá a los americanos a los que salve con su vacuna?

—Ya lo sabes, Conrad. Gracias a los tejemanejes del Congreso, quedan solo diecisiete distritos competitivos en América que puedan llegar a una

elección nacional. A los indeseables, incluyendo a sus representantes, no se les manda la vacuna y mueren. Para cuando los votantes elijan a sus sustitutos, todos de la Alineación, será demasiado tarde. Será un triunfo electoral democrático.

—Y el asunto de Newburgh es su justificación moral, si no legal.

—¡Oh, Dios, Conrad, yo te quería!

Conrad la amordazó y la dejó retorciéndose en la cama. Dejó el arma en el armario y se acercó a la puerta. Lentamente la abrió y miró a los lados del pasillo. Justo en ese momento sonaba el timbre del ascensor.

Entonces corrió por el pasillo y llamó a la segunda puerta de la derecha. Fue Meredith, de Texas, quien abrió.

—¡Harold, es el pastor Jim!

Harold estaba en el servicio, vomitando la cena.

—¿Puedo pasar? —preguntó Conrad, entrando y cerrando la puerta tras él.

Nada más cerrar miró por la mirilla y vio a Max Seavers dirigiéndose a su habitación.

37

La sala del Club Élite del Hilton estaba en la décima planta, igual que la habitación de Conrad. Sin embargo, Serena sentía como si estuviera en otro mundo. Lo que esperaba que fuera un breve hola y adiós tras la cena de prensa se estaba alargando hasta primeras horas de la madrugada. Iba en contra de su naturaleza no simpatizar con una oración por los necesitados, fuera cual fuera su

situación. Y además era la coartada perfecta para esas horas que mediaban entre la cena de prensa y el desayuno de oración.

Un productor de Hollywood le estaba confesando que su razón para asistir al Desayuno de Oración Presidencial era conocer a «cristianos de moneda» que pudieran financiar sus «películas familiares» y, de ese modo, cubrir sus necesidades económicas y su hábito a la cocaína. Mientras le hablaba en voz baja, Serena no podía evitar desviar la vista de vez en cuando hacia la televisión en la que salían alternativamente Conrad y un enjambre

de policías a las puertas de la Biblioteca del Congreso. En la parte inferior de la pantalla, cruzándola de lado a otro, la fecha: 3 de julio de 2008. Era evidente que la historia iba a presidir los programas de noticias de la mañana siguiente durante al menos una hora. América despertaría con aquella noticia.

Esperaba que él estuviera bien, rezaba por él.

El iPhone vibró. Serena miró para abajo y vio que se trataba de un mensaje de texto de Benito. Conrad había llegado al hotel y había llamado al servicio de habitaciones. Serena dejó escapar un

silencioso suspiro de alivio. Sentía el impulso de salir disparada, pero mantuvo una expresión tranquila ante aquel censurable productor de cine que veía a los cristianos no como a un rebaño al que alimentar, sino como a un mercado demográfico al que desplumar. Su «carrera», según parecía, consistía en vivir a costa de otras personas mientras consentía que su talento se desperdiciara en un fracaso de taquilla tras otro.

En ese momento, un conserje del hotel se acercó a ella para decirle que había un caballero en el vestíbulo del club que quería verla. ¿Sería posible

que Conrad fuera tan estúpido como para abandonar la habitación? Serena se puso en pie con toda la naturalidad del mundo y se excusó educadamente, parándose solo unas pocas veces de camino al vestíbulo para estrechar unas cuantas manos.

Max Seavers la esperaba en el vestíbulo junto con dos agentes del Servicio Secreto.

—¿Qué te ha pasado en el dedo, Max? —preguntó Serena, tratando de enmascarar su estado de ansiedad—. Y eso que tienes en la frente, ¿es una herida?

—Sígueme —dijo él, serio.

Seavers la condujo por el pasillo hasta la tercera puerta a la izquierda: la habitación que ella había reservado para Conrad. Serena se puso tensa.

El juego había terminado.

La puerta se abrió. Dentro había otros dos agentes del Servicio Secreto más. Pero Conrad no estaba.

Sí estaba en cambio Brooke Scarborough, atada de pies y manos a la cama y con un agujero de bala en la cabeza.

Dios mío, exclamó Serena para sus adentros, con un escalofrío. *¿Qué has hecho Conrad?*

—Lamento que tengas que ver esto,

hermana Serghetti, pero necesito preguntarte si has visto a Conrad Yeats en el hotel.

—No —dijo Serena sin dejar de mirar a Brooke—. ¿Qué tiene él que ver con esto?

—Es el sospechoso —dijo Seavers—, esta es su habitación. Se registró con un nombre falso, Carl Anderson. Pensé que tú sabrías algo.

—No.

Seavers se giró entonces hacia los agentes del Servicio Secreto y ordenó:

—Ni una palabra al senador Scarborough ni a nadie hasta después del desayuno de oración. Hay un asesino

a la fuga, pero no queremos darle ninguna pista de que andamos buscándolo con los controles habituales. Sellen la habitación y pongan dos guardias de seguridad en la puerta. Quiero un barrido del hotel habitación por habitación durante el desayuno presidencial, mientras todos están en el salón de baile. El asesino no va a salir del edificio.

—Sí, señor —contestó el jefe de los agentes secretos. Seavers tomó a Serena del brazo y la guió fuera de la habitación.

—¿Adónde me llevas, Max?

—A un lugar seguro —dijo él—. Es

imposible saber con antelación lo que puede hacer ese maníaco.

Seavers la llevó por el pasillo hasta lo que parecía un armario, que resultó ser un ascensor de servicio que unía la pequeña cocina de la décima planta perteneciente al Club Élite con la cocina central del salón de baile. Tomaron ese ascensor y, tras bajar diez pisos, salieron al pasillo de servicio que unía el salón de baile con la cocina de la planta baja.

Había seis agentes del Servicio Secreto esperándolos, que inmediatamente los rodearon formando un círculo a su alrededor.

Tomaron otro pasillo que salía también de la parte trasera del salón de baile, pasillo cuyas paredes estaban recubiertas de madera y abarrotadas de fotografías de los presidentes de los Estados Unidos y primeras damas desde George Washington. Poco a poco fueron atravesando ordenadamente las distintas épocas de la administración hasta llegar a los retratos de los últimos presidente y primera dama y, finalmente, a una puerta sobre la que no había ningún letrero.

Aquella puerta era la de una sala VIP de paredes doradas y alfombras rojas que a Serena le recordó a una sala de velatorios. Allí estaban los

guardaespaldas y agentes personales del Servicio Secreto del presidente, así como el secretario Packard, el senador Scarborough y varios diplomáticos y cargos importantes de China, todos ellos esperando al presidente.

—Hermana Serghetti —la saludó Packard—. Ya conoce al senador Scarborough.

Aquello pilló por sorpresa a Serena que, sin embargo, esbozó una sonrisa y estrechó la mano del padre de la mujer a la que acababa de ver muerta.

—¿Qué tal está usted, senador?

—Quiero darle las gracias personalmente por ofrecerse a inaugurar

el Desayuno de Oración Presidencial de mañana —dijo el senador Scarborough.

—Es un honor, senador —contestó ella.

—Y este es el señor Ling, el más alto embajador de las Olimpiadas de China. Max Seavers va a mostrarle a él y al resto de la delegación china mañana los estupendos fuegos artificiales del 4 de julio.

El señor Ling se deshacía en sonrisas.

—Le dije a mi mujer que iba a ver el 4 de julio desde un palco privilegiado, el mirador del Monumento a Washington, y no me creyó —comentó el

señor Ling.

El senador Scarborough miró el reloj y dijo:

—Bueno, el señor Ling y yo tenemos que volver entre bastidores. Hermana Serghetti, usted solo tiene que salir a escena e inaugurar el desayuno de oración en cuanto termine Bono. El resto del programa marchará sobre ruedas.

—Sí, señor senador, gracias —añadió Serena.

Serena observó a Scarborough marcharse con el señor Ling y dos agentes del Servicio Secreto. Quedaban solo Seavers, Packard, el equipo personal de agentes del presidente y

ella.

—¿Qué diablos está ocurriendo, Seavers? —estalló inmediatamente Packard, nada más marcharse Scarborough y Ling.

—Hemos encontrado el cuerpo de la hija del senador Scarborough en la habitación de Yeats. La ha asesinado.

—¡Dios de mi vida! —exclamó Packard—. ¡Esto es una pesadilla!

—Yo no creo que el doctor Yeats haya asesinado a la señorita Scarborough —afirmó Serena con toda tranquilidad—. En absoluto. El doctor Yeats es un patriota americano de primer orden, y proviene de una familia de

grandes patriotas. Y además yo sé que la quería y que jamás asesinaría a nadie sin una buena razón.

Packard siguió mirando a Seavers y le dirigió otra pregunta:

—¿Y qué está haciendo Yeats precisamente aquí, en el Hilton de Washington?

—Creemos que su principal objetivo es el presidente, señor —respondió Seavers.

—¿Qué? —gritó Serena—. ¡No puedes estar hablando en serio!

Serena estaba atónita. Teniendo en cuenta la relación de Packard con Conrad, no podía creer que Packard

concediera crédito a semejante idea.

—Sugiero que mande inmediatamente un correo electrónico general con la foto de Yeats a todos los agentes explicándoles la situación, señor secretario —insistió Seavers—. Se le busca no solo por la muerte de un guardia de seguridad y por el ataque a la Biblioteca del Congreso, sino ahora, además, por el asesinato de la hija del senador. Y el senador va a cortarnos a todos la cabeza como no cojamos a Yeats.

Aquello fue suficiente para Packard, cuyos tejemanejes económicos dependían de Scarborough como jefe del

Comité de Servicios Armados del Senado.

—Está bien, adelante —concedió Packard.

Serena se dio cuenta entonces de que Seavers había sabido manejar muy inteligentemente la situación, colocando a la única persona a la que Conrad y ella necesitaban llegar, el presidente de los Estados Unidos, en una posición inalcanzable para ellos.

—¿Y qué hacemos con la hermana Serghetti, señor? —preguntó Seavers—. Ella ha mantenido una larga relación con Yeats y puede que le pase información secreta. O que le facilite el modo de

escapar.

—Eso es absurdo, señor secretario —afirmó Serena, volviéndose entonces hacia Seavers—: ¿Es que quieres cachearme, Max?

Seavers se dirigió entonces hacia dos agentes secretos de rostro duro e imperturbable, pero Packard le bloqueó el paso.

—¡Este es el Desayuno de Oración Presidencial, maldita sea! —dijo Packard—. La hermana Serghetti participa en el programa, inaugurando la oración. No podemos detenerla, Seavers. La vigilaremos simplemente.

Un agente se acercó a ellos y dijo:

—Señor secretario, el cortejo de coches presidenciales está a dos minutos de aquí.

—Volveré dentro de un minuto para acompañar al presidente a la sala de baile —dijo Packard que, acto seguido, se giró hacia Serena y le ofreció su brazo—. Las mujeres primero.

—Gracias, señor secretario.

Packard volvió la vista hacia Max Seavers y los agentes secretos antes de salir, y dijo en un tono de muy mal humor:

—Nos encontraremos aquí después del desayuno con el presidente y todos los demás, y le daremos la noticia al

senador Scarborough. Y será mejor que reces y hayas capturado a Yeats para entonces. Y ahora, vete a buscar a ese maldito bastardo.

38

De haber seguido su instinto, en ese instante estaría cavando bajo la esfera armilar levantada en honor de Sarah Rittenhouse en el parque Montrose, buscando el segundo globo. Pero a esas alturas, Conrad ya se había figurado que la cueva a la que acudía de niño con su padre era el túnel secreto de acceso, y que el segundo globo estaría probablemente escondido en el fondo

del viejo pozo algonquino. Por fin todo cobraba sentido, incluyendo cada uno de los absurdos detalles que el loco de su padre le había obligado a aprender de pequeño.

Pero a las cinco de la madrugada todas las entradas y salidas del hotel Hilton estaban selladas, anticipándose a la llegada del presidente. Estaba atrapado en una habitación del hotel con Harold y Meredith, de Highland Park, Texas.

Lo único que podía hacer era advertir a Serena y al presidente a propósito del segundo globo y del plan de Seavers de provocar un contagio

masivo de la gripe aviaria. Su mejor opción para llegar hasta ellos era el desayuno de oración. Y, gracias a la indigestión de la noche anterior, Harold diría sus oraciones en el servicio mientras Conrad, es decir, el pastor Jim, acompañaba a Meredith a desayunar.

Juntos esperaron la larga cola de miles de asistentes al desayuno de oración que habían salido de los abarrotados ascensores y escaleras y, siguiendo las instrucciones de los jóvenes de chaqueta americana azul marino, se habían dirigido en dirección a una de las dos escaleras mecánicas que conducían al salón de baile, donde

se celebraría el 57 Desayuno anual de Oración Presidencial. Ante ellos, antes de llegar a las puertas del salón, el Servicio Secreto había montado un sofisticado puesto de control impenetrable.

—Esto me recuerda al final de los tiempos, cuando los ángeles de Dios separan a las ovejas de las cabras —bromeó Meredith.

Conrad se echó a reír nerviosamente. Había hecho una pequeña trampa con las entradas del desayuno en la habitación de Harold y Meredith, llevándose la de Harold y dejándole la suya. Pero además llevaba

encima el plato de plata de la piedra angular. Fueran cuales fueran sus posibilidades de atravesar aquella barrera de seguridad, se desvanecerían en cuanto tuviera que atravesar el detector de metales, porque saltaría la alarma y llamaría la atención sobre sí.

Meredith lo tomó del brazo y alzó la vista hacia él con una expresión excesivamente sentimental, diciendo:

—¡Oh, todo esto resulta tan emocionante y tan peligroso, pastor Jim!

Conrad sintió que todo su pecho se tensaba mientras se acercaban al puesto de control del detector de metales. De ningún modo aquellos entrenados

agentes secretos iban a dejarse engañar creyendo que él era el Harold de la foto, a menos que Meredith los distrajera.

—Eh, Meredith —dijo Conrad, sacando el plato del bolsillo y ofreciéndoselo—. He comprado este recuerdo en Mount Vernon, y quiero que lo tengas tú.

—¡Oh, vaya, gracias, pastor Jim! —contestó ella, deslizando los dedos de uñas pintadas por la superficie del plato—. ¡Qué bonito! Lo cuidaré como un tesoro —añadió, guardándoselo en el pequeño bolso rosa.

Al llegar al puesto de control pocos minutos después, Conrad vio que había

otro puesto más a unos trescientos metros, justo delante de la puerta principal del salón, con agentes secretos armados y en guardia delante de una mesa.

—Por favor, vacíense los bolsillos y dejen todos sus objetos metálicos sobre la mesa —dijo una joven oficial—. Gracias.

Detrás de ese primer control había un agente secreto vestido de negro, alto y fuerte, con otro detector de metales de mano, dispuesto a escanear a cada uno de los asistentes.

—¡Esto es tan emocionante! —exclamó Meredith en dirección a la

oficial mientras vaciaba el bolso—. Ah, espera, cariño, pasa tú primero, será mejor que le dé esto a la agente —añadió, sacando el plato de plata—. No queremos que salte la alarma por culpa de un recuerdo.

Conrad enseñó su entrada, atravesó el detector de metales y se volvió para asegurarse de que la oficial le devolvía el plato a Meredith.

—Por favor, señora, continúe.

Dejó escapar un suspiro de alivio al ver a Meredith pasar el control y acercarse sonriente hacia él. Lentamente la guió hacia las puertas del salón, apartándola del otro punto de control.

Pero nada más cruzar el umbral, Conrad trató de deshacerse de ella.

—Yo estoy en la mesa 232 —dijo Conrad—. ¿Y tú?

—Yo en la 700 —respondió Meredith, a la que le costaba trabajo soltarle el brazo.

—Acabo de darme cuenta de una cosa —añadió Conrad—. Ese recuerdo que te he dado… se lo había prometido a otra persona. Lo lamento, me siento fatal.

—Ah, no te preocupes por tan poca cosa, pastor Jim —contestó Meredith desilusionada, devolviéndole el plato a pesar de todo—. Eres un hombre de

palabra.

Conrad sonrió y ambos se separaron.

—Eres una santa.

Seavers abandonó la sala dorada de alfombras rojas con un par de agentes del Servicio Secreto. Se dirigió al puesto de control que había justo ante las puertas del salón de baile. Enseñó la foto de Yeats a los agentes que había apostados allí, pero ninguno lo reconoció.

—¿Están seguros? —insistió Seavers en dirección a un agente joven que parecía vacilar.

—Casi seguro —juró el agente, a pesar de que Seavers veía la duda en sus

ojos.

—¿Casi?

Justo antes de matarla, Brooke le había contado que Yeats había descubierto la existencia de un segundo globo. Seavers sabía que tenía que averiguar qué sabía Conrad y detenerlo antes de que pudiera contárselo a la buena hermana o a los federales.

Entonces Seavers oyó cierto revuelo y se volvió hacia un hombre que, en ese momento, atravesaba el detector de metales bajo la vigilante mirada de dos agentes. Seavers corrió hacia allí.

—¿Qué ocurre?

—Este señor nos ha enseñado esta

entrada a nombre de Carl Anderson.

Seavers observó al hombre. Evidentemente no era Conrad Yeats, pero debía haber tenido algún contacto con él.

—¿Significa eso que su nombre no es Carl?

—Me llamo Harold —dijo el hombre con la cara colorada—. No sé cómo ha venido a parar esta entrada a mis manos. Escuche, mi mujer ha entrado ya con el pastor Jim Lee. Ya sabe, el autor de *bestsellers*.

—¿Y ese pastor Jim se parece al tipo de esta foto? —preguntó Seavers, enseñándole la foto de Yeats.

—¡Es él!

—No exactamente —dijo Seavers —. Acaba usted de confiarle su mujer a un terrorista buscado por el asesinato de varios agentes de la ley y por atacar el más sagrado monumento americano.

—¡Dios mío! —gritó Harold—. ¡No lo sabía! ¡Tiene usted que creerme!

—¿Puede usted reconocer a su mujer, al menos?

Harold le lanzó una mirada agresiva antes de contestar:

—Estoy casi seguro de que sí.

—Entonces lléveme hasta ella.

El enorme salón de baile era tan grande como un campo de fútbol. El

techo en forma de cúpula de varios pisos de alto le añadía un aura especial.

Conrad, libre de Meredith por fin, se deslizó por entre centenares de mesas redondas de manteles blancos y sillas doradas en dirección a una mesa a la derecha, pegada justo al escenario. Estaba al lado de una puerta de servicio para empleados que daba a la cocina principal del hotel y que atravesaban cientos de camareros constantemente en las dos direcciones.

Eligió la única silla que quedaba libre en la mesa, la menos atractiva ya que le daba la espalda al escenario. Para él, sin embargo, resultaba perfecta.

Se sentó de cara a la pared y a la puerta de servicio, frente a las seis caras sonrientes de sus compañeros de desayuno: una joven pareja de California, otra pareja de Michigan que afirmaba vivir en realidad en Lake Wobegon, un rabino de Nueva York y una mujer negra, alta, del distrito federal. Aquello era como las Naciones Unidas de la fe.

—No vas a ver nada bueno si sigues mirando en esa dirección —bromeó el rabino—. ¿Te importaría pasarme el melón Galia? La oración comenzará más tarde.

Conrad observó la mesa llena de

frutas, pasteles, jugos y café. Por razones de seguridad tanto como por la cantidad de asistentes, el desayuno había sido servido en cada mesa de antemano. Conrad retiró el envoltorio de plástico de la fuente de melón helado.

—Ahí va —dijo Conrad, pasándoselo.

Buscó a Serena por el salón. Estaba en el escenario con varios generales y senadores, incluidos los potenciales candidatos nominados por los partidos demócrata y republicano para las elecciones presidenciales de noviembre. Todos esperaban al presidente.

Casi todo el mundo en el salón

estaba sentado, excepto los cientos de camareros que atendían las mesas. Conrad se sirvió café y observó el programa azul marino con ribete de oro del centro de la mesa. La oración inaugural iba a ofrecerla la hermana Serena Serghetti, a la cual seguiría la actuación de Bono y su grupo de *rock* U2, que interpretarían una versión contemporánea de *Amazing Grace*.

Conrad estaba a punto de servirse una segunda taza de café cuando el joven de California sentado a su mesa, de origen asiático, se dirigió hacia él:

—Quizá debas pensártelo dos veces, porque los de seguridad no van a dejarte

ir al baño cuando el presidente y la primera dama entren en el salón.

—Gracias, creo que podré contenerme…

—Jim —dijo el hombre de California, tendiéndole la mano a Conrad, que se la estrechó—. Jim Lee.

Conrad ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Jim, como el pastor Jim, el autor de *bestsellers*?

La mujer negra y el rabino soltaron una risita sofocada. Conrad no comprendió.

—Exactamente —dijo el pastor Jim —. Ese soy yo.

—¡Ah!

Entonces Conrad se dio cuenta de pronto de que Meredith, la de Texas, había sabido desde el principio que él no era el pastor Jim.

El viejo de Michigan dijo entonces:

—¿Es cierto que hay más cristianos en China que en América, pastor Jim?

—Sí —confirmó el pastor Jim—. Pero mi familia es de Corea.

—¿De Seúl?

—No, de Burbank, California.

Comprendiendo entonces que quizá hubiera metido la pata, el viejo de Michigan asintió con entusiasmo y añadió:

—Los coreanos son grandes

ciudadanos americanos.

—Gracias —sonrió el pastor Jim.

La mujer negra, sentada al lado de Conrad, dijo entonces:

—Vende casi tantos libros como el obispo Jakes, ¿sabes?

Conrad asintió ausente y, buscando a Seavers por el salón, dijo:

—Sin duda no hay ningún otro país en el mundo en el que se celebren acontecimientos como este.

—¿Te refieres al hecho de que los candidatos elegidos admitan públicamente no ser Dios?

—Exacto —contestó Conrad, sorprendido ante la profundidad de la

reflexión de la mujer negra—. Seguro que tú trabajas para alguno de ellos, ¿no?

—Para todos. Soy sargento del cuerpo de Policía del Capitolio.

—Jamás lo habría imaginado —contestó Conrad lentamente. Algo le resultaba tremendamente familiar en ella, pero si a ella le pasaba igual, nada en su rostro lo delataba—. Dime, ¿es cierto lo que dicen sobre los políticos aquí en Washington?

—¿Y qué dicen?

—Que los únicos que tienen verdaderas convicciones están en la cárcel.

—¡Qué gracioso! Me llamo Wanda, por cierto. Wanda Randolph.

—J… Jack —contestó Conrad mirando hacia el pastor Jim, que charlaba en ese momento con el rabino.

—Encantada de conocerte, Jack —saludó Wanda, ofreciéndole la mano.

—El placer es mío.

Nada más tomar su mano, Conrad supo que era la mano de la mujer que había sostenido la suya en la ambulancia la noche anterior, la misma que le había disparado varias veces en los túneles bajo el Capitolio de Washington dos días antes.

Y ella también lo sabía. Wanda

esbozó una sonrisa helada y retuvo su mano, observándola. De pronto sus ojos se abrieron enormemente, como si hubiera sentido una descarga eléctrica.

—¿Es la primera vez que vienes aquí, Jack? —preguntó Wanda, mirando por encima de su hombro hacia el pequeño pelotón de agentes de seguridad vestidos de paisano que rodeaban el salón.

—La primera y probablemente la última —contestó Conrad sin apartar la vista de ella.

—¿Y eso, Jack?

—Ahora mismo me siento como si estuviera fuera de lugar, ¿sabes a qué me

refiero? Como si fuera un criminal rodeado de santos.

Los comensales de la mesa se lanzaron miradas cruzadas unos a otros. Luego algunos de ellos asintieron con vigor.

—Todos nos sentimos así, hermano —dijo el hombre de Michigan—. Pero pocos de nosotros somos lo suficientemente sinceros como para admitirlo y buscar el perdón a los pies de la cruz. No es cierto, ¿pastor Jim?

El pastor Jim, con la boca llena de cruasán con almendras, solo pudo asentir con la cabeza.

Conrad miró a Wanda, que en ese

momento metía la mano en el bolso, buscando algo. Él escondió las dos por debajo de la mesa y, por un segundo, se preparó para darle la vuelta si fuera necesario.

Sin embargo, Wanda solo sacó del bolso una tarjeta y una pluma.

—Sé por el informe de balística que no mataste a Larry la otra noche —susurró Wanda mientras escribía un número de teléfono—, pero aún no puedo demostrar que lo hizo Max Seavers —añadió, pasándole la tarjeta por encima del mantel blanco.

—¿Qué es esto?

—Es el número de la Compañía de

Prisión, una asociación de caridad que atiende a hombres y mujeres encarcelados. Vas a necesitarlo si no sales disparado de aquí en este mismo instante.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque estoy viendo a Max Seavers y a dos agentes del Servicio Secreto venir directamente hacia aquí.

Serena también vio acercarse a Max Seavers desde el escenario, así que decidió precipitar los actos y ponerse en pie ante el micrófono para ofrecer la oración inaugural con siete minutos de adelanto.

—Levantémonos para la oración

inaugural —dijo Serena que, acto seguido, bajó la cabeza.

Era consciente de que el presidente no había llegado aún y de que había pillado a los senadores por sorpresa. No obstante era demasiado tarde para que alguno de ellos pusiera objeciones, porque todo el mundo en el salón se puso en pie, bloqueándole el paso a Seavers.

—Dios todopoderoso —rogó Serena —, queremos rezar nuestra más sincera oración para que guardes a los Estados Unidos bajo tu sagrada protección y para que inclines los corazones de sus ciudadanos hacia el cultivo del espíritu

de subordinación y obediencia al Gobierno, hacia el amor filial de los unos por los otros y por todos los compatriotas de los Estados Unidos en general…

Serena mantuvo los ojos abiertos, al igual que cada uno de los agentes de seguridad apostados en el salón. Podía ver a Seavers al fondo, entre la multitud, asomando la cabeza en busca de Conrad.

—… Y finalmente para que Tú, con tu gracia, nos dispongas a todos hacia la justicia, el amor a la misericordia y la humildad, la caridad y el recto pensamiento que caracterizan al Divino Autor de nuestra amada religión, sin

cuyo ejemplo y humilde imitación jamás podríamos esperar ser una nación feliz. Concédenos nuestra súplica, te lo rogamos a Ti, a través de Jesucristo nuestro Señor, Amén.

Nada más tomar de nuevo asiento los asistentes, Seavers se dirigió precipitadamente, con un furioso gesto en la cara, hacia la esquina en la que se sentaba Yeats. Bono, que se suponía debía haber abierto el desayuno antes de la primera oración, comenzó a cantar *Amazing Grace*.

Este desayuno es como una absurda pesadilla, pensó Seavers mientras se abría paso entre tanto ingenuo vestido

con exquisitez y dotado de escaso cerebro, todos dirigiéndose a un Dios inexistente, convencidos de que los padres de la patria querían fundar una nación cristiana. Y el hecho de que Conrad creyera que podía refugiarse allí era más absurdo aún.

Yeats seguía de espaldas a él. Seavers reconoció inmediatamente a la agente del Capitolio. ¿Existiría algún lugar donde no se encontrara con esa mujer?

Miró descaradamente al sargento de las R.A.T. mientras los dos agentes del Servicio Secreto tomaban posiciones detrás de ella, frente a Yeats. Posó la

mano con el dedo amputado sobre el hombro izquierdo de Yeats y dijo:

—Se acabó el tiempo, Yeats.

Pero en lugar de Yeats, Seavers se encontró con un camarero latino, sirviendo café.

—Este es Pablo, nuestro camarero —explicó la sargento Randolph—. Sobraba un sitio, así que siguiendo el espíritu del desayuno decidimos invitarlo a rezar con nosotros.

—¡Maldita seas!, ¿dónde está? —medio gritó Seavers, atrayendo la atención de los comensales de otras mesas.

—Tranquilo, doctor Seavers —

contestó Wanda con una mirada penetrante y ojos como dagas—. ¿Adónde iba a ir? No va armado, y usted tiene todo un ejército de seguridad apostado aquí.

Seavers ladeó bruscamente la cabeza y escudriñó el salón en busca de Yeats mientras la cadenciosa voz irlandesa de Bono se elevaba hasta un nivel de decibelios fuera de lo común. No había ni rastro de él, solo camareros con café y bollos saliendo y entrando por la puerta de servicio.

—A la cocina.

39

Tras el discurso del presidente a los asistentes, Serena lo siguió con el resto de la comitiva fuera del salón. A juzgar por los ansiosos rostros de los agentes del Servicio Secreto apostados en el pasillo, su oración personal había surtido efecto y Conrad había logrado escapar.

—He oído decir que estuvo brillante en su oración inaugural, hermana

Serghetti —comentó el presidente mientras avanzaban por el pasillo lleno de cuadros de sus antecesores—. Ojalá hubiera estado presente.

—Solo recité la oración oficial que el presidente George Washington ofreció por los Estados Unidos de América en el año 1783 —contestó Serena—. Estaba anunciado en el programa.

El presidente frunció el ceño, pero no dijo nada más hasta entrar en la sala dorada donde lo esperaba Packard junto a una bandera americana y una pequeña escalera de caracol que daba a una puerta secreta al exterior. Allí lo aguardaba la limusina presidencial.

—Tienes sesenta segundos antes de que me marche —le dijo el presidente a Packard.

Entonces Packard le dio la noticia:

—El objeto que hemos estado buscando está esperándolo en su Despacho Oval, pero está vacío —informó escuetamente Packard, no queriendo entrar en detalles delante de Serena—. Brooke Scarborough está muerta. Conrad Yeats la asesinó y sigue libre, pero está en el hotel. Seavers está haciendo un barrido habitación por habitación.

—¿Y debo entender que el Vaticano está apoyando al doctor Yeats? —

preguntó entonces el presidente, volviendo la vista hacia Serena.

—No, señor presidente, pero yo sí —contestó ella con sencillez, observando acto seguido la sorpresa en la expresión del rostro del presidente—. Y usted también debería hacerlo. Él no mató a Brooke Scarborough.

Serena deslizó la mano por dentro de su blusa y sacó la carta de Washington para el Observador de Estrellas. Packard parecía a punto de desmayarse solo ante la vista del documento.

—Esperaba poder exponerle mi punto de vista en cuanto tuviera en mi

poder todos los datos, señor presidente, pero me temo que no los tengo —añadió Serena, tendiéndole el documento—. Pero usted sí tiene todos los datos que tengo yo.

El presidente miró el documento por encima y se lo tendió a Packard, diciendo:

—¿Podría la DARPA analizar esto?

—Inmediatamente, señor presidente.

Serena observó a Packard guardarse el pergamino en el bolsillo interior de su uniforme. Dudaba que alguna vez ese documento llegara a ver la luz en los laboratorios de la DARPA o en ningún otro lugar… si Packard cometía la

estupidez de dárselo a Max Seavers.

—Lo que va a descubrir, señor presidente, es que el doctor Yeats solo está siguiendo las órdenes del comandante en jefe George Washington.

—Yo soy el comandante en jefe, hermana Serghetti —afirmó tajantemente el presidente.

—Lo que trato de decirle es que él cree que sirve a los más altos intereses de la República. Si pudiera usted ofrecerle la inmunidad ante la presente persecución a la que se ve sometido, puede que él se acercara a usted y le ofreciera lo que ha encontrado en el globo.

—Aprecio el gesto, hermana Serghetti, y quizás, hasta hace unos días, hubiéramos podido ofrecerle algún tipo de trato —dijo el presidente—, pero ahora que lo hemos pillado poniendo explosivos en monumentos americanos, asesinando agentes federales y, por último, matando a la hija de uno de los más prominentes senadores americanos… bueno, creo que ni yo mismo podría ayudarlo. Juré proteger América.

—No, señor presidente, juró usted proteger la Constitución.

Aquella temeraria respuesta no agradó al presidente.

—Rezaré por Conrad Yeats, hermana Serghetti. Que Dios la bendiga.

—Y a usted, señor presidente.

Tras la conversación, el presidente subió por las escaleras de caracol precedido por dos agentes del Servicio Secreto. Detrás de él subía Packard, que volvió la vista hacia ella con una abierta expresión de desagrado. Serena observó de pronto un triángulo de luz reflejarse sobre la pared, por detrás de la escalera de caracol. Oyó ruido de motores en el exterior y, por último, el golpe de una puerta al cerrarse. Se había quedado sola en la habitación dorada.

Sacó el móvil y presionó una tecla.

Benito contestó:

—Trae el auto, nos marchamos.

40

En el parqueadero subterráneo del Hilton dos policías permanecían de pie, a los lados de la puerta de servicio, mientras una docena de camareros trasladaban cajas de fruta, *muffins* y cruasanes desde el salón de baile hasta las furgonetas que las entregarían a los refugios para indigentes más cercanos.

Uno de esos camareros era Conrad Yeats y llevaba no una, sino dos cajas de

fruta sobre los hombros. Pero después de dejarlas en la furgoneta más cercana no volvió a entrar. Usando la fila de vehículos para ocultarse de los policías, se internó en el garaje en busca de Benito con la intención de escapar en el compartimento secreto de la limusina con el emblema del Vaticano.

El garaje bullía de actividad después de que el presidente se hubiera marchado; los senadores, congresistas y dignatarios extranjeros estaban ansiosos por hacer lo mismo. Las limusinas y todoterrenos se alineaban para recoger a sus respectivos VIPS frente a la entrada del hotel.

—¿Conrad Yeats? —gritó una voz entre las sombras.

Conrad se maldijo a sí mismo por haber acabado en una zona tan iluminada del garaje. Se volvió y vio a una mujer de cabello castaño a la que reconoció, aunque sin recordar su nombre. Apenas pasaba de los veinte años y era la persona de confianza de una senadora de California.

—¡Eh, hola! —dijo él, fingiendo entusiasmo por verla mientras se acercaba.

Ella frunció el ceño, sorprendida, y dijo:

—Soy Lisa, de San Francisco. ¿Y

qué estás haciendo precisamente tú aquí, en el desayuno de oración?

—Arreglar mis asuntos, Lisa.

Conrad sacó un cuchillo que había robado de la cocina y se lo puso a Lisa en el costado. Se detestaba a sí mismo por tener que hacerle eso a la pobre chica, pero no tenía elección.

—Está bien, me confieso —susurró Conrad en su oído—. En realidad no he cambiado nada. Si gritas o haces algún ruido, te mataré. Ya has visto las noticias. Sabes que lo haré.

—Por favor —rogó ella—. Me portaré mejor contigo la próxima vez. Tú llevarás el sombrero y yo aprenderé

a disfrutar del látigo.

—Silencio —dijo Conrad, apretándole con el cuchillo—. Vas a ayudarme a salir de aquí, Lisa. Asiente con la cabeza si me has entendido.

Lisa asintió.

Seavers se apostó ante la puerta principal del Hilton y observó a los VIPS entrar en taxis, limusinas y todoterrenos. El desayuno de oración había terminado sin ningún incidente, al menos en lo relativo a los invitados. El anuncio de la muerte de Brooke Scarborough no se haría público hasta que estuvieran todos de camino a sus casas en Kansas o en Iowa o donde

diablos vivieran. Y para entonces, por supuesto, el plan de la Alineación sería ya imparable.

El único factor desconocido, la equis, pensó Seavers con rabia, era el escurridizo Yeats.

Seavers observó a una joven senadora de California y a su acompañante subir a una limusina y marcharse justo cuando llegaba otra con el emblema del Vaticano ante la puerta del hotel. Giró la cabeza y vio a Serena Serghetti salir por la puerta principal hacia el auto, que la esperaba con la puerta abierta, y subir a él.

Entonces Seavers ordenó a dos

agentes del Servicio Secreto que se acercaran. Hicieron apagar el motor al chofer y revisaron toda la parte baja del vehículo con largos espejos.

La puerta trasera se abrió y Serena salió para observar la escena. Y debido a ello, un pequeño grupo de gente se arremolinó alrededor, formando un corro.

—¿Has perdido algo, Max? —preguntó Serena, tratando de hacer de aquella parada un espectáculo—. Te confieso que he robado dos cruasáns de chocolate para Benito. Le encantan.

—Dile a tu chofer que abra el maletero —exigió Seavers, dirigiéndose

hacia la parte de atrás junto con dos agentes que, mientras tanto, sacaron sus armas.

Seavers era consciente de que estaba montando un espectáculo ante los dignatarios, pero no le importaba. Ni siquiera le importó cuando un fotógrafo de la prensa comenzó a hacer fotos. Sabía que no tenía derecho a obligarla a abrir el auto porque, después de todo, el vehículo llevaba matrícula diplomática. Pero si Serena no lo abría, entonces todo el mundo sabría que ocultaba algo. Y él también.

El chofer la miró y, tras asentir Serena en su dirección, abrió el

maletero. Excepto por una bolsa y una maleta, estaba vacío.

Serena puso los brazos en jarras y esbozó una expresión divertida para las cámaras.

—¿Quieres registrar los bultos también, Max?

Seavers se puso colorado de rabia. Uno de los agentes se acercó a él.

—Señor, hemos encontrado algo —dijo el agente, guiando a Seavers al asiento de detrás de la limusina.

Seavers entonces le hizo un gesto a la hermana para que dejara de posar, señalando la limusina.

—Abre ese compartimento o lo

rajaré con un cuchillo. Tú eliges.

—Max —comenzó a decir Serena, poniéndose seria—, tienes que comprender que hay ciertos países en los que me veo forzada a refugiar secretamente a misioneros y prisioneros políticos. Si permites que la prensa y el público se enteren de esto, esos prisioneros perderán su última oportunidad.

—La elección es tuya, Serena.

Serena se inclinó sobre el asiento de atrás y tanteó en busca del resorte que abría el compartimento secreto. Mientras lo abría, uno de los agentes la empujó hacia atrás.

—Atrás, por favor, señora —dijo el agente, apuntando con la pistola hacia el compartimento secreto.

Pero estaba vacío.

Seavers ardió de furia. Serena se giró hacia él con una sonrisa beatífica, diciendo:

—Te lo dije, Max.

Consciente de las cámaras de televisión, Seavers se inclinó sobre ella y susurró:

—Tu amigo, el fugitivo, es un asesino y un traidor a la patria. No deberías relacionarte con él.

—No, Max, con quien no quiero volver a tener relación es contigo.

Puedes guardarte tus vacunas —respondió Serena que, acto seguido, subió al auto y le hizo un gesto a Benito para marcharse.

Seavers observó la limusina arrancar. Se giró hacia el agente que había examinado el compartimento secreto y preguntó:

—¿Le colocaste el nano-rastreador GPS a la hermana?

—Sí, señor. Se lo coloqué bajo el hombro cuando la llevamos a la sala dorada. Jamás se dará cuenta.

—Pon a un equipo siguiendo esa señal —ordenó Seavers—. Antes o después, nos llevará hasta Yeats.

Serena se inclinó sobre el respaldo del asiento y suspiró profundamente de alivio. Benito giró el volante para entrar en la avenida Connecticut.

—¿Está usted bien, *signorina*?

—Ahora que puedo respirar, sí. Pero no sé dónde está Conrad. Benito miró por el retrovisor y dijo:

—Iba en el todoterreno que había justo delante de nosotros ante las puertas del Hilton.

—No, en ese auto iba una senadora, la vi subir.

—Pero el que conducía era el doctor Yeats —añadió Benito—. Me buscó en el parqueadero y me dio un mensaje

para usted.

Serena se incorporó, sentándose al borde del asiento.

—Dámelo.

—Me dijo que se encontrarían en la casa de Sarah.

Mientras conducía, Conrad escuchó atentamente los chismes que le contaba la senadora a Lisa acerca de uno de los oradores del desayuno, cuya intervención la había conmovido. Lisa apenas habló. Conrad le había advertido que llevaba un cinturón de explosivos y que, al primer intento de avisar a la senadora o de mandar un mensaje de texto por el móvil, todos volarían por

los aires.

La trampa funcionó hasta que cruzaron Washington Circle.

—¿Qué es ese ruido? —le preguntó la senadora a Lisa.

Conrad vio el rostro abochornado de Lisa por el espejo retrovisor.

—Podría ser por el nivel de la gasolina de 87 octanos, señora —dijo Conrad, entrando en un gasolinera al otro lado de la calle—. Permítame que lo compruebe, quizá rellene el tanque con Premium.

—Debería haberlo hecho antes —contestó la senadora de mal humor mientras Conrad salía con su uniforme

de chofer y se dirigía al surtidor.

Un minuto más tarde, el sonido se hizo incluso más fuerte que antes en el interior de la limusina.

La senadora miró por la ventanilla, pero no vio al conductor.

—Ve a ver dónde está, Lisa.

Pero en lugar de ello, Lisa se deshizo en lágrimas sin razón aparente.

—Ahora mismo no tengo tiempo para esto, Lisa. La senadora abrió la puerta y vio la manguera del surtidor enganchada al tanque del auto, pero no vio al chofer. Los golpes, comprendió entonces, provenían del maletero. Salió del auto, se dirigió al maletero y lo

abrió. Ahí estaba el chofer, atado y amordazado.

Cuando Seavers y sus hombres llegaron a la gasolinera, dos policías del distrito federal estaban ya haciéndole preguntas a la mano derecha de la senadora de California que, aparentemente, había conocido a Yeats en un breve encuentro anterior, y que les proporcionó una descripción detallada de él. Además, una cámara ATM de seguridad del gimnasio SportsClub, al otro lado de la calle, había captado al sospechoso.

¿Adónde se dirigía Yeats?, se preguntó Seavers mientras subía a su

todoterreno y se alejaba. ¿Quizás a buscar el segundo globo?, ¿o a encontrarse con su adorada Serena?

—¿Has instalado el GPS de modo que pueda seguir a la monja por mi móvil? —le preguntó Seavers al conductor, un marine llamado Landford, del Primer Destacamento.

—Sí, señor —contestó Landford—. Compruébelo en el mapa de Google.

Seavers examinó el móvil y siguió con la vista la luz roja que representaba la posición de la hermana Serghetti. Se movía por la calle R, pasado el parque Montrose. De pronto, se detuvo.

Miró de cerca la pantalla y pulsó el

botón del zum. Lentamente los borrosos píxeles fueron tomando forma, y Seavers captó una especie de estatua. Pinchó en la imagen y, automáticamente, una página web sacó la foto de la esfera armilar de Sarah Rittenhouse.

Sí, la esfera armilar, comprendió Seavers, mirando la imagen del disco solar sobre su pedestal de mármol. El segundo globo del que Brooke le había hablado, el que Yeats estaba buscando, podía estar enterrado allí debajo.

—Ya hemos llegado, señor —dijo el conductor, mirando por el espejo retrovisor.

Seavers se asomó por la ventanilla y

vio la esfera armilar a unos seiscientos metros aproximadamente de la carretera. Aquel lugar ocultaba potencialmente un tesoro, pero era pleno día y todo el mundo podría verlo.

Y no había ni rastro ni de Serena, ni de Yeats.

Volvió la vista al móvil. El punto rojo que correspondía al rastreador GPS seguía quieto, parpadeando junto a la esfera.

—Tiene que estar debajo de la esfera —dijo Seavers en voz baja—. Tiene que haber otra entrada, una alcantarilla o algo debajo del monumento. Ordena que traigan el

equipo de taladros desde Jones Point y que manden una unidad de agentes de paisano para barrer todo el parque.

—Disculpe, señor —dijo Landford, colgando un teléfono—. Hemos captado una llamada telefónica desde el puesto de control del National Park, dentro del parque. Un vigilante ha pillado a un hombre con uniforme de chofer que encaja con la descripción de nuestro sospechoso difundido por APB[2].

Minutos más tarde, Seavers entraba en el pequeño y húmedo puesto de control del parque, que apestaba a caballo y establos. El funcionario escoltó a Seavers hasta una diminuta

celda, donde había un hombre con uniforme de chofer sentado en un rincón.

—¡Yeats! —gritó Seavers.

El hombre alzó la cabeza y Seavers comprobó que se trataba de un indigente, de rostro arrugado y lleno de verrugas, que simplemente había intercambiado sus harapos por un traje.

—¡Imbéciles! —gritó Seavers al vigilante.

Pero el vigilante hablaba por radio.

—Entendido —dijo, apagando la radio y dirigiéndose acto seguido a Seavers—. Parece ser que ese hombre además nos ha robado un caballo.

41

Conrad dejó el caballo de la policía en el viejo molino Peirce y caminó a lo largo del riachuelo hasta el final del barranco en dirección a la cueva. Aquella cueva, estaba convencido, lo llevaría directamente al lugar de descanso definitivo del globo terrestre bajo la esfera armilar de Sarah Rittenhouse.

Al cruzar el riachuelo, agotado pero

decidido, pensó en Washington, en el momento de cruzar Valley Forge, y en el coraje que había demostrado ante toda América durante la Revolución. Ese mismo coraje y esa misma resolución debían haberlo llevado a la fatídica noche en que, en aquellos mismos bosques, se había enfrentado a la Alineación para salvar a la República.

George Washington galopó por el bosque, montado en su caballo bajo la lluvia. Eran casi las tres en punto de la madrugada cuando salió de entre los árboles y se detuvo bruscamente junto al muelle de Georgetown.

Lentamente, Washington guió a

Nelson hasta la vieja casa de piedra, escuchando los cascos del viejo caballo de guerra golpear con suavidad la tierra en medio de la noche. Lo ató a un poste y se dirigió a la puerta. Llevaba una gabardina y un sombrero de paisano, así que su aspecto era el de un anónimo civil. Pero a pesar de todo no podía ocultar su regio porte de oficial y caballero.

Llamó a la puerta tres veces. Hizo una pausa y volvió a llamar. Tomó la aldaba y entonces la puerta se abrió por sí sola. Washington se inclinó para entrar: con su altura, de un metro noventa y dos centímetros, se daba con

la cabeza en el dintel. Dio un paso al interior.

El hombre con el que tenía que encontrarse, su mejor falsificador, estaba tranquilamente sentado junto a la chimenea. En la tosca mesa de madera que tenía delante había cartas, mapas y documentos.

—Un asunto traicionero este de la nueva República —dijo una voz desde las sombras—. ¿Quién sabe cómo acabará?

Washington se quedó muy quieto. Luego, lentamente, volvió la cabeza.

A escasos metros de distancia, junto al umbral de la puerta, se veía una

gigantesca silueta. Era la de un hombre que parecía un toro, con rudo rostro y cabellos rizados blancos. Sus ojos eran negros y parecían no tener alma. El hombre sacó una pistola del abrigo y dirigió el cañón directamente hacia Washington.

—No deberías haber intentado engañar a la Alineación —dijo el hombre con una voz que le resultó familiar, aunque difícil de identificar—. Y ahora dime dónde está tu copia del tratado.

—Ahí, sobre la mesa —contestó Washington con cautela—. He venido a recogerla.

—¡Mientes! —dijo el hombre al tiempo que surgía de entre las sombras.

—¡Tú! —exclamó Washington, contemplando a uno de sus más leales oficiales a lo largo de los años.

Aquel hombre había sido un hijo de la libertad, un patriota; uno de los primeros miembros del Culper Spy Ring, que había ayudado a Washington a derrotar a los británicos en Nueva York. Su mejor asesino.

—Esto es una falsificación —dijo el asesino, tomando el documento de la mesa y sacudiéndolo con desdén ante el rostro de Washington.

Washington sintió un escalofrío de

terror. Así que lo sabía. ¿Cómo era posible?

—Las filas de la Alineación están por todas partes. Su destino y el de América es el mismo: es uno solo —dijo el asesino, alzando el arma hasta el pecho de Washington—. Y ahora siéntate junto a tu amigo.

Washington obedeció. Aún faltaban horas para el amanecer y la habitación estaba muy oscura. Se quitó el sombrero y el abrigo, y los dejó sobre la mesa, mostrando el traje ceremonial masón que llevaba debajo, y se sentó frente al asesino.

—Mucho bien te ha hecho tu

hermandad de constructores —dijo el asesino con desprecio, riéndose—. ¿Qué clase de resistencia pueden ofrecer contra los guerreros de la Alineación?

Washington observó al asesino abrir el documento falso y examinarlo a la luz de la chimenea.

—Brillante —dijo en tono de aprobación—. Es exactamente igual que el original, idéntico al tratado corregido y con la fecha modificada que vas a firmar e intercambiar con la Alineación. Solo que este está escrito con esa tinta especial que se hace invisible a los pocos días, y que deja solo una inútil firma en un papel, porque los artículos,

efectivamente, desaparecen. Pero claro, para cuando la Alineación descubriera el truco, sin duda tú ya habrías destruido el original. ¿Era el viejo Livingston, aquí presente, tu hombre en la Alineación?

Washington no contestó.

—Siempre te gustó jugar a los dobles espías —continuó el asesino, zarandeando el documento oficial que Washington, supuestamente, iba a firmar —. ¿Y qué pretendías hacer con esto?

El asesino alzó el tratado corregido que Livingston había copiado, el original que habría lanzado a Washington y a América a un destino

impensable.

Washington contempló el fuego de la chimenea sin decir una palabra. Es un tratado infernal, pensó. Jamás debió firmar el primero, diez años atrás.

—Bueno, no importa —siguió diciendo el asesino—. Tu juego está a punto de terminar. Pronto nuestros amigos estarán aquí. Ellos decidirán si vas a asistir a la ceremonia mañana o no.

Se refería a la ceremonia anunciada en el cartel, clavado a la pared, en el que se invitaba a todo el pueblo a unirse al presidente y a los miembros del Congreso en una procesión desde

Alexandria hasta lo alto del monte Jenkins Heights, donde colocarían la piedra angular del nuevo edificio del Capitolio de los Estados Unidos.

Washington sintió un escalofrío de terror al ver la vida de la República en juego.

—¿Tomamos un poco de soda? —preguntó Washington.

—Siempre tan enigmático, general —contestó el asesino, mientras daba la espalda a Washington por un momento para alcanzar unos vasos de un estante y continuaba diciendo—: Bueno, ¿y por qué vamos a brindar?, ¿por el destino, o por la libertad?

—Yo elijo la libertad —dijo Washington al tiempo que se inclinaba sobre la mesa y alzaba las piernas hasta tocar el fondo—, no lo puedo evitar.

Entonces Washington levantó la mesa con las piernas y la lanzó contra la espalda del asesino, que salió disparado hacia la pared. Los vasos cayeron al suelo y se rompieron. El asesino se volvió, con el rostro ensangrentado, alzando la pistola. Washington se levantó de la silla, desvió el arma con un golpe del brazo izquierdo y le dio una patada en la entrepierna con la rodilla derecha. El asesino se dobló hacia delante, pero una de sus piernas,

enganchada a la de Washington, los mandó a ambos al suelo. Mientras caían, Washington alcanzó la mano del asesino con la que sujetaba la pistola y se destrozó el otro puño contra el cuello de su rival, consciente de que la pistola se había disparado entre ambos.

Hubo un claro olor a carne quemada. El asesino yació quieto, muerto.

Washington se puso en pie, recogió el tratado original y lo arrojó al fuego. Firmó el falso y se lo guardó en el abrigo. Entonces hizo una pausa.

Había dejado de llover.

—¡Maldita sea! —juró Washington, comprendiendo que tenía que darse

prisa si quería llegar a su cita con la Alineación para intercambiar el tratado falso, que acababa de guardarse en el abrigo, por la copia ratificada y revisada del tratado que conservaban sus oponentes y que, muy a su pesar, él mismo había firmado diez años atrás.

Era el único documento que quedaba con capacidad para obligarlo legalmente, pero, si Dios se lo permitía, pronto estaría en su posesión.

En el centro del distrito federal había una colina conocida como la colina de Jenkins Heights. Washington siempre la había llamado Roma, porque un siglo atrás su propietario, un

terrateniente de Maryland llamado Francis Pope, había soñado que un día allí, a orillas del Potomac, que él llamaba Tiber, nacería un imperio que eclipsaría al de Roma.

Empapado en la historia de la tierra que había contemplado desde joven, Washington sabía, sin embargo, que la historia de esa colina se extendía mucho más atrás. Y sintió como si cabalgara en el tiempo mientras *Nelson* la subía para realizar el intercambio de tratados.

Mucho antes de que los europeos colonizaran el nuevo mundo, los indios algonquinos habían mantenido grandes concilios tribales al pie de aquella

colina. Los algonquinos estaban ligados arqueológicamente a los antiguos mayas y, según la leyenda, a los descendientes de la Atlántida. Los jefes de la tribu de la que eran originarios, los indios montauk, se hacían llamar faraones exactamente igual que sus primos, los antiguos egipcios. En su lengua, la palabra «faraón» se deletreaba igual que en las viejas lenguas arábigas de hacía diez mil años, y quería decir «hijo de la estrella» o «hijos de las estrellas».

Y esa era la razón por la que Washington había elegido esa colina como corazón de la nueva ciudad federal, y la razón por la que los

topógrafos elegidos por él, Ellicot y L'Enfant, habían orientado el proyecto de la Casa del Congreso hacia la estrella Régulo, en la constelación de Leo, estrella clave tanto para la Atlántida como para Egipto. Y también era la razón por la que toda la ciudad federal se orientaría hacia la constelación de Virgo: como Roma.

Personalmente, Washington sentía una cierta ambivalencia en relación a la astrología.

Como masón, sentía que tenía sentido que las nuevas ciudades, iglesias y edificios públicos estuvieran alineados con las estrellas. Aunque solo

fuera para reconocer la necesidad de la bendición de los cielos en una empresa tan vasta, corruptible y terrenal como era la fundación de una nueva República. Tenía sentido para él hacer cartas astrológicas a propósito del momento más oportuno y astrológicamente favorable de colocar una piedra angular, como por ejemplo en el caso del Capitolio, cuya piedra angular se colocaría, de acuerdo con la correspondiente carta astral, aquel mismo día, en esa colina, exactamente a la una de la tarde. Después de todo, las estrellas eran puntos mucho más permanentes en el cielo de lo que lo

eran los políticos.

Los discípulos de la Alineación, en cambio, no eran constructores como los masones, sino guerreros: guerreros cuyo origen se remontaba a la Atlántida y que se habían infiltrado en los ejércitos de diversos imperios a través de los siglos para manipularlos. Utilizaban las estrellas para librar batallas y destruir a aquellos que consideraban sus enemigos. Más aún: no elegían los astros como él, empleándolos para sacar el máximo partido a un clima astrológico favorable concreto, no. Su astrología era determinista, fatalista y estaba llena de desgracias… se trataba

de una profecía que se satisfacía a sí misma. Jamás se les había ocurrido considerar la ironía que suponía usar las estrellas como mera justificación de sus actos.

Tanto los iluminati como los masones o la misma Iglesia, como claves estratégicas de la historia, habían servido de anfitriones ignorantes para las filas infernales de la Alineación, que en ese momento había fijado la vista en el gobierno federal del nuevo Estado. Durante la Revolución, hasta el mismo Washington había confiado en ciertos oficiales entrenados en sus artes especiales para cambiar el rumbo de una

batalla.

Pero había sido un error que siempre lamentaría.

Doce representantes de la Alineación, montados a caballo y con antorchas en la mano, lo esperaban en lo alto de la colina. Entre ellos había oficiales, senadores y banqueros a los que Washington conocía bien, pero no tanto como él creía, evidentemente.

Washington cabalgó colina arriba hacia el grupo, deteniéndose junto a una zanja en el suelo en la que se colocaría la piedra angular. Pocos metros más allá estaba el globo celeste dorado.

El negociador oficial de la

Alineación, conocido bajo el pseudónimo de Osiris, tanteó con las manos el suave contorno y las constelaciones del globo hasta que lo abrió, mostrando el eje de madera que unía las dos partes. Abrió el globo por completo y le quitó el eje. Estaba hueco.

—El tratado, general —dijo Osiris.

Washington le tendió el documento falso que había recogido en la casa de piedra, firmado por él como presidente de los Estados Unidos.

Osiris lo enrolló, lo introdujo en el eje y cerró el globo. Entonces, devolvió a Washington el tratado original firmado en Newburgh en 1783, cuando era

comandante en jefe del Ejército Continental y los Estados Unidos de América y la Constitución no existían todavía.

Washington se guardó el Tratado de Newburgh en el bolsillo y, después, observó cómo el globo sellado con el documento falso, escrito con tinta soluble, era descolgado hasta lo más profundo de la zanja e introducido en el hueco de un bloque de cemento. En el reverso del documento falso había algo que el asesino de la casa de piedra no había podido ver: un mapa de las estrellas, dibujado con tinta invisible, que se haría visible si algún día aquel

globo salía a la luz.

Pero para eso faltaban aún siglos, pensó Washington.

Echaron mortero de cemento sobre la trinchera para sellarla. Luego unas cuantas palas de tierra para cubrirlo. En cuanto amaneciera, colocarían justo encima un plato de plata para marcar el lugar y, sobre él, la piedra angular del Capitolio de los Estados Unidos.

—Ya tienen lo que querían —dijo Washington—, así que, ¿por qué ahora no se libran de mí?

—Ha sido usted indispensable, señor. Lo saludamos. Si hubiera sido usted una persona con más entereza, nos

habría permitido coronarlo. Entonces podría habernos guiado a nosotros y a toda América a nuestro destino en esta generación, en lugar de hacernos esperar hasta la próxima.

—América demostrará que se equivocan —contestó Washington.

Apostaron cuatro soldados en el lugar para proteger el globo celeste hasta la ceremonia de la colocación de la piedra angular. Los trece oficiales se dispersaron en todas direcciones. Cuatro hacia el norte, cuatro al sur, cuatro al este y un solo jinete, Washington, hacia el oeste.

Le llevó media hora llegar hasta las

salvajes afueras del distrito federal y al pozo Peirce, a orillas del riachuelo Rock Creek. Washington siguió las ondulantes aguas entre barrancos pedregosos y densos bosques primaverales. El final de su viaje era la cueva, oculta entre densos helechos, arbustos y follaje. Un velo de musgo y enredaderas sobre la entrada la hacía poco menos que invisible.

Washington ató a *Nelson* a un nogal, abrió la cortina de enmarañadas enredaderas y entró en la cueva, en la que se vía una débil luz en la distancia, al fondo. Siguió caminando por la cueva hasta el final, hasta donde se abría una

cavidad más grande, donde lo esperaba el tembloroso Hércules, su más preciado esclavo, con una antorcha en la mano, alumbrando el viejo pozo algonquino rodeado de toneles de pólvora.

Washington observó a Hércules. Tenía un enorme saco a sus pies, junto a los zapatos de hebillas. Se inclinó y sacó otro globo de cobre del saco.

Era casi idéntico al que acababa de ver enterrar en lo alto de la colina de Jenkins Heights, solo que este era terrestre. Originalmente ambos globos formaban pareja, pero los había separado para un propósito especial. Washington contempló maravillado la

topografía única que había grabado el cartógrafo que lo había construido tiempo atrás.

Recorrió con el dedo el paralelo 40 del globo, tanteando la hendidura. Encontró el resorte y lo abrió. Sacó el documento firmado de su abrigo, lo metió dentro y lo cerró. Entonces le hizo un gesto de asentimiento a Hércules, que ató el globo con una cuerda y lo bajó por el pozo.

Washington observó cómo el rollo de cuerda a los pies de Hércules se iba desovillando. El globo descendió y descendió hasta descansar sobre el fondo del pozo. Entonces se arregló su

traje de masón, sacó una llana y arrojó un puñado de tierra al pozo. Luego se sentó sobre un barril de pólvora y sujetó la antorcha mientras Hércules se remangaba las mangas de la camisa, tomaba una pala y comenzaba a echar tierra al pozo.

De vez en cuando Hércules se paraba para secarse el sudor. Washington solo podía maravillarse ante el delicado atuendo de su esclavo, el reloj de bolsillo de oro y las hebillas. Probablemente Hércules era el esclavo mejor vestido de los Estados Unidos. Era una vergüenza tener que implicarlo en aquel sucio negocio.

—¿Te das cuenta de que eres un fiel seguidor de la moda, más fino aún que yo, Hércules?

—Usted me permitió vender las sobras de la comida, señor.

—¿Y tus beneficios?

—Alrededor de unos doscientos dólares el último año, señor.

Washington sacudió la cabeza. Sin duda, aquel era un nuevo mundo.

Finalmente, bajaron dos barriletes de pólvora al pozo dejando un fino y largo rastro negro preparado antes de salir de la cueva.

Fuera, en la oscuridad, Washington respiró aire puro y contempló a su

atemorizado esclavo.

—De camino a Filadelfia pasarás por Nueva York —le dijo Washington a Hércules mientras le tendía un sobre cuyo destinatario era Robert Yates, presidente de la Corte Suprema de Nueva York—. ¿Sabes dónde está enterrado el buzón para el destinatario?

—Justo fuera de la granja —contestó Hércules, asintiendo.

—Exacto —dijo Washington—. Será mejor que te vayas cuanto antes. Hablaremos en cuanto yo vuelva a Filadelfia.

—Sí, señor —dijo Hércules, que salió corriendo en busca del caballo.

Washington observó a Hércules, que se marchaba galopando, y luego volvió a la cueva y sacó la pistola.

Alzó un brazo y niveló el arma, apuntando a la cueva.

—Dios salve a América —dijo en voz alta, haciendo un único disparo.

Dentro de la cueva, en la zona más profunda, se produjo primero un fogonazo de luz y después una tremenda explosión, seguida de otras cuantas más hasta quedar bloqueada la entrada de la cueva, de la que salió una nube de humo y un fuerte olor a sulfuro. El globo quedó definitivamente enterrado hasta que el Reino, o el Observador de

Estrellas, viniese a buscarlo… según qué destino corriera.

Cuando el humo se despejó por completo, Washington ya se había marchado.

Conrad encontró la cueva al otro lado del riachuelo, tras un matojo. Abrió la cortina de raíces y entró en el húmedo pasaje.

Aquello era como volver al pasado en busca de su infancia perdida, de sus orígenes, de su padre… Y en cierto modo era lo que hacía. Porque allí, en esa cueva, todo cobraba sentido por fin: Tom Sawyer, los días con su padre allí, cavando en la cueva, e incluso la esfera

armilar de Sarah Rittenhouse del parque, a unos cien metros, donde solía hacer *jogging*.

Siempre había estado allí, pensó maravillado. Durante todo el tiempo.

Algo se movió en la oscuridad, e instantes después se sintió cegado por la luz de una antorcha. Conrad parpadeó durante un minuto hasta que vio el rostro sucio pero igualmente angelical de Serena, con un halo de luz tras ella y una pala al hombro, lista para darle con ella en la cabeza.

—¡Gracias a Dios, Conrad! —exclamó Serena—. Lo has conseguido. No estaba segura de haber comprendido

bien el mensaje.

—Eres una mentirosa —dijo él—. Sabías desde el principio que había dos globos, y no me lo dijiste.

—Siempre van de dos en dos, Conrad —dijo ella, comenzando a toser —. El terrestre y el celeste. Creía que lo sabías.

—O quizá tú y tus amigos del Vaticano querían guardárselo para ustedes solos —contestó Conrad, apretándole un poco más las tuercas.

—Por favor, Conrad, sé que tú no mataste a Brooke.

Conrad la miró a los ojos. Eran grises, casi negros. Y lo dejó pasar.

Ella trató de respirar.

—Brooke —musitó Conrad entonces, recordando la última vez que la había visto, atada a la cama del hotel, y sintiendo dolor por lo que debía haberle sucedido nada más marcharse él —. Tuvo que ser Seavers, te lo juro.

—Lo sé —confirmó Serena, tragando y tratando de recuperar el aliento—. Toma, coge esto. No tenemos mucho tiempo.

Serena le tendió la pala.

42

Esfera armilar de Sarah Rittenhouse
Parque Montrose

Eran poco más de las siete de la tarde y el sol estaba a punto de ponerse sobre el horizonte cuando el cabo de los Cuerpos Armados de Ingenieros trepó por la alcantarilla hasta la calle R, cerca de la esfera armilar, para darle la

noticia a Seavers, que había hecho acordonar la zona del monumento a sus marines del Primer Destacamento.

Pero Seavers, sentado de mala manera sobre una elevación natural del terreno dentro del relativamente tranquilo parque infantil junto a la esfera armilar, en Rock Creek, ya se había dado cuenta de que el ruido del taladro había cesado.

—¿Qué problema tenemos, cabo?

—Hemos encontrado algo, pero no lo hemos identificado —dijo el cabo—. Por eso ahora hemos desconectado.

—En cristiano, cabo.

—La alcantarilla… …el tubo que

bajamos para abrir las paredes tiene algo atascado. Por eso tenemos que volver a subirlo. Una vez lo subamos, bajaremos un motor para abrir. Luego retiraremos el motor y tendremos que volver a bajar el tubo otra vez.

Lo único que Seavers entendió de todo aquello fue que el asunto iba a llevarles mucho más tiempo aún. Y ya le había concedido demasiado tiempo a Yeats.

—¿Cuánto nos va a costar, cabo?

—A la DARPA, el tubo nuevo del taladro puede costarle unos cien de los grandes, y a la Administración de Servicios Generales alrededor de un

millón al día —dijo el cabo—. Tenemos a setenta y cinco hombres y un montón de equipos ahí abajo, señor. Es una operación compleja que debemos hacer a toda prisa.

—No te pregunto por el coste, maldito burócrata roñoso —contestó Seavers, a punto de hervir—. Te pregunto cuánto tiempo.

—Todo, completo, nos llevará unas doce horas por lado.

Eso suponía unas veinticuatro horas contadas a partir de ese momento, comprendió Seavers. Y justo para entonces debía acompañar a la delegación china de las Olimpiadas

hasta el Monumento a Washington.

—Eso es inaceptable, cabo. ¿Cuánto más hay que abrir?

—Nos faltan algo más de seis metros para llegar a lo que parece una cueva, aunque está bloqueada en parte —dijo el cabo—. Pero hemos dado con una roca metamórfica más dura y resistente, señor. Tiene esquisto, filita, pizarra, gneis y gabro.

Llegados a aquel punto, Seavers sabía más acerca de la geología del cuarto parque en antigüedad de América de lo que hubiera deseado jamás. Pensando en la conservación de todo tipo de árboles, animales y

curiosidades, y en su mejor preservación, el parque se extendía unos quince kilómetros de largo y casi dos de ancho, y era un santuario para muchas especies únicas y raras, según el acta del Congreso que lo había creado.

Y, en ese momento, entre esas especies raras se incluían Conrad Yeats y Serena Serghetti.

—Un momento, cabo —dijo Seavers que, acto seguido, llamó a Landford por radio—. ¿Qué tal va el Servicio Nacional de Parques con la caza de nuestros terroristas?

—Aún nada, señor —informó Landford desde la unidad móvil—, pero

han puesto a trabajar a todos los guardabosques, policía montada y de a pie; están barriendo todo el área.

Por desgracia, como Seavers sabía muy bien, solo el riachuelo Rock Creek tenía casi cincuenta y tres kilómetros de largo, y el parque cubría casi veinte mil acres. Peor aún, serpenteaba a través de rocas cristalinas metamórficas salpicadas de innumerables pozos, cuevas y cavernas. Una cuarta parte de la zona pertenecía al distrito federal, haciendo del lugar un Tora Bora urbano en el que Yeats podía esconderse fácilmente durante bastante tiempo.

Seavers bajó la vista hacia el mapa

geológico que mostraba el vasto sistema de cuevas que recorría la zona. Estaba convencido de que Yeats y la monja se habían internado en una de esas cuevas para recorrer el camino de vuelta por debajo de la esfera armilar. Pero, si él no conseguía adelantárseles y dar con el globo, antes o después tendrían que salir. Y en cuanto lo hicieran, él los capturaría.

Sin embargo, no estaba dispuesto a arriesgarse.

—Basta de taladrar, cabo —ordenó Seavers—. Vamos a dejar caer una buena carga explosiva por esas paredes. Acabaremos fácilmente con esos seis

metros de roca hasta llegar a la cueva.

—Señor —dijo el cabo, atónito—, si dejamos caer una carga explosiva, probablemente toda la cueva quedará bloqueada y enterraremos lo que sea que estamos buscando.

—Pero siempre podemos volver a cavar —sugirió Seavers—. Sencillamente, no estoy dispuesto a que escapen.

43

Las paredes del viejo pozo estaban recubiertas de piedra, lo cual le hizo preguntarse a Serena si, alguna vez, aquel pozo había tenido un uso sagrado o ritual. Según parecía, había sido construido originariamente por los indios algonquinos, probablemente por uno o dos, trabajando codo con codo. Y por esa razón cabían los dos, Conrad y ella. Él cavaba mientras ella iba

sacando la tierra.

—La madre superiora solía decirme que si lo que le pides a Dios es que mueva tu montaña, no debes sorprenderte si él te concede una pala.

—¿Y también te enseñó a mentir y engañar? —preguntó Conrad medio gruñendo, sin dejar de clavar hondo la pala en la tierra—. Sabías desde el principio que Brooke pertenecía a la Alineación, Serena, ¿no es así? Pero no me avisaste. No moviste ni un dedo hasta que encontré la carta de Washington para el Observador de Estrellas.

—¿Qué te contó Brooke, Conrad?

—Que Seavers va a soltar el virus de la gripe aviaria en los Juegos Olímpicos de Beijing el mes que viene —dijo Conrad, mientras echaba una pala llena de tierra en un cubo—. En realidad va a soltarlo mañana en el National Mall, pero el contagio no comenzará hasta que no empiecen las olimpiadas, así que todo el mundo creerá que se originó en China. América ofrecerá su maravillosa vacuna a sus amigos y se la denegará a sus enemigos; tanto a los de dentro como a los de fuera. Seavers no es más que el gatillo que desencadenará el apocalipsis. El globo que buscamos es lo que ellos utilizan para justificar la

«limpieza» y el establecimiento del nuevo orden.

Aquella revelación sumió el alma de Serena en una sombría nube negra que la hizo estremecerse.

—¡La gripe aviaria! —exclamó Serena—. ¡Oh, Dios mío, Conrad!, debería habérmelo imaginado. Debería haberlo adivinado como lingüista que soy.

—¿Adivinar qué?

—La palabra inglesa *influenza*, gripe, viene del latín —explicó Serena—. Significa mala alineación de las estrellas. Los antiguos asociaban el surgimiento de plagas con las

conjunciones astronómicas.

—Sí, pues esta vez la Alineación va a encargarse de que así sea.

—Tenemos que pararlos, Conrad, pero ¿cómo vamos a llegar hasta Seavers?

—No vamos a dar con la aguja en el pajar —contestó Conrad, respirando trabajosamente—. Habrá medio millón de personas paseando por el Mall para ver los conciertos y los fuegos artificiales. Y la seguridad jamás será tan férrea.

Serena observó a Conrad, que redobló sus esfuerzos al cavar, y trató de darle algún sentido a aquella revelación.

De pronto dijo:

—Sé dónde va a hacerlo.

Conrad dejó de cavar por un momento para recuperar el aliento y escuchar.

—Oí a Seavers hablar con un diplomático chino en el desayuno de oración. Verá los fuegos artificiales con los diplomáticos chinos desde lo alto del Monumento a Washington. Tenemos que decírselo al presidente y al secretario de Defensa Packard.

Serena sacó el móvil, pero en aquellas profundidades no había cobertura.

—Como si fueran a creernos —

comentó Conrad.

Por fin, al clavar la pala, sonó un fuerte ruido. Serena se agachó y ayudó a Conrad a retirar la escasa tierra que quedaba encima. Tenía un nudo en el estómago.

—No está aquí —dijo ella, desesperada—. El globo no está. Tenemos que marcharnos y avisar a la Casa Blanca de lo de Seavers. Ahora ya no tenemos elección.

—No, sí que está aquí —la contradijo Conrad, secándose el sudor y mirando las paredes de piedra del pozo —. Lo sé. Solo que aún no hemos llegado al nivel del agua. Apártate un

poco.

Serena se echó a un lado. Conrad alzó la pala en el aire. Era como si estuvieran en una feria de pueblo y él, dispuesto a impresionar a su chica, fuera a asestarle un martillazo al resorte que haría saltar el timbre.

—¿Qué estás haciendo?

—Es un fondo falso.

Conrad dio un fuerte golpe en el suelo. Saltaron chispas. Alzó la pala de nuevo y la descargó una vez más, aún con más fuerza. Serena oyó un ruidoso *crack*.

—Ayúdame a levantar esto.

Les llevó media hora subir todas las

piedras, y otra hora más cavar hasta que volvió a sonar otro *clic*. Habían dado con algo metálico.

El globo.

Conrad dejó la pala apoyada contra la pared, sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa del mendigo y lo encendió. Serena se quedó mirándolo.

—¡A qué demonios estás esperando! —exclamó ella, temerosa de que Max Seavers y sus hombres estuvieran en ese instante justo encima de ellos.

Conrad le dio una profunda calada al cigarrillo y exhaló el humo, haciendo un círculo perfecto. Ella observó la «O» volar por el aire, expandiéndose hasta

romperse y desvanecerse. Finalmente él dijo:

—Brooke dijo otra cosa más en el Hilton.

Serena sintió que se le hacía otro nudo en el estómago. Él siempre hacía eso: elegía el peor momento para soltar algo que había estado rumiando durante horas, días, semanas o incluso años.

—Ahora no, Conrad, por favor.

—Dijo que tú sabías algo acerca de mi sangre, que lo sabías desde siempre. Algo que tendría que ver para creer.

Serena respiró hondo, caminó de un lado a otro por el pozo y finalmente le quitó el cigarrillo de la boca a Conrad.

Le dio una calada profunda y lenta, le devolvió el cigarrillo y le echó el humo en la cara.

—Tiene que ser ahora, ¿verdad, Conrad?

—Sí.

Entonces Serena se arrodilló en el fondo del pozo y comenzó a cavar desesperadamente, con las manos, mientras Conrad la observaba.

—No se trata tanto de tu sangre como de tu ADN —afirmó Serena.

—¿Has analizado mi ADN?

—Sí, después de lo de la Antártida —confesó ella, tensa.

—¿Y qué me quitaste?

—Un mechón de pelo —reveló Serena—. Podemos hablar de esto luego, Conrad. Por favor, ayúdame. También es por tu bien.

—¿Por qué analizaste mi ADN, Serena? Tú no creíste lo que dijo mi padre en la Antártida, ¿no es así? Mi ADN no tiene nada de especial. ¿O es que crees que no me lo he analizado yo miles de veces? He visto los números, he leído todas las tablas. No hay cadenas ni combinaciones fuera de lo corriente, Serena.

—¡Conrad, eres imposible! —exclamó ella que, justo en ese instante, vio algo metálico entre la tierra.

—Tú sabes algo que yo no sé, ¿verdad, Serena? Siempre es así.

—Es algo que no se explica con un análisis, Conrad. Hay que verlo.

—¿De qué diablos estás hablando, Serena?

Serena se puso en pie y lo miró a los ojos, diciendo:

—¿Quieres saberlo, Conrad? Bien. Tus cadenas de ADN en espiral giran a la izquierda.

—Por supuesto que giran en espiral, todas las dobles hélices giran en espiral.

—Sí, pero ocurre que en todos los organismos originarios del planeta Tierra las cadenas de ADN giran a la

derecha.

Serena vio que el rostro de Conrad se ponía tenso, observó su penetrante mirada, escrutándola, y finalmente miró sus labios, que se relajaron bruscamente hasta dejar caer el cigarrillo, que acto seguido pisó.

—Bien, ¿y tú qué crees, Serena?

—Ahora mismo no sé qué creer, Conrad. Solo sé que te quiero y que, si conseguimos salir de este lío, quiero estar contigo. Me di cuenta en el instante en que vi a Brooke, muerta en la habitación, porque al principio pensé que serías tú. Pero ahora lo que tenemos que hacer es sacar lo que sea que esté

enterrado ahí abajo y llevárnoslo antes de que llegue Seavers… o seremos historia.

Serena abrazó a Conrad por el cuello, se inclinó sobre él y lo besó de lleno en la boca. Podía sentir su corazón latir, saliéndose casi del pecho, mientras él la abrazaba por la cintura con fuerza. Luego, lentamente, él la soltó y ella alzó la vista hacia él, seria y decidida.

—Saquemos esto.

44

Conrad cavó alrededor del globo con las manos mientras Serena iba limpiando el objeto que sobresalía de la tierra con un trapo. Enseguida se vio el perfil de Norteamérica grabado en el hemisferio norte.

—¡Mira! —exclamó Serena, entusiasmada—. Es evidente que es el globo terrestre; muestra la Tierra, no las estrellas. ¿Cómo se abre?

—Así.

Conrad metió la hoja de un cuchillo por la hendidura del ecuador y presionó con fuerza. Se oyó un *crack* y el hemisferio comenzó a inclinarse bajo su mano, abriéndose como la tapa de una caja para mostrar en su interior un cilindro sellado de madera.

—Ya está.

Escalaron por las paredes del pozo y se arrodillaron en el suelo de la cueva. Conrad sacó un pergamino del cilindro de madera y comenzó a desenrollarlo.

—Tienes las manos sucias, lo estás manchando —le reprochó Serena—. Salgamos de aquí y vayamos a un lugar

seguro.

—Tú tienes las manos tan sucias como yo, Serena —dijo él, negándose a moverse—. Y no habrá ningún sitio seguro hasta que sepamos qué hay en este documento. Aquí y ahora, Serena. Lo importante es la información, no la conservación.

—¡Te odio! —contestó ella, encendiendo la linterna y dirigiéndola hacia el pergamino.

El tipo de papel era semejante al del mapa de estrellas; casi un pergamino. Pero en el nuevo documento no había ningún mapa. En realidad se trataba de un documento formal, escrito en inglés,

con un importante preámbulo. Algunas fechas y algunos nombres de 1783 habían sido enmendados, volviendo a escribir encima en 1793.

—En el presente día —comenzó Conrad a leer—, dieciocho de septiembre de mil setecientos noventa y tres, se firma un Tratado entre la Regencia de la Nueva Atlántida y sus ciudadanos, y George Washington, presidente de los Estados Unidos de Norteamérica y representante de los ciudadanos de dichos Estados Unidos. —Conrad alzó la vista hacia Serena y preguntó—: ¿La Regencia de la Nueva Atlántida?

—Se refiere a la Alineación —explicó Serena—. Regente es simplemente una persona o grupo elegido para gobernar en el lugar de un monarca u otro jefe que está ausente, incapacitado o en minoría de momento.

—¿Así que lo que dice es que hay un nuevo César esperando para tomar las riendas del mundo?

—Nosotros, en la Iglesia, preferimos llamarlo Anticristo.

El preámbulo iba seguido de una serie de artículos que a Conrad le costó comprender, por lo que le tendió el documento a Serena y se ocupó de la linterna.

—Tú eres la lingüista y la experta en tratados internacionales, Serena. Pero, dime, ¿qué es eso de la Nueva Atlántida?

—El gobierno federal —dijo Serena, revisando rápidamente los artículos—. Lo que dice el tratado es que el gobierno federal tiene derecho a separarse de los Estados Unidos el 4 de julio de 2008 para formar su propia entidad, la Nueva Atlántida, el mismísimo superpoder que Francis Bacon predijo que surgiría en el nuevo mundo a través de su tecnología y su poder. Los Estados Unidos de América se disolverían entonces y el poder

volvería a sus correspondientes estados.

—¡Maldita mierda! Si es legal, es una bomba nuclear.

—Querrás decir una bomba de neutrones: los regímenes cambiarían, pero el distrito federal y todas las tierras públicas adquiridas por el gobierno federal desde su comienzo, alrededor de una tercera parte del país, casi todo al oeste, permanecería como territorio de la Nueva Atlántida, incluyendo todas las bases militares tanto de aquí como del resto del mundo. Lo cual significa que la Nueva Atlántida tendría los medios para fortalecer su voluntad sobre los Estados Unidos

originarios y el resto del mundo.

Conrad sacudió la cabeza y dijo:

—La Corte Suprema de los Estados Unidos jamás respaldaría algo así.

—¿Cómo iba a respaldarlo? —preguntó Serena a su vez—. En cualquier caso, estos estatutos son no solo inconstitucionales, sino anticonstitucionales. Es evidente que se nombran a sí mismos tanto precursores como sucesores de la Constitución de los Estados Unidos. Pero, definitivamente, el documento parece auténtico. Y por eso resulta muy violento para América, porque arroja dudas acerca de su propia fundación en un

momento en el que sus críticos se preguntan si el mundo estaría mejor sin ellos. No es de extrañar que todos los presidentes, desde Jefferson, hayan buscado esto. Lo que no comprendo es por qué Washington firmaría jamás algo así.

Serena le tendió el documento a Conrad, que examinó los últimos párrafos. Washington había dado su aprobación a los artículos el 23 de abril de 1783, aprobación que ejercía como comandante en jefe del Ejército Continental. Además había una segunda aprobación, fechada casi una década más tarde, el 13 de septiembre de 1793.

A esta seguía la firma del presidente George Washington y el sello oficial de los Estados Unidos de América o, mejor dicho, únicamente la cara frontal del sello. En el lado opuesto había doce firmas y el reverso del sello o «Nuevo Orden Mundial».

Un sello, y dos Américas, pensó Conrad.

—Yo sí comprendo por qué lo firmó —dijo Conrad, haciendo uso de sus años de estudio de historia americana, estudios a los que lo había obligado su padre—. Imagínate que estuvieras en el lugar de Washington, en 1783.

—Pero ¿por qué aprobarlo después,

como presidente, cuando estaba ya ratificada la Constitución americana?, ¿en qué estaba pensando?

—Pensaba, como la mayor parte de los americanos, que el gobierno federal y sus tierras no eran más que unas pocas millas cuadradas de ciénagas junto al Potomac, ahogándose entre los estados gigantes de Virginia, Pensilvania y Nueva York. No tenía ni idea de que acabaría por consumir todo el continente y que, como imperio con una flota naval, controlaría los siete mares y tendría guarniciones militares a lo largo de todo el mundo y del espacio.

Conrad examinó los dos sellos: el

águila y las garras de los Estados Unidos, y la pirámide y el ojo de Lucifer de la Nueva Atlántida. Entonces recordó lo que había dicho Brooke: la Alineación no era meramente un gobierno en la sombra, era el gobierno federal mismo. O, mejor aún, la otra cara del gobierno federal. Siempre había sido así; simplemente, jamás había salido a la luz hasta ese momento.

—¿Qué ocurre, Conrad?

—Sé por qué la Alineación firmó esto y por qué Washington tuvo que firmarlo en aquel momento. Y es evidente por qué todos los presidentes que conocieron la existencia de este

documento han intentado evitar que saliera a la luz; aunque solo fuera eso, querían preservar la unión. Pero, en gran medida, la Alineación ha conseguido ya un éxito mayor del que jamás hubiera soñado, y el gobierno federal es tan fuerte que en realidad América es ya la Nueva Atlántida. Así que, aparte de cierta perversa justificación histórica o moral, ¿qué razón tendría la Alineación para arriesgar sus planes con el objeto de hacerse con este tratado?

—Se me ocurren doce razones, Conrad.

Serena le señaló las firmas de aquellos que representaban a la regencia

de la Nueva Atlántida.

Conrad las examinó. Entre ellas había miembros del Congreso, patriotas americanos, padres de la patria que sustentaban el poder federal…

—¡Maldita mierda! Esos nombres…

—Son algunos de los más populares de América, junto a otros que no había oído jamás —dijo ella—. Son los ancestros de aquellos que harán que la profecía de la Atlántida algún día se haga realidad, de un modo u otro. Es de esto de lo que quería advertirnos Washington, y para hacerlo utilizó el proyecto de L'Enfant de la ciudad, el retrato de Savage del National Gallery y

la carta a Robert Yates para ti, con la intención de que la abrieras más de doscientos años después. Para guiarnos hasta este nuevo Tratado de Newburgh y sus firmantes, para que conociéramos a sus familias, siguiéramos sus líneas hereditarias hasta el presente y tuviéramos una idea justa de quiénes son sus líderes.

—Lo cual significa que si podemos encontrar hoy a sus descendientes… —comenzó a decir Conrad.

—Entonces podremos averiguar quién está detrás de lo que va a suceder, es decir, para quién trabaja Seavers en realidad, y detenerlos —terminó la frase

Serena que, con el rostro pálido, hizo entonces una pausa y revisó el tratado.

Algo la había dejado atónita, comprendió Conrad. Y no era ninguno de los artículos del tratado. Más bien era una de las firmas.

Conrad apartó un poco de tierra que había caído sobre el pergamino desde el techo. Revisó los nombres otra vez, empezando por el de Alexander Hamilton, y uno en particular, el del designado como cónsul general de la regencia, le llamó la atención: John Marshall.

La mente de Conrad giró y giró. Marshall, abogado en tiempos de la

Revolución, se había convertido en el presidente de la Corte Suprema en menos de un año después de la muerte de George Washington y, durante los treinta años siguientes, había hecho más esfuerzos que nadie por expandir el poder del gobierno federal. Entonces todo encajó.

Porque Marshall era además primo de Jefferson y, como tal, era el tatarabuelo, por parte de madre, del presidente en la actualidad.

—¡Maldita mierda! —volvió a exclamar Conrad mientras las paredes comenzaban a temblar violentamente—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Serena agarró la mochila justo cuando el techo de la cueva comenzaba a desplomarse. De pronto, toda la cueva se llenó de humo. Luego, todo se puso completamente negro.

Cuarta parte

---

4 de julio

45

En un lugar desconocido
4 de julio de 2008

Conrad se despertó en medio de una completa oscuridad, con una capucha negra en la cabeza y congelado hasta los huesos. Sentía como si estuviera enterrado profundamente en la tierra, y notaba el grave retumbar de una

poderosa y enorme máquina cerca de él. Algo afilado le apretaba el pecho.

—¿Serena?

Entonces oyó una risa. Era la de Max Seavers.

—Eres pura inspiración, Yeats, eso tengo que concedértelo.

Alguien le quitó la capucha, y Conrad abrió los ojos y vio a Seavers de pie, inclinado sobre él, presionando una adornada daga contra su pecho. Trató de moverse, pero tenía las manos y las piernas atadas a una silla volcada en el suelo, en medio de una habitación sin ventanas, con paredes de piedra y una única puerta de metal.

—¿Te gusta mi daga, Yeats? —preguntó Seavers, clavándole la punta en el esternón—. Me la dio tu viejo amigo Herc antes de morir. Se unió a Danny Z en el Más Allá. Me dijo que una vez había pertenecido a un legendario masón de grado 33 del Rito Escocés, o algo así, y que los masones las usaban en los rituales de iniciación de los nuevos candidatos en un perverso sistema de escalafones o grados por el cual se duplican constantemente. Según parece, al candidato a primer grado se le pone una capucha y se le introduce en la logia. Allí le hacen el interrogatorio ritual mientras lo amenazan con la punta

de una daga. Así que bienvenido a mi logia, Yeats. Quizá puedas ascender hasta el último nivel como Herc.

Conrad trataba de orientarse. Recordaba lo que le había dicho Brooke acerca del virus de la gripe aviaria que iba a soltar Seavers. Y también recordaba lo que le había dicho Serena: que Seavers iba a ser el anfitrión que acompañara a la delegación china al Monumento a Washington para ver los fuegos artificiales desde allí.

—¡El concierto del 4 de julio en el Mall! —dijo Conrad en voz alta—. Vas a soltar el virus ante los diplomáticos chinos durante los fuegos artificiales,

justo en el único momento de la historia en el que los monumentos están directamente debajo de sus respectivas estrellas.

—Es impresionante, ¿verdad? —comentó Seavers, echando a caminar y colocándose detrás de Contad, fuera de su vista—. Me sorprendió descubrir que realmente hay algo de ciencia tras esa cosa a la que tú supuestamente te dedicas para vivir. Las estrellas giran en el cielo como un odómetro gigante, completando la vuelta cada veintiséis mil años más o menos. Washington se puso al nivel de los egipcios al ordenarle a su arquitecto jefe, L'Enfant,

que alineara los espacios en los que se construirían los monumentos no con respecto a la posición de las estrellas de entonces, sino con respecto a la posición de las estrellas de hoy, 4 de julio de 2008, cuando la regencia de la Nueva Atlántida pudiera reclamar lo que le pertenece y disolver los Estados Unidos.

—Cuéntame algo que no sepa, Seavers.

Seavers accedió amablemente y continuó:

—Cuando mis maestros de la Alineación me confiaron esta gran responsabilidad y vi que de verdad creían en los místicos signos

astrológicos y todo eso, supe que tenía que hacer algo especial. Por eso cogí una página de tu libro y decidí coordinar nuestro golpe con los cielos.

—¿Así es como llamas a tu asesinato de…?, ¿cuántas personas…?, ¿mil millones de chinos y una tercera parte de la población mundial?

—Está escrito en las estrellas, amigo. El sol comienza hoy a recorrer un camino que cruza el cielo de Washington D. C. hasta llegar a Beijing, en donde experimentará un eclipse total durante el ocaso, en la puesta de sol del 1 de agosto, justo siete días antes de la ceremonia de apertura de los Juegos

Olímpicos. Mi virus de efecto retardado reflejará el recorrido del sol en los cielos como un espejo en la tierra: exactamente igual que si se tratara de una bola de fuego cósmico. Así ocurre arriba, así abajo. Los primeros síntomas del contagio de humano a humano de la pandemia aparecerán en el momento en que se encienda la antorcha olímpica, provocando un caos internacional y gritos multitudinarios en favor de la creación de una nueva gran muralla para poner a toda China en cuarentena. Poético, ¿verdad?

—Estás trastornado.

Conrad estiró el cuello y vio una

docena de jeringuillas, agujas y tubos colocados en una mesa junto a unos cuantos rollos de esparadrapo, bolsas de solución salina y esposas para las manos y los pies. Y se echó a temblar.

—¿De verdad vas a usar todo eso conmigo, o solo pretendes meterme miedo?

Seavers se puso un par de guantes de cirujano, eligió una ampolla y la alzó a la luz fluorescente.

—Esto es para otra persona.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y dos técnicos del laboratorio entraron, empujando una camilla en la que iba tumbada Serena.

Estaba atada a la camilla, boca arriba, y apenas se movía.

—¡Bastardo! —gritó Conrad.

Seavers introdujo el contenido de la ampolla en una jeringuilla y la acercó al cuello de Serena.

—Esta es una fórmula especial del virus sin el inhibidor de incubación —dijo Seavers—. Dime dónde dejaste el mapa de las estrellas que robaste del globo celeste o se la inyectaré a la hermana Serghetti. Será la primera en morir.

—¡No te atrevas, Conrad! —advirtió Serena—. ¿Conoces todas esas historias acerca de los mártires cristianos a lo

largo de la historia? Pues esta es una de ellas. Si cedes ante este bastardo nos matará de todas formas, pero entonces será un simple asesinato. Seremos sus víctimas exactamente igual que los que mueran por la gripe aviaria.

No, si logramos sobrevivir, pensó Conrad. No podía dejar de preguntarse por qué Seavers quería el mapa de las estrellas. Al fin y al cabo, ese mapa solo lo guiaría hasta el globo terrestre y el Tratado de Newburgh, que ya poseía.

—Está dentro de un libro de la Biblioteca del Congreso.

—¡Cállate! —gritó Serena.

Seavers introdujo la aguja en la

carótida de Serena.

—Dime el título del libro, amigo.

Conrad se movió inquieto en la silla que lo mantenía preso. Al presionar la daga sobre su pecho, Seavers había cortado en parte una de las cuerdas. Conrad sentía que podía rasgarla y partirla si hacía un gran esfuerzo, pero, aun así, no podría soltarse las manos y los pies.

—Está en un libro titulado *Obeliscos* —dijo Conrad, desesperado, observando la mirada defraudada de Serena.

—¡Eres un maldito tonto! —dijo Serena, derrotada—. Espero que hayas

hecho las paces con Dios.

—Tú sabes que ya las hice —dijo Conrad—. En la Antártida. Pero no contigo.

—¡Y no las harás en esta vida, estúpido! —exclamó Serena—. Pero cuando despierte en la próxima y vea el rostro de Jesús, quiero ver el tuyo también.

Serena comenzó entonces a hablar en latín.

Seavers se echó a reír y preguntó:

—¿Estás practicando el último ritual para tu amado Yeats?

—Es para ti, Seavers —contestó ella—. Porque allí donde vas no hay

aire acondicionado.

—¡Eh, ya, hermana Serghetti! —dijo Seavers con un suave tono de voz que Conrad encontró espeluznante—. Hasta Jesús perdonó a sus enemigos cuando estaba muriendo en la cruz.

—¡Bien, pues tú puedes irte al infierno, Seavers! —gritó Serena—. No tienes excusa. Sabes perfectamente lo que estás haciendo.

El rostro de Max Seavers se retorció de tal modo, que parecía puro odio. Conrad lo observó acercarse nervioso a la mesa del instrumental y volver con un rollo de esparadrapo.

—¡Esa boca…! —dijo Seavers

mientras cortaba un trozo de esparadrapo y le tapaba la boca a Serena—. Alguien en Roma debería haberte hecho callar hace mucho tiempo.

Seavers apretó una vez más la aguja con la jeringuilla sobre el cuello de Serena, pero en esa ocasión sí la clavó con la suficiente profundidad como para que saliera una gota de sangre.

—Dime el código del libro, amigo, o lo inyecto.

—No sé el código —contestó Conrad, aterrado al ver a Serena luchar, con los ojos muy abiertos, tratando de gritar a pesar del esparadrapo—, pero es un libro antiguo, y de esas

colecciones especiales no puede haber más de un par de ejemplares. Te estoy diciendo la verdad.

—Lo veremos cuando vuelva de mi cita —dijo Seavers, inyectándole el contenido de la jeringuilla a Serena.

Serena torció el cuello como si hubiera recibido el disparo de una bala.

—¡No! —gritó Conrad.

Seavers dejó la jeringuilla y observó a Serena mientras decía:

—Dentro de unas horas estará completamente enferma, a menos que le administre mi propia vacuna. Pero una vez que comience a mostrar los síntomas, no habrá nada que pueda

salvarla. Ni siquiera mi propia vacuna; morirá al ponerse el sol. Así que reza a su Dios para que encuentre ese mapa o la verás morir aquí mismo, delante de ti. Y luego te mataré.

Nada más terminar de decirlo Seavers se marchó, pasando por delante de los dos marines apostados a los lados de la puerta, que cerró de golpe.

46

El National Mall

Había instalados más de veinte puestos de seguridad alrededor del National Mall antes del desfile y las festividades del 4 de julio, puestos que le hicieron perder mucho tiempo al impaciente Seavers de camino a la Biblioteca del Congreso, cuando iba a

recoger el mapa de las estrellas. Aquel mapa, junto con el Tratado de Newburgh, era su póliza de seguro para el caso de que, una vez lanzado el virus, Osiris decidiera que él ya no le era de ninguna utilidad a la Alineación.

Sentado en el asiento de atrás de un todoterreno que conducía un marine, Seavers sacó el portátil del maletín y se metió en la página web de la Biblioteca del Congreso. Escribió el título del libro que le había dicho Yeats. Se trataba de un libro de una colección especial que se guardaba en la segunda planta del edificio Jefferson. Anotó el código del libro.

Luego se sacó el Tratado de Newburgh del bolsillo izquierdo de la chaqueta y revisó las firmas. Algunas eran de personas famosas, otras más oscuras. Escribió los nombres en el computador, tratando de buscar grandes líderes políticos del momento. Quería ver las genealogías y cómo se enlazaban los ancestros y descendientes. Sabía que más tarde tendría que hacer un análisis más detallado, pero casi inmediatamente surgieron unos cuantos nombres que lo sorprendieron.

—¡Vaya!, fíjate en esto —exclamó en voz alta, lanzando un largo silbido.

Para empezar, estaba el mismísimo

presidente de los Estados Unidos del momento, un «hombre de fe» del que Seavers jamás habría sospechado ni en un millón de años. ¿Sería posible que él fuera Osiris? Su linaje heredado no implicaba necesariamente que fuera de la Alineación, solo que era muy probable que lo fuera.

Luego estaban los dos candidatos presidenciales tanto del partido demócrata como del republicano. Los dos tenían lazos de sangre azul con la Alineación, de modo que, saliera quien saliera elegido en noviembre, el plan de la Alineación seguiría adelante. En opinión de Seavers, resultaba bastante

fácil creer que ambos pertenecían a las filas de la Alineación.

Y finalmente estaba el senador Scarborough. Toda una sorpresa, teniendo en cuenta que hasta Brooke estaba engañada con respecto a él. Y Seavers también.

Apenas podía imaginar lo que estaba sintiendo en ese momento el senador porque, por supuesto, a esas alturas ya le habrían dado la noticia de la muerte de su hija. Definitivamente, podía dar las gracias a su buena estrella por el hecho de que Conrad Yeats cargara con la culpa. Daría la orden de que lo mataran en cuanto tuviera el mapa de las

estrellas en su poder, antes que alguien de la Alineación pudiera interrogarlo.

Seavers apagó el portátil y miró por la ventanilla. Aquel iba a ser un día caluroso y pegajoso.

Tenía toda la camisa sudada en el momento de entrar en la sala del edificio Jefferson en la que se guardaban las colecciones especiales. La biblioteca estaba cerrada al público aquel día, pero no para los miembros del Congreso y sus equipos de ejecutivos. Le enseñó su carné identificativo a la solitaria bibliotecaria detrás del mostrador, rellenó una solicitud y esperó. Ella volvió enseguida con un ejemplar.

Seavers se llevó el libro a un cubículo apartado y lo abrió. No había nada.

Volvió al mostrador y le pidió a la bibliotecaria un segundo ejemplar. Ella lo buscó en el computador y contestó:

—Aún está en un carro, no ha habido tiempo de devolverlo a su sitio.

Seavers reunió toda la calma que pudo y preguntó:

—Bueno, y ¿crees que podrías ir a buscarlo al carro, por favor?

—Puede que tarde unos minutos —contestó la bibliotecaria, atónita ante tanta exigencia—, hoy solo trabajamos unos pocos.

Seavers no dijo nada. Simplemente se quedó esperando, a punto de estallar, durante quince minutos, hasta que ella volvió con el nuevo ejemplar.

—Aquí tiene —dijo alegremente la bibliotecaria—, estaba en…

—Gracias —contestó Seavers, interrumpiéndola y llevándose el libro al rincón opuesto de la sala, fuera de la vista de la bibliotecaria.

Seavers rompió el libro y sacó un papel doblado a lo largo y metido en el lomo, en el espacio entre la cubierta y la encuadernación. Lo abrió y vio la firma de Washington por un lado y el mapa de las estrellas por el otro.

No le hacía gracia, pero tenía que reconocer el mérito de Yeats no solo por haber encontrado los dos globos, sino también por haber pensado con la suficiente claridad como para esconder el mapa de las estrellas entre el millón de libros de la biblioteca y, de ese modo, poder usarlo después como moneda de cambio.

Solo que el truco de la moneda de cambio le había fallado.

Seavers sacó la BlackBerry e hizo una llamada.

—Aquí Seavers. Terminen con el prisionero 33.

47

Serena oyó que se abría la puerta y alzó la vista desde la camilla. Se trataba de dos marines con cara de pocos amigos. Uno de ellos se dirigió a la mesa del instrumental. El otro se encaminó directamente hacia Conrad, que seguía en la silla, y comenzó a darle golpecitos en el antebrazo con un dedo, buscando la vena.

Ella trató de gritar, pero sus gemidos

sonaban amortiguados por el esparadrapo que tenía en la boca.

—Lo has atado tan fuerte que le has cortado la circulación de la sangre —se quejó el marine a su compañero—. No encuentro la vena.

El otro marine, que estaba preparando la jeringuilla intravenosa, contestó:

—Sigue pinchándolo con la aguja hasta que se la encuentres.

Serena observó que el marine que se ocupaba de Conrad le soltaba el brazo izquierdo para permitir un mayor flujo de sangre. A pesar de todo, no hubo suerte, así que probó con el brazo

derecho y, por fin, consiguió sacarle algo de sangre con la aguja. Entonces le colocó el catéter, que iba conectado a dos bolsas distintas con dos soluciones transparentes.

Conrad miró a Serena y luego se dirigió a los marines:

—Max Seavers es el responsable de la muerte de Brooke Scarborough y del guardia de seguridad de la Policía del Capitolio, y ahora va a ser responsable de la de mil millones de personas más, si no me ayudan.

La mención de aquellas dos muertes pareció captar la atención de los marines que, sin embargo, siguieron con

su trabajo. El marine que manejaba las jeringuillas las colocó en orden.

—Primero le ponemos la solución sedante de pentotal sódico, luego el cloruro de potasio para paralizarlo, y luego la inyección letal.

Serena sospechaba que ni siquiera haría falta la inyección letal, porque lo único que paralizaba el cloruro de potasio era el corazón, que se detenía en seco. Comenzó a tironear de las cuerdas que la ataban, gimiendo tan alto como pudo. Pero los marines no le hicieron ningún caso.

—Seavers trabaja con terroristas contra los Estados Unidos, y ahora

ustedes están trabajando para ellos también —siguió diciendo Conrad.

El marine que le aseguraba el catéter dijo:

—Y entonces, ¿por qué eres tú el que está a las puertas de la muerte en una oscura prisión de operaciones especiales?

—Porque sé lo que Seavers está a punto de hacer —dijo Conrad—. Va a soltar el virus de la gripe aviaria en el Mall hoy, durante los fuegos artificiales.

El marine lo miró incrédulo y preguntó:

—¿Aquí, entre los americanos?

—Entre los delegados chinos que

van a ir a ver los fuegos artificiales desde el Monumento a Washington. No darán muestras de estar infectados hasta que comiencen las olimpiadas, y entonces se propagará por todo el mundo.

Algo en los ojos de aquel marine le hizo comprender a Serena que sabía lo suficiente acerca de Seavers como para considerar la posibilidad de que esa historia fuera real.

—¿Y qué se supone que debemos hacer?, ¿soltarte?

—No, llamar al Pentágono. Dile que tienes un mensaje mío para el secretario de Defensa, Packard. Me llamo Conrad

Yeats. Y ella es Serena Serghetti.

Serena asintió al ver que el marine se acercaba a ella. El marine giró la camilla de modo que los pies de Serena tocaran la pared y se inclinó sobre su rostro, sorprendido.

—¡Dios mío, creo que es la Madre Tierra!

El otro marine esbozó un gesto de mal humor.

—No puedes creerlo, Hicks.

—Sí, creo que realmente es ella —dijo Hicks, poniéndose colorado de repente y sin dejar de mirarla—. Recuerdo esas… fotos… que me bajé de Internet.

—Era la foto de su cara sobre el cuerpo de una modelo que estaba hecha un palo —dijo el otro marine—. Esta tiene curvas.

Serena observó la perpleja mirada de Hicks.

—Escucha —dijo Hicks—, no pasa nada porque avisemos de una potencial amenaza de seguridad.

Serena observó con gran alivio cómo Hicks se dirigía hacia la puerta cuando, de pronto, el otro marine le disparó por detrás, en la cabeza. Hicks alzó los brazos incrédulo, y luego cayó redondo al suelo.

Serena se quedó mirando el cuerpo

del marine muerto, tendido en el suelo boca abajo. El otro marine, obviamente de la Alineación, se guardó el arma en la cartuchera y tomó una jeringuilla con un sucio líquido amarillo verdoso. Serena sintió pánico al ver que el marine llevaba la jeringuilla hasta Conrad quien, a su vez, la miraba a ella con una expresión decidida.

—Menos mal que el Pentágono ordenó almacenar vacunas para la gripe aviaria —dijo el marine, introduciendo la jeringuilla en el catéter.

Serena observó el líquido amarillo verdoso recorrer el tubo hasta el brazo de Conrad. El marine también se quedó

observándolo.

—Di buenas noches, Yeats —dijo el marine.

Entonces Serena dio una patada con las piernas en la pared y empujó contra la espalda del marine la camilla sobre la que estaba tendida. El marine gritó sorprendido y se volvió para golpearla.

Pero nada más hacerlo, Conrad alzó el brazo izquierdo que tenía libre y se arrancó el catéter, clavándole la aguja al marine en la entrepierna.

—¡Hijo de puta! —gritó el marine, abriendo enormemente los ojos del susto y arrancándose el catéter.

Pero era demasiado tarde. Fuera lo

que fuera lo que tenía preparado para Conrad, acababa de entrar en su organismo. Sus ojos se pusieron vidriosos y, enseguida, cayó al suelo junto a su compañero.

—Ahí tienes lo que te merecías, y otro poco más —dijo Conrad.

Entonces Conrad comenzó a soltarse las demás cuerdas. El corazón de Serena retumbaba mientras veía a Conrad ponerse en pie y tambalearse después de tantas horas atado a la silla sin moverse. Conrad se acercó a los marines y les quitó sus tarjetas identificativas y sus armas. Luego se dirigió hacia ella y de un tirón le quitó el esparadrapo.

—Vamos —dijo él.

—Yo no puedo ir, Conrad. Si tengo la gripe aviaria, voy a infectar a todo el mundo. Puede que incluso te haya infectado a ti ya.

—Imposible —dijo Conrad, recogiendo la daga con dibujos masones grabados en la empuñadura de la mesa del instrumental y acercándose el filo al antebrazo—. Soy inmune.

—¿Qué estás haciendo? —gritó ella al ver que se rajaba el brazo y comenzaba a salir un hilo de sangre.

—Brooke me dijo que Seavers había utilizado mi sangre para crear la vacuna.

—¿Y tú te lo creíste?

—Tú dijiste que las hélices de mis cadenas en espiral giraban a la izquierda en lugar de a la derecha. —Conrad tomó una jeringuilla limpia y una aguja estéril envuelta y se sacó sangre—. ¿Debo creerte a ti?

Conrad le ofreció la jeringuilla con su sangre.

—Pero solo es tu sangre, Conrad. No es la vacuna. No sabemos si funcionará.

—Si no lo pruebas, jamás lo sabremos.

Serena tomó la jeringuilla y buscó la vena donde ponérsela. Detestaba pincharse, pero sus frecuentes viajes al

Tercer Mundo le imponían esa obligación. Tenía las venas un tanto huidizas, pero bastante cerca de la piel, así que no necesitaba meterse la aguja muy profundamente.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció Conrad con impaciencia.

—No, ya la tengo —contestó ella, pinchándose.

Lentamente introdujo la sangre de Conrad en su vena. Era una sensación cálida y extraña. Luego sacó la aguja, se tapó el pinchazo con el pulgar y se sujetó el brazo hacia arriba.

—Bueno, ¿y cómo demonios vamos a salir de aquí? —dijo ella mientras se

ponía en pie—. Esas tarjetas identificativas no van a abrirnos todas las puertas.

—No, pero apuesto a que esta sí —contestó Conrad, alzando el dedo de Max Seavers.

48

Conrad guió a Serena por un oscuro pasillo hasta otra puerta metálica. Era la sexta puerta que cruzaban. No se habían topado con ningún marine, y no había cámaras de seguridad por ninguna parte. Sin embargo, Conrad comenzaba a preguntarse si alguna vez saldrían de allí. Y, sobre todo, si lo conseguirían a tiempo para detener a Seavers.

Conrad utilizó el dedo de Seavers

para abrir la puerta. Entraron en una sala de conferencias circular en la que había una enorme mesa de piedra, también circular, y trece hornacinas repartidas por las paredes con otros tantos bustos de mármol. El globo terrestre estaba en el centro de la mesa.

—La guarida de la Alineación —dijo Serena—. Estos bustos parecen obra de Houdon.

—¿De quién? —preguntó Conrad mientras miraba a su alrededor, buscando otra salida.

—Houdon —repitió Serena—. Un escultor francés de la Ilustración que hizo los famosos bustos de Washington y

los padres de la patria. He visto su trabajo en dos exposiciones, una en el Louvre de Paris y otra en el Getty de Los Ángeles. Solo que estos no son los padres fundadores de América. Estos rostros son los de otros fundadores: los de la Alineación.

Algo en las dimensiones de aquella habitación le resultaba terriblemente familiar a Conrad. Se sentía atraído hacia un espacio hueco en la pared, entre dos de las hornacinas. Mientras permanecía allí de pie, sus ojos se ajustaron a la luz de modo que finalmente vio el casi inapreciable perfil de una puerta.

—¡Maldita sea! —exclamó Conrad —. Este sitio es exactamente igual que los huecos en los subniveles de la P4 en la Gran Pirámide.

—¿La Gran Pirámide?

—Cuando estaba en los túneles subterráneos, bajo la Biblioteca del Congreso, vi un monumento que los masones habían colocado en la misma habitación en la que estaba el globo celeste. Era una especie de monumento a la memoria de América, como si temieran lo peor y quisieran preservar su memoria y la de su hermandad con un monumento que permanecería en pie igual que las pirámides. Y creo que es

aquí donde tanto los masones como la Alineación piensan que debería estar ese monumento, sea este sitio lo que sea. Así que la Alineación pretende señalar este lugar. Solo falta la pirámide en la superficie.

—Que erigirán en cuanto América sea derrotada —concluyó Serena.

—Tenemos que darnos prisa —continuó él—. Si esto es como la P4, entonces sé dónde está la salida.

Conrad intentó abrir la puerta, pero Serena no cedió.

—Te lo he dicho, Conrad, yo no puedo ir contigo. No puedo arriesgarme a extender el contagio al salir a la

superficie, haciendo así el trabajo sucio de la Alineación.

—Pero te he dado mi vacuna casera, Serena —contestó él, mirándola—. Si no estuviera funcionando, a estas alturas habrías notado ya síntomas.

—Eso no lo sabemos seguro, Conrad. Y no puedo arriesgarme. Tendrás que detener a Seavers tú solo.

—¿Y qué vas a hacer tú mientras tanto?

—Me quedaré aquí y os esperaré a ti y a la caballería hasta que vuelvan. —Serena se acercó a él con lágrimas en la cara y lo besó—. Pero si escapamos de esta vivos, saldré de aquí contigo y

abandonaré mi vida como monja. Si aún quieres, podemos comenzar una nueva vida juntos.

Conrad la miró a los ojos, llorosos.

—¿Y la Iglesia?

Ella se enjugó las lágrimas.

—Se suponía que debía traicionarte, Conrad. Debía utilizarte para encontrar los globos y quitártelos. Por favor, perdóname —rogó ella—. Tienes que creerme, de verdad que me arrepiento.

Conrad veía claramente que estaba arrepentida.

—Pero siempre me has dicho que crees que la Iglesia es la esperanza del mundo.

Serena sacudió la cabeza y contestó:

—Jesús es la esperanza del mundo, Conrad. Y la esperanza de la Iglesia. Estamos llamados a ser la Iglesia y a servir a las personas en nombre de Dios. Pero no necesito ser monja para eso. Y no quiero seguir adelante sin ti. Te lo he dicho, lo supe en el momento en que Max me llevó a tu habitación. Esperaba encontrarte muerto a ti, en lugar de a Brooke.

—¿Lo juras por Dios?

—Sabes que no me gustan este tipo de juramentos, Conrad, pero sí, lo juro ante Dios. —Serena se arrojó entonces en brazos de Conrad y lo abrazó con

fuerza—. Y ahora vete, Conrad.

Él vaciló, pero después le dio una pistola y una tarjeta identificativa.

—Por si acaso cambias de opinión —dijo Conrad que, inmediatamente, cerró la puerta y la dejó a solas con el globo y los rostros de los trece hombres blancos muertos.

Conrad echó a correr por una serie de pasillos hasta alcanzar una puerta en la que no había instalado ningún panel con sensor biométrico y que, por tanto, no requería del dedo de Max Seavers. Eso le hizo pensar que estaba llegando al exterior, a un perímetro más extenso y menos seguro. Le bastó con la tarjeta

identificativa de uno de los marines para abrirla. Abrió la puerta y suspiró al ver qué había detrás: otro oscuro pasillo. Cuando estuvo seguro de que no había nadie, salió.

Pero aquel pasillo era diferente: Conrad intuyó inmediatamente que era una especie de puente neutral entre el bunker secreto de la Alineación y el mundo exterior. Al final del pasillo había una tenue luz y un estruendo sordo. Se acercó cautelosamente a la luz y entonces vio una puerta que, de pronto, se abrió. Por ella entró un técnico del Metro que, al ver a Conrad, se quedó helado.

—¡Mierda!, ustedes, los militares, siempre me asustan —dijo el técnico—. Siempre están merodeando por aquí abajo como sombras.

—Pero gracias a nosotros puede celebrar el Día de la Independencia —dijo Conrad sin dejar de caminar y sin mirar atrás.

Conrad salió por una puerta de servicio al andén inferior de la estación de metro de L’Enfant Plaza. En aquella estación se cruzaban nada menos que tres líneas, así que resultaba natural que la Alineación hubiera elegido ese lugar para instalar su bunker para reunirse. Sin embargo, un oficial de policía del

distrito federal lo vio instantáneamente desde el andén contrario, y enseguida se comunicó por radio.

Conrad corrió escaleras arriba y llegó a un ancho pasillo lleno de establecimientos de comida rápida. Cuatro policías caminaban en dirección a él. Desde allí encontró una conexión que lo llevó al Hotel Loew's L'Enfant Plaza y, tras cruzar el vestíbulo del hotel, salió a la brillante luz del día y parpadeó.

Debía haber varios miles de motos y motoristas vestidos de cuero de arriba abajo, poniendo en marcha los motores frente a él. En las chaquetas de cuero

negro decía «Trueno Rodante», y en la parte trasera de las motos llevaban banderas americanas.

Conrad se acercó a los últimos del grupo y examinó sus tatuajes y sus largas barbas. Los motoristas preparaban sus máquinas. Había uno muy mayor, de más de sesenta años, con un bigote largo y excéntrico, una enorme barriga cervecera y una camiseta negra en la que decía «Antiguos Enigmas». Estaba sacando brillo al manillar de cromo de su BMW.

Conrad recogió un casco del suelo y se acercó con descaro a él.

—Eh, amigo, se me ha estropeado la

moto, me vendría bien que alguien me llevara —dijo Conrad mientras le tendía la mano—. Me llamo Conrad Yeats.

El motorista se incorporó, sorprendiéndolo con su metro ochenta de estatura, y lo miró, bajando la cabeza.

—Cualquier cosa por el chico del Griffter. Me llamo Marty. Sube.

Conrad se subió a la moto. Marty le pegó al acelerador y juntos se unieron al resto del desfile.

49

Subida a la azotea del Archivo Nacional y mirando a través de la mirilla de su rifle de francotirador, la sargento Wanda Randolph observó la cola del desfile del Día de la Independencia mientras marchaba por la avenida de la Constitución. Escrutó a la multitud en busca de Conrad Yeats. Presumiblemente, el criminal más buscado de América seguía suelto

después del Desayuno de Oración Presidencial del día anterior.

Más de veintidós agencias gubernamentales, incluyendo a la Policía del Capitolio y a la Policía de Parques de los Estados Unidos, además del Departamento de Policía del Metropolitano de Washington, coordinaban la seguridad: había cazas a reacción sobre sus cabezas, sensores químicos en las estaciones de metro, barcos guardacostas en el Potomac y más de seis mil policías y tropas por las calles.

Una representación de los miembros del 49 Regimiento de Infantería de

Virginia de la Guerra Civil desfilaba en ese momento bajo los gritos de los asistentes, entre los que había desde bebés hasta abuelos. Había sido una mañana plagada de estudiantes y bandas militares, pero los tipos vestidos como en la Guerra Civil provocaban sonrisas entre los grupos de asistentes que los seguían.

Por fin Wanda pudo oírlo: el rumor de miles de Harley Davidson marchando por la avenida de la Constitución, con sus motoristas con jeans y chaquetas de cuero. «Trueno Rodante» era un grupo de motoristas formado por veteranos de guerra. Aquel día habían salido todos en

pleno, con sus luces encendidas y sus banderas americanas en la parte trasera de las motos.

Wanda los siguió con la mirada por toda la avenida de Pensilvania hasta torcer por la de la Constitución: no eran más que un bicho raro tras otro, y todos con gafas de sol. Unas cuantas veces tuvo que apartar la vista ante los reflejos del sol sobre las medallas de sus chalecos y el cromo de sus motos.

Una moto cromada de color amarillo chillón con dos pasajeros le llamó la atención. La siguió con la vista hasta llegar a la curva, y entonces otro reflejo la cegó por un segundo. Cuando pudo

volver la vista a la misma moto ya en la avenida de la Constitución, solo quedaba un pasajero.

¿Qué ha ocurrido?, ¿adónde ha ido el otro?

Volvió la mirilla del rifle de nuevo sobre el desfile en la esquina de Pensilvania con la Constitución y buscó entre la multitud. Nada. Entonces vio el pequeño edificio de la gasolinera detrás de la multitud.

Maldita sea, era él, pensó. *Tiene que ser. Conrad Yeats*.

Quería creer que Yeats era de los buenos, pero lo fuera o no, estaba a punto de ser atrapado o por ella, o por

algún otro *policía*. A menos que ella lo pusiera a salvo.

—¡Código rojo! —gritó por la radio —. Estación de servicio.

Trepó por la azotea y salió del Archivo Nacional, corrió una manzana hasta la estación de servicio y entró allí de golpe. Dentro había dos policías del Metropolitano tirados en el suelo, y muy cerca una tapa de alcantarilla abierta: seis agentes del FBI, vestidos de calle, se abrieron paso entre la multitud mientras Wanda sacaba un plano.

—Lo cazarán los SEALS en las alcantarillas —dijo uno de los agentes.

Pero los SEALS, un cuerpo de

operaciones especiales que actuaba tanto en tierra como en mar y aire, subieron y bajaron por las alcantarillas bajo la avenida de la Constitución, y no informaron absolutamente de nada.

—Puede que haya bajado más —dijo un agente del SEALS por radio—. ¡Mierda!, está en el Tiber.

Mucho después de que la colina del Capitolio dejase de llamarse Roma, el tramo del río por el cual los ferris llevaban el mármol desde la Casa Blanca hasta el Capitolio siguió llamándose Tiber Creek. Y hasta ese mismo día, el Tiber seguía corriendo por debajo de la avenida de la

Constitución a lo largo del margen norte del National Mall.

Conrad chapoteó por la corriente de agua que le llegaba a la rodilla en el interior de la alcantarilla de ladrillo. Con alrededor de nueve metros de ancho y tres de alto, aquella alcantarilla seguía la corriente del tramo alto del lecho del viejo Tiber Creek. Conrad podía sentir el suelo repleto de raíces ceder bajo sus pies, y rezaba para no meterlos en un hoyo o quedar enredado en una ciénaga, sin poder volver a salir a la superficie.

Recordaba el Tiber por un trabajo de consulta que le habían encargado los federales, quienes deseaban preservar el

centro del distrito federal igual que los egipcios habían conservado las pirámides. El Tiber, como el Nilo, corría por delante del Capitolio y a través del Smithsonian.

Todo el Mall, de hecho, era un enorme pantano de agua. Según había descubierto Conrad, el ala este del Museo de Historia Natural estaba hundiéndose y separándose de la parte central del edificio, y todo porque el Tiber seguía corriendo por debajo del Mall. Solo un dique muy bien construido, y aún mejor camuflado, podía impedir que el Mall se hundiera bajo el agua. Los federales habían hecho

un gran trabajo, plantando árboles encima para ocultarlo. Solo sentado en los escalones del Monumento a Lincoln y mirando hacia la avenida de la Constitución se podía ver el dique a simple vista.

Desde el interior de la alcantarilla del viejo Tiber Creek, sin embargo, apenas había nada que ver. Conrad miró a su alrededor; las paredes gastadas y el techo en forma de bóveda de cañón, de piedra, que seguía la dirección de la corriente, habían visto días mejores. Los ladrillos se desplomaban y los desperdicios de la línea de alcantarilla más moderna, construida en la década

de 1930, le llovían encima.

Los restos de la alcantarilla se vertían cerca del Monumento a Washington, por donde solía pasar el brazo este del Potomac antes de que los federales lo cegaran. Y fue allí donde Conrad comenzó la búsqueda de un túnel que había sido proyectado pero que, quizá, jamás se hubiera construido.

Comenzaba el «Capitol Fourth», el concierto del 4 de julio en el National Mall, cuando Max Seavers llegó al Monumento a Washington, cerrado al público aquel día por razones de seguridad y porque en él iba a celebrarse una «función privada»: la

recepción de la Casa Blanca a los delegados de las olimpiadas chinas.

Seavers comprobó los datos en el GPS del móvil, que le confirmó que la lata de aerosol con el virus de la gripe aviaria estaba activada y en su lugar. Una vez estuvieran todos en el ascensor, él pulsaría el botón que activaba el detonador silencioso: la revolución habría comenzado antes incluso de que nadie sospechara nada. La sola idea de que él pudiera matar a miles de millones de personas apretando un simple botón le producía un entusiasmo especial, pero no tanto como saber que su vacuna haría de él el héroe salvador para los

supervivientes.

Seavers se guardó el móvil en el bolsillo, junto al Tratado de Newburgh.

—¡Doctor Seavers!

Seavers se giró y vio al entusiasta jefe de la delegación olímpica, el señor Dennis Ling, acercarse con una enorme sonrisa.

—Lo vi ayer durante la oración del presidente en el desayuno. Muy conmovedor.

Seavers sonrió, suponiendo que el señor Ling solo trataba de mostrarse cortés y suponiendo, además, que los chinos habían aprendido de los errores de la antigua Unión Soviética, cuyos

líderes habían permitido que un papa polaco y un *cowboy* americano en el puesto de presidente del Gobierno minaran su imperio hasta arruinarlo. La única razón por la que no había soltado el virus durante el desayuno presidencial, que había sido su primera elección, era porque entonces habría sido muy fácil seguir la pista hasta él y la «zona cero». El plan que iba a seguir era mucho más simple: la delegación olímpica china subiría hasta la cubierta de observación para disfrutar de los fuegos artificiales y, cuando volvieran a bajar, todos estarían ya infectados. Incubarían el virus durante veintiocho

días, y entonces la gripe aviaria haría su *première* mundial en la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Beijing. Desde allí se extendería por todo el mundo. Y todo el mundo culparía a los chinos.

Eres un genio, se dijo Seavers.

—Bueno, si le gustó el desayuno, señor Ling, espere a ver los fuegos. Y para terminar, la Orquesta Sinfónica Nacional tocará la Obertura 1812 de Tchaikovsky. Acompañarán la pieza con cañonazos en vivo de cuatro Howitzers de ciento cinco milímetros del Batallón de Saludo Presidencial de la Armada de los Estados Unidos.

Seavers guió a Ling y al pequeño grupo de delegados olímpicos hasta el ascensor del monumento. En la cabina de cristal cabían veinticinco pasajeros, y tardaba setenta segundos en subir a la cubierta de observación, que estaba a algo más de ciento cincuenta y dos metros de altura. En las puertas había instalados unos paneles especiales, sincronizados para pasar de un color opaco al transparente al llegar a las alturas de cincuenta y cuatro, cincuenta y uno, cuarenta y dos, y treinta y nueve metros, permitiendo a los pasajeros ver las ciento noventa y tres piedras masónicas conmemorativas del interior

del monumento. Sin embargo, Seavers sabía por un informe secreto de la DARPA, redactado durante la jefatura de Griffin Yeats, que, en realidad, había ciento noventa y cuatro piedras. Aún tenía que averiguar cuál era la piedra que omitía el recuento oficial y, sobre todo, conocer su importancia. Pero llegados a ese punto, Seavers concluyó que ninguna de esas estupideces masónicas tenía ya la menor importancia.

El doctor Ling sacudió la cabeza mientras el grupo entraba en el ascensor de cristal.

—Mi mujer jamás va a creer esto.

—Tranquilo, le haré una foto —dijo Seavers, sacando la cámara del móvil mientras las puertas del ascensor se cerraban y comenzaba el ascenso.

50

Pocos de los asistentes al concierto del «Capitol Fourth», sentados sobre los bancos de mármol blanco y las gradas de granito dispuestas en círculo alrededor del Monumento a Washington, sabían que aquellas amenas actividades se desarrollaban, de hecho, sobre una ampliación multimillonaria de la seguridad, decidida a raíz de los ataques del 11 de septiembre de 2001.

Las decoradas gradas, por ejemplo, habían aumentado de tamaño al instalarles postes retráctiles que saltaban al instante para detener a cualquier vehículo equipado con explosivos, evitando así que llegara al monumento mismo. A más de quince metros por debajo de los bancos de mármol se había construido un túnel secreto de unos cinco metros de ancho por ciento veintiuno de largo que conectaba el monumento, cerrado al público ese día, con una puerta recubierta con una pantalla protectora que daba a la calle Quince, fuera ya de la zona de los monumentos.

Pero Conrad sí lo sabía.

Cubierto de una escoria en la que prefería no pensar, Conrad salió de las ruinas de la alcantarilla del Tiber Creek al túnel que estaba buscando; un túnel cuya construcción había sido denegada, pero que, aun así, el Comité Nacional de Proyectos había construido junto con el Centro Oficial de Visitantes subterráneo del Monumento a Washington. Los federales preferían que, en el caso de producirse un ataque terrorista, se produjera en la base del monumento mejor que en cualquiera de sus niveles superiores, donde las paredes no eran tan gruesas y donde una explosión

provocaría que los laterales se desprendieran y toda la estructura se desmoronara.

Por desgracia, pensó Conrad, Max Seavers estaba en la parte más vulnerable del monumento en ese preciso momento: a más de ciento cincuenta y dos metros por encima de él.

Max Seavers se apresuró a reunir a los delegados chinos sobre la cubierta de observación para llevarlos de vuelta al ascensor. Los fuegos artificiales del Mall casi habían terminado, a excepción de la gran traca final, y algunos de los delegados habían comenzado ya a hablar de bajar por las escaleras para ver las

piedras conmemorativas masónicas, cosa que Seavers no podía permitir.

—El ascensor tarda en bajar dos minutos y dieciocho segundos —dijo Seavers—, así que tendrán ustedes tiempo de sobra para ver cuarenta y cinco de las ciento noventa y tres piedras. Además, verán la gran traca final sobre la cúpula del Capitolio desde un lugar privilegiado, preparado expresamente para ustedes en el lado este del monumento.

—Muchísimas gracias, doctor Seavers —dijo el doctor Ling mientras las puertas del ascensor comenzaban a cerrarse—. Ha sido fantástico. Mi mujer

estará…

Las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a descender.

Seavers sacó el móvil, apretó la tecla del número tres dos veces y se dirigió a la ventana que daba al este de la cubierta de observación. Y contempló maravillado la vista del nuevo orden mundial.

Hecho, pensó.

La lata de aerosol que había colocado encima del compartimento superior sobre la cabina del ascensor había comenzado a soltar lentamente su imperceptible y fina niebla de virus durante el descenso. No había podido

hacerlo durante el ascenso porque la subida era demasiada rápida; eran necesarios dos minutos de inhalación, al menos, para garantizar la infección.

Los chinos ya estarían muertos cuando salieran del ascensor y se quedaran con la boca abierta ante el orgásmico final de la fiesta del Día de la Independencia de los Estados Unidos, y ni siquiera lo sabrían. Y lo mismo la República.

Entonces, sonó el móvil. Seavers miró la pantalla. Se trataba de un número privado.

—Seavers —dijo, contestando al teléfono.

—Soy Yeats, loco bastardo. Tu plan de estrellas cruzadas ha fallado. Después de todo, los chinos no van a extender tu virus.

El susto fue tan grande que Seavers tardó en reaccionar. ¿Cómo había escapado Yeats? Sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

—¿Cómo demonios has conseguido este número?

Al otro lado del teléfono, la voz contestó:

—Simplemente robé el móvil conectado a la lata de aerosol que colocaste en la cabina del ascensor, y ahora te devuelvo la llamada. A

propósito, ahora mismo estoy subiendo por ti.

Seavers colgó el teléfono y miró a su alrededor en la cubierta de observación. No iba a quedarse esperando a que las puertas del ascensor se abrieran y Yeats le disparara. Tendría que apretar el gatillo primero, y sabía que tenía menos de un minuto antes de que el ascensor llegara a la cubierta.

Seavers corrió. Pasó por delante de la tienda de regalos medio piso por debajo de la cubierta de observación y saltó a las escaleras de piedra que bordeaban el interior del monumento, bajando los escalones de tres en tres.

Había bajado solamente a unos ciento veinte metros de altitud cuando vio el ascensor subir. Entonces se arrodilló con una pierna, se inclinó y apuntó con la Glock al hueco del ascensor.

La cabina de cristal subía rápidamente, los paneles de las ventanas estaban opacos en ese instante. Seavers apuntó cuidadosamente y mantuvo el dedo sobre el gatillo mientras los paneles comenzaban a aclararse.

Pero el ascensor estaba vacío.

Las manos de Seavers, sujetando el arma, comenzaron a temblar. Demasiado tarde vio a Yeats, colgando del suelo de la cabina del ascensor con una mano

mientras, con la otra, le apuntaba con un arma y disparaba.

La primera bala le dio a Seavers en la pierna, lanzándolo rodando hacia atrás contra las piedras masónicas. Seavers se retorció de dolor, miró para arriba y vio a Yeats llegando a la cubierta de observación. Oía gritos a cientos de metros más abajo. Pronto llegarían montones de policías al monumento.

Disparó dos veces a Yeats. Una de las balas rebotó contra el suelo de la cabina, haciendo saltar chispas y tirando a Yeats hacia abajo, hacia la oscuridad. Seavers oyó un fuerte grito.

Asomó la cabeza, pero no vio nada. Entonces, una bala le pasó rozando el oído. Yeats había aterrizado en alguna parte, herido pero vivo, y volvía a subir.

Seavers sabía que en ese momento no tenía más elección que soltar el virus en el exterior, abajo, entre la multitud. Pero no podía salir tranquilamente por la puerta del monumento. Hizo un enorme esfuerzo por ponerse en pie y subir las escaleras en medio de la oscuridad, pero cada escalón suponía una agonía. Alzó la vista hacia la cabina del ascensor, destrozada, y hacia la cubierta de observación, vacía. Pero solo pudo oír las pisadas de Yeats en la

escalera, subiendo.

—¡El juego ha terminado, has perdido! —gritó Seavers.

Seavers soltó la lata de aerosol atada al compartimento superior de la cabina del ascensor. Por suerte, Yeats solo se había llevado el detonador. La lata seguía intacta, repleta de virus mortal.

Aunque las condiciones del exterior no fueran ni remotamente óptimas, el virus podía sobrevivir veinticuatro horas después de haber sido esparcido en el aire como si fuera una nube. Una simple y diminuta gota inhalada por una sola persona en el Mall, a más de cien

metros más abajo, iniciaría una virulenta cadena de reacciones retardadas.

Seavers destrozó la culata de su arma contra una de las enormes ventanas reforzadas de la cubierta de observación, pero el cristal no se rompió. Tendría que encontrar otro modo de soltar el virus en el exterior.

Alzó la vista hacia el techo de la cubierta de observación y tiró de un resorte oculto para abrir una trampilla secreta. De ella salió una escalera metálica telescópica, semejante a las escaleras de incendios.

Seavers subió por la escalera hasta la estructura de algo más de dieciséis

metros de alto sobre el fuste del monumento, llamada el «piramidón» por la forma en que sus cuatro paredes convergían hacía el punto más alto, a casi ciento setenta metros de altura total. El piramidón estaba equipado con varios bancos de maquinaria eléctrica y equipos de vigilancia confidencial, pero en su mayor parte era simplemente un espacio vacío como la aguja de la torre de una iglesia.

Lentamente comenzó a ascender en medio de la oscuridad hacia el casquete de piedra de la parte superior del piramidón mientras escuchaba los compases del concierto del «Capitol

Fourth» en el exterior.

Conrad llegó a la cubierta de observación, pero estaba vacía. También estaba vacío el ascensor. Seavers se había llevado la lata del virus. Conrad miró por la ventana oeste. Había allí una cámara perteneciente a la red de cámaras de televisión accionadas por control remoto, dirigida hacia los fuegos artificiales. Por la ventana del este podía oír a la Orquesta Sinfónica Nacional en el Mall, que en ese momento llegaba a un *crescendo*.

Conrad sintió un pinchazo de dolor en la espalda que lo obligó a apoyarse en el cristal, que manchó de sangre. La

bala le había atravesado el hombro. Entonces oyó dos *clics* y alzó la vista. Y vio pasar a Seavers a través de una trampilla del techo por encima del hueco del ascensor. Sin duda se había quedado sin municiones y había escalado hasta el piramidón.

Tenía la lata e iba a soltar el virus.

Conrad sabía que solo el piramidón tenía algo más de dieciséis metros de altura, de modo que Seavers tenía aún que subir otros doce metros hasta llegar al casquete superior.

Se obligó a sí mismo a ponerse en pie, se llevó una mano al hombro y se presionó la herida. Sentía como si una

potente taladradora lo perforase, clavándosele a toda máquina. Pero se alzó, agarró la escalera y comenzó a subir con un gemido de dolor.

—No conseguirás nada, y en cambio sí puedes perder todo si tratas de detenerme —gritó Seavers desde la oscuridad—. Piénsalo. Un nuevo orden mundial. Sin China. Sin religión…

Conrad apuntó con el arma en dirección al punto del que partía la voz.

—¡Querrás decir sin Serena, bastardo!

Conrad hizo una pausa. Entonces se oyó el estruendo de los cañones al terminar la Obertura 1812.

En ese momento, Seavers salió de entre la oscuridad con los pies por delante, golpeando a Conrad en el hombro herido con ellos con todas sus fuerzas y haciéndole tirar el arma. Conrad vio el arma rebotar contra la pared y caer a unos quince metros sobre el suelo de la cubierta de observación.

Se había quedado colgado, agarrado con el brazo herido a un raíl de luz que recorría todo el perímetro del muro de piedras de los masones que, a su vez, estaba rodeado por una fila de pequeñas rejillas.

Alzó la vista hacia el cuadrado de luz de las estrellas arriba, en el

firmamento, a través del piramidón. De algún modo Seavers había abierto la cubierta de aluminio del casquete sobre el piramidón para soltar el virus con el aerosol en el aire. La apertura cuadrada enmarcaba la constelación de Virgo. Tenía a su estrella alfa, Espiga, justamente encima de la cabeza, reluciendo entre los estallidos de los fuegos artificiales y el humo.

La alineación, pensó. Estaba ocurriendo justo en ese instante. Seavers estaba, de hecho, soltando su plaga global en el momento exacto en el que el Monumento a Washington apuntaba a Virgo.

Conrad escaló por el raíl de luz hacia Seavers, que trataba de sacar el aerosol a través de la abertura. La base del casquete, sin embargo, era demasiado estrecha.

—¡No lo hagas, Seavers! —gritó Conrad—. Piensa en la gente.

—¡Esto no es una democracia, Yeats! —gritó Seavers, que no cejaba en su intento de sacar el aerosol al exterior —. Tu voto no cuenta. Jamás contó. Esto es una República. Se creó para ser dirigida por una élite de señores.

—¿Como la Alineación?

Conrad se llevó la mano a la espalda y sacó la daga masónica que Seavers le

había quitado al viejo Herc antes de matarlo.

—¿Quieres saber por qué George Washington y los padres fundadores de la patria querían un gobierno representativo? ¡Porque ellos eran los representantes! —exclamó Seavers que, por fin, consiguió pasar el aerosol por la estrecha abertura. Seavers alzó el dedo para apretar el botón del aerosol—. ¡Ellos son la verdadera alineación! ¡Yo soy la cura!

—¿Y tienes la cura también para esto? —preguntó Conrad, lanzando la daga por los aires y clavándosela a Seavers en la nuca.

Seavers gritó y soltó la lata, que cayó chirriando por todo el piramidón y desapareció en la oscuridad. El mismo comenzó a perder el equilibrio al tirar de la daga para sacársela de la nuca, quedándose luego fascinado contemplando los dibujos grabados en la empuñadura, manchados con su sangre.

—Von Berg —dijo Seavers, respirando con dificultad y casi haciendo gárgaras con la sangre en la boca.

—¿Qué? —preguntó Conrad—. ¿Quién?

Pero los ojos de Seavers giraron en sus órbitas hasta quedarse en blanco, y

su cuerpo inconsciente se tambaleó por unos segundos para caer después los dieciséis metros hasta la cubierta de observación, muriendo en el acto.

Conrad alcanzó el casquete de aluminio, que se abría girando sobre una bisagra como una puerta. Había sido el coronel Thomas Lincoln Casey quien había colocado aquel casquete en lo alto del monumento, el mismo masón responsable de la construcción de la Biblioteca del Congreso.

Estaba tan cerca que podía leer las letras grabadas en latín sobre la cara este del casquete que, según estaba diseñado, eran legibles solo desde el

cielo:

LAUS DEO

«En alabanza a Dios», tradujo Conrad, tirando del casquete y cerrándolo.

Bajó las escaleras y llegó a la cubierta de observación. Se inclinó sobre el cuerpo de Seavers y vio la sonrisa retorcida de su rostro. Entonces metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó el Tratado de Newburgh y se lo guardó. Estaba a punto de recoger la lata de aerosol letal cuando oyó un estruendo de botas subiendo por

la escalera y vio a la sargento Randolph, con un chaleco antibalas, que llegaba a la cubierta de observación.

—¡Suelta el arma! —gritó ella—. ¡Manos arriba!

Tras ella llegaron dos policías del Capitolio con sus M4. Una docena más de agentes del Servicio Nacional de Parques llegaron detrás, gritando, y lo rodearon.

Conrad dejó la Glock lentamente en el suelo y alzó las manos. Le ardía el hombro izquierdo.

La sargento Randolph dio una patada al arma.

—Maldito seas, Yeats, has matado a

Max Seavers.

—Antes de que él matara a millones de personas. Esa lata contiene el virus de la gripe aviaria. Seavers iba a soltarla en el Mall. Vas a necesitar un equipo completo de Materiales Peligrosos.

—Y tú a un médico —contestó ella, observando su hombro.

Conrad sacudió la cabeza.

—No tengo tiempo —dijo él—. Tienes que llevarme de vuelta con Serena.

—¿La hermana Serghetti? —preguntó la sargento Randolph—. No irás a decirme que la has metido a ella

también en esto, ¿verdad?

Minutos más tarde, mientras los fuegos artificiales y los cañonazos estallaban sobre el Mall, Conrad y la sargento Randolph de las R.A.T. entraban de golpe en los laboratorios subterráneos secretos bajo la plaza de L'Enfant. Pero la sala de reuniones de la Alineación estaba vacía. Serena se había ido.

Y también había desaparecido el globo terrestre. La sorpresa que le causó esta traición fue para Conrad como una daga clavada en el corazón.

51

La Casa Blanca
5 de julio de 2008

Conrad entró en el despacho oval poco antes de las nueve de la noche del día siguiente, con el brazo en cabestrillo. El presidente estaba sentado en un sofá, dando sorbos a una copa de escocés, con la mirada perdida en la

chimenea sin encender, mientras la lluvia golpeaba los cristales de la ventana que había detrás de él. A la derecha de la chimenea estaba el globo celeste.

—Tiene usted el Tratado de Newburgh, ¿verdad, doctor Yeats?

—Sí, señor presidente.

Conrad se sentó en el sofá frente a él con los ojos fijos en el globo, pensando en Serena y preguntándose dónde se habría metido. Sobre la repisa de la chimenea había un retrato de George Washington, que parecía observarlo tan de cerca como el mismo presidente. Se preguntaba si el presidente sabía que la

Casa Blanca, diseñada por el arquitecto I. M. Pei y asentada sobre la pendiente de la avenida de Pensilvania en la intersección con la de la Constitución y la calle Dieciséis, tenía el ala este en forma de triángulo para reflejar el triángulo federal. Pero no era momento de sacar a relucir el tema.

—Supongo que a estas alturas el otro globo estará a salvo en el Vaticano —dijo el presidente—. En un lugar al que ni siquiera podemos acceder. Y sin embargo, esos globos se diseñaron para estar juntos.

—De eso precisamente quería hablar con usted, señor presidente —

contestó Conrad—. La hermana Serghetti ha visto las firmas del tratado, así que el daño ya está hecho. Creo que podríamos hacer un intercambio: el tratado por el globo terrestre.

El presidente lo miró a los ojos antes de responder:

—¿Y qué le parece el tratado a cambio de su libertad, Yeats? Así no tendría que meterlo en la cárcel.

Conrad le tendió el tratado.

El presidente lo abrió lentamente y se puso las gafas. Por un loco segundo Conrad se preguntó si estaba a punto de recitar el famoso discurso de Newburgh de Washington:

Caballeros, me permitirán ustedes que me ponga las gafas, porque no solo me han salido canas, sino que me he quedado casi ciego en el servicio a la patria.

Pero el presidente, sencillamente, miró el Tratado de Newburgh por encima una vez, y luego otra. Por fin se reclinó sobre el respaldo del sofá y se quedó mirando a Conrad con las gafas puestas.

—Algunas de las firmas de este tratado… son algo más que una sorpresa.

—¿Cómo la de su ancestro John Marshall, señor presidente? —preguntó

Conrad—. Es la sexta firma, por si no la ha visto.

—Sí, la veo, gracias —contestó el presidente, tenso—. Y no, doctor Yeats, no tenía ni idea de hasta qué punto llegaban los tratos de mi familia con la Alineación, exactamente igual que tampoco la tenía usted. Pero, según usted ha descubierto, cuando las raíces de una familia llegan tan lejos en la historia de América, parece ser que resulta inevitable. Algunos de estos nombres serán aliados actuales de la Alineación; otros no. Será complicado, pero es imprescindible pasar por la terrible experiencia de averiguar todo

acerca de ellos. Y lo haremos.

—¿Como con el senador Scarborough?

Conrad sabía que el FBI había asaltado la casa de Scarborough en Virginia aquella misma mañana. Según las últimas noticias, un gran tribunal federal estaba investigando sus lazos con un miembro del departamento de defensa: el millonario en biotecnología Max Seavers.

—Parece que Seavers canalizaba dinero hacia el senador —dijo el presidente que, aparentemente, también estaba muy sorprendido—. La posición de Scarborough en el Congreso,

controlando los presupuestos del Pentágono como presidente del Comité de Servicios Armados, podría haberle permitido influir en el flujo de contratos con la empresa de Seavers o, incluso, con la concesión a Seavers de un puesto en la DARPA.

Así que es así como ha estado funcionando, pensó Conrad.

—Entonces, ¿la única razón por la que quería el Tratado de Newburgh era para ver los nombres?

—¡Demonios, Yeats, no! —contestó el presidente—. Esto es América: a la gente le importa un bledo qué hayan hecho tus antepasados… o qué no

debieron hacer. Somos juzgados por nuestras propias acciones y sus consecuencias, no por nuestras raíces. No se debe infligir a los hijos los destinos de los padres. Creo que usted, más que nadie, debería estar de acuerdo.

Conrad suspiró ante aquella mención tan directa y poco delicada de la Antártida y de su padre, el general Yeats.

—Es lo que representan la Alineación y el Tratado de Newburgh lo que amenaza nuestra seguridad —continuó el presidente—. La ciencia y la tecnología han avanzado demasiado rápidamente en relación con la habilidad

de los políticos y generales para comprender sus consecuencias. Ese fue el verdadero problema de la Atlántida según Platón, no el cataclismo que supuestamente la destruyó. Si no lo hacemos mejor en América, sufriremos el mismo destino, tal y como profetizó sir Francis Bacon, que veía en América a la Nueva Atlántida. ¡Demonios, pero si hace solo unos años yo mismo sudaba pensando que el terrorismo biológico podía provocar una extinción en masa! Y resulta que Max Seavers ha estado a punto lanzarlo embotellado como si fuera una vacuna con la etiqueta de «Made in USA». Gracias a Dios que

usted lo paró.

—¿Gracias a Dios? —repitió Conrad, preguntándose si realmente el presidente creía que América era «una nación ante los ojos de Dios» o si, sencillamente, era una frase hecha que había repetido en el desayuno de oración porque quedaba bien ante el ciudadano medio americano.

El presidente alzó la vista hacia el retrato de Washington sobre la repisa de la chimenea y dijo, con mirada distante:

—La grandeza de Washington residía en la rapidez con la que estaba dispuesto a rendir el poder y abrazar la fe. Él comprendía que no existe

verdadera libertad política sin libertad religiosa. Por supuesto, no se inclinó a favor de ninguna religión en particular, pero instintivamente sabía que eran los americanos con fe en una religión los auténticos defensores de la libertad.

—Pero además pagaba a sus espías con bolsas de oro, señor presidente.

El presidente hizo una pausa, y luego frunció los labios y sonrió casi socarronamente en dirección a Yeats.

—Ha hecho usted su parte, doctor Yeats, y América le está agradecida. Buen trabajo.

El presidente dejó el tratado sobre la mesa que había a su lado, de la que

recogió una caja.

—Tranquilo, hay más —añadió el presidente, tendiéndole la caja—. Esta es la Medalla de Honor Presidencial con Distinción Militar, porque la increíble verdad es que usted llevó a cabo con éxito las órdenes del comandante en jefe.

Conrad no estaba seguro de si el presidente se refería a sí mismo o a George Washington, pero sintió un sincero y verdadero orgullo al abrir la caja y ver la medalla. Se trataba de un disco dorado con una gran estrella blanca encima de un pentágono esmaltado en rojo. En el centro de la

estrella había un círculo dorado cuyo interior estaba esmaltado en azul con trece estrellas doradas más pequeñas. La medalla colgaba de una cinta azul con rayas blancas, estrellas blancas y el águila americana dorada con las alas abiertas.

—El secretario Packard ha insistido mucho en que era lo mínimo que merecía, y quiere que le diga que está deseando que vuelva usted a trabajar a la DARPA.

—Danny Z. y el viejo Herc son los que se la merecen —dijo Conrad, cerrando la caja—. Junto con el pobre diablo al que enterraron en la tumba de

mi padre.

—Aprenda la lección de la hermana Serghetti, hijo, y deje de lamentarse por aquellos cuyo destino seguirá usted muy pronto —afirmó el presidente.

—Pero nada de eso cambia el hecho de que nosotros tenemos un globo y el Vaticano tiene el otro —insistió Conrad—. O el hecho de que usted, la hermana Serghetti y yo hemos visto los nombres de los que firmaron el tratado con nuestros propios ojos.

—Esa chica hará lo que tenga que hacer —dijo el presidente—. Y yo haré lo que tengo que hacer.

El presidente se puso en pie, recogió

el Tratado de Newburgh y se dirigió a la chimenea. Acercó un mechero a la esquina del documento y lo prendió, dejándolo luego en la chimenea.

Conrad observó cómo la esquina se retorcía y carbonizaba; luego la llama creció bajo la atenta mirada de George Washington. En cuestión de segundos, el tratado se llenó de agujeros negros y se convirtió en humo.

52

Ciudad del Vaticano

Atormentada aún por su comportamiento hacia Conrad, al que había abandonado repentinamente y traicionado, Serena entró decidida en el despacho del cardenal Tucci, en el *Governatore*, acompañada de seis guardias suizos vestidos de paisano y

con el globo terrestre en la mano. Exactamente igual que el Servicio Secreto del presidente americano, aquellos guardias milenarios protegían al papa tanto en casa como en el extranjero. Pero si estaban dispuestos a hacer lo mismo por ella, eso estaba a punto de averiguarlo.

El cardenal Tucci estaba sentado prácticamente en la misma posición que la última vez que ella había ido a verlo, en su enorme sillón de cuero entre los dos globos de Bleau, recuerdos de esos otros dos globos que Conrad acababa de desenterrar. Tucci tenía una copa de vino tinto en la mano. La medalla de

plata romana que colgaba de su cuello reflejaba la brillante luz de la mañana que entraba por la ventana, advirtiéndole de que Tucci seguía siendo el presidente de Dominus Dei.

—Es un poco pronto para eso, su eminencia —comentó ella.

—Hermana Serghetti, veo que traes el globo —contestó Tucci—… junto con el séquito.

Serena se volvió hacia el capitán de la guardia y dijo:

—Me gustaría tener una entrevista en privado con su eminencia. Esperen fuera.

Los guardias se retiraron y cerraron

la puerta, y Tucci aprovechó para dar un sorbo de vino.

—¿Debo entender que desobedeciste mis órdenes y abriste el globo?

—Sí, su eminencia, abrí los dos.

—Comprendo.

—Yo también comprendo —dijo Serena—. El apellido de su madre estaba entre los firmantes del Tratado de Newburgh. Usted es Osiris. Y el Dominus Dei es una célula de la Alineación en el seno de la Iglesia. Siempre fue así, mucho antes de los caballeros templarios. Es la Iglesia la que está en peligro, no solo América.

—¿Es eso lo que le dijiste al doctor

Yeats? —preguntó Tucci, evasivo—. Estoy seguro de que él aprecia mucho tus sentimientos. Dime, ¿te acostaste con él en esta nueva aventura?

Serena lo señaló con el dedo y contestó:

—¡Usted es el lobo disfrazado de oveja, Tucci! No ama a la Iglesia, jamás la amó. Usted y los de su clase solo la utilizan para sus propios fines, para construir un imperio mundial para la Alineación.

—Bueno, si te molestaras en mirar a tu alrededor, hermana Serghetti, descubrirías que hay muchos otros como yo. Allí donde Dios construye una

iglesia, allí pone su capilla el diablo, ya sabes. Supongo, por los guardias, que se lo has dicho a su santidad, ¿no?

—Así es, eminencia, y esta es la capilla que cierro hoy.

—Solo para construir la catedral del Anticristo —dijo Tucci, terminándose el vino—. En verdad, la ciudad federal del futuro, la capital del mundo, está a punto de surgir. Una ciudad que hará palidecer a Washington y a Beijing en comparación.

—¿Adónde pretende llegar? —exigió saber ella.

—América no es nada en el conjunto de la historia; ni siquiera merece una

mención en el libro del Apocalipsis —dijo Tucci—. Eran los globos, no el Tratado de Newburgh, lo que le interesaba a la Alineación internacional.

—¿Los globos?

—Son necesarios para la construcción del tercer templo —dijo Tucci en tono triunfal—. Desenterrándolos, lo único que has conseguido es asegurar el ascenso de la última gran civilización, del último imperio.

—¡Está usted loco!

—Tú también te volverás loca muy pronto —dijo Tucci, poniéndose en pie y asintiendo en dirección a la puerta—.

¿Llamamos a tus guardias?

Serena dio un paso hacia la puerta, pero en ese instante vio borrosamente, por el rabillo del ojo, que algo se movía. Se volvió justo a tiempo de ver a Tucci lanzarse por la ventana, provocando un gran estruendo. Oyó un grito fuera, corrió al alféizar y miró para abajo. Tucci estaba desparramado sobre el pavimento, y dos guardias suizos señalaban en dirección a la ventana, hacia ella.

—¡No! —gritó Serena.

Entonces oyó que la puerta se abría y los guardias entraban precipitadamente. Se dio la vuelta desde

la ventana y vio al capitán de la guardia mirando algo fijamente. Pero no miraba la ventana rota ni la terrible escena de fuera; miraba la medalla del Dominus Dei, tirada en el suelo. Serena bajó la vista y la miró también. La cadena no se había roto; era como si Tucci se la hubiera quitado antes de lanzarse a su propia muerte.

—¿Va todo bien, hermana Serghetti? —preguntó el capitán de la guardia.

—El cardenal Tucci ha muerto, capitán. Evidentemente, no todo va bien.

El corazón le latía acelerado mientras observaba al capitán recoger el medallón del suelo con veneración y

tendérselo. Prácticamente estaba haciendo reverencia ante ella, como si a partir de ese momento fuera a responder ante ella.

De algún modo, está convencido de que a partir de este momento soy la cabeza rectora del Dei.

Serena tomó la cadena y se quedó mirando la vieja moneda romana. Solo el papa podía nombrar al presidente del Dei, ella lo sabía. Pero luego recordó las burlas y los rumores de conspiración del Colegio de Cardenales, según los cuales era el Dei quien había elegido al papa durante siglos.

—El cardenal Tucci no estaba bien

—dijo el capitán de pronto, como si estuviera elaborando su propia historia acerca del incidente para los periódicos del Vaticano. Era evidente que sabía más de lo que declaraba—. Tenía arritmia, ¿sabe? Es una lástima que su corazón fallara precisamente mientras estaba mirando por la ventana.

—Gracias, capitán. Queda usted relevado.

—Muy bien —dijo él, inclinándose para besar la medalla, enredada en las manos de Serena—. Pondré guardias en la puerta y la dejaré a solas.

Serena lo observó cerrar la puerta. Se sentó en el sillón de Tucci y, de

pronto, se sintió como una prisionera en una celda llena de secretos.

Contempló el medallón en sus manos, y entonces comprendió que aquella era su única salida. Si quería proteger a la Iglesia, tenía que arrancar de ella de cuajo las raíces de la Alineación. Aunque eso significara unirse al Dei. Lo lamentaba por Conrad, pero en lo más hondo de su corazón sabía que no podía abandonar a la Iglesia a esos depredadores. Tenía que averiguar qué se proponía el Dei.

«*Hago aquellas cosas que no quiero hacer, y no hago las que quiero hacer*», pensó Serena, parafraseando a

san Pablo. *Soy una infeliz*.

Lentamente se puso la cadena con el medallón del Dominus Dei alrededor del cuello, sintiendo la plata de la moneda romana descansar pesadamente sobre su pecho.

Epílogo

El día después
Cementerio de Arlington

La lluvia caía con fuerza aquella noche en el momento en que Conrad se aproximaba a la tumba de su padre, en medio de la nocturna oscuridad, consumido por la obsesión de conocer una verdad que la quema del Tratado de Newburgh solo había enardecido aún

más.

Alumbró con la linterna el obelisco de más de noventa centímetros de alto y leyó otra vez la inscripción de la lápida, debajo de la cruz:

GRIFFIN W. YEATS
GENERAL DE BRIGADA
DE LAS FUERZAS AÉREAS AMERICANAS
NACIDO EL 4 DE MAYO DE 1945
MUERTO EN ACTO DE SERVICIO
ANTÁRTIDA ORIENTAL
21 DE SEPTIEMBRE DE 2004

Notaba que todos sus sentimientos

volvían a emerger: la ira, la traición, la pérdida… Primero la de su padre, y luego la de Serena. Surgían una y otra vez.

Contempló las series numéricas a un lado del obelisco, series que le habían llevado hasta la carta del Observador de Estrellas, y las tres constelaciones grabadas en el otro, que le habían descubierto la secreta alineación de los monumentos clave de América.

Pero, por alguna razón, en esa ocasión no lograba deshacerse tan fácilmente de la incómoda sensación que lo había embargado ya la primera vez que contempló el obelisco.

Tenía que haber algo más.

Conrad sintió un arrebato de ira y frustración. Se inclinó sobre el obelisco y le dio una fuerte patada. El pesado monumento de piedra apenas cedió. Conrad le dio otra patada, con rabia.

Esa vez, el obelisco, con la base removida ya por la lluvia, se alzó un centímetro del suelo.

—¡Maldito seas, bastardo! —gritó Conrad, dándole una tercera patada.

Por fin la piedra se inclinó a un lado sobre la hierba mojada. Conrad se quedó mirándola.

Ahí estaba, grabada en la base del obelisco, dándole la cara por fin como

un dibujo en la piedra que la lluvia lavara: La cruz de un cruzado.

Era el emblema de los Cruzados Templarios, una sencilla cruz hecha con cuatro cruces más pequeñas.

Y también era el símbolo de Jerusalén.

Los cuatro brazos de la cruz eran exactamente igual de largos, simbolizando las cuatro direcciones y la creencia de que Jerusalén era el centro espiritual de la tierra.

Recordó las dos columnas del retrato de Savage en Mount Vernon y los dos pilares del Templo del Rey Salomón en el mural masón bajo la Biblioteca del

Congreso. Y recordó también lo que había sobre los dos pilares: los globos con los mapas celeste y terrestre.

Los globos pertenecían al Templo de Salomón. No se trataba simplemente de que pertenecieran al templo original; pertenecían al templo del futuro. Y si cada uno de esos globos, según se decía, había contenido en su origen los secretos del Génesis o de los «Primeros Tiempos», entonces era evidente que los dos globos juntos podían revelar el secreto de… el fin de los tiempos.

Conrad se quedó mirando la cruz, el último símbolo secreto que le había dejado su padre.

¿Conocía Serena la existencia de ese último símbolo?, se preguntó. Debía conocerla.

Pero a partir de ese momento él también lo conocía.

—Nos veremos allí, Serena —dijo en voz alta, a la lluvia, alejándose de allí y desapareciendo en la oscuridad.

Notas

[1] *Top Gun* es el nombre de una famosa película protagonizada por Tom Cruise en 1986, pero también significa la persona más importante y poderosa en una determinada esfera. <<

[2] *APB*, All Points Bulletin, es un sistema de radiodifusión de datos de unos cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado a otros, o a puertos, aeropuertos, etc. <<